97
-1910

BIBLIOTECA
DE AUTORES
MEXICANOS
77

ROSA BARCENA
Ó
NOVELAS
CORTAS

PQ7297
R7
v.6
1897-19

P C

1080013906

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

BIBLIOTECA DE 77 AUTORES MEXICANOS

OBRAS

DEL SR.

D. J. MARIA ROA BARCENA

TOMO VI

NOVELAS CORTAS

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones Nos. 1 y 3.
1910.

PQ7297
.R7
v.6
1897-1910

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
155979

Una flor en su sepulcro.

En Octubre de 1849 publiqué en "El Locomotor," de Veracruz, varias páginas segregadas del álbum de uno de mis amigos. Aquellas páginas, escritas bajo la influencia de un recuerdo debilitado por el tiempo, pueden ser consideradas como el estudio de las fluctuaciones del corazón en esa época de la vida en que se experimenta la necesidad del amor, y, no encontrando el objeto á que deba consagrarlo, se agita como la aguja tocada al imán, cuando una mano inquieta le impide señalar hacia el Norte.

Posteriormente el álbum ha vuelto á mis manos, y recorriéndole, hallé páginas más serias, expresión de aquel sentimiento desarrollado, llenas de esperanzas las unas, de luto y amargura las otras: éstas últimas conservan las señales del llanto con que fueron escritas. Nada hay

en ellas de extraordinario, nada que pueda excitar la curiosidad del que lee: son el simple relato de una desgracia harto común en la vida, cuyo patrimonio es el dolor.—Me decidí á darlas á luz, pidiendo una poca de indulgencia para el que las publica, un sentimiento de piedad hacia el corazón que las dictó, y una oración para la que duerme en su sepulcro....R.... 1850.

I.

No sé por qué me interesa tanto esa niña, pues no es sino una niña de catorce años la preciosa trigueña que, de unos días á esta parte, habita una casa media cuadra más abajo de la mía. Si me detengo á examinarla fríamente, confieso que no es bella: el sol de nuestra zona ha quemado su cútis más de lo que desearían los admiradores de este género de belleza; pero se nota expresión en sus ojos. Aún no la he oído hablar; tal vez su metal de voz sea demasiado ronco; sin embargo, todo quedaría compensado con el gracioso movimiento de su cabeza, con el hermoso cabello negro que en dos fajas desciende sobre la pálida tez de sus mejillas; con sus modales exquisitamente finos y ese aire inefable que

sólo comunican una educación esmerada y el trato de una sociedad escogida.

Y qué extraño se me hace el no haberla conocido antes, cuando ella siempre ha vivido bajo el mismo cielo que yo! Pero, lo repito, es una niña que apenas se está desarrollando.

Bien visto todo, ¿por qué me ocupo de ella? Me he entusiasmado muchas veces, y, creyendo que en mi corazón se operaba un cambio que sólo tenía lugar en la fantasía, he dicho á otras mujeres que las amaba, y á poco este entusiasmo se ha desvanecido como la lámpara que muere por falta de pábulo. ¿A qué, pues, engañarme de nuevo y engañar á esta niña que parece tan inocente?

Tengo, además, errores que lamentar, tributo que regularmente á los veinte años pagamos al mundo, y sólo su recuerdo debe ocuparme para precaver en lo futuro mi corazón. Cuando quise olvidarlos, cuando soñé que podía consagrarme á adorar á una hermosa niña que habitaba lejos de aquí, en otro suelo más árido, pero bajo un cielo infinitamente más bello, apenas el porvenir comenzaba á sonreírme á la luz de esta idea consoladora, y esa niña bajó al sepulcro. He cantado sus virtudes, su belleza, su prematura muerte. ¿Fué ésta un castigo por mis pasadas faltas? ¡Quién sabe! Este

acontecimiento me entristeció por muchos días: verdaderamente yo había adorado su imágen, más bien en mis sueños de poeta que en el insomnio doloroso de la existencia real.... Pero, ¿cómo puedo olvidarla tan pronto, cuando sus huesos aún no estarán reducidos á polvo en su angosto y obscuro lecho de tierra? No; yo no debo amar; mi corazón debe permanecer insensible á la voz del sentimiento: no, trigueña interesante, encantadora María, no nacimos el uno para el otro!

II.

Cuando queremos, fácilmente dominamos nuestros afectos: no vence aquél que no lucha con sinceridad: es cierto, y yo debo confesarlo, que el triunfo me ha costado bien poco: he comenzado á amar demasiado temprano, y, hayan sido afectos del corazón ó sueños de la cabeza, todos los míos de este género han desaparecido con su correspondiente séquito de ilusiones y de locuras. Preciso es repetirlo: ya no puedo amar.

No sé cómo esta niña me ha ocupado por espacio de algunos días: las vecinas habrán comenzado á preguntarse por qué paso tan seguido frente á sus balcones, y

se habrán perdido en un mar de conjeturas y de chismes. Vaya ese óbolo, depositado por mí en tributo á la locuacidad femenil.

Algunas noches he soñado con ella: preciso es que fuera así; el sueño no es sino un espejo que reproduce los pensamientos que nos ocupan durante el dia: cortemos esos pensamientos, y la imagen desaparecerá del cristal azogado.

No deja de inquietarme el ver tan apegado á su balcón á mi amigo F....; parece que adivina las horas en que María sale al suyo. Y son vecinos: además, este F.... es de mi genio, poco bullicioso, poco amigo de diversiones frívolas, y amante, por consecuencia forzosa, de esas jóvenes apacibles, melancólicas, en quienes parece que lo ideal predomina sobre esa maldecida insubstancialidad, tan común en las mujeres. ¿Qué resultará de todo esto?.... Pero, en fin, nada me importa: en lo sucesivo nada tengo que ver con María.

III.

Dígase lo que se quiera, es hermosa; desde la puerta de mi casa la acabo de ver en su balcón, y por vía de pasatiempo fijé en ella mi anteojo de teatro. ¡Qué

peinado tan deliciosamente hecho, qué formas tan bien modeladas! Y ese aire, esa expresión, ese no sé qué! Cuando ella advirtió que era objeto de mis observaciones, se volvió ligeramente para el lado contrario.... Bien, muy bien! no puedo mirar sus facciones; pero su cuerpecito es tan bello! De este modo me extasió durante un cuarto de hora. De repente una enorme cabeza de viejo aparece; después otra; se nubla el lente, y las gentes que pasan me dicen adiós, burlándose de mi distracción y llevando su vista según la dirección del anteojo, para hallar la causa de mis pesquisas astronómicas. Retiro el anteojo, me froto la vista, y contesto con señales visibles de turbación.

IV.

He seguido pasando frente á sus balcones; me parece que F.... me trata con alguna más reserva de lo acostumbrado. Cuando María sale á su balcón, F.... está en el suyo y yo en mi puerta; ella se vuelve con la mayor indiferencia, unas veces hacia él, otras hacia mí. ¡Sabe Dios lo que en esto habrá!

Pero no, es imposible que yo me engañe; jamás han fallado mis presenti-

mientos. F.... se muestra celoso, luego está en relaciones con ella. No he estudiado lógica en el colegio; pero la conozco bastante para notar lo absurdo de tal consecuencia; sin embargo, el corazón me lo dice así, y es forzoso creerlo, porque el corazón no se equivoca.

La olvidaré; haré de cuenta que no existe: días antes me habría costado menos que ahora; ¿por qué no puse en práctica mi primera resolución?

Ayer por la mañana, cuando yo venía del baño, una criada estaba barriendo el balcón de María, y tan luego como me conoció, se introdujo: al acercarme salió ésta y me dirigió una mirada penetrante.... ¡ha correspondido á mi saludo con tanta gracia! Vamos, esto no puede durar así. Y, bien visto, ¿por qué no la he de amar? ¿Por qué no he de aspirar á la dicha de ser amado? Pero, ¿y F....? Pero, ¿y lo que exige la amistad?. . . .

¿Por qué existe en la tierra otro deber que el de adorar, otro afecto que el amor?

V.

De nuevo torné á luchar de buena fe contra esta afición naciente: dejé de pasar por la calle donde vivía aquella niña;

dejé de asomarme á la puerta. ¡Qué duro se me hacía privarme de todas estas pequeñas satisfacciones! ¡Qué largos los días y qué congojosas las noches, porque me traían sueños con cuyo recuerdo me asaltaba la venidera luz! En pago, no tenía sino el contento vago que resulta del cumplimiento de un deber, y más cuando éste envuelve nada menos que la felicidad de un amigo.

Quise engolfarme en ocupaciones contrarias á las que hasta aquí me habían sido predilectas: en mis lecturas proscribí la novela, que no servía sino para enconar mi herida. La Geografía, las teorías de los economistas, la Historia y la Filosofía, me ofrecieron sus áridas páginas; hasta la política mezquina y desencantada me ofreció sus periódicos para entretener una imaginación que no se ocupaba sino de.... María!

VI.

En estos días la familia del Sr.... fué á pasar una temporada á Coatepec, hermoso pueblo situado á pocas leguas de Jalapa, y llevó consigo á María, con cuya familia la unían lazos de parentesco. A pesar de mi firme resolución de olvidar-

la, sentí su ausencia: un resto de afecto me hacía insufrible la idea de tenerla tan lejos de mí. Pensé dar mis paseos á Coatepec, pero ¿qué diría F....? Se imaginaría que iba yo por verla, como realmente hubiera sido. Entretanto, pasaron dos ó tres semanas, y me sentí mejor; me sentí reconciliado conmigo mismo, que es el estado más envidiable de la existencia.

En una de estas tardes, F.... estuvo á visitarme y hablamos largamente sobre María. Me confesó su amor no correspondido, las sospechas que con respecto á mí abrigó algunos días antes, el estado de desesperación en que se hallaba, por el carácter raro de esta niña que, después de haberle hecho concebir esperanzas, le negaba su correspondencia. Cada prueba de deferencia dada por ella á F...., y que éste me refería ahora, era un dardo que me atravesaba el corazón. Es cierto que se negaba á entrar en relaciones con el amante que la solicitaba; pero endulzaba esta negativa con tantas pequeñas atenciones, que, á mi ver, era más dulce que la concesión explícita de su amor. Entonces me culpé, me avergoncé yo mismo de haberme creído capaz de inspirarle simpatías pocas semanas antes, cuando debía estar su imaginación ocupada con los homenajes continuados de

un joven tan apreciable como F.... Hasta vagó por mi mente la idea de que se habría burlado en secreto al notar mi empeño por agradarla. Esto fué lo más terrible, porque atacó mi orgullo desde su base; destruyó el resto de mi ilusión. Además, el amor de que F.... acababa de hacerme confianza era de una naturaleza tan noble, tan elevada; su vehemencia, al parecer tan grande, que no podía yo, sin cometer una bajeza, seguir ocupándome de María. La entrevista se prolongó: confesé sinceramente á F.... mis ilusiones y desengaños; le pinté mi afición como un capricho pasajero que había muerto con el transcurso de pocos días, y verdaderamente así lo creía yo mismo; le manifesté mi opinión sobre varios puntos relativos á su amor, en que quiso saberla.

Adiós, nuevo sueño de mi corazón, en que comenzaba á cifrar mi dicha! De nuevo, adiós, María: no hemos nacido el uno para el otro.

VII.

Háblese cuanto ocurra sobre este infeliz mundo, jamás podrán arrebatarle su parte encantada para los que se lanzan

á él con el firme propósito de gozar. En este pedazo de tierra disfrutamos de un clima delicioso cuando el Norte no agita las olas del cercano mar, encapotando de nieblas nuestro cielo. ¡Qué verdes campos, qué arroyuelos tan sonoros! Y luego, ¿todas las bellezas de la creación no resaltan en cada una de esas flores misteriosas que apellidamos mujeres? Las hay de ojos negros y melancólicos, de mirar dormido: las hay de ojos azules y dilatados, en que se reproduce el turquí de los cielos: ésta, trenza graciosamente su cabellera de oro, que resalta sobre una tez de concha nácar; aquélla tiene sus cabellos negros como el ala del cuervo, y su tez pálida como el simpático lirio. La voz de P..... nos encanta cuando se pierde en dulces modulaciones, al compás de la vihuela, arrancando el aplauso de los estrados. S.... fascina materialmente cuando gira en las complicadas figuras de la danza. Desengañémonos: un corazón amante de lo bello, un artista, un poeta, debe enamorarse perdidamente de todas ellas, ó, de lo contrario, es un infeliz.

Además, el hombre no debe aspirar á vivir exento de pasiones, porque esto es peculiar de los bienaventurados; debe, sí, dirigir las que tenga, hacia el bien, sin dejarse dominar por ellas. Yo he tomado

mi partido. Estoy enamorado de los ojos negros, de la viveza infantil de.... Nos encontramos en las iglesias, en los paseos, y nos devoramos con la vista, que es un "amore:" conozco que ella coquetea; no importa, yo estoy enamorado, ó, á lo menos, procuro creerlo así, que es lo que me conviene por ahora.

VIII.

A contar desde el día en que F.... me confió sus amores, comencé á saber, con el interés de un amigo, multitud de pormenores acerca de la educación, del carácter y de los hábitos de María. Desde muy pequeñita ha dado pruebas de un cariño profundo á su familia, de una bondad extremada. Recordaré una anecdotilla que para demostrármela relató F.... con el entusiasmo de un amante. Cierta vez, siendo aún muy pequeña, de resultas de un golpe se fracturó un bracito. El dolor era muy agudo, superior á los sufrimientos de una niña. Se envió en busca del médico; pero llovía fuertemente, y transcurrieron algunas horas antes de que pudiese acudir. Entre tanto, su mamá padecía, y ella hizo un esfuerzo para ocultarle sus dolores; refrenó su llanto,

hasta llegó á asegurarle que se sentia mejor, para tranquilizarla. ¡Qué episodio tan inocente, tan tierno, de los días de su infancia! ¿No podía recogerse como una prenda de que la mujer que desde pequeñita sabe refrenar sus dolores por no afligir á los que la aman, haría la felicidad del hombre á quien consagrara en el altar su existencia?

IX.

Su familia, digna de mejor suerte, ha sido muchas veces el blanco de la desgracia. Sus padres, pertenecientes ambos á familias distinguidas, le dieron una esmerada educación. La señora une á las virtudes, que constituyen el adorno más apreciable de la mujer, un talento nada común, una instrucción vasta, una sensibilidad exquisita, que debía más tarde serle funesta: unos modales que sólo se adquieren, como he dicho antes, frecuentando una sociedad escogida.

María se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte: su género de belleza no agradaría, estoy seguro de ello, á las tres cuartas partes de los hombres: no tiene cosa alguna de las que, á juicio de la generalidad, constituyen la belleza: no es

blanca, ni ostentan sus mejillas dos rosetas encarnadas, circunstancia precisa para arrancar el epíteto de irresistible: no gesticula al hablar, ni se ríe estrepitosamente, ni suda á mares en las infinitas vueltas del walls. María asiste de tarde en tarde á los bailes: su carácter, sin dejar de ser ardiente, es apacible, reposado. No sé por qué cuando la miro asomada á su balcón, recuerdo á la inocente filomena que, sentada con tristeza en la rama de un árbol sin hojas, se columpia suavemente á merced de los vientos de otoño. La belleza de María reside en la forma clásica y el gracioso movimiento de su cabeza; en las dulces inflexiones de su voz, en la finura de sus modales. No es de aquellas bellezas que nos enloquecen al verlas por primera vez, y que van perdiendo su magia á medida que se las examina: es una belleza en que no haréis alto por el momento, pero que os irá avasallando insensiblemente, y, cuando hayáis adivinado la mitad de los tesoros que encierra, no tendréis fuerza para romper la cadena encantada.

Ultimamente el fastidio ha invadido la existencia pacífica de María. El fastidio, ya lo han dicho otros, es una enfermedad común á las personas que, dotadas de sensibilidad ó talento, carecen de un fin

que absorba sus facultades, sus deseos, cualquiera que sea este fin. En tales circunstancias, las ocupaciones, las distracciones, si no cortan el mal de raíz, pueden al menos considerarse como benéficos calmantes: adormecidos de esta manera, podemos vivir con el día, sin que sus horas se nos hagan demasiado insoportables. María, pues, tuvo maestros de gramática castellana, de aritmética, de música y dibujo. A este último arte, que tantos días agradables me ha proporcionado, se aficionó más decididamente, y le consagraba muchas horas. Este complemento de su educación, le proporcionó excusa para no corresponder al amor de F.... Además, yo no sé si realmente abrigaría ella un sentimiento idéntico al de mi amigo, ó si sus primeras muestras de aceptación serían hijas solamente del agrado con que una niña de su edad recibe los homenajes de un joven, aun cuando éstos no afecten su corazón en lo más mínimo.

X.

He dicho antes que F.... se hallaba presa de un verdadero malestar causado por la variación de conducta de María hacia él, y ahora debo añadir que desde algunos días á esta parte, se había propuesto sofocar su inclinación. No recuerdo si dió algunos paseos á Coatepec mientras su ingrata adorada estaba allí; lo que puedo asegurar es que paulatinamente se iba calmando su espíritu: tenía en poder de María algunas cartas, y, al exigirlas, en vista de que ella no daba una contestación categórica, supo que se hallaba en la imposibilidad de complacerle, pues no pudiendo esas cartas permanecer ocultas, había sido necesario quemarlas. F.... no se dió por satisfecho con tal respuesta: se creía víctima de alguna burla femenil, ó sospechaba que sus cartas eran conservadas como un trofeo de que todas las mujeres se envanecen, por lo común. Hago mención aquí de todas estas circunstancias, por la influencia que algunos meses después ejercieron en mi destino. Por lo demás, el que crea encontrar más adelante algún desenlace dramático que resulte de lo que dejo dicho, se equivoca. Yo no he tratado de componer una novela, sino de confiar á estas páginas los acontecimientos de cierta época de mi vida.

F.... hubiera dado cualquiera cosa por hallar ocasión de ejercer una pequeña venganza de aquellas que son lícitas

á los enamorados: perdíase en un mar de conjeturas y de proyectos. Entretanto, pasaban días y más días: la tempestad del corazón se iba serenando. Un corto espacio de tiempo más, y habrá renunciado para siempre á la diosa de sus sueños.

XI.

La ausencia de María se prolongaba. Como dije ya, Coatepec es un hermoso pueblo, en que se pasarían con gusto no solo meses, sino años, de una vida tranquila y contemplativa, su frondosidad es proverbial: el camino que conduce de Jalapa á este punto, es una calzada cómoda que se diría está abierta en la mitad de un bosque virgen: liquidámbares añosos esparcen su perfume, dibujando sus gigantescas sombras en la calzada; sonoros arroyos corren á los lados, ocultos por una exuberante vegetación; pájaros de mil colores y de mil cantos animan las deliciosas grutas. Después, cerca del pueblo, la vista corre libremente sobre llanuras que encuentran su límite á la derecha, en las montañas de la cordillera; á la izquierda, en el éter de los cielos. Entonces se distingue el caserío del pueblo, destacándose sus graciosas torrecillas y una que otra columna de humo que sube de las chozas de los alrededores: al entrar, sorprende el aseo y compostura de sus iglesias, su calle principal perfectamente tirada á cordel; pero lo que verdaderamente encanta es esa primavera eterna de sus campos y jardines: esos huertos extensos donde los árboles se doblegan al peso de sus frutos; ese río poco caudaloso que lame las orillas del pueblo, corriendo bajo la sombra de los arbustos que vegetan en sus bordes. Era tiempo de otoño; pero el otoño bajo nuestro clima, no se distingue del estío, sino por su cielo algo nebuloso, por sus bienhechoras lluvias y sus vientos que sollozan entre bosques apenas despojados de sus galas. Muchas veces en esta estación, el calor es tan excesivo, que obliga á tomar una temporada de baños. Esto había detenido en el pueblo á la familia del Sr.... María había escrito dos veces á su mamá, fijando plazo para su venida á Jalapa: los plazos habían expirado y la hermosa paseadora no llegaba; pero no importa: está contenta, se divierte; continúa desarrollándose de una manera que nos va á sorprender.

¡Ingrata niña! ¿Te acordarás de mí en

la paz de aquellos campos, en esas noches que en la soledad son más silenciosas, más dilatadas? Pero, ¿tiene por ventura para qué acordarse de mí? ¿No la olvidé? ¿No he renunciado á ella completamente?

Me sorprende el carácter de F.....; casi no se acuerda ya de María; pero todo será que llegue, y el fuego mal apagado tornará á alzar llama.

XII

Por fin ha llegado, la he visto, y, francamente hablando, la he visto con indiferencia. Ya el dominarme es un hábito que, más temprano ó más tarde, encerrará al corazón en su mano de hierro. Hasta conozco ya el metal de su voz: me ha dirigido la palabra, y sin que mi corazón haya latido al escucharla. Efectivamente, continúa desarrollándose y está mejor que antes. ¿Para quién reservará esta joya el porvenir? F.... ya no piensa en ella para nada.

... ...

Han pasado muchos y muy monótonos días: la indiferencia ha asentado su imperio en mi alma; pero de una manera

absoluta. Hasta me chocan los negros ojos y la coqueta sonrisa de E....; la voz gemidora y los movimientos desfallecientes de L....; me chocan todas las mujeres, porque vislumbro en todas ellas un fondo de falsedad inaudita, cubierto con una media tinta de mal fingida ternura. Me chocan los poetas, porque son unos locos de atar, que se precian de conocer la naturaleza, y no se conocen á sí mismos: me chocan los políticos, porque son los locos más funestos para el género humano, y un día han de colocar en la lista de los derechos imprescriptibles del hombre, el de quejarnos cuando algo nos duela físicamente, y creerán haber adelantado en la vía sublime de la perfectibilidad social. Me chocan los naturalistas que clasifican al hombre en la familia misma del orangután; y los geómetras que con el cuadrado de la hipotenusa pretenden demostrar que no existe Dios. Finalmente, me choco á mí mismo.

... ...

En la mañana de un día nublado, de los últimos del otoño, al salir de una calle á otra se me apareció María, que iba á casa de la señora C.... La saludé, y muy pronto la dejé atrás; pero, á mi pesar, volví la cara algunas veces, para verla, y noté que me seguía su mirada. La casa

está en la extremidad de la calle: cuando llegué á la esquina me detuve para ver entrar á María: volvió á saludarme y desapareció.

En este momento sentí que había renacido en mí con toda su fuerza un sentimiento mal reprimido, que dormía quizá en el último rincón del alma, y que me hacía traición en el primer instante de debilidad. De nuevo creí que la dicha de amar no me estaba del todo vedada. F... me ha asegurado que hay una indiferencia completa, una curación radical por su parte.—El campo está libre: saltemos á la arena!

XIII.

Pero ¿podré ofrecer á esa niña un amor verdadero, constante; la pasión del corazón, y no un acaloramiento de la fantasía? Creo que sí, porque los síntomas de ahora jamás los había experimentado. ¿Podré, además, ofrecerle con mi mano una posición decente en la sociedad? ¿O consumiré en inútiles suspiros años tras años, hasta que este afecto muera de consunción?

Es preciso obrar con la cabeza: tengo

ya veintidós años: podría casarme, falto, como estoy, de recursos; podría cometer esa locura, como la cometen las tres quintas partes de los hombres. Y ¿sería justo condenar á una cadena de privaciones á esa niña que si por sus virtudes merece la vida tranquila y feliz de una choza, merece por su educación y sus modales el esplendor de una reina? No: ó todo, ó nada. Pero ¿á qué estas reflexiones inútiles? ¿Me amaría ella por ventura?

Y ahora, sin embargo, mi destino está fallado. Con motivo del cumpleaños de un niño, varias familias se han reunido en una de estas últimas noches de Noviembre, en la casa de.... Al entrar, lo primero que se presentó á mi vista fué María; estaba sentada en lo interior del estrado: se levantaron las señoras para recibir á mi familia: hubo una confusión completa, y entretanto, dos ancianas me brindaban á porfía con un asiento vacante en medio de ellas: hube de aceptar, porque la negativa hubiera sido considerada como delito de lesa senectud. Cuando todos volvieron á recobrar sus asientos, quedé agradablemente sorprendido al ver á María sentada en el extremo exterior del ala opuesta del estrado, y una silla desocupada, ¡una sola silla! á su derecha. ¿Por qué me había yo encadenado

entre aquellas ancianas, viudas quizá de los que fabricaron las pirámides de Egipto? ¿Por qué no podía ir á ocupar aquel asiento que, sin tener un amor propio excesivo, podría sospechar que me estaba destinado?

El buen padre Ripalda supo lo que hizo al dar la definición de las pasiones: la mía me dominó, me cegó de tal modo en aquel instante, que, una vez formado mi plan, sin darme lugar á la reflexión, dejé la compañía respetable de mis vecinas y me embutí en la codiciada silla, no sin provocar un murmullo de extrañeza de parte de la concurrencia que, cinco minutos después, no se acordaba de mí.

. . . . . .

¡Cómo su metal de voz me parecía dulce y penetrante ahora! ¡Cómo me entusiasmaban su conversación y sus miradas! Ella me dirigía á veces la palabra, y mis ojos seguían el gracioso movimiento de su cabeza: después callaba, inclinándola ligeramente, como al peso de sus pensamientos. Cierto es que no hay dicha en la tierra igual á la que se experimenta cuando por la vez primera nos encontramos con la mujer que, de muchos meses antes, ha ocupado nuestra imaginación durante el día: con quien hemos so-

ñado una noche tras otra. En tal estado, cierta irritación nerviosa que se experimenta, un ligero malestar en medio de aquel océano inagotable de gloria suprema, parece que nos indican que nuestro corazón ha sido formado más bien para la plenitud del dolor.... ¡Y ella me amaba! Sí; porque su voz temblaba levemente y sus ojos se detenían á su pesar en los míos.

Yo me propuse confesarle mi amor en esta misma noche; hice girar mi conversación sobre asuntos que me acercaran al terreno deseado; pero cuando la misma emoción producida por los pensamientos que iban á asomar á mis labios, ahogó por un momento mis palabras, advertí que todo el mundo callaba, y que María y yo éramos los únicos interlocutores. La ocasión estaba perdida: era necesario resignarse.

Después bailaron unas con otras las jóvenes, porque de los hombres que habíamos allí, los unos eran demasiado viejos, los otros demasiado niños: éstos, conmigo, no bailan; los de más allá visten luto á la sazón. Las miradas de María me seguían, sin que ella interrumpiera el mecanismo de las cuadrillas. Las jovencitas M.... me han dado carga con ella, y ¡cosa rara! esto no me ha im-

pacientado; su broma me halagaba, porque me aseguraban que habían también observado á María y sorprendídola mirándome. Hubiera querido que la broma continuase, para estar oyendo pronunciar este nombre de María, tan caro para mí.

Pero lo que me acabó de trastornar en esa noche fué un pequeño favor, un favor inocente, una sonrisa que me concedió María al dejar su asiento para dirigirse á las piezas interiores de la casa. Nunca su imagen, en el acto de concederme esta sonrisa, se ha ausentado de mi memoria: podrían aplicárseme las palabras de un escritor inglés:

"La ve con el sol resplandeciente de medio día; en las sombras de la noche se le aparece entre las estrellas y la tierra; tiene su imagen profundamente grabada en el corazón; nada podrá borrarla."

XIV.

Esta noche fué casi toda de insomnio; ¡pero qué insomnio tan dulce es el que nos ofrece la imagen siempre risueña de una mujer bien amada! ¿A qué era ya luchar? El problema estaba resuelto: feliz ó desgraciado este amor, mi existencia

quedaba ligada á él.—Es imposible arrancar de raíz un árbol añoso y corpulento: cuando se consigue, el terreno en que estuvo plantado queda removido; el jardín destruído.

Después, cuando un dulce sueño cerró insensiblemente mis párpados, reprodujo las anteriores escenas; hizo más: quitó á mis labios la timidez para expresarse; me hizo escuchar el juramento más deseado, más santo; aquellas palabras tiernas que la mujer reserva solamente para el hombre á quien da su corazón.

Cuando la luz, penetrando por la cerradura de mi ventana, me despertó, dí un grito de alegría: me consideraba feliz.

Entonces experimenté la necesidad de acción; quería acallar la voz de mis pensamientos, que me hablaban en un idioma demasiado dulce: pero que no por eso me agobiaba menos. "¡Qué ser tan mezquino es el hombre! No puede sufrir lo excesivo del placer ni del dolor: las mismas lágrimas que nos arrancan los padecimientos, vertemos en los transportes inmoderados de nuestra alegría." (1)

Me consagré á una ligera ocupación, contraria á mis ideas dominantes en aquel

---

(1) Chateaubriand.

momento: puse en limpio unos versos escritos en la muerte de A.... que me habían sido pedidos algunos meses antes, y que debían ahora ver la luz pública. ¿Los leerá acaso María? Si así fuera, si se enterneciese, si sus ideas se identificasen con las que contienen estas líneas, ¡cuán gloriosa recompensa para su autor!

Un pensamiento cruzó por mi espíritu. —Hacía algunas semanas que María estaba yendo á bordar á casa de la Sra.... Iba y volvía por rumbo opuesto á la calle en que vivo; mas si ella quisiera transitar por aquí, bien podría hacerlo; pero precisamente vuelve á su casa á las dos de la tarde, y esta hora sonó hace buen rato.... Dejo la pluma; corro á asomarme á la puerta; María acaba de pasar; sin embargo, vuelve la cabeza, y, al verme, un ligero encarnado cubre sus mejillas: me saluda, y al entrar en su casa torna á dirigirme la vista.

XV.

En tal estado de cosas era necesario, indispensable, que yo me explicara; había ido muy adelante para poder retroceder ó quedarme estacionado; además,

todo deseaba, menos eso. Me resolví á escribirle: una de sus criadas, la que me pareció que obtenía su confianza, fué encargada de hacer llegar la carta á sus manos. En ella recordaba á María mi antigua afición, reprimida por los deberes de la amistad: el placer que experimentó mi alma al saber que estaba libre: mis planes para lo futuro, cimentados en mis esperanzas presentes. Nunca había estado tan poseído de los sentimientos que intentaba expresar, y sin embargo, cuando al acabar de escribir leí aquellas líneas que revelaban un pulso demasiado agitado, de ninguna manera me satisfacieron: las hallé frías, desaliñadas, y en la actualidad, ciertamente no podía hacer cosa mejor, porque se necesita que pase algún tiempo para que la emoción nos inspire: por lo pronto es demasiado fuerte, se reconcentra en el corazón, casi le ahoga: necesitaría para expresarse un idioma que no fuera el humano.

Envié la carta: yo no dudaba que sería contestada favorablemente, atendidas las pequeñas muestras de afecto que he mencionado. Fluctuando, no obstante, entre la esperanza y el temor que nos agita generalmente cuando va á ser pronunciado el fallo que ha de efectuar una crísis en nuestro destino, me encerré aquella

noche y escribí los versos que se leen á continuación, inspirados por esta incertidumbre y por el recuerdo de aquella noche feliz en que al lado de María dejéla traslucir mis sentimientos.

XVI.

Pálido es tu color, gentil doncella,
Inocencia revela tu mirada:
Como la palma en el desierto, aislada,
Melancólica siempre te miré.

Me hirió el alma el destello de tus ojos;
Tu voz oyendo el corazón latía;
Pero hacerte feliz yo no creía;
Siempre de tí por eso me alejé.

¡Y en esta noche aquí nos encontramos
Entre bullicio y luz y melodía,
Y solicitas la mirada mía
De la danza y las flores al través!

No puedo resistir: si se le espera
A nuestro amor un porvenir de duelo,
Yo ese funesto porvenir anhelo;
Hermosa, aquí me tienes á tus pies.

¡Ilusiones, no más! Tímido el labio
Sólo ensalzó esa noche tu belleza:
Recogiendo sus sombras la tristeza,
Hirió un rayo de luz mi corazón.

La esperanza, la fe con él vinieron,
Y, al reposar del sueño en el regazo,
Benéfico este dios anudó el lazo,
Reflejando la mágica visión.

¡Dulce es dormir si al despertar hallamos
Que un sér nos esclaviza el pensamiento:
Presentir que aun hay horas de contento,
Que torna el corazón á palpitar!

Que, al recorrer con halagüeños ojos
De nuestros años la fugaz carrera,
Encontraremos un laurel siquiera
Que ofrecer de la diosa en el altar!

Desengañado yo, sin esperanza,
Mi solitaria ruta proseguía:
¡Oh hermosa! te adoré; mas no creía
Que con mi amor feliz pudieras ser.

Si hay una voz que á mi ansiedad responda
Desde lo más oculto de tu alma,
Si sacrificas á mi amor tu calma,
Tuyo seré: contémplame á tus pies.

XVII.

¡Siempre recordaré este día! Ella pasó por mi casa, vestida de blanco, con el cabello suelto: así debía tornar á verla en otro día, víspera de que se enfermara.

Pero entonces no pude leer en sus ojos su resolución con respecto á mí: saludóme de un modo apacible, encantador, como tenía de costumbre.

La respuesta, sin embargo, no se hizo esperar largo tiempo: aquella misma tarde se me presentó la criada alargándome un papel cuidadosamente doblado. Yo, que gozaba de antemano, contemplando con los ojos de la imaginación la forma de su letra, la expresión de sus pensamientos; yo, hombre vanidoso, á quien ni por un instante asaltó la idea de recibir una repulsa formal, me quedé sorprendido, estupefacto, al conocer que el papel misterioso no era otro que mi carta declaratoria, que ni había sido abierta.

Confieso que no estaba preparado para este golpe, y un rayo caído á corta distancia mía, me hubiera anonadado menos que este chasco.

María enviaba á decirme que agradecía mi afecto; pero que no podía corresponderle porque, ocupada todavía en su edu-

cación, no pensaba en asuntos de este género.

Pero yo procuré sondear este misterio: interrogué á la criada, la exigí razones de mayor peso de parte de su joven ama, y entonces aquella me manifestó el temor de María de ser víctima de alguna burleta combinada entre F.... y yo, para vengar al primero de lo que había sufrido.

Rompí despechado la carta: no oculté á la criada el sentimiento que me causaba, no tanto la repulsa de María, cuanto que me creyera capaz de una bajeza semejante, que estaba en oposición directa con la naturaleza de mi amor y el orgullo de mi carácter. ¡Y era ella, con cuya imagen sola vivía mi corazón, y á quien tributaba los homenajes de una adoración sin límites; era ella, digo, la que me hería de esa manera, la que así lastimaba mi amor propio.!

Era mi agitación tan verdadera, tan fuerte, que la criada fué á hacerle una pintura del estado en que me dejó. Media hora después estaba de vuelta, con encargo de hablarme. María, por cuanto hay en el mundo, no hubiera querido ofenderme. Tal vez hizo una alusión delicada á aquella sospecha, y la criada había desfigurado el mensaje. No; ella me

apreciaba: aunque no me había tratado antes, conocía á fondo mi carácter, y, supuestos tales antecedentes, nada le era tan sensible como que pudiera yo sospechar en ella la intención de injuriarme; la circunstancia de no hallarse su educación perfeccionada, y motivos puramente domésticos, que no podía ni era necesario darme á conocer, le impidieron corresponderme.

Tal era la substancia del segundo mensaje, bálsamo consolador para una herida reciente.

Recuerdo que esa noche escribí los siguientes versos:

XVIII.

Breve fué la ilusión. Cierras tu oído
A las protestas de mi afecto ardiente:
Jamás creí que una alma indiferente
Ocultara tu faz de serafín.
A ablandarte, mis ruegos son en vano:
Está nublado el sol de mi existencia:
El hechizo rompióse.—Tu inclemencia
De mi dolor el cáliz llena al fin!

Mas, ¿por qué tu mirada seductora
Fué á iluminar entonces mi aislamiento?

¿A mi oído, por qué sonó tu acento
Trémulo de ansiedad, lleno de amor?
¿Por qué, como á las aves la serpiente,
Atraerme á tus piés enamorado
Para dejar así mi afán burlado,
Triste para dejar mi corazón?

¡Insensato de mí que en el desierto
Tregua hallar á mi sed creí en la fuente!
La arena me engañó, resplandeciente
Con los rayos del sol.... ¡arena hallé!
Soñé que en tu regazo me acogiste
Y que amorosa te llamabas mía:
Una estatua abracé, de mármol, fría,
Y, al tocarla, temblando desperté.

Adiós: me alejo; mas ¿su incendio el (alma
Cómo apagar podrá? Tú no has tenido
Piedad del que á tus plantas llega, herido
Por tu belleza, á demandarte amor.
Me engañaste, mujer; llanto me diste
Tan sólo en pago de un afecto santo.
¿Y ahora quieres enjugar mi llanto?
No: déjale correr... ¡por siempre adiós!

XIX.

Quedé en aquellos días presa de un malestar profundo, desvanecidas todas mis esperanzas, todos mis sueños de dicha disipados. Quise luchar para arrancar de mi corazón un amor sin porvenir, y en esta lucha, lejos de vencer, sólo pude arrojar un grito de angustia:

Yo no puedo vivir sin adorarte,
¡Ingrata! En vano tu desdén me abruma.
Vago en torno de tí como la pluma
Del remolino raudo á la merced.
¡Tu compasión siquiera! que tu mano
De mis ojos las lágrimas recoja:
Que tus miradas calmen mi congoja
Y que existir me dejes á tus pies.

Nunca ciérrase al mísero mendigo
La puerta del palacio suntuoso:
Yo perdí al conocerte mi reposo;
Dame en pago de él tu compasión.
Deja que me extasíe contemplando
Tu encanto ¡ay Dios! que para mí no es (hecho
Sin que brille en tus ojos el despecho,
Ya que no brilla en ellos el amor.

Es el otoño, y una lluvia helada
Mi ventana humedece gota á gota:

Suele bramar el ábrego y la azota
Con sonoro ruído en el cristal.
Es la noche con todas sus tinieblas:
El frío nuestros miembros entumece:
Calla el mundo, y al ánima aparece
Tu vaporosa imagen celestial.

Ya se adelanta tímida, amorosa,
Hacia mí, sin tocar el pavimento,
Y me llama en mitad del aposento
Y me tiende los brazos desde ahí;
Ya, como exhalación, pasa y me deja
De mi dolor sumido en la amargura;
¡Pero sueños de dicha ó desventura,
Cuantos la mente abriga, son por tí!

¡Oh! bendito el poder que dióme el cielo
Para expresarte lo que mi alma siente:
Estas líneas verás indiferente;
Mas se alivia al trazarlas mi dolor.
Son el canto del pájaro que, errante,
Su amor sin esperanza tal vez llora:
Perfume de una flor á quien la aurora
No prestó ni su luz ni su calor!

XX.

Después sucedió á esta agitación, á esta angustia, una resignación profunda con mi destino: conocí que me era imposible

renunciar á este amor, ó hacerme corresponder de María. Si ella me hubiese tratado con desprecio, con altivez; si se hubiera burlado de mí, sería un cáustico provechoso para mi enfermedad; pero, muy al contrario, me seguía dando mil pruebas delicadas de deferencia; continuaba pasando por mi calle. Cuando iba acompañada de su criada y una pequeña hermanita, á la casa de la Sra.... yo la seguía siempre á cierta distancia, y ella no lo desaprobaba: al entrar á la casa nunca dejó de recompensarme con una mirada tierna, encantadora... Las abuelas empezaban á chischibear, porque parece que los años les dan el derecho de mezclarse en todos los negocios ajenos; pero yo entonces tenía demasiado en qué pensar para ocuparme de su locuacidad. Además, el buen nombre de María no podía padecer en lo más mínimo, porque, si bien es cierto que yo la seguía, siempre era á distancia de media cuadra, siempre sumisa y respetuosamente,

"Como sigue el esclavo á su señor."

Nunca se me vió dirigirle una palabra, y eso que la carencia de otras oportunidades para hablar con ella, hubiera disculpado una conducta diversa. Peró si

me importaba poco que las gentes se ocuparan de mí, no podía soportar la idea de que esta niña bien amada figurase en la crónica de los estrados y corrillos. Quise padecer en silencio, más bien que exponerla al más ligero disgusto.

Ultimamente había aceptado algunas flores enviadas por mí; las había colocado cuidadosamente en su tocador, y con frecuencia hacía que les mudasen agua. ¿Esto, no era ya mucho para mí? Pero, ¿admitir mis cartas? No, eso no: siempre las mismas disculpas, siempre las mismas satisfacciones lisonjeras. Verdaderamente yo estaba enamorado de una sombra, de un ser perteneciente á la región de los espíritus; pero no por eso era ya mi amor menos acendrado, menos constante. Estas ideas engendraron en una hermosa mañana de Diciembre la poesía que á continuación inserto:

XXI.

Deslumbra el sol á su zenit subiendo
Bajo el dosel de un cielo despejado:
A su confusa agitación y estruendo
El mundo torna, de dormir, cansado.

Rompe la ya gastada ligadura
Con que tu cuerpo aprisionara el sueño,
Y ven á respirar la brisa pura
De la mañana, idolatrado dueño.

Ya no verás la matinal estrella
Brillar más hechicera en su agonía,
Ni en la roca ó el árbol que descuella
Su luz naciente reflejar el día;

Mas por el sol contemplarás heridas
Las montañas, mostrando sus cavernas,
Y bajar en torrentes convertidas
De nieve sus pirámides eternas.

Verás un océano de verdura
Ceñir extenso el límpido horizonte,
Y en colinas y en llanos y espesura
Subdividirse el solitario monte.

Verás la garza de nevada pluma
Dejar de un lago el cristalino asiento,
Para ostentar su gentileza suma
Volando y revolando por el viento.

Mas ya aparece en su balcón la hermo-
(sa,
Más hermosa que el alba: su mirada
Melancólica, extática, reposa
Al fin, del cielo en el azul clavada.

Sí: del cielo tan sólo la belleza
Puede arrobarte en éxtasis sublime,
Angel que á la mansión do el hombre gi-
(me,
Descendiste las penas á endulzar:
En tu destierro á la divina altura
Vuelves los ojos con piadosa calma,
Porque el cielo es la patria de tu alma,
Y es para ella irresistibe imán.

El adquirir tu amor es imposible,
Porque la humana adoración desdeñas:
Quizá otro amor en otros mundos sueñas
Del horizonte rojo más allá....
Yo también he soñado; mas contigo
Vagué por el espacio imaginario
Siempre, mujer; no triste y solitario
Como á existir me obliga tu frialdad.

En vano sus encantos muestra el día
Cuando la pena el corazón destroza:
Bajo el techo infelice de una choza
Fuera feliz viviendo con tu amor;
Aunque velara con neblina helada
Su azul hermoso la inmortal esfera;
Aunque al nacer la rosa pereciera
Al influjo de clima abrasador.

Sólo amarte en silencio es mi destino:
A lo lejos seguirte en tu carrera,
Como á su estrella el infeliz marino,

Como sigue el esclavo á su señor.
Tú mis votos rechazas, y no puede
Lejos de tí volar mi pensamiento:
Ave que ya no cruza el firmamento,
Porque su pluma en la prisión dejó!

XXII.

Yo respetaba, apreciaba esta conducta reservada y tímida de parte de María. Conociendo á fondo su carácter, por aquella facultad que sólo el amor puede prestarnos, de descubrir al primer encuentro, á las primeras palabras que escuchamos, la índole, los sentimientos de la mujer á quien adora nuestro corazón, me explicaba yo mismo la resistencia de esta niña á corresponderme. Educada constantemente al lado de una madre amorosa y vigilante, estaba acostumbrada á que ésta leyera en su corazón sus pensamientos, como en las páginas de un libro abierto. ¿Cómo ocultarle un secreto de tal entidad, que podía ejercer un influjo tan marcado en su suerte futura cual unas relaciones de esta clase? Y si lo confesaba todo, ¿no debía temer con justicia que su mamá, juzgando en este asunto con el

desapasionamiento propio de la razón, no me hallase digno de su querida hija, ó cuando menos, no autorizase la existencia de un amor que no ofrecía un desenlace próximo y favorable al bienestar de esta niña?

Y una vez alcanzado este desengaño, ¿no vería ya como una falta el pensar en mí, el aceptar mis homenajes? ¿No comenzaría la lucha entre el afecto y el deber? No: era mejor que los días siguieran pasando, dejándole cada uno de ellos algún recuerdo dulce de este amor; trayéndole cada uno nuevas esperanzas: ella me amaba en silencio: yo sufría mucho; mas ella era feliz, y no quería sacrificar su tranquilidad, tal vez para exponerme á mí mismo á una condición peor que la presente.

Mi amor se desarrollaba entretanto, con una fuerza extraordinaria. Todos los días recibía nuevos informes favorables acerca del genio y de las virtudes de María: sus criados la adoraban por su trato moderado y humano hacia ellos; la vecindad estaba encantada con su conversación y sus modales: era la joya con que su familia se enorgullecía.... ¡Ay! ¿por qué al trazar con mano incierta estas líneas, saltan las lágrimas á mis ojos? No; aun no es tiempo, corazón: vuelve á so-

ñar con aquellos dulces días, vuelve á oir el metal de voz de la que amabas, vuelve á gozar del fuego de su mirada. Después..... después, está escrito que yo mismo introduciré el escalpelo en tus heridas demasiado recientes!

XXIII.

Una ligera nube de celos vino por estos días á empañar el cielo sereno de mi amor. Se me aseguró (me lo aseguraba uno de mis amigos) que María trataba á..... con tan marcadas muestras de deferencia, que él mismo, sin abrigar interés alguno por esa niña, se consideraba comprometido á hacer una declaración amorosa en toda forma, para no estar representando un papel ridículo.

Esto me era demasiado humillante: conocí que no debía volver á pensar en ella; sentí un golpe tan desagradable, tan rudo en todo mi sér, como el que se experimenta al tocar la máquina eléctrica; solamente había de más que, si éste pasa con la rapidez del relámpago, aquél había quedado como reposado en mi corazón. Creí que sería imposible entre los

dolores humanos la existencia de otro mayor que el mío. ¡Cuán poco había adelantado entonces, hace algunos meses, en la carrera del infortunio!

Dejé de asomarme, dejé de verla: ella seguía pasando, seguía buscándome con sus miradas, sin comprender lo extraño de mi conducta. R...., que poseía mi secreto, se encargó de averiguar por sí mismo la realidad: observó con escrupuloso cuidado, y me aseguró que no existía causa justa para abrigar aquella sospecha. Sin embargo, yo continuaba aislado, desesperado. En esa noche nos encontramos María y yo en una reunión pública: al entrar conocí que me había visto, y no separaba sus ojos de los míos: me hice disimulado, no volví á verla en toda la noche, á pesar de hallarse casi enfrente de mí.

Al día siguiente, la criada, sea que se hubiera acostumbrado á que yo le preguntara constantemente por María y le enviara á decir algo por su conducto, ó sea que la noche anterior hubiese recibido encargo de aclarar este misterio, no pudo ya contenerse, y me preguntó la causa de mi reserva. Entonces referí lo que á mi ver eran motivos justísimos de enojo, y mi intento de renunciar á mis esperanzas. Volvió á las dos horas. María

me aseguraba que, si no me correspondía formalmente, era por las causas que me había antes indicado: que podía lisonjearme de poseer su aprecio: que mi sospecha la ofendía, la humillaba. La criada, por su parte, me aseguró de la sinceridad del afecto de María, y de que yo estaba ciego, puesto que no conocía que me amaba, aun cuando no pudiese al presente entrar en mayores relaciones conmigo.

Yo me obstiné en no creerlo así: á mi ver, todo esto no era más que subterfugios de que las mujeres se valen para cegar á sus adoradores, para hacer más patentes los trofeos consagrados á su belleza. Permanecí en este estado de agitación algunos días más. Después que he conocido mi error y lo contados que estaban los instantes efímeros de mi dicha, ¡cómo me he reprochado mi dureza, mi ceguedad! ¡Cómo el pensamiento de que pude haber disfrutado algunas horas más de felicidad, ha venido á asaltarme en los accesos de mi dolor, frente á un sepulcro aislado, solitario!

XXIV

Al cabo lució la aurora de un bellísimo domingo de Enero: se me presentó la criada de María á darme de su parte nuevas explicaciones, y á solicitarlas de la mía; á procurar de nuevo persuadirme de la rectitud de su conducta para conmigo. Yo, que no deseaba ya sino tal oportunidad para reconciliarme, pude al fin respirar, pude engolfarme en aquel mundo de ilusiones, de esperanzas y de felicidad, del cual me desterró por tantas horas mi capricho.

Antes de medio día pasé por su calle: la ví asomada al balcón: sí, allí estaba de nuevo aquella forma divina que ahora amaba yo más que nunca. Pasé cabizbajo, confuso: me había constituído en la situación de un reo que es llevado á la presencia de su juez: cuando alcé la cara á saludarla, me sorprendió lo triste de su expresión, sus ojos llorosos.... Entonces sentí mi corazón despedazado por emociones diversas, nuevas para mí: la idea de que yo la había hecho padecer injustamente, me estremecía: el pensamiento de que me amaba, sí, porque aquellas lágrimas me lo indicaban, me aniquilaba de placer. Aquel instante me valió un si-

glo de existencia; pero de aquella existencia que sólo llevan los ángeles, en que el hombre se olvida de la arcilla de que ha sido formado, de los dolores que le cupieron en suerte al emprender la peregrinación de la vida.

A contar desde este momento, María usó de menos reserva para conmigo: pasaba algunas horas en su balcón, y, al retirarse, con un ligero movimiento de cabeza parecía decirme adiós: continuaba admitiendo las flores que le presentaba á mi nombre la criada. Yo, á mi vez, le había rogado que me enviase un rizo de su cabello, ó una flor, una sola flor que la hubiese adornado, y cuya posesión me hiciera más feliz; pero entonces eludía mi deseo con diversos pretextos, y siempre con tanta sencillez y bondad, que era imposible hacer de su severidad un motivo de enojo.

Le remití el periódico en que habían sido publicados todos los versos que más arriba inserté, y ella los aceptó: me lo envió á decir, así como también lo mucho que le agradaron. Confieso que más caso he hecho siempre de las sátiras, que de las contadas alabanzas tributadas á mis ensayos. Los que se dedican á trabajos de pura imaginación, ó de una formación laboriosa, pueden envanecerse del éxito,

pueden emprenderlos, estimulados por la sed de gloria. El que escribe únicamente la historia de su corazón, sus sentimientos más profundos, escribe impulsado por la necesidad de desahogarse; publica por mera rutina. Pero ahora.... ¡qué dulces, qué lisonjeros me eran esos elogios prodigados á mis versos por la diosa misma que los inspiró! Yo sabía que todas las noches dedicaba algunos instantes á su lectura, que los llevaba consigo en un bolsillo de su delantal.

XXV.

Sería á mediados de Enero cuando destiné algunas horas á la pintura, impulsado quizá por mis pensamientos, que exigían algo que los apartase del objeto exclusivo en que se habían reconcentrado. Quise copiar en miniatura una hermosa estampa de "Julien," que representaba á una mujer en el acto de alzar á los cielos su plegaria. Yo he logrado adquirir alguna facilidad en la ejecución de este género de pintura; mas no sé inventar: no se me acostumbró desde el principio á tomar á la naturaleza por única guía en mis

ensayos; únicamente se me enseñó á copiar de otras pinturas: quizá poseo el gusto, pero no el genio del arte.

Puedo asegurar que por esta vez no tomé del original sino las proporciones, la actitud; desdeñé la expresión y el colorido. Tenía formado en la cabeza un ideal; le transladé al marfil; y, ¡cosa rara! estando mi imaginación ocupada con el recuerdo de María, nada sacó mi obra que tuviera semejanza con su belleza física; formas, colorido, todo era diverso, quizá los ojos se parecían, pero muy ligeramente; sólo los afectos más nobles de su alma, el amor, la piedad, tenían en mi obra un sello visible y enérgico. Yo no sé si el cielo dirigió mi mano aquí, sabiendo lo presto que debía desaparecer aquella forma bella y deleznable; la próxima libertad de una alma que debía abandonar el mundo demasiado temprano.

.. ..

Muchas veces había rogado á María que me enseñara sus dibujos: ella se había resistido durante mucho tiempo, so pretexto de que eran aun muy imperfectos: últimamente condescendía, bajo condición de ver primero alguna obra mía, y le envié esta miniatura, que estuvo pocas horas en su poder. Un ligero dolor

de cabeza le ofreció disculpa para retirarse del comedor á la hora del almuerzo: encerróse en su cuarto, y estuvo mirándola un largo espacio de tiempo. Cuando me fué devuelta, no me cansaba de besarla: no quería que otras manos la tocaran, porque no perdiera el talismán de su virtud. Después, cuando María estuvo con su mamá á visitar á mi familia, y vieron algunas pinturas, ¡qué mirada tan dulce de inteligencia me dirigió al tomar en sus manos la miniatura que secretamente había tenido antes en ellas!

— —

XXVI.

Es imposible que me lo oculte á mí mismo: extiendo demasiado mis apuntes al tratar de esta época de mi vida; me difundo en detalles que aburrirían al más pacienzudo lector, si estas líneas estuvieran destinadas al público. Un espíritu de egoísmo me hace dejar para más tarde, lo más tarde que sea posible, el relato de mi desventura. Pero, en adelante, qué pocas páginas puedo ocupar con recuerdos dichosos!

Y sin embargo, gozaré de lo que me

resta. Ved un hermoso día de Febrero: el sol está en su zenit, bajo el pabellón azul de los cielos, sin nubes que empañen su luz abrasadora: giran parvadas de garzas reales á considerable altura: el campo dibuja sobre el horizonte sus árboles más añosos y gigantescos. Ante una perspectiva tan bella, bajo la influencia de los sentimientos más dulces del corazón, nada falta al complemento de mi felicidad "Ella" está aquí, á mi lado.... su voz trémula é infantil hiere mis oídos.... Sus ojos reaniman en mi alma el fuego de la adoración.... Estamos en una cita, puedo llamarla así, porque, por medio de la criada, convenimos en visitar esta casa á una misma hora. María aprende con la señora ciertas labores; mas apenas ha comenzado, cuando se le rompe la aguja... ¡feliz casualidad! Pide otra á la señora, y, como no la había en aquella recámara, fué preciso ir á buscarla en la contigua y dejarnos solos.

María pareció cortada, yo le dirigí palabras de amor: un carmín bellísimo coloreó al instante sus mejillas pálidas. Cuando la señora volvió con la aguja, ella no podía aun reponerse de su turbación: seguimos hablando sobre cosas indiferentes, y á poco me despedí. Aquel fué uno de los más felices días de mi vida.

XXVII.

Por entonces estuve enfermo del pecho. Sea por efecto de algún descuido, sea por la influencia que ejercen en lo físico las emociones demasiado fuertes, mi dolencia tomó un aspecto más serio y se hizo necesario atenderla. Se me pasaron muchos días sin poder gozar de la vista, de la conversación de María. Asistió al último baile de máscaras, y yo tuve el sentimiento de no corresponder á su aviso presentándome en la reunión: esa noche me sentía peor, y estaba, además, irritado, celoso de que otros gozaran de una compañía por la que hubiera dado muchas horas de mi vida. En los días posteriores, María continuaba yendo á casa de las Sras..... pero yo no quise volver á presentarme tan presto: temía que esta familia, á quien aprecio sinceramente, sospechase que iba tan sólo atraído por María.

Mi enfermedad comenzó á ceder: salía por las tardes á respirar el aire del campo; las noches de luna eran bellísimas, y María pasaba por mi calle acompañada de una amiga suya..... ¡Dios mío! ¡Ella!..... ¡siempre ella en el pensamiento!

XXVIII.

Ayer he recibido la colección de poesías del señor Carpio. La he leído con avidez, porque hace tiempo que venero el nombre de este poeta, como pueden ser venerados los nombres de Herrera y de Rioja. Estando últimamente en México, la primera noche que concurrí á la Academia Literaria de Letrán, me simpatizó un anciano que estaba no lejos de mí, rodeado de la brillante juventud literaria que le oía con respeto: su conversación era concisa, su fisonomía apacible. Cuando leyó dos magníficos sonetos intitulados: "Visión de Bruto" y "Despedida de Héctor," pregunté precipitadamente su nombre. Era Don Manuel Carpio.

Repito que he leído con avidez su colección de poesías: he admirado en ellas la originalidad de estilo, la valentía de pensamientos, la religiosidad que respiran, y, sin embargo, no he quedado satisfecho, quizá por el estado de mi corazón.

A un hombre dotado de sensibilidad, de talento, dotes que constituyen el ingenio, siempre cupiéronle en suerte grandes pasiones; y el nacimiento de éstas, su desarrollo, su desenlace, forman la página más interesante de la poesía. ¿No ha amado el señor Carpio? ¿No ha gozado en la tierra días serenos y dichosos? ¿Nunca le ha herido el infortunio en sus más bellas esperanzas? ¿Nunca ha morado el dolor bajo su techo? Y si no fuere así, ¿dónde está la expresión de estos sentimientos, el grito de júbilo del que goza, el ¡ay! desgarrador del que pena? ¿Dónde están los afectos santos de la familia, cuyo recuerdo no abandona al guerrero en la confusión del combate, ni al náufrago cuando lucha con las olas?

Callaré, sin embargo, porque, casi al concluír el tomo, he leído una bellísima composición erótica, intitulada: "El Turco." ¡Qué facilidad en el lenguaje! ¡qué delicadeza y ternura en el fondo! Esta sola composición vale por todo un volumen de poesías de este género:

Nunca jamás me olvidaré en mis días
De cuando hablamos por la vez postrera.
"¿Me olvidarás por otra?" me decías:
"¿No llorarás por mí cuando me muera?"

¿Por qué encuentro un encanto tristísimo en estos versos, que me obliga á leerlos repetidas veces, y á recitarlos de memoria á cada instante? ¿Será un vago presentimiento de mi destino? ¡Acaso la

ausencia.... la muerte! ... No: no hay que pensar en eso; gocemos de la dicha presente. Dentro de una hora estaré á tu lado, querida niña. ¿No vas á oír á Coenen?

XXIX.

Está la noche serena, deliciosa: un vientecillo sureste agita armoniosamente las copas de los naranjos: la luna, sin alejarse demasiado del Oriente, navega en el piélago azul de los cielos.

Una multitud de gente ocupa silenciosa todo el largo de la calle. ¿Quién es aquella joven que, acompañada de otras personas, se acerca con paso ondulante y gracioso? No se distinguen sus facciones: hiérela por detrás la luna, proyectando en el suelo su forma bella como la palma querida del árabe. ¡Oh! nunca estuvo María tan hechicera, tan espiritual, como en esta apacible noche.

Mas ¿qué murmullo de agitación se levanta entre la concurrencia? Le sucede silencio profundo: no escucha cada cual sino su propia respiración....

De repente, un gemido dulcísimo hiere el espacio, haciendo estremecer de emoción á más de novecientas personas: después se pierde este gemido en mil diversas modulaciones.

Es el sonido de la voz humana cuando habla con indiferencia: es el sollozo de la mujer que llora suplicando; el acento del hombre cuando las venas de su frente aparecen hinchadas por la ira: la voz de la brisa entre los árboles, el bramido de la tempestad, el murmurio monótono de las aguas. En el idioma del alma significa el recuerdo de lo pasado, la esperanza de lo futuro: la tranquila infancia con sus juegos, y su inocencia y sus llantos fugaces, preludio de las lágrimas que después vertemos: el noble orgullo, la gloria á que puede aspirar el alma que no se siente creada para vegetar inútilmente en el fango del mundo.

.. ..

Calla la voz: la luna continúa su curso tranquilo rompiendo grupos de fantásticas nubes: la brisa gime entre los naranjos y limonares

Y allí, en el interior de una sala, está Franz Coenen, el que, á la edad de veintidós años, roba á su violín esas armonías que nos deleitan.

"Ave de paso en extranjero suelo,"

ha ceñido entre nosotros sus primeros lauros: vuelve á su tierra natal, llevando consigo un nombre glorioso y la perspectiva de un porvenir todavía más grande, más glorioso!

La luna prosigue su carrera: los vientos se adormecen.

Mi corazón palpita violentamente.... María está cerca de mí.—¡Qué noche aquella! Si entonces me hubieran dicho que cuatro días después, la muerte había de segar en flor todas mis esperanzas: que ya el sepulcro se abría para recibir aquella forma encantadora, que había venido á darme el postrer adiós en aquel sitio, ante el espectáculo grandioso del plenilunio, con las melodías dulcísimas de Coenen, no lo hubiera creído: porque cuando el hombre es demasiado feliz, se resiste á creer en otra situación de su vida, que no sea la presente.

XXX

A la siguiente mañana, muy temprano, supe que María estaba enferma: había ido la criada á media noche por el facultativo, quien, después de reconocerla, declaró que tenía fiebre escarlatina. La vieja parecía alarmada, temerosa de la enfermedad. Yo tenía en mis manos varias flores y papeles que iba á enviar á María. Mucho me desazonó la noticia; pero no creí que aquello tuviera consecuencias funestas: no podía asociar la idea de su estado actual de gravedad á las hondas impresiones de dicha que había experimentado mi alma en la noche anterior. Hice á un lado las flores y los papeles: dediquéme á multitud de negocios materiales que impidieran al pensamiento enseñorearse de mi cerebro. Por la tarde hallé un recurso en el sueño: consideraba que aquello pasaría presto; mas yo no encontraría sosiego mientras se hallara María en una situación peligrosa.

Al día siguiente tuve noticia de ella, luego que amaneció: había pasado una noche tranquila: más tarde hablé con el facultativo, quien me aseguró que el caso no presentaba un carácter alarmante. Dormí casi todo el día: por la tarde vino F.... á visitarme, para que le acompañase al paseo: no pude complacerle, porque me sentía muy agitado. Cada tres ó cuatro horas recibía noticias de María: en aquella noche había crecido notablemente la calentura: el médico, sin embargo, afirmaba que no había peligro.

El tercer día, sábado, se me hizo muy

largo y penoso. La pobre niña se conservaba sin presentar señales de alivio. Yo tuve que entender en multitud de insignificantes negocios, que tratar con gentes ajenas á los dolores de mi corazón: por la noche, temprano aun, me fué imposible dormir, y, queriendo huír de mis presentimientos, salí á la calle. Al pasar frente á su casa, ví la vidriera de su recámara iluminada por la luz interior; algunas sombras de mujeres sentadas se proyectaban en los cristales: todo indicaba la quietud. Cuando volví á pasar, al retirarme á casa, ví todo en el mismo estado: llegué con la esperanza de tener mejores nuevas por la mañana: murmuré algunas oraciones cortas, con distracción, y me quedé profundamente dormido.

XXXI.

"Sigue mala, muy mala..... se muere!" Tal fué la contestación que dió la criada el domingo siguiente, á una infinidad de preguntas que yo le hacía. Un fuerte calosfrío recorrió instantáneamente todo mi cuerpo.... Me dominé, sin embargo; procuré disipar los temores de

aquella mujer, cuando comenzaban sériamente á apoderarse de mí mismo. Todos los demás avisos que me dió durante la mañana, fueron igualmente funestos. Tal vez hoy hacía crisis la enfermedad; tal vez se salva!.... Sí, todo esto y mucho más podía pensarse; pero yo tenía ya el dardo de mi desgracia clavado en el pecho: había presentido su muerte.

¡Entonces experimenté un dolor tan grande! Se moría esa niña querida, sin que me fuera dado cerrar sus ojos al sueño eterno, teniéndola en mis brazos al expirar. Sus últimas palabras, su postrera respiración debieran ser recogidas por el hombre que aspiraba á su mano; para quien, llevándola por compañera, la vida hubiera sido un cielo. ¡Y yo no podía siquiera poner los pies en el umbral de su puerta, cuando no le quedaban sino muy pocas horas de agonía, porque no visitaba la casa: su familia ignoraba nuestras inocentes relaciones!

La mañana había estado sofocante: el sol de Marzo brillaba desde un cielo caliginoso, que le prestaba un aspecto siniestro. Por la tarde quise permanecer en casa; pero vino P.... y me forzó materialmente á salir. Fuimos al campo: algunas aplomadas nubes que se agrupaban bajo el cielo del paisaje, comunicábanle

su tristeza. Era un valle formado por tres pequeñas colinas coronadas de árboles; no llegaba aquí el menor bullicio del mundo.

Mis pensamientos dominantes me llevaron á meditar en esa ley inmutable de destrucción que impera sobre los objetos que puede contemplar nuestra vista en el suelo, en este suelo hospitalario que nos ofrece un lecho de descanso al fin de la peregrinación. Ví á la mariposa romper su capullo oculto en el seno de una flor: aquella se lanza al espacio con su vuelo desigual, cuando ésta ya desaparece, desecha por el viento.... ¡Feliz mariposa! Tal vez abandonando esta tierra de maldición prolongarás hasta lo infinito tus días.... Pero allá va tras ella un pájaro más veloz que el viento: la mariposa huye, aunque tarde; el pájaro la apresó con el pico, y desciende ufano en su crueldad. Esta es la ley del más fuerte: así prosperan en la tierra los malos, mientras los buenos sucumben. Mas hé aquí un cazador, que acecha con ojo de águila al pájaro implacable.... le apunta con su arma, sale el tiro, y el pájaro queda sin vida.

Todo muere, todo desaparece, todo es sueño en la vida; no hay sino una realidad: el dolor. Absorto con estas ideas,

seguidamente me hirió el recuerdo de mis días más tranquilos, de todos los sueños de felicidad que había alimentado: esto era un sarcasmo en mi estado presente. Sólo contemplaba el lecho de angustia donde pasaría unos instantes más la que por primera vez inspiró á mi corazón un amor verdadero. Y, muerta ella, no comprendía que lazo alguno me pudiera ligar á la tierra, hacerme soportable una existencia odiosa. Pesé en mi mente los grandes estimulantes de la vida: la gloria, el placer; y estas palabras no hallaron eco en mi corazón; murieron como el grito del árabe en los arenales.

XXXII

A las siete y media de la noche se me presentó la criada con semblante demudado.—¿Cómo sigue, cómo?—Se muere; está acabando—me contestó, y rompió en llanto. Media hora antes había tenido lugar una junta de médicos: se ordenó una sangría; mas al picar la vena, no salió una sola gota, porque este jugo de la vida estaba estancado: el árbol debía perecer.

Se llamó á un sacerdote, el que vivía

más cerca, para que le administrara los auxilios espirituales; y sólo pudo olearla, porque confesarla no era posible: su lengua estaba pegada al paladar: el órgano de la voz no existía: el sér humano debía morir!

Incliné la cabeza, anonadado, sin sentimiento, y permanecí de este modo por muchas horas. El sueño ejerce en mí una tiranía tan completa, que raras veces le han ahuyentado de mis párpados ó el placer ó el dolor. Tal vez se creerá que me visita el sueño por falta de profundidad en estos sentimientos.... ¡Ojalá que así fuese, porque sería menos desgraciado! Considero más bien que el sueño es una enfermedad en mí; pero me he conformado, he capitulado con él: me arrojo en su regazo cuando me hiere la suerte, y no me presenta imágenes que agraven mis dolencias: gozo de un olvido completo, de la tranquilidad del no sér. Así, en esta noche angustiosa, no me visitaron sueños algunos: solamente á la madrugada me pintó la imaginación amaneciendo un día triste y nublado; la criada llegando á mi presencia y diciéndome, al señalar el cielo, que había muerto María. Me eché á llorar, y me despertó mi llanto: comenzaba á entrar la luz por las rendijas: me vestí, quise bajar al momento, y me acometieron bascas terribles; apoyándome contra las paredes, salí al fin, porque aquel estado de incertidumbre me mataba.

El día estaba frío y nebuloso: así, pues, una parte de mis sueños comenzaba á realizarse: cuando abrí la puerta exterior, ya la criada estaba esperando en la calle: le pregunté con voz incierta por María, y no me contestaba.—¿Ya es muerta?—volví á preguntar.—"Sí; ya es muerta."

Entonces sentí que se me despedazaba el corazón; después comencé á sollozar; pero el dolor me ahogaba: al fin vino el llanto á mis ojos, y prorrumpí en gritos. ¿Por qué es tan cruel la memoria? En un instante pasó ante mis ojos mi inclinación naciente, la belleza de María; luego, mi adoración profunda, las pruebas de amor que ella me dió en los días posteriores: mi felicidad pasada, mi estado presente, mi suerte injusta sí, muy injusta! Corrí á echarme en los brazos de mi padre, le referí mi amor á María, su muerte.—"No llores,—me dijo, estrechándome contra su corazón;—estaba destinada para el cielo." Mis hermanas cercábanme, alarmadas por el exceso de mi dolor. ¡Cómo se conmovió con este espectáculo el corazón de una madre amo-

rosa! Me retiré á mi cuarto, y durante dos ó tres días no tuve facultad para reflexionar sobre mi destino: el llanto fué mi ocupación exclusiva.

XXXIII

Cuando al saber la fatal noticia me asomé á la puerta y miré hacia la casa de María, ví abierto el balcón de su recámara, que había estado cuidadosamente cerrado en los días de su enfermedad. ¡Qué sensación tan dolorosa experimenté! Allá dentro estaba tendida esa malograda criatura, tan profundamente adorada por mí. ¿Cómo estarán sus facciones? La muerte las habrá demudado: en lugar de su mirada bella y ardiente, horrorizará la mirada del cadáver, inmóvil, sin brillo: en vez de la sonrisa tímida, habrá en sus labios el frío de la muerte.... Y allí, en ese balcón, es donde casi siempre la he visto en los mejores días de su juventud.... la he visto alegre ó triste, amante ó desdeñosa, á la luz de la mañana, con el crepúsculo dudoso de la tarde, al resplandor de la apacible luna.... ¡Cuán solitario permanecerá siempre ese balcón **para mí!**

Estos recuerdos, estas ideas, cruzaban débilmente por mi imaginación en esas horas de calamidad. En la tarde del segundo día de muerta, llevaron el cuerpo de María al lugar del eterno reposo. Por la noche brillaban las estrellas bajo un cielo sereno: alcé mis ojos inundados en llanto á preguntarles por su tumba, esa tumba que ellas tenían la facultad de ver, que alumbraban en este momento con sus trémulos rayos.

Luego experimenté algún desahogo repasando varios versículos entresacados del libro de Job.

XXXIV.

"¿Quién me dijera que yo fuese como en los meses antiguos, según los días en que Dios me guardaba!

"Cómo fué en los días de mi mocedad, cuando Dios en secreto moraba en mi tienda.

"Lloraba en otro tiempo sobre aquel que estaba afligido, y se compadecía mi alma del pobre.

"Esperaba bienes, y viniéronme males: aguardaba luz, y sobrevinieron tinieblas.

"Mis entrañas hirvieron sin reposo alguno: sorpendiéronme días de aflicción.

"Perdí las esperanzas, no viviré ya más: perdóname, que nada son mis días.

"¿Qué cosa es el hombre para que le agradezcas? O, ¿por qué pones en él tu corazón?.

"Le visitas de madrugada y de repente le pruebas.

"Tus manos me hicieron y me formaron todo en contorno; ¿y tan de repente me despeñas?

"Apiadáos de mí, apiadáos de mi, siquiera, vosotros, mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.

"¿Por qué no he muerto en la matriz, ó luego que salí del vientre no perecí?

"¿Por qué fuí recibido en las rodillas? ¿Por qué me dieron de mamar los pechos?

"Pues ahora durmiendo estaría en silencio, y en mi sueño reposaría.

.. ..

"Allí los impíos cesaron del tumulto, y allí reposaron los de fuerzas cansadas.

"Y los que en otro tiempo juntos con grillete, están sin molestia: no oyeron la voz del sobrestante.

"El chico y el grande allí están, y el siervo libre de su señor.

"¿Por qué fué concedida luz al miserable, y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?

"Que aguardan la muerte y no viene, como los que cavan en busca de un tesoro.

"Y se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro.

"Si me echo á dormir, digo: ¿cuándo me levantaré? Y de nuevo esperaré la tarde, y me hartaré de dolores hasta la noche.

"Reducido soy á la nada: arrebataste como viento mi deseo, y como nube pasó mi salud.

"Ya ahora, dentro de mí mismo, se marchita mi alma, y me poseen días de aflicción.

"Mi espíritu se va atenuando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro.

"Me llamarás, y yo te responderé: alargarás la derecha á la obra de tus manos.

.. ..

"Mis días pasaron, mis pensamientos se desvanecieron atormentando mi corazón!"

———

XXXV.

El convencimiento de la inutilidad de mi existencia me anonadaba Quizá este golpe no hubiera sido tan terrible en los primeros días de la juventud, porque entonces aun no se forman planes para lo futuro: se vive con el día, y el corazón no está capaz de abrigar un amor demasiado profundo. ¡Pero ahora! todas mis esperanzas eran cortadas de raíz, toda mi felicidad deshecha: no podía ya considerar la vida sino como un doloroso legado. Nunca, sin embargo, me hallé tan íntimamente convencido de la inmortalidad del alma como en estos instantes: me parecía imposible, absurdo, que un sér tan bello, tan virtuoso como María, estuviera destinado á brillar unos días en la tierra para servir de pasto á los gusanos del sepulcro. Aquella noble inteligencia, aquella bondad, ¿habrán expirado como las notas de un instrumento en el festín de la vida, que no tornan á resonar? El amor, el puro amor que encanta por breves horas nuestro paso en la tierra, ¿es el emplazamiento mutuo de dos almas para gozar inefables delicias en otro lugar imperecedero, ó pertenece al número de las locuras humanas que terminan en el ataúd?

Si así lo hubiera creído, si hubiera faltado á mi corazón la esperanza, la convicción acerca de la inmortalidad, una misma losa nos hubiera cubierto á entrambos. Bendije al cielo porque no había permitido que la sociedad me arrebatara la fe inculcada por mis padres en mi alma, desde los días de la niñez; tendiendo después la vista por el vasto cementerio del mundo, hallé que también un corto espacio de tierra me estaba destinado para reposar; en seguida, creí ver á María, que con los ojos llorosos y la sonrisa de la inmortalidad en sus labios, me miraba fijamente, diciéndome:—"Consuélate y espera."

XXXVI.

¡Qué emociones tan penosas experimenté cuando me fué preciso salir del aislamiento á que me había condenado en mi recámara durante muchos días, y volver á ocuparme de los negocios de la vida! Todos los objetos volvían á presentarse á mis ojos muy diferentes de como los había dejado: el prisma al través del cual veía al mundo, estaba roto: el sue-

ño desvanecido; mi dolor, la inutilidad, la monotonía de estos objetos, era lo verdadero.

Mis heridas se renovaron al ver á la criada de María que revelaba una pena sincera. Pero, sobre todo, me sorprendió: las angustias de unos cuantos días habían impreso en sus facciones la huella de muchos años más de existencia; al verme se echó á llorar, y yo maldije de nuevo mi suerte.

Nada era capaz de consolarme: ni los consejos de mi familia, ni el cariño de mis amigos. F.... me visitaba con frecuencia y pasábamos largos ratos en silencio. ¡También él la había amado!

Una tarde, á fines de Marzo, entré al templo de S..... He llevado la costumbre de concurrir allí todos los años en esta misma tarde, la del Viernes de Dolores. Pero, ¡qué situación tan diversa la mía en los anteriores años! Dominado por mis pasiones, ó helado por la indiferencia, mi pensamiento vagaba casi siempre fuera de estas paredes santas, perdiéndose en las frivolidades del mundo; y ahora, arrinconado en el coro, cada vibración del piano hacía asomar á mis ojos las lágrimas; cada cántico del sacerdote hacía á mi corazón remontarse á la única fuente verdadera de consuelo.

Había llovido esa tarde: los truenos cesaron, y el viento Norte arrastraba grupos de nubes que comenzaban á adornar el crepúsculo: extremecíanse con misterioso rumor las vidrieras de las altas ventanas del templo.

Allí me consideré solitario, desgraciado, frágil caña del mundo, ante el Dios que encadena las tempestades y puso límites al mar; y con la conciencia de su poder y de mi nulidad, le pregunté por qué me había arrebatado á María; por qué había secado en mi corazón aquel manantial de esperanza; por qué me había herido de muerte. Le dije como Job:

"Contra una hoja que es arrebatada del viento, haces alarde de tu poderío, y persigues á una paja seca."

¡Ay! que el dolor cegaba entonces mi corazón. Dios tuvo misericordia de mí, porque con mano invisible me señaló sus altares, donde la ofrenda más valiosa á sus ojos son las lágrimas del que pide consuelo.

XXXVII.

¡Su tumba! ¡ver su tumba!.... Este deseo que no me había atrevido á satisfacer por falta de valor para soportar tantas emociones dolorosas, volvió de nuevo á apoderarse de mí.

M.... se comprometió á acompañarme: una calle de árboles frondosos se adelantaba hacia el cementerio; por aquí había pasado la comitiva fúnebre para llevar á su postrer asilo á una joven de catorce años que formaba las delicias de los que la amaron; al llegar nosotros al recinto mortuorio, hirió mis oídos el sonido de voces humanas: unas cuantas mujeres y varios niños vagaban leyendo con indiferencia los epitafios M.... y yo nos sentamos en el pretil de una obra de mampostería á medio construir; á poco los niños vinieron á preguntarnos si sabíamos cuál era el sepulcro de María. Esto me causó una impresión dolorosa. M.... les señaló el sepulcro; estuvieron algunos instantes examinándole, y después todos se alejaron; mi amigo y yo quedamos solos en el cementerio.

Cuando M.... señaló á los niños el sepulcro, no tuve ánimo suficiente para seguir con la vista la dirección de su mano: ahora él caminaba por delante, y yo

le seguía preocupado y silencioso; de repente, deteniéndose frente á una tumba casi aislada, sin inscripción ni cruz: "esta es" me dijo, y se apartó algunos pasos de mí.

No era éste el lecho nupcial que yo me prometía en las horas de mi esperanza, al escuchar la voz tierna y amante de la que duerme aquí, olvidada del mundo! ¡María! ¡Niña de mi corazón! ¿por qué te han arrebatado del seno de tu familia para depositarte en este lugar funesto? ¿No debes ser mía? ¿No tus miradas me prometían un amor eterno, una vida de inefable felicidad? ¿Por qué te has alejado, sumergiéndonos en honda desesperación? ¿No te queríamos tanto? ¿No escuchas mis sollozos, las quejas de tu madre, el llanto de tus hermanos?....

Hago un esfuerzo.... me arranco de aquel lugar conteniendo mi llanto; visto mi rostro de indiferencia, y entro de nuevo en el mundo, á arrastrar una existencia penosa.

XXXVIII.

"Enjuga ya tus lágrimas: fué un sueño,
Dulce sueño de amor: ¡pasó cuán breve!
Sacudido el letárgico beleño,
Volver tu alma á la existencia debe.
"Ella" doró tus juveniles días,
Por "ella" el pecho á la esperanza abrias,
"Ella" el afecto te inspiró más santo;
Pero pasó cual fugitiva sombra....
¿Por qué tu labio sin cesar la nombra
Cuando todo acabó? ¡Cese tu llanto!"

Derramar en mi ánima el consuelo
Así la voz de la amistad quería:
"Pasó," me dice en cariñoso anhelo:
Me lo dice mejor su tumba fría!
Pasó cual por los valles el torrente;
Astro, apagó su luz resplandeciente
En la lóbrega noche del olvido.
Mas, durante la vida transitoria,
¿Cómo la apartará de su memoria
El infeliz que tanto la ha querido?

Y se encontraba en la mañana bella
De juventud. Como la flor se anima
Sintiendo el rayo que derrama en ella
Propicio el sol bajo templado clima.
Presintiendo el poder de su hermosura.
Dió animación á su mirada pura;
A su acento prestó más melodía:

De inteligencia el sello soberano
En su frente brilló: mas ¡qué temprano
Anocheció de su existencia el día!

Yo la adoré. Como al volver de un sue-
(ño
La claridad del cielo nos encanta,
No pude ser de mi entusiasmo dueño,
Contemplando ante mí belleza tanta.
Ella mis votos rechazó tranquila:
Después, como la nube que vacila
Con encontrados vientos en la altura,
Se inclinaba su amor á confesarme,
Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme
En prendas de ese amor... ¡su sepultura

En ella un ave de plumaje pardo
Viene á posarse hendiendo la neblina,
Y ensaya un canto doloroso y tardo
Cuando la obscura noche se avecina.
No lejos, una flor su aroma exhala,
Y el ave, triste, al desplegar el ala
Para seguir su interrumpido vuelo,
A mi oído parece que murmura:
"¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura
Con el perfume, tu mirada al cielo?"

XXXIX.

Ultimamente, he debido á la amistad de la Sra..... el poseer un librito de misa, tomado del costurero de María. También la fiel y antigua criada, cediendo á mis ruegos, me trajo un poco de cabello de su trenza. ¡Cuántas horas he pasado contemplando en silencio estos objetos que sólo debo á la compasión de los que se interesan por mí! Objetos que había podido obtener de la que pasó por la tierra como una ave extranjera, cuyo tránsito no es indicado para mí por una sola de sus plumas! ¡Cuántos besos les he prodigado,—desahogo de un amor sin esperanza, culto al cual destruyeron su altar y sus divinidades;—ósculos que jamás imprimí en su frente, que se reclinó en el ataúd casta y sin mancha como la azucena de los valles!

XL.

He vuelto después varias veces á visitar su sepulcro: la misma calma, la misma indiferencia reinan en derredor: cúbrele el cielo con su pabellón azulado ó

nebuloso: le azota la lluvia ó gime en e. melancólica la brisa de la tarde. Allí he alzado al cielo mis oraciones por su eterno reposo; allí, meditando en los males de la tierra, á que demasiado presto fué arrebatada, en la gloria suprema que Dios le destinó en el tabernáculo santo, mi desesperación ha tenido que acallar su voz.

He querido volver al mundo, adormecer mis recuerdos entre la agitación de lo presente, y el mundo me ha rechazado, porque no tiene conexión con el que llora. Mis amigos ya no me hablan de tí, porque te olvidaron, ó porque temen despertar mi dolor; mis recuerdos se han reconcentrado en lo más profundo del alma, y he vuelto á mis sombrías meditaciones.

No concibo ahora cómo, antes de conocerla, de amarla, pude contar algunas horas de felicidad; cómo pudo halagarme esa quimera que llamamos gloria, y cuya adquisición anhelé después como un mérito para conseguir su amor.

He debido también á la bondad de una madre desdichada, el ver los últimos dibujos de María: algunos son al claro-obscuro; hay otros iluminados al pastel; en varios de ellos ví su nombre, escrito con lapiz, por su mano. Todos revelan la

aplicación, la feliz disposición de mi pobre María para el arte. Me parece imposible que yo vuelva á ejercitarme en él, porque son muy desgarradores los recuerdos que en mí despierta.

XLI.

Carta á.....

La simpatía que en mi dolor me manifiesta Ud., querido amigo, en su grata última, le mitiga en cuanto es dable. No había visto letra suya en muchos días: pero, mientras somos felices, hasta los amigos nos olvidamos: suena la hora de la prueba, y si ellos acuden á enjugar nuestras lágrimas, son dignos de tal nombre.

Me culpa Ud. porque, reinando entre nosotros una confianza ilimitada, no le había comunicado este amor secreto que ha tenido por desenlace un sepulcro.—¡Ay, amigo mío! Ud. ha sido testigo de la ligereza con que antes he obrado en mis afectos, hijos más bien de la fantasía, que del corazón. Yo he tenido con respecto á ellos un desarrollo prematuro: me hallé joven en años y viejo para

el entusiasmo. Y, cuando creía desvanecida toda esperanza, mirando con ojos envidiosos hacia atrás, hacia los días de mi primera juventud, que no me era dado reproducir, la aparición, la conciencia del sentimiento verdadero que ahora se apoderaba de mi sér, me hizo egoísta. Formé de su existencia un misterio; le encerré en el fondo de mi corazón, temiendo que la luz le robara su encanto, como al tulipán le roba su aroma. ¿Y me pregunta Ud. quién era ella, que así me subyugó, inspirándome un amor que ya no volveré á sentir acá en la tierra?.... Ella era.... ¡no puedo nombrarla, porque se me despedazaría el corazón!

Imagínese Ud. cuanto pueda encerrarse de dulzura en la mujer: atractivos que no deslumbran, pero encadenan; pureza de azucena, alma angelical, melancólica, porque tenía quizá un presentimiento de su fin prematuro; imagínese cuanto pueda haber de bello, de santo, y forme Ud. una niña de catorce años adornada de todas estas dotes, y compare mi felicidad inefable de ayer con el abismo sin fondo de mi actual desdicha.

Y si Ud. estuviera aquí, viendo continuamente á una madre que llora día y noche, llamando á su querida hija, preguntando por ella á cuantos ve, estoy se-

guro de que se conmovería profundamente. Esta mujer, de una inteligencia tan alta, de una sensibilidad tan exquisita, no se conforma con que la muerte haya arrebatado de sus brazos al sér en quien se miraba fielmente reproducida. Repito á usted que el aspecto de su dolor le haría sollozar.

Añada Ud. ahora á mi aislamiento, á mi desesperación, el contraste más chocante, más doloroso. Figúrese que los días se suceden bajo un cielo el más sereno, con las brisas más perfumadas, con los más dulces cantos de los pájaros que comienzan á llegar, atraídos por el hálito primaveral. Sobre el fondo de este paisaje coloque Ud. los acontecimientos que me anonadan, y tendrá el dolor mezclado con la felicidad; la muerte al lado de la belleza y la juventud!

¡Quiera el cielo, querido amigo, coronar los votos que su cariño le dicta acerca de mi suerte! Convengo con Ud. en que lo único que pudiera dulcificarla, es el beleño que nos asemeja á los que bajaron á dormir en el sepulcro; beleño que no me es dado conseguir, y cuyo nombre es "el olvido!"

XLII.

Y al presente debo terminar estas líneas, debo despedirme de tí, malograda niña, que hace muchos días te alejaste, olvidando á tu desdichado **amante.** Al estampar estos recuerdos, he vuelto á soñar con la felicidad, bosquejando mis días dichosos; he llorado mucho, y mi corazón se ha desgarrado al describir tu muerte y mi situación actual.

Esto ha sido para mí un sacrificio, y al mismo tiempo un desahogo; estas páginas, si permanecen ocultas en mi cartera, me dirán si tengo la locura, después que pase mucho tiempo, de volver á soñar con otros amores, con otra felicidad, —que existe un sepulcro donde reposa la mujer á quien más amé, la que me hizo feliz unos instantes para dejarme en aislamiento eterno! Si algún día ven la luz pública, ¿cómo no ha de reconocer nuestra sociedad, bajo el sólo disfraz de un nombre diverso, á la que formaba su más preciado ornamento, á la que desapareció más presto que el fuego fátuo de los cielos? ¿Cómo no ha de verter una lágrima á su memoria, una lágrima de compasión á mi desdicha?

Me he detenido muchas veces, amada

mía, frente á tu asilo funerario, para reflexionar profundamente acerca del porvenir; me he preguntado si ahogaría mis antiguas aspiraciones para arrastrarme de un modo obscuro y material durante los días que me restan, puesto que ya no existe el móvil de mi ambición; ó si deberé abrigarla todavía, á fin de conquistar una palma para tu sepulcro. Entonces he deplorado mi impotencia, y he creído que sólo tu recuerdo dulcísimo, espiritual, que desde hoy grabará un sello eterno de tristeza en cuantas quejas se exhalen de mi corazón, podría conquistar aquella palma.

¿Pero tú muerta, reposando ahí, tan lejos del mundo; y yo en su bullicio y agitado aun por ideas terrenas? ¡No! tu gloria tiene por pedestal el recuerdo de tu belleza, de tu bondad inefable: yo me ocuparé en llorarte, porque perdí contigo cuanto se puede perder en la tierra.

Un rayo de esperanza vuelve á iluminar mi alma en este momento. Dios, en cuyos brazos te refugiaste, no querrá separarnos eternamente; nuestro aislamiento es pasajero; un día su voz paterna me llamará al seno de la gran familia universal, donde te hallaré: la vestidura blanca y la corona virginal con que te depositaron en el ataúd, trocadas en el vestido y la corona de la esposa. Entonces nuestra unión, nuestra dicha, serán eternas.

Pero, entretanto suena esa hora, duerme en paz, malograda niña; duerme en paz!

———

La Quinta Modelo

LA QUINTA MODELO

I

LA VUELTA A LA PATRIA

En la mañana del 19 de Octubre de 184*** la campana de la fortaleza de San Juan de Ulúa dió el toque de vela, y pocos momentos después, sobre la sábana inmensa del mar, apenas agitada por la brisa, apareció un vapor norteamericano, arrojando al cielo sus bocanadas de humo. Desprendióse del muelle el bote del práctico, llevando á algunos empleados oficiales é individuos particulares, y á impulso de los remos fuese acercando rápidamente al vapor, pareciendo á los que lo veían desde la playa, una de esas gaviotas que vuelan á flor de agua anunciando la tempestad.

En la cubierta del vapor, estaba en

pie, mirando hacia la tierra, un hombre como de treinta y ocho años de edad. Traía pantalón, corbata, paletó, gorra, guantes y zapatos de una especie de paño pardo, y de vez en cuando empuñaba un anteojo pequeño, dirigiéndolo á la playa ó al islote donde se eleva Ulúa; pero ni la cadena de montañas dominadas por el Orizaba y el Cofre de Perote, y que prestan fondo á los renegridos edificios de Veracruz, ni el fuerte, que sólo sirve de prisión de Estado y que viene á ser para la plaza una amenaza perpetua, ora en el caso de guerra civil, ora en el de guerra extranjera, parecieron conmoverle en lo más mínimo. Aquel hombre debía estar dotado de lo que hemos dado en llamar una alma romana, puesto que no le causaba impresión alguna volver á ver las montañas ni los edificios del país donde nació. Solamente se animaron sus toscas facciones cuando el bote del práctico se acercó lo necesario para que, con ayuda del anteojo reconociera á algunos de sus amigos que iban á darle el abrazo de bienvenida. Pocos momentos después se reunían todos en la cubierta y asediaban al viajero á fuerza de preguntas, ó le instruían de los últimos acontecimientos del país.

Para que el lector haga conocimiento con el personaje que más adelante no podrá menos que interesarle en cierto modo, comenzaremos por decirle que había caído recientemente una de tantas administraciones cuantas ha tenido México, y que los desterrados por ella al extranjero, volvían con el aire de víctimas mezclado á las pretensiones de vencedores.

Gaspar Rodríguez, que es el personaje en escena, tuvo la mala ó buena suerte de hacerse sospechoso al gobierno á causa de su lenguaje un tanto desenfrenado y espartano; en consecuencia y consignado á sí mismo, fué embarcado un día á despecho suyo, y para disimularlo, al perder de vista las playas de Veracruz, tarareaba con la espuma en los labios aquellos versos de Rodríguez Galván: "Adiós, ¡oh patria mía!—¡Adiós, tierra de amor!" pensando, en suma, lo que haría para vivir en el extranjero, supuestos los no muy abundantes recursos con que contaba y también pensando en el modo de librar á su patria—aquí personificaba la patria en su individuo—del yugo ominoso que sufría.

Afortunadamente para Gaspar, poseía algunos terrenos de labor en el interior de la República y encomendada su administración á un hombre leal é inteligente, produjeron lo necesario á fin de que sus hermanos pudieran hacerle algunas remesas de dinero. Tranquilizado acerca de punto tan esencial, preciso es confesar que los padecimientos de la patria preocuparon ya mucho menos á Gaspar, y que, adoptando para sí el sistema del "dolce farniente," entregóse á una vida cómoda y regalada, que sólo interrumpió más tarde para visitar, cuando se aumentaron sus recursos, las principales ciudades de la Unión norteamericana.

Las instituciones de la nación vecina, que á un espíritu profundo y observador habrían dado materia para meditar en la prosperidad de un pueblo, cuya máquina gubernativa se adapta á la índole de la raza, á sus tradiciones y á sus costumbres actuales, sólo sirvieron á aumentar la confusión de las ideas políticas no muy sensatas, que de años atrás germinaban en el cerebro de Gaspar. Desdeñando el fondo de las cosas, deteníase solamente en la superficie. Atribuyó el espíritu trabajador y mercantil de la raza anglo-sajona á la forma política de su gobierno, en vez de considerar este mismo gobierno como resultado forzoso de aquel espíritu. Cerró voluntariamente los ojos para no ver las repugnantes escenas de la esclavitud en los Estados del Sur, y á la vez que esa misma esclavitud le indignaba en Cuba, era disculpada por él en la Florida bajo el espacioso pretexto de la prosperidad nacional. Hizo una distinción gratuita entre el lujo monárquico y aristocrático de las cortes europeas, y el lujo republicano que día á día invade más y más el terreno de las costumbres en Nueva York. Condenó el primero de dichos lujos como una ostentación insolente de los reyes y de los nobles, y santificó el segundo como medio de desarrollo ofrecido á la industria y el comercio. Vió que en dos ó tres ceremonias oficiales hundieron hasta los hombros su sombrero al Presidente de la República ó le estrellaron un huevo en las espaldas, sin que el primer magistrado yankee perdiera su flema habitual, y se dijo: "He aquí la modestia y la mansedumbre que deben adornar al depositario del poder público en una sociedad democrática." Vió que en la Cámara de di-

putados, cuando apuraban los argumentos de la lógica, acudían á los del puño, y se dijo: "He aquí una energía verdaderamente republicana en la discusión." Resultado de todas estas observaciones fué que Gaspar se prometiese seriamente, á su vuelta á México, trabajar con actividad por establecer en nuestro país instituciones políticas, idénticas á las de los Estados Unidos y por establecer la libertad absoluta en todas las clases y condiciones sociales, sin perjuicio de obtener un privilegio exclusivo para importar unos cuantos negros de Virginia y hacerlos trabajar en sus tierras. Además, para acostumbrar á nuestro pueblo á los procederes republicanos de que él se formaba la más alta idea, tenía intención firmísima de repartir sendas puñadas en el santuario de las leyes si llegaba á instalarse en él en calidad de representante, y aun de arrojar una bola de harina al rostro del presidente de la República en la primera ceremonia oficial á que concurriese S. E., y así pudiera ser su mejor amigo, porque "es necesario—decía Gaspar—desimpresionar al pueblo y enseñarle que los presidentes y los ministros son iguales á todos los demás hombres."

Se nos olvidaba una cosa muy esencial á nuestra historia. Antes de salir de México y sólo en virtud de sus lecturas filosóficas, Gaspar odiaba al clero católico y aparentaba considerarlo como el enemigo más constante y terrible de las luces y el progreso social. Ya en algunos periódicos—porque en México ¿quién no es periodista?—había atacado Gaspar al clero con distintas armas, abogando entre otras cosas por la supresión del esplendor del culto y de las obvenciones parroquiales; pero cuando entró á los templos protestantes de Nueva York y vió sus limpias y desconsoladoras paredes desprovistas de imágenes y sin los monumentos que en los templos católicos han levantado las artes inspiradas por la religión, creció su entusiasmo filosófico. No se hizo protestante, porque á la verdad, en nada creía, inclusa la Biblia, pero se dijo como Eugenio Sue: "Si toda religión es un mal y si una religión cualquiera es necesaria á los pueblos en su estado actual de barbarie, escojamos del mal el menos; escojamos el protestantismo que guía en último resultado á la negación de toda fe." Gaspar, pues, se prometió abogar más tarde en México por la liber-

tad de cultos como medio de establecer el protestantismo, y se prometió, también, para estirpar entre sus conciudadanos toda especie de culto idólatra, apoderarse de unos cuantos cuadros de Murillo y de Cabrera y venderlos en Londres, para evitar así toda ocasión de reincidencia. Respecto de las obvenciones parroquiales afirmóse en sus ideas cuando el sacristán de una iglesia protestante en que se hallaba oyendo un sermón, que no entendía por la sencilla razón de no saber el inglés, se acercó á él cobrándole cincuenta centavos por alquiler de la silla que ocupaba. Pagó religiosamente los cincuenta centavos y se dijo para sí: "cóbrese en buena hora en mi patria una módica suma por alquiler de sillas y bancas en las iglesias, ó expéndanse más bien á la puerta boletas de entrada, lo mismo que se hace en los teatros; pero adminístrese gratis toda especie de sacramentos."

Dada ya idea de las principales observaciones hechas por Gaspar en el extranjero, y de sus resultados, sólo nos falta enumerar los esfuerzos que desde la nación vecina hizo para derrocar la tiranía que pesaba sobre su país natal.

En primer lugar, brindó cuatro veces en los hoteles de Nueva York y Nueva Orleans por la caída del tirano, exponiéndose á que los cónsules de México diesen cuenta de su lenguaje hostil é hiciesen así más difícil su vuelta á la patria.

En segundo lugar, escribió cartas destempladísimas contra el mismo gobierno y las dirigió á algunos de sus amigos de México, lo cual dió por resultado que estos amigos fuesen empaquetados y despachados á hacerle compañía, aumentándose así el "toco" de los revolucionarios en Nueva Orleans.

En tercer lugar publicó artículos furibundos en los periódicos de Brownsville, exponiéndose al inminentísimo peligro de que nadie los leyese en México.

En cuarto lugar, á fuerza de botellas de Champaña, conservó vivo en los pechos de sus amigos el fuego sagrado de la revolución.

Cuando ésta triunfó en México, no por cierto en virtud de los esfuerzos de Gaspar, algunos de sus amigos de acá, le escribieron:

"Noble víctima de la tiranía, ya puedes volver á tu patria á recibir las ova-

ciones que has merecido en tu destierro. Vamos á trabajar en nombrarte diputado. Hoy por tí; mañana por nosotros."

He aquí lo que motivó la vuelta de Gaspar. Al recibir esta carta tomó un pasaje en un vapor americano y á los tres ó cuatro días estaba en Veracruz. Al desembarcar en el muelle recibió nuevos abrazos y le entregaron dos cartas. Una de ellas era de sus amigos del interior y decía: "Gaspar: has sido electo diputado al congreso constituyente por el distrito N*** del Estado H*** Mucho espera el pueblo de tí, y no poco esperan tus amigos." La otra carta era de su esposa y decía: "Tus hijos y yo estamos tan ansiosos de darte un abrazo, cuanto escasos de medios de subsistencia. Un voraz incendio ha consumido la quinta que constituía la mejor parte de nuestros bienes. Apresúrate, pues, á llegar."

La carta que nosotros enumeramos en segundo lugar fué leída antes que la primera, y las desgracias domésticas desaparecieron de la memoria de Gaspar ante la idea de lo que la patria esperaba de sus talentos y patriotismo. Por lo demás, estaba escrito en el catálogo de sus más íntimas convicciones que el individuo y la familia nada son ante la sociedad, nada son ante el pueblo. ¡Singular modo de raciocinar! Se acepta el todo y se quiere reducir á la nada sus elementos constitutivos.

—¡Bien venido Gaspar Rodríguez, víctima de la derrocada tiranía! exclamaron de nuevo sus amigos.

—¡Gracias, señores! ¡A trabajar en favor de la "democratización" del pueblo! ¡Manos á la obra!

Pronunciadas las anteriores frases se alejaron del muelle, internándose en la ciudad. Eran las primeras horas de la mañana: un sol brillante resplandecía bajo el dosel de un cielo azulado y sereno, bordando de plata y oro la cresta de las olas que en hileras sucesivas venían acercándose á la ribera y se estrellaban en la muralla produciendo armonioso rumor: las velas de los botes y de los buques que vagaban por la bahía ó estaban anclados cerca de los islotes, parecían blancas palomas sobre el fondo del horizonte lejano; multitud de aves marinas revoloteaban cerca de la playa y uno que otro pescador se internaba en su barca hacia el mar, cantando ó silbando; pero íbamos á hacer una extensa

descripción de las bellezas del cuadro, sin recordar que los político-maniacos son insensibles á los encantos de la naturaleza y que debemos conservar á la novela hasta cierto punto el carácter espartano de su protagonista. Gaspar hace tanto caso de todos estos accesorios del cuadro, como de su familia. Para Gaspar sólo existe la patria. ¡Desdichada patria la de Gaspar!

II

EN FAMILIA

—¡Enrique! ¡Enrique!

—¡Vuelta á llamarme! ¿Qué me quiere usted?

—Siéntate en esa silla y óyeme.—Vas á cumplir doce años, hijo mío, y tus maestros y tu madre tienen muchas quejas de tí. Tus libros se hacen pedazos sin que saques tú fruto alguno de ellos. Tus maestros me han dicho que frecuentemente les faltas al respeto y que rehusas someterte á los castigos que te imponen.

—Es que quieren tenerme de rodillas y yo no quiero ni debo permanecer en esa postura.—Papá me ha dicho que los hombres sólo deben arrodillarse ante Dios.

—Si de la escuela pasamos á tu casa, todo es barullo y desorden en ella por causa tuya. Destrozas los muebles, maltratas á Tamerlan, ese noble y fiel perro que por tantos años ha vivido con nosotros; tratas despóticamente á los criados, y lo que, sobre todo, no puedo yo tolerar es que consideres como sirvienta tuya á tu hermana, que sólo por ser tan buena puede soportar hasta que levantes la mano sobre ella. ¿No sois por ventura iguales tú y Amelia? ¿No sois entrambos hijos míos? Pues ¿por qué te quieres erigir en amo de ella?

—Porque los hombres tenemos superioridad respecto de las mujeres. Papá lo ha dicho muchas veces.

—Ayer, lo mismo que otros días, á la hora en que debieras estar estudiando tus lecciones, te saliste de casa y anduviste recorriendo las calles en compañía de unos cuantos muchachos, gente ordinaria y soez, cuyo trato acabará de pervertirte y desacreditarte en el concepto de las personas honradas.

—Papá me ha enseñado que todos los hombres somos iguales y que no

valgo yo más que el hijo del zapatero.

—Es verdad que todos somos iguales ante Dios y que debemos serlo ante las leyes; pero, óyeme, Enrique, esa igualdad no habla con la buena ó mala conducta, ni con la buena ó mala educación de cada cual. El hombre que llega á ser modelo de honradez, ¿valdrá lo mismo que un pícaro? ¿El joven que, como tú, ha recibido los cuidados de una educación esmerada, y á quien su madre trató siempre de infundir sentimientos piadosos y de poner á la vista modelos de buena conducta, ¿no valdrá más, no ofrecerá á la sociedad mayores garantías que esos pobre muchachos cuya alma, buena tal vez, embota sus buenas cualidades nativas en la ignorancia, ó las pierde ante la vista continua de los espectáculos que ofrecen á menudo la miseria y la depravación? ¡Ay, Enrique! ¡Cuántas pesadumbres me das y cómo traes siempre inquieto mi espíritu! No advierto en tí ninguno de esos arranques tan comunes en los niños y que descubren un fondo de bondad que hace disculpables las travesuras y las faltas de la edad. Nunca te he visto dar limosna á un pobre....

—Para los pobres se hicieron los hospicios. Quien da limosna á un mendigo fomenta la ociosidad y la vagancia. Papá me lo ha dicho.

Nunca he visto que te enternezcas al aspecto de los padecimientos y de las lágrimas de tus semejantes...

—El enternecerse es una debilidad indigna de mi sexo.

—Pero lo que más me aflige, Enrique, es ver tu poca devoción. Cuéstame un triunfo el llevarte á misa los domingos....

—Mi papá no va á misa.

Y todas las noches me das un disgusto antes de rezar tus oraciones. Oyeme, Enrique; el día que hiciste tu primera comunión..... ¿te acuerdas, Enrique? te llevé á la iglesia vestido de toda gala, y por tu juicio y compostura llamabas la atención de las gentes ¡Qué dichosa es usted! me decían cuantas personas nos encontraban. De vuelta á casa, te pusimos, Enrique, una corona de rosas del jardín y te festejamos mucho....

—Mi papá se disgustó de ello y dijo que todo lo volvían ustedes farsa.

—Pues ese día, Enrique, cuando acababas de recibir al Señor Sacramentado, que vino á albergarse en tu

inocencia y en tu piedad de niño, yo le rogué que siempre te amparara y te condujera por el camino de la vida; pero también le rogué que si habías de ser malo, te llamara á sí, porque hay un dolor superior al de la madre que ve muerto á su hijo, y es el dolor de la madre que le ve malvado.

—¡Qué cosas tiene usted!

—Ahora bien, de muchos días á esta parte, con las lágrimas en los ojos, recuerdo á Dios mi súplica y la confirmo, llena de temores por tu porvenir.

—Usted quisiera hacerme devoto; pero entre ser buen cristiano y devoto hay una gran diferencia. Mi papá lo ha dicho. Y ya no me predique usted más, porque me aflige. ¡Tiene usted unas cosas! ¿Cuándo llega papá?

A esta pregunta se estremeció ligeramente la madre.

—Debe llegar de un momento á otro.

—Mucho se alegrará mi padrino Márquez, porque dice que papá hace falta en casa.

—¿Te ha dicho eso? ¿Y por qué?

—Porque, según él, las señoras sólo son buenas para educar á las niñas; pero echan á perdr á los niños que-

riendo tenerles cosidos á las faldas. "Enrique, me dijo el otro día, tú ya estás grande y pintas ser un joven de provecho. Tu madre te anda queriendo hacer que huelas los hábitos de esos pícaros jesuítas de la parroquia; pero tente firme y encuanto llegue mi compadre te llevaremos á los clubs. ¿A qué te ha enseñado el catecismo de Ripalda?—Sí, padrino, le respondí. —¿Y á que no te ha enseñado la cartilla del ciudadano?—Mi papá me dió unos cuantos repasos de ella, pero desde que se fué no he vuelto á estudiarla, porque mamá no quiere.—No tengas cuidado, Enrique, todo se arreglará y te enviaremos á un colegio, porque los niños no deben estar al lado de las madres que les afemeninan y enseñan á hipócritas." Todo eso me dijo mi padrino y, dándome palmaditas en el hombro, me regaló este cortaplumas. Quise probarle luego luego y degollé al gato. Véalo usted, mamá. ¿Qué le parece?

La madre no le contestó: se había entregado á sus propios sentimientos y éstos eran muy amargos.

La escena que hemos bosquejado rápidamente, pasaba cierta mañana á fines de Octubre en la sala fresca y

aseada de una casa, parte integrante de una de las ciudades del interior de la República. No hay necesidad de hacer el retrato físico del niño: á su edad y cuando ya las malas pasiones suelen ir formando el carácter moral del individuo, su fisonomía material se resiente todavía de indecisión y vaguedad en las formas. De un niño se puede decir que es bonito ó feo y esto es todo. Ahora bien, Enrique era feo, y su fealdad formaba contraste con la belleza de Amelia, su hermana menor, sentada silenciosamente al lado de la madre y entregada á su labor. Tamerlan contemplaba el cuadro: echado cuan largo era en el suelo, veía con ojos tristes y un tanto cuanto lagrimosos á Enrique, ó azotaba su cola á uno y otro lado y parecía besar la falda del vestido de Amelia cada vez que la niña le pasaba el pie por el lomo.

Octaviana, esposa de Gaspar Rodríguez y madre de aquellos niños, tendría unos treinta y seis años de edad, y no se la podía llamar hermosa, pero sí excesivamente simpática. Sabido es que la belleza que nos figuramos por efecto de la simpatía, es mucho más agradable y duradera que la belleza real que puramente resulta de la

perfección de las formas, y cuya impresión se debilita á medida que la vista se acostumbra al objeto. Dotada de un semblante agraciado, Octaviana dejaba leer en él la bondad de su alma y la tranquilidad y la alegría que reinan en todo buen corazón y que constituyen la mejor dote de una mujer y la felicidad del hogar doméstico. No se podía decir que estuviese educada con esmero si aplicamos esta frase á los ramos puramente de ornato á que tanto valor se presta comúnmente en la sociedad; pero, hija de una familia honrada y de medianos posibles, su corazón formóse en la infancia al influjo de sentimientos piadosos y cristianos, y la joven aprendió más tarde cuanto es indispensable al gobierno de una casa y á la felicidad de un esposo. Activa y laboriosa en el seno de su familia, amable con ella y sus amigos, algo meditabunda y soñadora á solas, como toda alma superior, caritativa con los pobres y los desgraciados, devota sin afectación y bella cuanto podía serlo cuando sus facciones simpáticas según hemos dicho, se iluminaban al brillo de sus ideas y de sus sentimientos, Octaviana llegó á los veintitrés años

sin haber dado á hombre alguno su amor. Un joven de buena familia y de porvenir, se presentó á los padres de Octaviana pidiéndoles permiso para ganar su corazón y aspirar á su mano. Ella comenzó á sentir inclinación hacia el pretendiente; mas éste era pobre y quería realizar el idilio de "el amor en una cabaña." Los padres no se conformaron con ello, porque generalmente desean hombres ricos para las muchachas casaderas, y, en todo caso, quisieran ver hasta cierto punto asegurado el porvenir de sus hijas. Octaviana se resignó, el pretendiente se expatrió, y seis meses después, la virgen de sus sueños y de sus pensamientos, recibía ante el altar por esposo y compañero á Gaspar, el protagonista de nuestra historia.

Conviene hacer aquí una pausa y decir que la político-manía no se había desarrollado aún en el carácter de Gaspar. Joven de no mala presencia, y sumamente rico, lo primero unido á un genio vivo y complaciente, le abrió la puerta del corazón de Octaviana, cuando ya lo segundo le había abierto las puertas de su casa. Amóle sincera y apasionadamente la joven y creyóse amada de él; mas á poco sucedió lo que debía esperarse. Gaspar era incapaz de apreciar las buenas cualidades de su mujer y su corazón, azás superficial, no había sido formado para concebir y mantener uno de esos afectos que el tiempo vigoriza más y más en vez de destruír. Cuando el cielo pareció bendecir su unión, dándoles un hijo, la antigua llama pareció también reanimarse en el pecho de Gaspar. ¡Qué días aquellos tan dichosos para Octaviana! Ni el ósculo que Gaspar la dió en la frente cuando volvió de la iglesia á su casa con el velo blanco y la corona de rosas de la desposada, la conmovió tanto como el primer beso paternal dado en la frente de Enrique que dormía en su regazo. Mas las flores que suele producir una arena estéril y movediza, luego se marchitan y mueren. Gaspar olvidó á su mujer por la política, y la mujer puso todo su amor en los hijos.

Estos, sin embargo, se convirtieron más adelante en manantial de penas para la pobre madre. Gaspar, respecto de la política, había caminado de una exageración en otra, y como carecía de principios fijos en religión y moral, presto dió de mano á las ideas y las prácticas que sólo por espíritu de ru-

tina y por consideraciones á su familia y á la sociedad había abrigado y seguido hasta allí. Mientras los niños permanecieron chicos, tal variación en el carácter de Gaspar no hizo otra cosa que llenar de amargura el piadoso corazón de Octaviana, al descubrirla cuán indigno era de su amor y de su compañía el hombre á quien ella había ligado su destino. Pero cuando los niños crecieron y fué preciso pensar en su educación y Gaspar quiso que tal educación fuera del todo filosófica, ¡cuántas angustias para aquella madre amorosa y cristiana! ¡Qué de luchas terribles con el hombre que acababa siempre por invocar injustamente su doble autoridad de marido y de padre! ¡Qué de esfuerzos inútiles para depositar y mantener en el corazón de Enrique la semilla de los buenos consejos y de las prácticas piadosas, y cuya semilla era al momento arrebatada por el funesto ejemplo de su padre! Llamamos héroes á los hombres que sufren con estoicismo persecuciones y destierros á causa de sus opiniones políticas, pero ¿qué valen estos hombres al lado de la mujer que, como Octaviana, se resigna al maltrato de su marido, llena sus obligaciones domésticas con genio dulce y hasta alegre, y lucha infatigablemente con un padre necio y brutal para enderezar por buen camino el corazón de sus hijos?

Ya hemos visto al comenzar este capítulo, las disposiciones morales de Enrique. El ejemplo es siempre más poderoso que la palabra.

En cuanto á Amelia, que contaba once años á la sazón, y cuyo semblante era el mismo de la madre, diríase que el cielo la había concedido á Octaviana para mitigar sus cuidados y consolar sus penas. Dócil, aplicada y religiosa, se instruía sólidamente con los consejos, las lecciones y el ejemplo de la madre, y tenía ya el juicio y la sensatez de una joven de diez y ocho años, sin haber perdido la frescura y las gracias de la niñez. O su calidad de mujer que la hacía estar continuamente bajo la vigilancia maternal y menos en contacto con Gaspar, la había librado hasta allí de la influencia filosófica de éste, ó por uno de aquellos fenómenos psicológicos y morales que no son muy raros en las familias, el hijo había sacado la fisonomía física y moral del padre, á la vez que la hija era retrato perfecto de la madre,

así en el semblante como en sus santas y nobles cualidades.

De todas estas digresiones, que ya iban siendo sumamente largas, nos viene á sacar el ruido de un coche que se detiene frente á la puerta de la casa.

Gaspar desciende del carruaje, y al entrar á la sala ve con rápida ojeada el cuadro que hemos descrito: Enrique examina el cortaplumas que le regaló su padrino y con el cual ha degollado á un gato por vía de prueba; Amelia está entregada á su labor, y de cuando en cuando pasa su piececiillo por el lomo del perro; Octaviana se entrega á sus pensamientos, cuya tristeza no es bastante á destruir la expresión de tranquilidad y alegría, habitual en su rostro; Tamerlan azota el suelo con el rabo al recibir las caricias de Amelia.

El filósofo saluda y se adelanta hacia su mujer y sus hijos, que dejan sus asientos para abrazarle; pero en este momento llegan tras él sus amigos políticos. El compadre Márquez le toma el brazo y le lleva á la alcoba inmediata.

¡Ni un beso para sus hijos! ¡Ni una caricia para su esposa! De seguro que la filosofía no vale lo que el amor.

III

PREPARATIVOS PARA DESEMPEÑAR UNA ALTA MISION

Dijimos en nuestro primer capítulo que Gaspar había sido electo diputado al Congreso constituyente por el distrito H**, y ahora añadiremos que ese distrito no era otro que el de su residencia ordinaria, y que la elección se debió, antes que á otra cosa, á los "trabajos" del compadre Márquez.

Instaláronse las mesas electorales, teniendo cuidado de apoderarse de ellas Márquez y sus amigos. Hízose votar en masa á los trabajadores de la quinta de Gaspar y á un cuerpo de tropa que había en la ciudad. Describiremos la escena con que se inauguraron ese día las funciones de la mesa presidida por Márquez.

Hallábase éste en medio, y á su lado los escrutadores y secretarios, cuando se presentó un hombre del pueblo, á hacer uso de su derecho. El hombre se detuvo todo cortado en el umbral de la puerta.

—Acercaos, ciudadano, le dijo Márquez con tono de protección.

El hombre se quitó su enorme sombrero de palma, se detuvo en lugar como un poste, clavando los ojos en tierra y dando vueltas entre las manos al sombrero. Al fin se decidió á murmurar:—Buenos días, señor amo.

—Aquí no hay amos ni criados— le contestó Márquez,—todos somos iguales ante la ley: todos venimos á hacer uso de un derecho sagrado é inalienable.

El hombre vió á Márquez con aire de admiración y permaneció en su puesto.

—Acercaos, ciudadano.

Silencio é inmovilidad de parte del hijo del pueblo.

—¿Queréis protestar contra la formación de la mesa?

—¿Tenéis que alegar cohecho ó soborno?

—¡Con mil diablos, Ambrosio!—exclamó Márquez, indignado al ver el silencio del hombre.—¡Habla! ¿A qué has venido?

—Ahora sí, señor amo. Yo creía que ya no me conocía su merced, ni se acordaba de cuando iba yo á raparme á su barbería... Pues, señor amo, es el caso que anteayer señor Chico, el empadronador, me entregó este papel que aquí pongo, porque me dijo que aquí lo trajera. A su merced consta que no sé leer, ni escribir, ni me meto jamás en nada, y que soy un pobre hombre cargado de familia, por lo cual ruego á su merced que no se me haga ningún perjuicio.

—No tengas cuidado, Ambrosio. Léamos la boleta: "Cuartel número 4; calle del Sapo, núm. 23.—Ciudadano Ambrosio Hernández, casado, de 34 años de edad. No sabe escribir."—La firma del jefe del cuartel.

—¿Y bien, Ambrosio?...

—¡Y bien, señor amo!...

—Quiero decir, que ¿á quien votas?

—Quiero decir, señor amo, que yo no entiendo una palabra de todas estas cosas.

—Pero ¿ no hay alguien en la ciudad que te inspire confianza, y á quien pudieras cometer el desempeño de una misión delicada?

—Sin duda que sí, señor amo.

—Pues bien, dí sin empacho su nombre, quien quiera que sea. Aquí todas las opiniones se respetan. Señores, plaza á todas las aspiraciones políticas! ¿Quién te inspira confianza, ciudadano; quiero decir, Ambrosio?

—Doña Tomasa, hermana del señor cura.

—¿Te burlas?

—No, señor amo. Su merced sabe muy bien que ella me socorrió mientras estuve en el hospital. Después me casé y ha sido la madrina de mis dos hijos; últimamente ella es quien me guarda mis ahorros; con que ya verá su merced si tendré ó no confianza en ella.

—No se trata de eso ahora, Ambrosio. Se trata de que des tu voto á un hombre para que sea elector y elija á uno ó varios diputados que te representen en el Congreso.

—Señor amo, yo no tengo nada que hacer en el Congreso.

—¡Oh, ignorancia! ¡Oh, estupidez! ¿Cuándo llegará el día en que el pueblo conozca sus derechos? ¡Sólo así podrá ser feliz!

—¿No habrá leva entonces, señor amo?

—No habrá necios. Vota, Ambrosio, y déjanos en paz.

—Pues, señor amo, yo ya entregué mi papel.

—¿Qué nombre quieres que pongamos en su reverso? Cita á otra persona que no sea la hermana del cura.

—Haga su merced lo que convenga, que no entiendo pizca de estas cosas. —Entonoces Márquez se volvió á uno de los secretarios y le dijo: "Escriba usted en el reverso de esta boleta el nombre de Manuel Márquez." Ambrosio se retiró satisfecho y haciendo cortesías.

Los escrutadores tenían una grande hoja de papel blanco con el nombre de Márquez, y unas líneas horizontales dispuestas á recibir la anotación de los votos. Cuando el hombre del pueblo hubo salido, quedó atravesada la primera línea horizontal por otra perpendicular muy pequeña. Aquel era el primer voto. La escena de Ambrosio se estuvo reproduciendo durante el día con la regularidad con que salen los ejemplares de una estampa fotográfica.

Márquez fué nombrado elector. Los electores se reunieron y nombraron diputado, entre otros, á Gaspar. Pudo Márquez haberse hecho nombrar diputado; mas era positivista en el fondo: mandaba un cuerpo de guardia nacional, y la caja le daba mucho quehacer.

A la llegada de Gaspar Rodríguez á su ciudad natal, comenzó á recibir este

hombre público toda clase de testimonios de respeto y admiración de parte de los ambiciosos y de los cándidos. La entusiasta juventud dióle una serenata con la mejor música de aficionados que se pudo reunir, y que logró el triunfo de que todos los perros de la calle tomaran parte en el concierto. Hay multitud de hombres como Gaspar, que procuran halagar á los jóvenes para servirse de su entusiasmo como de un cascabel. Probado está por diversos autores, que los jóvenes son mucho más manejables que los hombres ya formados. Su buena fe y sus aspiraciones, casi siempre nobles, aunque muchas veces irrealizables, les identifican de pronto con tales personajes, y más tarde, cuando el interés y la ambición se despiertan á la vez que su razón, y conocen aquéllos el papel que han desempeñado hasta allí en la comedia humana, ese mismo interés y esa misma ambición les deciden á seguirlo desempeñando. El personaje que de años atrás les dispensa su amistad, ya es ministro y dispone á su placer de empleos de multitud de oficinas: no hay más que seguir afiliados á sus banderas. Así se explica la popularidad de ciertos hombres públi-

cos, cuya nulidad como políticos es completa. La juventud del distrito electoral de H*** no se conformó, pues, con la serenata: dió tres bailes á Gaspar; retratóle en un globo aerostático venciendo al horrible dragón de la tiranía, y, por último, paseóle en triunfo por las calles al son de tambores y clarines.

Tamaños testimonios de aprecio popular enajenaron de tal modo la imaginación y el tiempo de nuestro héroe, que sólo quince días después pudo ocuparse de su familia y de sus intereses. Márquez le había hecho ya algunas observaciones acerca de lo conveniente que sería separar á Enrique de la madre. Gaspar se avino á ello, y cierta mañana, aquel muchacho desaplicado y de malas inclinaciones, dejó el hogar doméstico y con él las influencias únicas que pudieran haberle traído á buen sendero. Fué enviado por su padre á uno de los colegios de México y encomendada su educación política á uno de los hombres de más viso en el liberalismo. Octaviana se mostró resignada á la voluntad de su marido; pero llena de aflicción tan extremada cuanto justa, lloró sin consuelo la pér-

dida de su hijo en presencia de Amelia.

Respecto de intereses no se inquietó mucho Gaspar. Es cierto que su quinta había sido devorada por un incendio; pero recomendada la reposición de ella al antiguo é inteligente administrador, á vuelta de muy pocos meses se haría productiva, y entretanto Gaspar viviría con el bolsillo de sus amigos, porque ésta es otra de las prerrogativas anexas á los hombres de Estado. Si sois un honrado comerciante ó un excelente artesano y estando en vísperas de quebrar, ó enfermo en la cama, acudís á los amigos ricos para que os salven de la vergüenza ó del hambre, formularán la negativa más urbana que les sea posible, y os cerrarán en seguida las puertas de su casa, sin perjuicio de no conoceros el día que os encuentren en la calle. Si sois hombre de Estado, acudid á ellos aunque estéis cubo abajo, y os abrirán sus arcas, porque mañana se levantará vuestro partido, podríais hacerles daño y ellos quieren sacar provecho de vuestra amistad á su tiempo. No os prestarán por conmiseración ó generosidad; pero os prestarán por interés

ó por miedo. No olvidéis, sin embargo, que no hay regla sin excepción.

Arreglado por Gaspar lo que los modernos traductores del francés llamarían "su menage," y hechas un millón y pico de ofertas y recomendaciones á los jóvenes de la ciudad y á todos sus correligionarios políticos, pensó transladarse á la capital de la República, donde creyó que su presencia, después del destierro, causaría cierto efecto. Por otra parte, se acercaba el día designado para la apertura del Congreso constituyente: Gaspar iba á representar al pueblo por la primera vez en el gran santuario de las leyes, no habiéndolo representado hasta allí sino en los santuarios pequeños de los Estados. Cuando un joven va á un baile por la primera vez, acude al local desde las oraciones de la noche y aguarda con febril impaciencia á los demás concurrentes. Los diputados noveles llegan apresuradamente á México, y maldicen la calma de aquellos que, fogueados ya en las luchas parlamentarias, aguardan á ser llamados tres veces para presentarse. Gaspar, pues, tomó un asiento en la diligencia y cierta tarde apareció como llovido en el callejón de Dolores, no sin ha-

ber extrañado que el pueblo no le hiciese demostración alguna de respeto al recorrer la diligencia los barrios y las calles del tránsito. Creyó que esto sería resultado de manejos de los retrógrados y se propuso hacer en la tribuna mención de lo acaecido, el primer día que tuviera la palabra.

Alojóse en el mejor hotel de México, acicalóse, y aquella noche misma se presentó en el teatro y procuró tomar una luneta no muy central á fin de no exponerse con toda certidumbre á una ovación popular; pero con gran sorpresa suya, nadie fijó en él la atención, salvo dos ó tres mozuelos que le aplicaron sus lentes á quema ropa y cometieron el desacato de reírse en sus barbas al notar el corte provincial de su casaca. A las seis de la mañana siguiente, nuestro hombre, afeitado y esmeradamente vestido, salió á recorrer las calles y las halló solas. Fué á la Plaza de Armas y vió que multitud de hijas desgraciadas del pueblo que se entregan sin escrúpulo á los placeres sensuales de la bebida y á los ensayos prácticos del comunismo, barrían en castigo la plaza, cortejadas por la vara del cabo. Gaspar se propuso fundar en México sociedades

de temperancia y elevar á la mujer al goce de todos los derechos políticos sin perjuicio de deprimirla cuando representara en contra de las reformas progresistas. A las nueve acudió á la Alameda y quedó medianamente sorprendido de hallarla sola, por la sencilla razón de que las mexicanas se levantan á las diez. El resto de la mañana lo empleó en visitar la Lonja, donde nadie pareció notar su presencia, y algunas iglesias que le escandalizaron á causa del lujo desplegado en el culto. Tomó nota del número aproximativo de las campanas á fin de proponer que con ellas se fundiesen cañones, y de los candeleros, atriles y lámparas de plata, que podían ser reducidos á moneda sonante para establecer con ella un banco agrícola é industrial, ó crear siquiera la hacienda pública, cosa tan difícil en nuestro país como hallar la cuadratura al círculo. En la tarde concurrió á pie al Paseo-Nuevo, y, medio cegado, sin duda por las nubes del polvo que levantan los carruajes, creyó que cuantas iban en ellos eran inglesas, y por más que buscó á la juventud masculina, lustre y esperanza del país, no pudo dar con ella bajo el disfraz de charros del interior

con que sus miembros caracoleaban á caballo por todo el paseo, destrozando de vez en cuando palabras francesas. En la noche volvió al hotel, se puso á cepillar su traje, y cuando vió que á la casaca provincial no le quedaba polvo, advirtió que, en pago, á él ya no le quedaba tiempo de salir, porque eran las diez de la noche, y tomó la resolución de meterse en la cama, todo irritado y mohino, y diciéndose que México es un foco de prostitución y que convendría llevarse los poderes federales á su ciudad natal, á fin de alejarlos de la moderna Babilonia.

Amaneció más fresco á otro día y se propuso distribuir personalmente las cartas de recomendación que había traído consigo; pero la iniciación á la vida pública en México, es penosa como casi todas las iniciaciones. Gaspar estaba pasando por las pruebas, y ni las del agua y el fuego á que lo sometieron los yorquinos tiempos atrás, le hicieron padecer tanto. Curioso es el estudio de las notabilidades de provincia que vienen repentinamente á México, y, acostumbrados á recibir los homenajes de cortesía y de benevolencia, restos del antiguo carácter español que se conservan en las poblaciones cortas, se revelan contra la indiferencia que nace, así del ningún conocimiento que se tiene del forastero, como de las costumbres un tanto bruscas y exóticas que naturalmente introduce la inmigración extranjera, cada vez más crecida. Por regla general mientras que en los Estados se ve con interés cuanto pasa en la capital, nadie hace caso en México de lo que pasa en los Estados; derívase de aquí que las notabilidades de provincia trasplantadas, tengan que trabajar mucho para convertirse en notabilidades de México. Si el individuo no carece de mérito real, á los pocos años habrá ensanchado el círculo de sus conocimientos y amistades, y habrá establecido sólidamente las bases de su reputación y de su porvenir. Si es hombre de Estado de la escuela de Gaspar, tiene á su arbitrio un medio con el cual se alcanzan todos los fines, y este medio es la audacia. En México se rinde tributo á la audacia, lo mismo que en provincia y que en todas partes del mundo.

Decíamos que Gaspar estaba pasando por las pruebas. Nadie le conocía en México y la mayor parte de las

gentes no habían oído ni siquiera pronunciar su nombre. ¿Cómo era posible que un personaje notable por sus opiniones liberales en el distrito electoral de H**, desterrado á causa de ellas al extranjero por la administración anterior; que había contribuído poderosamente á derribar al tirano bebiendo sendas copas de Champaña por su caída en los hoteles de Nueva York, y que últimamente venía á representar á una parte del pueblo en el próximo Congreso, no fuese conocido de todo el mundo? Gaspar creía que su nombre pronunciado á tiempo, causaría en todas partes el efecto que la Pata de cabra ó los Polvos de Celestina; que las puertas se le abrirían por sí solas; que se le aplanarían las cuestas y las gentes se descubrirían la cabeza con respeto. Nada, pues, hay de raro en que Gaspar no pudiera contestarse la anterior pregunta que se hacía á todas horas, ni explicarse la proverbial audacia de los porteros que le detenían á la entrada de todas las casas, ni el aire perfectamente glacial de los comerciantes para quienes trajo carta, y quienes, al ver la firma de sus corresponsales, se limitaban á preguntar-

le si quería dinero y en seguida le volvían la espalda.

Gaspar se creía en un mundo enteramente nuevo y soberanamente idiota, puesto que era incapaz de comprender y apreciar el mérito del novel diputado, y estaba á punto de darse al diablo, cuando se halló en la calle con uno de los políticos de la corte, á quienes venía expresamente recomendado. Este hablóle y abrazóle estrepitosa y apasionadamente, llevóle á tomar un helado al café más inmediato, y por la noche le presentó en un club progresista y en algunas casas particulares. Con esto, un vestido nuevo hecho en México y que disfrazaba medianamente al forastero, y algunas juntas preparatorias en que nada se acordó, Gaspar quedó iniciado en la vida pública de México y en actitud de comenzar á legislar para la felicidad del país.

Se nos olvidaba decir que los periódicos tomaron á su cargo extender la popularidad de Gaspar. Compáranle á Montesquieu en la ciencia legislativa y á Bruto en la energía republicana. Preciso es confesar que si Gaspar se parecía muy poco á Montesquieu, tenía mucho de Bruto. El

público, viendo lo que de él se decía en los periódicos, llegó á creerle un grande hombre.

IV

AUGUSTAS FUNCIONES LEGISLATIVAS

Después de unas cuantas juntas preparatorias en que fueron examinadas las credenciales de los diputados, señalóse día para la apertura del Congreso constituyente, y tal día llegó al cabo. El jefe del gobierno presentóse en la Cámara á dar cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba por hacer. "El esfuerzo del pueblo—decía—ha derribado al tirano. Hoy comienza una nueva era para el país que hasta ahora va á gozar de los beneficios de la independencia. En cuanto á la hacienda pública, está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos y no hay comercio ni industria. La patria, señores, espera de vuestras luces el remedio de sus gravísimos males."

Aquí los representantes del pueblo inclinaron la cabeza, como para darse por apercibidos de tal notificación, y una salva de aplausos ahogó las últimas palabras del primer magistrado.

Gaspar Rodríguez no había perdido enteramente su tiempo. A poco de haber llegado á México, compró un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, perfectamente empastado. Un amigo le prestó el "Contrato social" de Rousseau y las obras de Alfonso Esquiros, en una de las cuales halló estampado que es imposible que puedan avenirse la tradición y el progreso, la fe y la razón. Hizo de esta frase su divisa político-religiosa, y se lanzó á la arena.

En la época á que se refieren estas páginas venía mayor número de hombres instruídos á los congresos; la ignorancia no era todavía un título para representar al pueblo. Gaspar lo sabía y como no estaba adornado de conocimientos muy profundos en los diversos ramos que deben constituír la ciencia de un buen legislador, y así lo conocía él, se propuso no tocar, generalmente hablando, más que las cuestiones abstractas, que pudiéramos llamar de metafísica política, y en las

cuales, con embutir las palabras "patriotismo, ilustración, progreso, etc.," estaba seguro de captarse cierta popularidad, que es lo único que anhelan muchos individuos de su clase, si bien otros hacen servir esa popularidad de cascabel á su interés más ó menos bastardo. Si Gaspar no era indiferente á las comodidades materiales de la vida sobre el deseo de la conveniencia propia, se levantaba en él preciso es decirlo, el ídolo de la monomanía política que le dominaba de algunos años atrás. Cervantes describe al caballero manchego empleando muchos días en construír yelmo y escudo que destruír instantáneamente al primer tajo de su espada: Gaspar declamaba á solas en el cuarto de su posada, ensayando los discursos que debían conquistarle popularidad, y cuya ilusión destruía á lo mejor la lavandera, entrando á recoger la ropa sucia del nuevo Demóstenes.

En las actas de aquel congreso pueden leerse los discursos de Gaspar Rodríguez. Tenemos á la vista el primero que pronunció, á otro día de la instalación de la Cámara. He aquí un extracto de algunos de los trozos que más entusiasmaron á la asamblea.

"Señores: Si abrimos los libros sagrados, veremos que desde el principio del mundo se disputan los destinos del bien y el mal, que no son otra cosa que la libertad y el despotismo.

"Si nos remontamos á las tradiciones de otra esfera más antigua y mejor que la nuestra, veremos al despotismo (Luzbel) queriendo destronar á la libertad (Dios). El primero quedó escarmentado, gracias á la espada de San Miguel, á quien con justicia podemos llamar el Laffayette de la república celeste, como que sabido es que él manda la guardia nacional de los ángeles. ("¡Bien, bien!")

"Vengamos al mundo sublunar que habitamos. ¿Quién indujo á Adán al pecado? ¿Quién asesinó á Abel? ¿Quién embriagó á Noé? ¿Quién puso trabas á la construcción de la torre de Babel, magnífica pirámide proyectada en honor de la libertad? ¿Quién arrojó á Agar de la tienda de Abraham? ¿Quién puso en el tálamo nupcial de Jacob á Lila en vez de Raquel? ¿Quién llenó de lepra á Job y le puso en la mano una teja para que se rascara? Lo que es á un mismo tiempo causa y agente del mal; lo que la Escritura llama serpiente, Luzbel, Moloc ó Levia-

than, para mí, señores, no es otra cosa que el partido retrógrado. (Profunda sensación.) Pero ¿adónde—se me preguntará—quería ese partido hacer retrogradar al mundo, puesto que la mano del Criador acababa de sacarlo del caos? La respuesta, señores, es muy sencilla, y brota de la misma pregunta: ¡quería hacerlo retrogradar al caos! (¡Bien, bien!)

"En épocas posteriores, el partido retrógrado invadió la Grecia con el ejército de Darío, quien tuvo la osadía de arrojar una gruesa cadena al mar con la mira de aprisionarlo; ese mismo partido envenenó á Sócrates, y causó entre otras muertes la del ciudadano Jesús, el más sabio de los filósofos y el fundador de la democracia."

Aquí hacía el orador á su modo, la apología del Evangelio y traía la historia del partido retrógrado al través de los siglos hasta después de efectuada la independencia de México. En seguida continuaba:

"Ese partido, señores, fusiló á Iturbide, hizo por medio de manejos tenebrosos que, en 1828, abandonasen el país multitud de españoles, y lo que es peor, sus capitales; asesinó á Guerrero, hizo que Terán se suicidase,

ocasionó la independencia de Tejas, infamó la memoria de Poinsett y de Zavala, y acaba de firmar una paz vergonzosa con el invasor norte-americano, cediéndole gran parte del territorio.

"Mas, ¿para qué extenderse (llevaba dos horas de tener la palabra) en sacar á luz los hechos anteriores del partido retrógrado, cuando estamos palpando sus maquinaciones actuales contra la libertad y sus adeptos? Yo mismo, señores, he sido expatriado por el tirano, y cuando, de vuelta á mi hogar fuí premiado con el alto cargo de diputado por el pueblo; al llegar á esta capital, donde existe principalmente el foco de los retrógrados..... ¿Lo creeréis, señores? (¡Atención, atención!) Cuando ese mismo pueblo me preparaba, según lo prueban las cartas de mis amigos, una magnífica ovación patriótica, para honrar así la libertad en mi individuo, ¿qué sucedió, señores? (¡Atención!) Que en todo el tránsito de la garita á la casa de diligencias, donde estoy posado, cuarto número 13; que en todo ese tránsito, digo, ni un solo ciudadano se atrevió á dirigirme la palabra ni á hacerme la más insignificante demostración de ca-

riño ó de inteligencia. ¿Cómo se explica esto, señores, en una época toda de libertad, y cuando existe al frente del país un gobierno que reconoce en los ciudadanos el derecho de reunión, y á quien complacen en alto grado las patrióticas manifestaciones de éstos? ¿Cómo se explica....?"

El orador se palpa el vientre, ejecuta dos ó tres movimientos oscilatorios en la tribuna, mirando á uno y otro lado de las galerías; se sonríe maliciosamente, y continúa después de una breve pausa:

"¿Cómo se explica?.... Yo os lo diré, señores. (¡Atención!) En los heroicos tiempos de la Grecia vemos á las sibilas descifrando las respuestas de los oráculos y constituyéndose así en árbitros de la suerte de las familias y hasta de la suerte de las repúblicas. En la historia egipcia hallamos á los sacerdotes de Isis y de Orisis monopolizando las ciencias, sorprendiendo el secreto de las inundaciones del Nilo; ellos hicieron adelantar en provecho suyo la agricultura y la astronomía, llegaron á fabricar magníficas velas de patente con el aceite de cocodrilo: y, en suma, engordaron con el sudor del pueblo. Si del Egipto pasamos á

las Galias, conquistadas por los romanos, ¿de quién no es conocido el despotismo sacerdotal de los druidas? Ellos arrastraron al suplicio á la sensible Norma, amante de Polion....

Una voz en la galería.—Norma no es sino invención de Bellini.

Otras voces.—¡Silencio! ¡Que hable el orador!

"Y á propósito de Norma, ella es, señores, la personificación de todas esas jóvenes desgraciadas á quienes marchita la atmósfera del claustro. Mas no quiero divagarme. La influencia que ejercían las sibilas sobre los griegos, los ministros de Isis sobre los egipcios y los druidas sobre los galos, nada era comparada con la que hoy ejerce la milicia del Papa, sobre los ciudadanos de todas clases y condiciones. Esos hijos de la Roma moderna—pues los tonsurados dejan de ser mexicanos en el solo hecho de que obedecen al Papa—en los misterios lóbregos del confesonario inculcan á las gentes sencillas y fanáticas un odio profundo hacia nosotros los hombres de la reforma, y como ellos disponen de los bienes de la tierra, y de los del cielo—únicos que deberíamos dejarles, —dominan completamente á las ma-

sas. A esto y no á otra cosa, atribuyo, señores, la fría recepción que se me ha hecho en México. La República toda no me parece en este momento sino una gran sacristía, y la atmósfera que nos rodea me forma la ilusión de una enorme y negra sotana de jesuíta." (Numerosos aplausos.)

He aquí en substancia, el discurso que estableció la fama de Gaspar Rodríguez como orador. Los periódicos lo reprodujeron, no sin elogios, y el Ministro de Relaciones dió un convite al Mirabeau moderno.

Para llenar el objeto de este capítulo, nos falta hacer un ligero estudio anatómico, de lo que suelen ser en México los congresos. Si se llaman constituyentes, tratan de importar leyes del extranjero, que no siendo adecuadas á nuestras necesidades sociales, se quedan escritas simplemente cuando influye un gobierno juicioso, ó causan gravísimos trastornos cuando son llevadas al cabo por el capricho ó la ceguera de los que mandan. Si se llaman constitucionales, consideran como enemigo natural suyo al gobierno, y tratan de molestarlo y de paralizar su marcha, valiéndose de expedientes parlamentarios. Si el gobierno

es fuerte y precavido, los disuelve y se salva; si es débil ó ciego, los tolera y tiene la gloria de caer con ellos. Gobiernos hay que adoptan un término medio, y como tienen en sus manos la llave de los destinos públicos, no hacen más que sonarla contra la ambición y la codicia personales para atraerse gran número de diputados, y tener así en la Cámara lo que se llama mayoría. Una vez conseguido esto, el gobierno subsiste tranquilamente y se ríe de la exaltación de unos cuantos patriotas que lo atacan.

Si los congresos fueran, en efecto, representantes del país, veríamos en ellos igualmente respetadas y atendidas las clases todas que lo componen; pero cuando un liberalismo exagerado se apodera de los negocios públicos, llama sin criterio alguno al ejercicio del derecho electivo á toda la masa de la población, influye en sus votos, asalta los puestos en virtud de la preponderancia del número y no del triunfo de la razón y de la inteligencia, y dicta leyes, no protectoras de la sociedad, sino atentatorias respecto de una ó más clases, é inútiles ó nocivas al común de los ciudadanos.

Existe en las entrañas de nuestra

generación actual una enfermedad gravísima y que pudiéramos llamar de imitación Cuando las casacas redondas, cuadradas ó puntiagudas se usan en México, es porque han dejado ya de usarse en París. Estamos parodiando ahora la república francesa de 1793. ¡Cuidado, que apenas hay atraso! Cuando en las sociedades europeas, donde el filosofismo del siglo XVIII se creyó arraigado para siempre y dueño absoluto é imperecedero de las instituciones públicas y hasta de las costumbres domésticas, se opera rápidamente una benéfica reacción hacia los principios sociales y religiosos á cuya sombra únicamente crecen y prosperan los pueblos, nosotros nos afanamos por imitar la tragedia, que en nuestros humildes bastidores queda reducida á sainete, sin que los males que produce sean por ello despreciables.

Todavía en la época de las funciones legislativas de Gaspar, las instituciones sociales y religiosas á cuyo abrigo se había el país salvado de los embates de tantas revoluciones, no eran abiertamente atacadas. Pronunciáronse algunos discursos tan vehementes y disparatados como el de nuestro protagonista, y él y sus compañeros presentaron en las sesiones secretas proyectos de leyes, relativas á la libertad de cultos, libertad absoluta de imprenta, desamortización civil y eclesiástica, juicio por jurados y demás puntos que constituyen el credo político de la exaltación democrática; pero no faltaron diputados que manifestaran lo monstruoso que sería romper la unidad religiosa é introducir primero diversos cultos por el solo gusto de tolerarlos después; lo incompatible de la libertad absoluta de la prensa con la existencia de los gobiernos de hecho, que se levantan hoy por medio de una revolución para caer mañana en virtud de otra; lo impolítico de la desamortización cuando la agricultura, en lo general, no contaba con otros bancos de avío que las cajas del clero, y, por último, lo mucho que convendría enseñar al pueblo á leer y escribir antes de llamarle á juzgar. Aquellos discursos y proyectos no dieron, pues, otro resultado que conquistar á Gaspar y socios la admiración un tanto cuanto cándida de sus sectarios. Por lo demás, predominaban en la cámara de color "moderado," y la mayor parte de los representantes del pueblo

temblaron al oír las ardientes peroratas de Gaspar, ni más ni menos que si estuviesen persuadidos de que las ideas enunciadas iban á causar la desdicha de México. Ellos se hallaban contentos con el orden político y administrativo reinante á la sazón; habían pescado ya, ó tenían en espectativa empleos más ó menos lucrativos para vivir con holgura, y apadrinando y propagando las ideas demagógicas, se detenían espantados ante su realización, como si en política las ideas no constituyeran la mitad del camino de los hechos.

La asamblea legislativa á que perteneció Gaspar, murió casi de inanición. Unos cuantos representantes, animados de las mejores intenciones, al ver que nada podían hacer en beneficio del país, se fueron retirando desalentados. Otros, de los más entusiastas al principio, se habían avenido de tal modo con los placeres y distracciones de la moderna Babilonia, que, después de haber reñido entre sí porque había quienes quisieran llevarse los poderes federales á Chihuahua para que conociesen personalmente á los bárbaros, y quienes desearan establecerlos en el Saltillo, á fin de que el

presidente y los ministros usaran riquísimos jorongos de la tierra, acabaron por no salir de los teatros y billares, adonde acudían comisiones de leva, queriendo conducirles al santuario de las leyes. En vano Gaspar y sus compañeros se desgañitaban en la tribuna, agotando contra los faltistas cuantos epítetos injuriosos contiene el diccionario de la lengua, y aun otros que no se hallan en diccionario alguno. Confesáronse, al fin, vencidos, y á toda prisa dieron la última mano á una carta constitutiva que ellos creían imperecedera y de la cual á los ocho meses nadie se acordaba.

Señalóse día para la clausura de las sesiones; llegó al cabo, y el presidente de la cámara dijo al de la República lo mismo, casi, que éste había dicho á aquél cuando se inauguró el congreso. "Los esfuerzos del pueblo han dado cima á la obra inmortal de la constitución. En cuanto á la hacienda pública está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos y no hay comercio ni industria. La patria, señor presidente, espera de vuestra energía el remedio de sus gravísimos males."

Dióse por notificado el presidente de la República, y sintióse desde aquel día más libre de estorbos en el desempeño de sus funciones; pues sabía que en las sesiones secretas del congreso se le había comparado á Diocleciano y á Nerón. En cuanto á los diputados, tenían triste el semblante. La mayor parte de ellos no se daban por satisfechos con la gloria conquistada. Además, se les habían acabado las dietas, y aunque tenían en perspectiva los viáticos para volverse á la provincia, les asustaba el porvenir.

V

ENRIQUE EN EL COLEGIO

Terminadas sus tareas legislativas y disponiéndose á volverse al lugar de su antigua residencia, Gaspar se acordó de que era padre y quiso hacer una visita al hijo á quien había enviado á la corte á fin de que se educara con arreglo á las "exigencias" del día, recomendándole, según hemos dicho antes, á una de las notabilidades del liberalismo.

Cuando Gaspar—después de haber recorrido dos ó tres patios, donde los alumnos del colegio se entregaban al pugilato, y unos cuantos corredores, en los cuales oyó conversaciones que de puro libres le chocaron, no obstante lo liberal que era,—entró en la celdilla de Enrique, hallóle negligentemente recostado en una silla, con las piernas extendidas y un grueso puro habano en la boca. Le acompañaban tres ó cuatro condiscípulos: en la mesa había diversas copas empañadas y una botella de Chateau-Lafite, casi á la mitad. Al llegar Gaspar, uno de los colegiales recogió de la mesa y se echó en el bolsillo una baraja con la mayor flema del mundo. Aquellos muchachos insolentes no se pusieron en pie á la llegada de la visita.

—Niños, buenas tardes. ¿Cómo la pasan ustedes?

—"La, la Tout doucement."

—Enrique, ¡qué grande estás ya! ¿Te ha escrito tu madre?

—Se cansó ya de hacerlo y, como hacía seis meses que yo no le contestaba, lleva dos de haber suspendido sus cartas.

—No conviene proceder así, Enrique.

—¡Diablo!—dijeron entre dientes los muchachos.—Este hombre es una fiera. Enrique, "au revoir. ¡Que tu vas t'amuser ave cet hom me faroche de ton pére!" ¡Buenas tardes, caballero!

—Pásenlo ustedes bien, amiguitos. ¡Qué bien se expresan en el idioma del patriarca de Ferney!

—Casi no se parla otro en el colegio.

—No me disgusta eso; pero desearía que diesen preferencia al inglés, y que, sobre todo, para nada se hablase el castellano. Cuando recuerdo que ha sido éste el idioma de Hernán Cortés y de los inquisidores, me da rabia oírlo. El idioma del porvenir no es otro para los mexicanos que el inglés. La imperfecta y viciosa civilización colonial ha de desaparecer forzosamente, invadida muy presto por la civilización anglo-sajona. Nuestra sociedad enfermiza necesita transfusión de sangre, de religión, de idioma y de costumbres públicas y privadas. ¿Hablas el inglés, Enrique?

—"Very little, my father."

—Que quiere decir, algo, un poco, un tanto cuanto, así, así; ¿no es esto, Enrique? Te confieso que en el inglés soy mucho más fuerte que en el francés, y con ayuda de un diccionario portátil había llegado á traducir la mayor parte de los rótulos de los hoteles de Nueva York. Pero, hablando de otra cosa, Enrique, esta pieza apesta horriblemente á vino y á humo de cigarro. ¿Por ventura, hacen ustedes uso frecuente de bebidas espirituosas?

—Unicamente en los cumpleaños de los condiscípulos.

—Advierto, además, que eres un fumador consumado, y te diré que, á tu edad, es una falta de respeto fumar delante de tu padre.

—¡Bah! Preocupaciones! (Echa una bocanada de humo á Gaspar en el rostro.)

—Preocupaciones ó no preocupaciones (tose dos ó tres veces), yo me ahogo en esta atmósfera y quiero salir del cuarto.

—Vamos, pues, á la biblioteca y allí presentaré á usted al director.

Llegaron Gaspar y Enrique á una hermosa sala: en el centro de ella había una mesa y en el centro de la mesa un quinqué muy elegante, que llegada la noche debía iluminar toda la pieza, cuyas paredes estaban cubiertas con estantes de libros. Un hombre de elevada estatura y de fisonomía un tanto cuanto franca y bonachona, realzada por un bigote ligero y atusado

con cera, estaba junto á la mesa, leyendo: tenía gorra y bata griegos y unas pantuflas de canevá, no sé si griegas ó romanas, pero en el centro de las cuales había bordados unos gatos monteces en actitud de arañar. Enrique hizo la presentación del autor de sus días á Monsieur Dionisio, director del colegio, pues no era otro el personaje que leía y á quien hemos descrito. Monsieur Dionisio correspondió á las cortesías de Gaspar y á sus arrastradas de pies, llevándose los dedos de la mano derecha al gorro y diciendo en mal castellano:

—Buenás tardés, señor.

Temió Gaspar que el director del colegio no pudiera sostener una conversación en castellano, y como á él le era imposible sostenerla en francés, juzgó que lo más prudente era callar, y á fin de dar al silencio apariencias de gravedad y sabiduría, púsose á recorrer los estantes de libros. Halló en uno de ellos las obras de Montaigne, autor favorito suyo, y echó mano al primer tomo; pero, por más esfuerzos que hizo, no lo pudo extraer, por la sencilla razón de que los libros estaban pintados. Queriendo el maestro distraerle de una ocupación que podía redundar en descrédito del colegio, le

dijo, señalando á Enrique y llevándole la mano hacia una esfera terrestre bastante hermosa:—"Este mochacho estar muy fuerte en geografía," y en seguida se puso á hacerle diversas preguntas en francés y español.

—¿En cuántas partes se divide la tierra?—En 365.—Esos son grados.—"C'est la méme chose.—Non pas."

—¿Cuáles son los trópicos?—Estos. (Enrique señalaba los círculos polares.)

—¿Dónde está la América?—Aquí. (Enrique señalaba el gran desierto de Sahara.)—No, sino acá.—"C'est du méme."

Gaspar, cuyos conocimientos en geografía no eran muy vastos, pues se limitaban, como cosmógrafo, á la existencia del sol, la luna y la estrella de la tarde; como geógrafo físico, á la enumeración de los cuatro elementos de la antigüedad: fuego, tierra, aire y agua, y como geógrafo político, á saber que fuera de México existen actualmente España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y existieron en lo antiguo las repúblicas griega y romana, se dió por satisfecho con las respuestas de su hijo, tanto más, cuanto al entrar en la sala había creído que las estelas celeste y terrestre que

estaban á los lados de la mesa, medio cubiertas con elegantes fundas de gasa, eran ánforas para hacer rifas, puesto que iguales, al parecer, las había dejado en el palacio de ayuntamiento de su tierra natal.

Tras el examen de geografía vino el de historia antigua y moderna. Allí el galimatías de Enrique no tuvo igual. Casó á un hijo de Adán con una nieta de Noé; puso á Faraón, el perseguidor de los israelitas, en el Mar Rojo, en la categoría de los monarcas chinos, é hizo florecer á Cincinatus en los Estados Unidos del Norte. Gaspar se dió también por satisfecho.

Siguió el examen de física. Gaspar tocó la máquina eléctrica y llevó buen susto. Queriendo poner término á una serie de experimentos que ya le cansaban, el director quemó asafétida, y Gaspar salió á toda prisa de la sala, llevándose de la mano á su hijo y á Monsieur Dionisio.

Estaban precisamente los colegiales á la sazón en las horas de asueto ó recreo, que suelen ser las más. Gaspar presenció con gusto algunos ejercicios de esgrima, equitación y baile; en seguida, dos ó tres alumnos empuñaron sendos violines y le regalaron ó destrozaron los oídos, terminado lo cual, el

director presentó á Gaspar una enorme tarjeta de cartulina en que se hallaba impreso el programa de la educación impartida en su establecimiento, y que abrazaba las materias siguientes:

"Moral.
"Lectura y escritura.
"Aritmética y álgebra.
"Geografía.
"Matemáticas.
"Historia.
"Cronología.
"Teneduría de libros.
"Idiomas francés é inglés. (Elementos de griego.)

Esto, por lo que respecta á la educación intelectual. En cuanto á la educación física:

"Esgrima.
"Natación, equitación y toda clase de ejercicios gimnásticos.
"Baile."

El programa terminaba con algunas advertencias por el estilo de las siguientes:

"Los alumnos deberán estar precisamente vestidos con arreglo á las últimas modas de París.

"Cada quince días habrá en el colegio un concierto á que podrán concu-

rrir las familias de los alumnos. Cada mes se dará á éstos un día de campo."

Inútil es decir que con semejantes atractivos estampados en cartulina y repartidos profusamente en la capital y fuera de ella, Monsieur Dionisio había reunido en sus aulas lo más granado de la juventud mexicana. Los padres que estaban resueltos á enviar á sus hijos á París ó á los Estados Unidos, se dijeron que ya no hay necesidad de ello, puesto que acababa de establecerse un colegio "extranjero," y las madres, que temían separarse de sus retoños y que se debilitaran sus creencias religiosas ó se corrompieran sus costumbres, como si esto no pudiera suceder en el colegio de Monsieur Dionisio, acogieron al pedagogo como á salvador de ellas y bienhechor moral de los niños. ¡Cosas de las madres! En cuanto á los padres, una parte de ellos no entendía jota en materias de educación; otra parte consagraba exclusivamente su tiempo á los negocios, y otra, finalmente, á causas de sus propias ideas políticas, religiosas y literarias, estaba de acuerdo con el sistema de educación seguido por el homónimo del célebre tirano de Siracusa, también maestro de escuela.

Este—no el tirano, sino el homónimo,—había calado á Gaspar en el curso de la visita y, conociendo que todo lo podía arriesgar con él, púsose á explicarle la filosofía de su sistema de enseñanza. Las nociones religiosas que antiguamente se daban á los alumnos eran ya un anacronismo, según Monsieur Dionisio, en la época actual, cuando en todos los países ilustrados se ha substituído la moral filosófica al fanatismo religioso. "Los estudios intelectuales á que en los últimos siglos se sujetaba á los niños, acababan por extenuarles y destruirles. Más sabios los antiguos consagraron mayor esmero á la educación física y esto hizo que fueran indomables guerreros, ciudadanos patriotas y que las razas no degeneraran con la rapidez de hoy. Al estudio de una teología embrollada y de una metafísica indigesta é inútil se han substituído los ejercicios corporales que facilitan la digestión y dan á las formas un desarrollo prodigioso. Antes se disputaba en las escuelas por medio de "ergos" y "distingos;" hoy no se disputa en cuanto á opiniones, porque todas son igualmente buenas y valen lo mismo: la tolerancia universal hace, mi señor don Gaspar, que si yo digo que esta mesa es blanca y usted dice que es negra, venga un

ecléctico (hoy todos los hombres deben serlo), y diga que esta mesa tiene una parte de blanco y otra de negro, y que los dos tenemos razón. En cuanto á las miradas insolentes y á las graves faltas al honor, se castigan por medio del "box" y de la espada, y he aquí manifiesta la necesidad imperiosa del pugilato y la esgrima. Esta necesidad nos conduce á la necesidad de la natación y equitación, porque si usted mata á su contrario de una puñada ó le atraviesa con su florete el corazón, para no caer en manos de la justicia, cuyas reglas no se hallan á la altura de las exigencias sociales, tiene que montar á caballo y correr á todo escape, ó arrojarse á un río y atravesarlo á nado, huyendo de los gendarmes."

—Me parece muy acertado el sistema de usted, Monsieur Dionisio.

—Yo estar ufano, señor don Gaspar, de la aprobación de usted á mi sistema, tanto más cuanto que hay todavía muy pocas personas ilustradas en el Mecsico, y este país se resiente mucho aún de la educación y de la influencia jesuíticas. Hay padres de familia que vienen con la pretensión de que sus hijos aprendan el catecismo del Padre Ripalda y la gramática castellana como si aun estuviesen ustedes

bajo el régimen colonial, y ¿cómo satisfacerles cuando mi sistema no se halla al alcance de su comprensión ni de acuerdo con sus ideas? Por haber yo manifestado las mías con alguna franqueza á una persona distinguida que tenía dos niños suyos en mi establecimiento, perdí casi la tercera parte de mis alumnos. Esas gentes de sotana....

—No me hable usted de ellas, Monsieur Dionisio, porque se me derrama la bilis.

—¡Oh, señor don Gaspar! Usted sosegarse y calmarse; pero esas gentes luego que supieron cómo opinaba yo en materias religiosas, comenzaron á influír en las familias para que sacaran de mi colegio á los niños, asegurando que aquí se extraviaban y pervertían. Quiso la desgracia que hubiese dos ó tres escándalos causados por jóvenes de mala cabeza, predestinados al vicio á causa de la conformación de su cráneo, y esto dió un golpe casi mortal á mi instituto. Pero yo espero que con la protección de una persona tan notable en la política como usted, mi casa se podrá levantar á la altura que merecen mis esfuerzos, y yo podré rechazar ciertas trabas que pugnan con

mis ideas y que todavía me es preciso soportar si no quiero arruinarme.

Gaspar ofreció á Monsieur Dionisio conseguirle la medalla de instrucción pública y cierto número de niños pagados por el ayuntamiento; recomendarle ante muchas personas influentes de México y sostener por medio de los periódicos la bondad de su sistema, poniendo de paso á la vista las tenebrosas maquinaciones empleadas por el clero á fin de desacreditarle y arruinarle. Terminadas tales ofertas se despidió de su hijo y del director, quienes salieron acompañándole hasta la puerta.

—He aquí—se dijo Gaspar de vuelta á su posada—un establecimiento de educación que hace honor al país, y que á la vuelta de pocos años producirá ópimos frutos en favor de las buenas ideas.

Volvamos nosotros al colegio y al cuarto de Enrique. A poco de haber salido Gaspar, ya estaban reunidos con su hijo los camaradas á quienes conocemos.

—¿Sabes que tu padre tiene una facha eminentemente ridícula?

—¿Y sabes que te pasas tú de insolente con decírmelo?

—¡Bah! ¡Precauciones todavía! En

señal de que te perdono esos rasgos de quijotismo, restos de tu educación de provincia y de las ranciedades que te ha imbuído tu madre, me voy á dejar ganar por tí unas cuantas pesetas.

—Es que ya te debo treinta pesos y no tengo con qué pagártelos.

—No importa, ya veremos cómo se arregla ese asunto. Escribirás á tu padre una carta, diciéndole que es preciso que te aumente la mesada, pues no te alcanza para tus gastos.

—Ya me la ha aumentado dos veces, advirtiéndome que me ciña al dinero que me envía, porque no me puede dar más.

—Ya te he dicho que no hablemos de eso. ¿Tienes tú los naipes, Lucas?

—"¡Parbleu! Me los eché en el bolsillo luego que entró "le bon bourgeois."

—¿Treinta y una, ó albures?

—Albures.

—Bebamos antes una copa á la salud de la ganancia de Enrique, dijo Lucas.

—Bebamos, contestaron todos, lo hicieron como lo dijeron.

—Dos de oros y sota de bastos. ¿A qué vas, Enrique?

—Al dos.

—Se va el albur.... Sota, y aumenta, Lucas, dos pesos al cargo de En-

rique. ¡Venga otra copa! Bebe, Enrique, para que se te despeje la facultad del cálculo. ¿Y el director?

—Se entretiene con el "Emilio" de Rousseau.

—Siete de espadas y cinco de copas. ¿A qué vas, Enrique?

—Al siete.

—Se va, señores.... Cinco de oros á la puerta. Lucas, aumento dos pesos más á la deuda de Enrique.

Siguieron así jugando y bebiendo hasta las ocho de la noche. El humo de los cigarros formaba una espesa nube en el interior de la pieza, y de aquellas bocas, casi infantiles aún, salían horribles blasfemios ó gritos de júbilo, según las alternativas de pérdida ó ganancia. Al oír las ocho, Enrique se levantó de la mesa exclamando: "Ya no quiero jugar."—¿Por qué? le preguntó su contrario.—"Porque te debo ya cincuenta pesos y tengo una cita á esta hora."

—Pues mira, antes de acudir á ella, arreglemos cuentas. ¿Cuándo se va tu padre?

—Dentro de unos ocho días.

—Pues bien; ahí tienes la pluma y papel: escribe la carta que te voy á dictar.

—Pero....

—¿Cómo es eso de "pero?" ¿Ya no te fías de mi discreción? ¿Ya no quieres que yo te dirija?

—Estoy pronto á escribir; pero dictame aprisa.

—¿Estamos hoy á 31 de Julio? Pues pon: "Agosto 9 de 184***. Querido papá. Por un compromiso de amigos he jugado y he perdido. Usted me ha dicho que es preciso conformarse con los usos de la sociedad y admitirlos, á fin de no pasar por una especie de hurón ridículo. Se me ha invitado á jugar, no me he podido excusar decentemente, y he jugado. Usted me ha dicho también que las deudas del juego son sagradas; yo he perdido cien pesos....

—Eso es falso. Yo no debo más que cincuenta.

—¡Sandio! ¿Y no has de volver á jugar? ¿O piensas escribir una carta así cada mes? Continúa.... "Yo he perdido cien pesos, y acudo á usted á fin de que los envíe y salve así la honra de su apasionado hijo.—Enrique."

Ahora cierra la carta, ponla una cubierta y entrégamela. Yo la enviaré por el correo después que se haya ido el camueso de tu padre, á fin de evitarte una reprimenda.

—Ahí tienes la carta y estamos á mano.

—Lo estaremos cuando hayas recibido el dinero y entregádome los cincuenta pesos.

Disolvióse la reunión, y Enrique, casi tambaleándose por efecto de las copas que había tomado, atravesó los corredores del colegio y por medio de una escalera de mano trepó á la azotea; recorrió un corto espacio de ella, se asomó á la de una casa contigua que quedaba más baja, amarró fuertemente una cuerda á la citarilla de la azotea del colegio y se descolgó. Enrique iba á una cita, según lo había dicho á sus compañeros.

"¡Exageración! ¡Caricatura!—exclamará tal vez alguno de mis lectores.—Un muchacho de menos de catorce años de edad no puede tener las inclinaciones ni los vicios de un joven de veinticinco." Pero si este lector se toma el trabajo de examinar desapasionada y filosóficamente nuestras úlceras sociales, se convencerá de que la marca del vicio aparece con lamentable precocidad en la frente de los niños en quienes se juntan las malas inclinaciones de Enrique á la pésima educación que le dió su padre y á la corrupción que le contaminó en el colegio. Los

efectos de las malas compañías se hacen sentir más tarde respecto de los caracteres nobles de por sí y que han sido formados por medio de sólidas lecciones cristianas en el seno de una familia arreglada y virtuosa; pero respecto de los séres de quienes pudiera decirse que tienen disposición innata para el vicio, las malas compañías obran en ellos como el ardiente sol de los trópicos que hace brotar, crecer y desarrollarse con rapidez las plantas venenosas. Cuando se está convencido de esta verdad, no se comprende la indiferencia y el descuido de los padres que ponen á sus hijos sin criterio alguno, bajo la dirección y la influencia de un maestro cuyas lecciones y cuyos ejemplos van á formar definitivamente el carácter de los niños, y á decidir de su suerte futura bajo las diversas fases social, política y religiosa.

Enrique iba á una cita. ¿Era una cita de amor? ¡No profanemos este nombre! El amor se hace presentir en los primeros años de la juventud, cuando raya para el hombre la aurora de la inteligencia, y no produce sus verdaderos frutos encantando el corazón y abriendo nuevos horizontes al espíritu, sino más tarde, cuando tiene lágrimas que enjugar, dolores que adorme-

cer y engaños y decepciones que hacer olvidar. Pero así cuando se hace presentir en la mañana de la vida, como cuando presta valor, esperanza y consuelo al ánimo del hombre ya formado, es una flor que no se abre en los terrenos pantanosos ni entre el corrupto follaje de los vicios; hija del cielo, brilla esa flor entre los buenos sentimientos que constituyen la felicidad del hombre, de la familia y de la sociedad; subsiste á la sombra de las virtudes, y se endereza constantemente al cielo, que es el lugar de su origen y de su final destino.

VI

AMELIA

Habían transcurrido cinco años. Enrique continuaba en México, en el colegio. Gaspar se había retirado á la provincia, donde llevaba una vida sedentaria y monótona, aunque en continua correspondencia con los principales personajes de su partido. En los días á que se refiere este capítulo, Gaspar, Octaviana y Amelia habían ido á pasar una temporada en la hacienda

del primero, la misma que años atrás se incendió en ausencia suya, y que era dirigida, como creemos haber dicho, por un antiguo y hábil administrador.

Tenía en él tal confianza Gaspar, y, por otra parte, le asistía un conocimiento tan escaso de las cosas del campo, que para nada se ingería en la administración de la hacienda, entreteniéndose mientras permanecía en ella, únicamente en leer, cazar ó montar á caballo. Con frecuencia, cuando le llegaban de México nuevos libros, se encerraba en su cuarto días enteros á devorarlos sin reunirse con su esposa y su hija, sino en las horas de la comida.

Octaviana y Amelia eran inseparables. Dormían juntas en una misma pieza; se levantaban con el día, se aseaban y vestían lo mismo que si estuviesen en la ciudad; algunas veces montaban á caballo, y otras emprendían paseo á pie por el bosque inmediato. Después de almorzar se sentaban á coser junto á una ventana que daba al camino de la ciudad; después de comer hacían lo mismo, hasta que llegaba la noche, y con ella una que otra visita. En ninguna parte se gusta como en el campo de los placeres de

la sociedad. A las diez ó á las once de la noche, Octaviana ó Amelia se recogían en su alcoba. En cuanto á Gaspar, se encerraba desde temprano en su cuarto á leer, ó había ido á negocios particulares á la ciudad, ó recibía aparte á algunos de sus amigos, y muy especialmente á su compadre Márquez, quien representará en este capítulo un papel que, ciertamente, no le habría atribuído el lector.

Para llenar las lagunas de los cinco años transcurridos entre el día en que Gaspar visitó en México el colegio de Enrique y el día en que volvemos á tomar el hilo de nuestra narración, añadiremos que los pedidos de dinero menudeaban de parte de Enrique; pero como la hacienda estaba más en auge que nunca, no ocasionaba gran cuidado á Gaspar tal circunstancia. Por lo demás, el padre filósofo, contento con que Octaviana hubiese dejado á su cargo la educación de Enrique, no había vuelto á insistir seriamente en sus ideas respecto de la educación de Amelia, quien acababa de cumplir diez y seis años y estaba bella como una mañana de Abril, y simpática como la esperanza.

Y á propósito de las mañanas de Abril, en otra de ellas, Octaviana y

Amelia estaban entregadas á su labor, según costumbre, cerca de la ventana que da al camino, y cuyas vidrieras abiertas de par en par, dejaban penetrar en la estancia el tibio perfume de los campos. Casi no se notaba alteración en el semblante de Octaviana; unos cuantos surcos en la frente unos cuantos cabellos blancos era todo lo que tenía de nuevo. Respecto á Amelia, era otra cosa; se había desarrollado y tenía ya la estatura de la madre, cuyo vivo retrato fué desde niña. En el momento de que hablamos, estaba inclinada sobre el bastidor, y el negro bellísimo de su cabello y de sus pestañas, contrastaba singularmente con el color rosado de sus mejillas, y el blanco de su traje de muselina. La madre, en pie á corta distancia, contemplaba con orgullo á la hija.

Sonaron las diez en el reloj de la sala, y Amelia, al oírlas, apartó del bastidor los ojos y los dirigió hacia el camino ó vereda, cuya línea quebrada y arenosa se señalaba en medio del musgo y al través de los árboles. Una brisa ligera movía las hojas, y un enjambre de mariposas se internaba en el bosque cercano buscando la sombra. Octaviana había previsto el movimiento de su hija y se complacía en obser-

varla. Amelia, al ver las mariposas, quiso involuntariamente pararse y correr tras ellas, obedeciendo á los últimos instintos de la infancia; pero alguna idea súbita visitó su mente, y la joven suspiró. Se mantuvo en su puesto y volvió los ojos al bastidor. ¿Cómo quieres, Amelia, correr tras las mariposas, cuando tú misma estás ya cogida en la red?

Pocos minutos habían pasado, cuando las pisadas de un caballo resonaron del lado del camino. Amelia levantó de nuevo los ojos y su mirada se encontró con la del joven caballero: saludó éste á la madre y á la hija y siguió á lo largo de la vereda, no sin volver dos veces el rostro hacia la ventana. Los ojos de Amelia brillaron con profunda alegría y, cuando el joven se perdió de vista, lanzó un suspiro de satisfacción y volvió á ocuparse de su labor. Octaviana quiso examinar el estado de aquel corazón, no porque la fuese desconocido, sino por complacerse más bien de la inocencia, la bondad y la sinceridad de su hija.

—Este Alberto, dijo, es un excelente joven á quien yo quiero mucho.

—¡Qué gusto me da oírte decir eso, mamá mía! Porque yo también aprecio mucho á Alberto y creo que jamás

te lo había contado, y óyeme, esto me causaba una especie de remordimiento.... pero cada vez que te iba á hablar de él, sentía un nudo en la garganta....

—¿Qué te platica Alberto?

—Ahora casi nada, ya tú lo ves, y esto me pone en cuidado. Cuando nos hizo sus primeras visitas, me hablaba del gusto que había tenido de conocernos, del estado de los negocios de comercio que ha venido á agitar por mandato de su tío; de las hermosas vistas de la hacienda y de sus proyectos de copiarlas á la aguada, porque Alberto, ya tú lo sabes, pinta muy bien á la aguada. Me hablaba también con mucho entusiasmo de la música y me hacía tocar el piano horas enteras, corrigiéndome algunas faltas de ejecución. Pero después, Alberto se ha convertido en persona de muy pocas palabras; casi nada me platica y raras veces me hace tocar el piano: apenas copió una ó dos vistas de la hacienda, y va para más de dos meses que no nos trae obra alguna suya á que la veamos.

—Con todo, él pasa todos los días á estas horas, según dice, porque está sacando la vista de la cascada. Creo

que va á resultar una obra maestra, según lo que ha tardado en ella.

—No lo creas, mamá. Alberto me dijo la otra noche, que llega al pie de la cascada, saca su bastidor, prepara sus pinceles y sus colores y no puede trabajar. Alberto empieza á preguntarse: "¿Copiaré la cascada de frente, ó un poco de lado? ¿Qué color daré á las aguas?" Porque ya tú habrás observado mamá mía, que si la mañana está alegre y despejada, las aguas caen como una lluvia de brillantes, y si está nublada y triste, forman una masa pesada y cenicienta.

—Es verdad, Amelia.

—Alberto sigue preguntándose: "¿Pondré aquel árbol que se inclina sobre el abismo? ¿Pondré aquella choza? ¿Pondré este rebaño?" Y el caso es que nada pone, porque se queda pensativo y triste y deja el trabajo para otro día, y vuelve al otro día y le sucede lo mismo. ¿Le acabas de ver pasar? Pues no creas que haga hoy nada tampoco. Ya yo le he reprendido; pero él me oye y se sonríe. ¿Si estará enfermo?....

Octaviana procuró tranquilizar á su hija respecto del estado de la salud de Alberto, y después se dirigió á un rincón del cuarto, cogió un libro é hizo

que leía, pero en realidad soñaba y oraba. Aquella excelente madre, cuyos afectos se habían reconcentrado en Amelia, soñaba con los días de su propia juventud y oraba por la felicidad de su hija.

Abrióse la puerta del cuarto que daba á la sala y se presentó Gaspar.

—Deseaba hablar á ustedes á solas, porque se trata de un asunto grave que á todos tres nos concierne; se trata de la felicidad de Amelia.

Esta y Octaviana levantaron con temor la vista hacia Gaspar, como tratando de adivinar lo que pretendía de ellas.

—Nuestro compadre Márquez que, como ustedes saben, es hombre de algunas proporciones, y cuyas ideas están absolutamente de acuerdo con las mías, acaba de pedirme la mano de Amelia.

Aquí las oyentes lanzaron un grito de admiración y de horror.

Efectivamente, Márquez, viudo de algunos años atrás y ambicioso en grado supremo, viendo el buen estado de la hacienda de Gaspar, había tenido la felicísima idea de querer emparentar con él, casándose con Amelia. Llevaba un mes de menudear sus visitas á la quinta, y aunque nunca se presentaba an-

te las señoras, porque ni su educación ni el conocimiento de la antipatía que ellas abrigaban hacia él, le permitían estar á sus anchas delante de ellas, muchas veces Gaspar habíale convidado á comer y trataba de establecer una especie de intimidad entre Márquez y su propia familia, lo que nunca llegó á conseguir, porque á las demostraciones un tanto cuanto bruscas y ridículas del oculto pretendiente, Octaviana y su hija correspondían con esa política fría aunque intachable, que viene á ser la coraza de las personas bien educadas contra las sandeces de los necios. Muchas noches, de vuelta á su casa, Márquez se dijo á sí mismo que la teoría de la igualdad social tenía mucho de falsa y que jamás podría él ser igual á Octaviana y á su hija, á causa de la diferencia de educación. Proponíase influir para que con el tiempo se expidiese una ley prohibiendo que los habitantes de la República aprendiesen otra cosa que á leer y á escribir. Una duda asaltábale, sin embargo: ¿cómo impedir que las capacidades naturales fuesen superiores al vulgo? ¿Cómo destruír esa desigualdad intelectual establecida por el acaso, según él? Márquez resolvía casi siempre el problema lanzando á media voz una blasfemia, y pidiendo un pocillo de chocolate. Pero cuando se convenció de que sus atractivos personales no eran suficientes á conquistarle el cariño de Amelia, no quiso exponerse á una derrota que hubiera lastimado su amor propio. Oír que "no" es cosa muy dura, y más si lo pronuncian unos labios de diez y seis años, y todavía más si sale de unos labios tan lindos como los de Amelia. Márquez no recordó en este trance aquellos versos de Horacio: "Rumbo mejor, Luciano, seguirás no engolfándote en la altura, etc.," por la sencilla razón de que no había leído á Horacio, ni siquiera tenía noticias de él; pero se dijo en calidad de hombre prudente, que era más fácil la conquista de Gaspar que la de Amelia. Ufano con esta idea, vino aquel mismo día á confiarla á su amigo, quien acogió con entusiasmo la pretensión de Márquez y se decidió apoyarla. Uno de los medios que Márquez empleó para obtener este resultado, fué el de sugerir á Gaspar un pensamiento que jamás había ocurrido á éste en sus sueños políticos. "Todavía el país—le dijo Márquez—no está en disposición de realizar muchas de las teorías democráticas; pero ¿quién nos impediría que las

practicásemos, ó ensayásemos, por lo menos, en la hacienda de usted? ¿No podríamos estimular y ennoblecer el trabajo dando á los mozos una parte del suelo en enfiteusis? ¿No podríamos dividir ese mismo trabajo estableciendo nuevas oficinas? ¿No podríamos destruír el influjo clerical enviando enhoramala al jesuíta que viene todos los domingos á escamotear á usted cuatro pesos en cambio de una misa? Si el pueblo, es decir, los mozos de la hacienda, recibían bien estas reformas, avanzaríamos á establecer en pequeño la libertad de cultos, dejando que los indios se entregasen públicamente á sus prácticas idólatras, y haciendo en beneficio de la civilización que las entrañas humeantes de las víctimas humanas se convirtieran en entrañas de ternera ó de cerdo, con la precisa condición de que nosotros nos las habríamos de comer en estofado."

Basta de explicaciones retrospectivas, y volvamos á la escena comenzada.

—¿He oído bien, Gaspar, ó me engaño? ¿Márquez se quiere casar con mi hija, y tú eres quien me lo viene á decir?

—Ni más, ni menos. ¿Qué hay de particular en ello?

—¿Y me lo preguntas, Gaspar? Pero no; tú te chanceas, porque, por mucho que te cegara tu cariño hacia Márquez, no le sacrificarías la felicidad de Amelia, de tu hija.

—Es que, precisamente creo yo asegurar la felicidad de Amelia, de mi hija, casándola con un hombre de bien y de excelentes ideas, como Márquez. ¿O quieres, acaso, hacer de tu hija una monja inútil y fanática? ¿O piensas casarla con algún orgulloso aristócrata? Pues yo te prometo que, cualesquiera que sean tus miras respecto de Amelia, no se realizarán, y que Amelia se ha de casar con Márquez.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres.

Había algo de extraordinario y solemne en aquella respuesta corta, pero incisiva de la esposa que jamás había levantado la voz delante de su marido y que, antes bien, sufrió siempre con angelical resignación sus malos tratos y frecuentes injusticias. Pero se trataba de su hija, de la suerte de aquella hija á quien Octaviana había cobijado bajo el ala de la piedad y el amor, librándola de las malas doctrinas y

los peores ejemplos de su padre y de su hermano. Noche con noche vertía Octaviana amargas lágrimas en la obscuridad de su alcoba, al pensar en los malos principios de Enrique y en el porvenir aterrador que le esperaba. ¡Y ahora querían arrebatarle á su hija de sus entrañas y de su ejemplo, á aquélla que le debía no solamente la vida física, sino también la inteligencia y la virtud; no solamente su sangre, sino la formación de su entendimiento y de su carácter; á aquélla, en fin, que era su única amiga, su consuelo y su refugio en los pesares domésticos! Con razón Octaviana, ese ángel de bondad y dulzura, se convirtió en una leona: con el instinto de la mujer y de la madre, comprendió rápidamente que ella era el único escudo, la sola defensa de Amelia, y se propuso defenderla contra su padre, contra la sociedad, contra el mundo entero, sin calcular sus fuerzas ni las consecuencias de su conducta.

—Pues yo te digo que no se ha de casar como tú quieres—repitió con voz firme, encarándose hacia Gaspar, que permanecía de pie, con los brazos cruzados, la sonrisa horrible de la cólera en sus labios, y mirando alternativamente á la madre y á la hija.

Octaviana entonces recordó que ella misma había sido sacrificada; que pudo haber sido feliz uniéndose á un hombre, aunque pobre, honrado y de buenos sentimientos. Iba á expresar en alta voz lo que pensaba, y á decir á Gaspar que, ya que la había sacrificado á ella, no quisiera también hacer infeliz á su hija; pero se contuvo haciendo un violento esfuerzo. Octaviana conocía y practicaba escrupulosamente los deberes de la esposa. Ella sabía que una sola de esas frases dicha en un instante de acaloramiento, basta para establecer una desunión eterna entre los esposos y sirve de malísimo ejemplo á las hijas. Afortunadamente Gaspar, ciego de cólera y dominado, á pesar suyo, por la calma y la energía muda de su esposa, se retiró, cerrando tras sí la puerta con estrépito. Octaviana se arrojó en los brazos de Amelia, exclamando: "¡Defiéndeme, hija mía, contra mis propios pensamientos!" y derramó un torrente de lágrimas.

Cuando consiguió serenarse y enjugarlas, alzó los ojos para descubrir en el semblante de Amelia el aterrador efecto que temía la hubiesen causado las palabras de Gaspar; pero ¡cuál no fué su admiración al ver pintadas la

calma y una felicidad inefable en la frente de su hija! Cuando ésta oyó de boca de su padre la pretensión de Márquez, sufrió en todo su ser un estremecimiento súbito, quedó un breve instante como aturdida, y luego sintió un peso gravísimo en el corazón; pero casi en el momento mismo, un rayo de luz iluminó su espíritu y un nombre dulcísimo agitó sus labios más suavemente que la brisa agita el espejo de un lago en las tardes del estío. El nombre era "Alberto," y el rayo de luz no era otra cosa que el conocimiento repentino de que ella le amaba. ¿Cómo había permanecido oculto para ella este sentimiento, que sin duda desde muchos días antes formaba parte de su ser? Solamente ahora se revelaba á su espíritu á consecuencia del fuerte choque moral que acababa de sufrir: oculto como el fuego en el centro del pedernal, había brotado á semejanza del fuego, cuando el pedernal es herido por el acero, y la madre que siente por la primera vez al hijo de sus entrañas, no experimenta ni la felicidad, ni el orgullo, ni la confianza en el porvenir que asistían á la joven.

Acostumbrada Octaviana á conocer hasta los más íntimos pensamientos

de su hija, no tuvo necesidad de interrogarla: todo lo había adivinado. Abrazáronse entrambas en silencio y permanecieron así largo rato. Al estrechar Octaviana á Amelia contra su corazón, le ofrecía interiormente protegerla y salvarla. Al estrechar Amelia á su madre, le confesaba su amor á Alberto, y ponía aquel sentimiento puro y formal bajo su protección. Si Alberto la hubiese visto y hubiese adivinado su idea, se habría enorgullecido. ¿Dónde está el hombre que no se enorgullecería al verse amado de Amelia?

Educada con las máximas de una piedad sólida, no bien se desprendió de los brazos de su madre, cuando fué á arrodillarse ante una imagen de la Santísima Virgen colocada junto á la cabecera de su cama. Por las mañanas y por las noches, al levantarse y acostarse, mezclaba en sus oraciones los nombres de sus padres y de su hermano Enrique. Ahora tenía que añadir otro nombre, el de Alberto: ahora tenía que pedir á la Reina de los Angeles el respeto, la humildad y la fuerza necesarios para oponerse á los designios injustos de su padre, sin ofenderle. Quitóse de los cabellos una flor que la noche antes le había regalado

Alberto, y la puso en el marco de la imagen, ofreciéndola así las primicias de un sentimiento que había brotado y sólo debía desarrollarse á la sombra de la piedad y de las virtudes domésticas.

Después de la comida supo de boca de Octaviana que su padre, excitado por Márquez, había determinado no recibir las visitas de Alberto, creyendo que este joven sería la causa principal de la resistencia de Octaviana al proyectado matrimonio de su hija. Amelia, al oír esto, sintió un gran dolor en su corazón: no sabía que los frutos de la dicha sólo maduran á fuerza de golpes y de lágrimas; enjugó, sin embargo, las suyas y se resignó. Temía, con todo, que Alberto al ser desairado por Gaspar, se ofendería y no la volviese á ver. Preocupábala mucho esta idea, y á fin de distraerse, salió á un pequeño jardín situado en la parte exterior de la casa, frente al camino.

Magnífica estaba la tarde. Una lluvia ligera había humedecido el musgo del jardín, haciendo que las hojas de los árboles brillasen más con los rayos del sol, próximo ya á su ocaso. Multitud de golondrinas revoloteaban alrededor del campanario de la hacienda: algunos de los mozos volvían del trabajo, trayendo al hombro la azada y precedidos á veces de un perro fiel que nunca dejaba de acercarse á ofrecer sus respetos á Tamerlan, compañero inseparable de Amelia, no obstante lo avanzado de su edad y de sus achaques. De repente aquel noble animal levantó del suelo la cabeza que tenía apoyada entre sus patas delanteras, aulló de alegría mirando á Amelia y, después de hacerla algunas fiestas, se lanzó con toda la rapidez posible, atendidos sus años, hacia el camino.

A poco, lo mismo que en la mañana, resonaron las pisadas de un caballo. Amelia esta vez se ruborizó, y en vez de mirar hacia el sendero, se puso á examinar obstinadamente un rosal. Alberto se habría contentado con saludar á Amelia, sabiendo que aquella noche iba á estar largo rato con ella; pero como no lo veía, por más que el joven encabritaba su caballo y Tamerlan la tiraba del delantal, desmontó Alberto y, llevando su corcel de la brida, avanzó hacia el jardín. Pocas y entrecortadas fueron las palabras de entramos jóvenes: aquel rosal estaba arruinándose visiblemente y era preciso á trasplantarlo á otro terreno, cer-

ca del agua: á propósito de agua, la vista de la cascada no había adelantado aquel día más que los anteriores: en la mañana, el sol estuvo muy ardiente; después llovió y Alberto se vió precisado á refugiarse en la choza inmediata, cuyos moradores no le hablaron de otra cosa que de la caridad de Amelia.

A todo esto, Amelia no contestaba al joven con su alegría y viveza habituales: Advirtiólo Alberto y, viendo más detenidamente el rostro de su interlocutora, la dijo:

—Usted ha llorado, Amelia.

La joven se puso roja como una cereza; pero en aquel momento apareció Octaviana en el jardín, llamó aparte á Alberto y le habló durante algunos minutos.

Amelia, entretanto, deshojaba silenciosamente una flor, como la sonámbula de Bellini.

Cuando Octaviana acabó de hablar con Alberto, éste se despidió de ella y pasó á despedirse de Amelia, quien estrechó fuertemente su mano y correspondió á la melancólica mirada del artista. Tamerlan fué á acompañarle un corto trecho, haciéndole los honores de la casa. Al llegar Alberto al primer recodo del sendero, volvió el

rostro hacia atrás, vió que Amelia le seguía con los ojos, la saludó y se internó en el bosque. A semejanza de Adán, había sido desterrado del paraíso; pero Adán lloraba al salir, y Alberto era feliz al alejarse de la casa de Amelia.

VII

EL PROGRESO EN LA QUINTA

El compadre Márquez no fué admitido para yerno á causa de la decidida oposición de Octaviana; pero su idea de ensayar en la hacienda la aplicación de algunas de las teorías democráticas no fué echada en saco roto, si bien Gaspar quiso reservar casi toda la gloria para sí, dando á entender á Márquez que de mucho tiempo atrás había germinado en él la idea de convertir su hacienda en una especie de quinta-modelo, en que, á la vez que pudieran ser estudiados los métodos agrícolas, manufactureros y administrativos más modernos, se pusiesen en práctica los principios de la escuela política á que entrambos pertenecían.

Gaspar fomentó en su espíritu tal

idea, y la estudió y desarrolló con alegría pueril. El principal obstáculo con que tropiezan siempre los novadores y reformistas, viene á ser la voluntad del pueblo. Por mucho que ellos, valiéndose de una eterna sabiduría, demuestren teóricamente las ventajas de sus planes y proyectos, el pueblo, que entonces deja de ser soberano para convertirse en bárbaro, se obstina en no admitirlos. Muchas veces se le imponen, en nombre de su futura felicidad, mas el pueblo suele ser tan mal agradecido, que de un soplo hace desaparecer las innovaciones.—Aquí no había ese riesgo, Gaspar era dueño y señor de la hacienda y podía hacer en ella cuanto se le antojase sin que nadie tuviera derecho de quejarse ni de reclamarle. Había sido hasta allí un rey absoluto, como Luis XIV ó Federico el Grande; pero obedeciendo las leyes de la confraternidad y el progreso, iba á establecer una especie de constitución "octroyée," abdicando su papel de amo y no aspirando á otro honor que el de que le tuteasen los mozos de la finca. La política en tiempos de exaltación vuelve locas á muchas más gentes que el amor.

En vano trató Octaviana de hacer entender á su marido que sin duda ha-

bía perdido el seso, puesto que bajo el pretexto de reformas, iba á introducir un verdadero y espantoso desorden en la hacienda, destruyendo así el único medio de subsistencia de toda la familia. Gaspar mostróse sordo á todas las razones de su mujer, á quien habló poco más ó menos en estos términos:

—Toda mejora, ó reforma, ó innovación, halla en todo país resistencias más ó menos tenaces de parte de las clases privilegiadas, á quienes es preciso destruir para la felicidad común. ¡Atrás, mujer! Tú representas aquí las clases privilegiadas en la pequeña república que voy á hacer de mi hacienda: tú representas la familia del propietario, que engorda y se refocila á costa de las familias de los obreros. ¡No más privilegios! Quiero que en mi casa se ponga al fogón una olla de arroz, ni más ni menos que en la del último de los proletarios. Quiero establecer una completa igualdad. ¡Atrás, mujer! Cuídate de que la reforma no pase sobre tí y te aplaste al nivelar la sociedad.

Octaviana creyó sinceramente desde entonces que Gaspar había perdido el juicio, y aquella noche le encomendó á San Roque con todas veras de su alma.

Gaspar era hombre activo y enérgico, y en él seguía instantáneamente el hecho á la idea. Con asombro del administrador, hombre de buen sentido y de inteligencia y práctica bien acreditadas en las cosas del campo, un sábado en la tarde, á la hora de rayar, convocó el amo á todos los trabajadores para que en la mañana del domingo siguiente, y después de oída la misa de precepto, á fin de invocar las luces del cielo, se reuniesen en una de las trojes á discutir el mejor medio de administrar la hacienda. No había en la mohosa cadena de la tradición, memoria de una cosa parecida; de consiguiente, tal disposición cogió enteramente de nuevo á los mozos, quienes se reunieron al día siguiente en la troje, en virtud de la obediencia debida al amo.

No hizo otro tanto el administrador, aunque también había sido citado, acaso para que fuese á representar á la nobleza en aquella especie de Estados generales. De algunos días atrás, el administrador notaba cierto extravío en los ojos de Gaspar y una marcadísima incoherencia en sus ideas. Gaspar, de seis meses á aquella parte, se había entregado en cuerpo y alma á la lectura de todos los sistemas socialistas y comunistas, desde el origen y la formación del falansterio, hasta la teoría de la república universal, tan en boga en Francia á la caída de Luis Felipe de Orleans. En las telas confusas de su acalorada imaginación, Faurier y Saint-Simon aparecían como dos genios bienhechores de la humanidad, y comenzó por hacer fabricar dos bustos de yeso que representaban entrambos personajes, que fueron colocados sobre el estante de libros de Gaspar. Si como jefe de familia quería imitar al "padre joven," que describe Eugenio Sue, en "Martín el Expósito," como hacendado trataba de fundar un establecimiento que, á la vez que fuese la glorificación del trabajo, diese idea exacta, aunque en pequeño, de una república en pequeño. El administrador no veía claro en todo esto, y el día señalado para la reunión de los Estados generales, se dió por enfermo y no dejó la cama esperando que le fuesen á desengañar ó á confirmar en su idea respecto del trastorno mental del propietario.

Los mozos se reunieron después de la misa. Gaspar les repartió por sí mismo sendas tinas de pulque para desterrar de ellos el natural encogimiento, y en seguida pronunció un elocuen-

te discurso que no entendieron los sencillos habitantes del campo. Haciendo lo que el pintor de Ubeda con sus cuadros, Gaspar, después de terminado su discurso, se puso á explicarlo á sus oyentes. De allí en adelante iban á ser enteramente iguales el amo y los mozos: cada uno de éstos recibía un trozo de terreno á fin de cultivarlo por su cuenta, sin perjuicio de desempeñar sus anteriores obligaciones respecto de la hacienda. Los mozos quedaban en absoluta libertad de trabajar ó no: ya no habría castigos corporales, y el más insignificante de los peones podría ser alcalde de la ranchería y juzgar á Gaspar, puesto que quedaban abolidos toda especie de fueros. El administrador de la hacienda no podía emplear coacción alguna para obligar á los mozos al trabajo: cierto número de ellos compondrían un jurado, ante el cual se haría comparecer al administrador siempre que en el desempeño de su cargo traspasara la órbita de sus facultades legales, y las del jurado se extendían hasta deponer al administrador. Cuando éste lo supo, se dió por depuesto, y en el instante mismo ensilló su caballo y partió, sin despedirse siquiera de Gaspar, á quien había entregado cuentas la noche ante-

rior. Llevaron la noticia á los Estados generales y Gaspar la recibió con ira, aunque los demás la acogieron con aplausos. En el instante Gaspar inició y los mozos aprobaron la siguiente resolución:

"Queda abolido para siempre en la hacienda el cargo de administrador, como contrario á las libertades de los trabajadores."

Calmada la ira, Gaspar se alegró á su vez, de lo acaecido, considerando que el administrador habría sido un obstáculo perenne á la realización de sus mejoras, y que la supresión ó abolición del cargo le iba á decir un ahorro de más de dos mil pesos anuales.

Propúsose con la mitad de dicha suma, fundar una escuela nocturna de artes y oficios, en que, además, se explicara á los mozos el catecismo de los derechos del ciudadano, dándoles una instrucción moral enteramente republicana. Inmediatamente hizo moción á este respecto y quedó aprobada su idea.

Entretanto, el jugo del maguey iba haciendo su efecto en las cabezas de los mozos, y como Gaspar observase que ya no guardaban la debida compostura, se apresuró á dar por disuelta

la reunión, aboliendo antes la costumbre que los trabajadores tenían de cantar el "Alabado" á la hora del alba y al terminar su tarea. Según se expresó Gaspar, los cánticos religiosos esparcen cierta tristeza en el ánimo, y los obreros, para trabajar con provecho, necesitan estar alegres antes que todo; de consiguiente, el "Alabado" podría substituírse con algunos versos del "Butaquito" ó de la "Tusa." Esta resolución, en concepto de Gaspar, constituía el primer golpe dado al poder del clero en su pequeña república.

Antes de retirarse á sus chozas, los trabajadores quisieron abrazar al amo y fraternizar con él. Fué aquel día para Gaspar el más feliz de su vida, incluso el de sus bodas y el del nacimiento de Enrique. Cuando ya había recibido cosa de cincuenta abrazos, asomaron á sus ojos algunas lágrimas de emoción, y sin embargo, no había tomado pulque.

El administrador iba ya muy lejos á la sazón. Octaviana y Amelia, encerradas en su alcoba, lloraban al saber la conducta de Gaspar, y el correo traía una carta de Enrique, en la cual éste manifestaba le habían fastidiado los estudios y que se hallaba resuelto á

presentarse en la quinta el día menos pensado. Además, pedía algún dinero para cubrir deudas de honor y los gastos del viaje.

VIII

ROMA DESARMADA Y VENCIDA

Por extravagante que haya parecido á nuestros lectores lo acordado en la primera reunión parlamentaria de la quinta de Gaspar, todo se llevó á efecto en el espacio de ocho días. Repartióse á los proletarios una gran extensión de terreno á fin de que hiciesen uso de él como de cosa propia. Quedó sin substituto el cargo de administrador y electo el jurado que iba á hacer en la quinta el papel de la convención francesa. Previéndolo ó intentándolo así, Gaspar se hizo nombrar presidente del jurado, cuyas atribuciones pocos días después llegaron á ser tan extensas, que se consideró ya del todo inútil la reunión de lo que hemos llamado Estados generales en el capítulo anterior.

Enrique, acosado por el temor del castigo, á causa de algunas calavera-

das hechas en México, se había vuelto á toda prisa á su casa, sin esperar á que le enviasen recursos, y fué puesto al frente de la escuela nocturna de artes y oficios, no para enseñar en ella arte ú oficio alguno, sino para dirigirla en general, y para regentear en particular la cátedra de moral, cuidando de la educación eminentemente republicana de los alumnos. Siempre en épocas de trastorno, sea en una quinta ó en una nación, resulta un antítesis perfecto entre las cualidades de las personas y los cargos ó empleos que desempeñan. Entregar la moral á Enrique equivalía á poner la virtud de la temperancia, bajo la protección de Baco.

Algunos trabajos había habido en la semana para completar el número preciso de operarios, pues invocaban éstos en su favor uno de los primeros artículos de su código progresista, en cuya virtud nadie podía ser obligado á trabajar en caso alguno por ningún título. Al fin, amaneció el domingo, y, como en los días anteriores habían llegado á oídos de Gaspar ciertas murmuraciones de los mismos proletarios, con motivo de que advertían desigualdad en el reparto del terreno, convocó á los miembros del jurado, á fin de

examinar á los quejosos y escarmentarles, pues, por regla general, mientras más ilimitada sea la libertad en cuyo nombre se ejerce el poder, más celosos de sus prerrogativas y de su infalibilidad son los gobiernos.

Reunióse, en efecto, el jurado, y del examen ó interrogatorio hecho á algunos de los descontentos, resultó que el cura y el juez de paz del pueblo inmediato, sabedores de la determinación de Gaspar relativa á convertir su quinta en una especie de pequeña república democrática, habían prorrumpido en sinceras exclamaciones de admiración y de pena. El cura de quien acabamos de hablar, era el mismo que iba á dar misa todos los días de fiesta á la hacienda, y en cuanto al juez de paz, en calidad de antiguo veterano del ejército, mandaba la guardia nacional de la comarca, compuesta de unos cincuenta hombres, la quinta parte de los cuales, representaba el contingente de las posesiones de Gaspar. El citado juez acudía todos los domingos á oír misa en la hacienda, arreglaba con Gaspar uno que otro asunto judicial que había ocurrido en la semana, tomaba chocolate con él y se despedía á eso de las doce para ir á comer con su familia. Era el juez modelo verda-

dero del campesino honrado é ignorante, á quien se puede fiar un saco de polvos de oro, pero con quien no se puede tener tres minutos de conversación.

Grande fué la indignación de Gaspar al tener noticia de las exclamaciones vertidas por el cura y el juez con motivo de sus innovaciones en la hacienda. Veía simbolizado en el cura, hombre respetable y profundamente piadoso, el poder de la Roma católica, esa eterna pesadilla de los reformistas, el cura representaba en su quinta el elemento sacerdotal, que, naturalmente, había de oponerse á la anarquía, y Gaspar que se creía objeto de la vigilancia del Vaticano ejercida por aquel eclesiástico, y que hasta tenía, al recordar sus expresiones vertidas contra el clero en el anterior congreso, ser llamado por algún concilio á dar cuenta de sus opiniones religiosas y ser quemado en seguida como Juan Hus ó Jerónimo de Praga, se propuso dar al poder de Roma un golpe mortal, por vía de medida precautoria. Este golpe debía hacerse extensivo al ejército, porque en expresión de nuestro protagonista, las bayonetas y los solideos constituyen las dos columnas más fuertes del despotismo. Ahora bien, el lector conocerá que el elemento militar estaba representado en la quinta por el juez de paz, que, si bien ejercía el cargo de jefe de la guardia nacional, según hemos dicho, era oficial retirado, y, en concepto de Gaspar, tenía una ambición mayor que la de Alejandro el Grande, y muy bien pronunciada en su cráneo la protuberancia de las conquistas á mano armada.

Ya hemos indicado cuánto se disgustó Gaspar con motivo de las exclamaciones de aquellas dos personas, calificadas por él de enemigos irreconciliables del progreso. Trató de ir á afearles su conducta; y calculando que el cura se estaría revistiendo á la sazón para celebrar la misa, que el juez acostumbraba ayudarle, dirigióse á la sacristía en unión de los mozos que componían el jurado. Al llegar á la entrada, Gaspar hizo señas á los demás para que se detuvieran, y se adelantó solo. Una espesa cortina de brin, corrida frente á la puerta, hacía que Gaspar no fuese visto de la parte de adentro, á tiempo que pasaba allí lo siguiente:

Octaviana y su hija, sabedoras de la llegada del cura, no esperaron á que la campana llamase á misa para dirigirse á la capilla, á fin de hablar con

el eclesiástico antes de que llegase la demás gente. Arrojábanse en sus brazos, llorando, sin que las contuviese la presencia del juez, á tiempo que Gaspar se ponía tras de la cortina á escuchar la conversación.

—¡Ay, señor cura, qué desgraciadas somos!—decía Octaviana.—Ya tendrá usted noticia de la nueva manía de Gaspar. Todo lo ha invertido y desordenado en la hacienda. El administrador se ha ido; los operarios se insolentan; no se ha vendido un solo tercio de azúcar en la semana, y ha faltado dinero para la raya. Como si los mozos no estuvieran bastante pervertidos, ha fundado una escuela que dirige.... ¿Quién le parece á usted que la dirige, señor cura?

—Será el compadre Márquez.

—No, sino mi hijo Enrique. Ha llegado de México, y peor momento no pudo haber escogido para venir. El ejemplo de su padre acabará por quitarle el poco juicio que le haya quedado.

—Pero, en fin, ¿cuál es la intención de su esposo de usted?

—Convertir la hacienda en una especie de república democrática, según él dice.

—Preciso es que haya mucho de extravío mental en ello.

—Eso es, padre, lo que nosotros nos decimos; pero al mismo tiempo que Gaspar acabará de perder el juicio, nos hundirá en la más espantosa miseria. Yo desearía que usted le hablase y le redujese á la razón.

—Temo que han de ser inútiles mis pasos; pero el darlos está en mi deber sacerdotal y, de consiguiente, los daré. Tan luego como termine la misa buscaré al esposo de usted para hablarle y....

—Aquí lo tiene usted, exclamó Gaspar presentándose de improviso.

No fueron pocos el embarazo y la confusión que á los circunstantes ocasionó la idea de que Gaspar había estado escuchando su conversación. El cura, sin embargo, recobró su aplomo habitual.

—Puesto, le dijo, que ha escuchado usted nuestra conversación, oculto detrás de esa cortina, se me ahorra el prefacio á lo que tengo que pedirle en nombre de su familia, de la moralidad y bienestar de sus dependientes, y por último, de mis deberes de cura de almas, puesto que usted pertenece al número de las ovejas puestas por Dios á mi cuidado.

—No reconozco yo en usted jurisdicción alguna sobre mí, señor cura, y lo que veo claramente es que usted, en unión de mi esposa, de mi hija y del señor juez, que representa las tradiciones del despotismo militar, conspira aquí en las tinieblas contra las reformas que me esfuerzo en plantear. Mas, puesto que el elemento retrógrado arroja el guante al elemento progresista, yo, á nombre de este último, recojo el tal guante y me lanzo á la lucha. ¡Hola, señores jurados! ¡Entren ustedes!

Un tropel de mozos de diversos aspectos y edades, invadió la sacristía.

¡Ciudadanos! Aquí se conspira contra el pueblo. El fanatismo de las mujeres y el maquiavelismo de Roma disfrazado con una sotana, andan en juego.

Los mozos llevaban los ojos, azorados, de una á otra parte de la sacristía, buscando el fanatismo y el maquiavelismo.

—En circunstancias tan críticas, continuó Gaspar, es preciso obrar activamente; es preciso que ustedes reasuman en mí las facultades del jurado. ¿Se avienen ustedes á ello?

—Nosotros haremos lo que usted nos diga, señor amo.

—Pues bien, facultado debidamente por el pueblo, dispongo:

1º. Que tú, Octaviana, en compañía de tu hija, salgas inmediatamente de la hacienda y no vuelvas á poner en ella un pie, un solo pie; ¿me entiendes? Residirás en la ciudad, porque tú y tu hija representáis aquí la aristocracia, en todas partes enemiga jurada de la reforma democrática, y para llevar á cabo esta reforma, se debe comenzar aniquilando la aristocracia.

—Pero, Gaspar, ¿estás en tu juicio? Advierte que yo soy tu esposa y que Amelia es tu hija.

—No vacilaría en condenaros á muerte si así lo exigiese el bien público. Así eclipsaría la gloria de Junio Brato, y, como él, salvaría á la patria á costa de mi propia familia. Sigo disponiendo:

2º. Quedan abolidos todos los antiguos privilegios y prerrogativas, y el conocimiento de las causas de militares y sacerdotes pertenece al jurado popular.

De consiguiente, usted, señor juez, militar retirado, y usted, señor cura, quedan bajo la jurisdicción de este tribunal, por haber sido sorprendidos en flagrante delito de conspiración contra la república.

Supuesto lo dicho, el tribunal destierra á uno y otro perpetuamente de la hacienda.

—¡Ciudadanos!—añadió dirigiéndose á los mozos. ¿Qué os parece lo decretado?

—Su merced sabe lo que hace, señor amo, contestaron por unanimidad.

—El pueblo sanciona mis actos. Disuélvase por hoy la junta.

El cura y el juez se creían víctimas de una pesadilla y podían persuadirse de que toda aquella farsa pasara de una chanza de parte de Gaspar; mas al retirarse éste, Octaviana y Amelia les desengañaron, relatándoles minuciosamente las escenas todas de que había sido teatro la hacienda, de unos ocho días á aquella parte. Grande fué entonces la aflicción del sacerdote. Conocía que el cerebro de Gaspar se hallaba fuertemente afectado por la manía política, y que tal afección no era, en apariencia, bastante grave para encerrarle y ponerle en juicio, salvando sus propios intereses y conjurando así el funesto porvenir que física y moralmente hablando, amenazaba á la esposa y á la hija. Preocupado con tan tristes pensamientos y con la certidumbre de que por entonces era imposible hacer cosa alguna en favor de aquellos

séres, cuya virtud conocía á fondo, y aun del mismo Gaspar, que á semejanza del caballero manchego, se había ahilado los sesos con sus lecturas favoritas, montó á caballo y se alejó de la hacienda en compañía del juez, ofreciendo á Octaviana encomendarla á Dios muy de veras en sus oraciones, que era cuanto estaba en su mano hacer.

En la misma tarde salieron la esposa y la hija para la ciudad, sin haber logrado despedirse de Gaspar, quien las envió una carretela para que partiesen.

Entretanto, algunas murmuraciones se hacían oír en los grupos de los proletarios y de sus familias. Por corrompida que esté la gente del campo y por mucho que se aparte de los pastores que sirvieron de modelo para sus églogas á Garcilazo y á Meléndez, no es insensible á los beneficios recibidos, ni deja de ver con respeto y cariño al cura que la asiste en los momentos solemnes de la vida. Octaviana y Amelia habían hecho no escaso bien á los trabajadores, curándoles en sus enfermedades, regalando ropa y algunos medios á sus hijos, é instruyendo á unos y otros en la lectura y en las prácticas religiosas más indispensables á to-

do cristiano. Así, pues, los campesinos comenzaron á preguntarse si el amo no era injusto ó extravagante al desterrar de la hacienda á seres tan inofensivos y tan buenos, como su esposa, su hija y el cura.

Tales murmuraciones amargaron á Gaspar las satisfacciones de la victoria y atribuyendo aquéllas á las influencias secretas del cura, que él llamaba pomposamente influencias de Roma, propúsose extirparlas de raíz por medio de un acto inaudito á cuya ejecución le animaron así Enrique y Márquez, como algunas docenas de copas de coñac, tomadas en la buena campiña de entrambos sujetos. Díjose allí que el mejor modo de acabar con el influjo sacerdotal, era despojar al clero de sus bienes. Sabe ya el lector que el clero de la hacienda consistía únicamente en el cura que iba á dar misa. Fáltale saber que los bienes del clero de la misma hacienda, consistían, en clase de inmuebles ó raíces, en la capilla, la sacristía y un pequeño cementerio, y en cuanto á muebles, en los vasos sagrados, ornamentos, imágenes, dos estantes y otras tantas mesas. Gaspar decretó, pues, que los inmuebles eran propiedad de la hacienda, cosa que nadie le había disputado,

y que los estantes y las mesas se adjudicasen al mejor postor. No hubo quien hiciese postura y, á fin de no quedar en ridículo, mandó que se regalaran á los proletarios más pobres; pero éstos no los quisieron recibir y fué preciso quemarlos.

Cerróse la capilla y quedóse Gaspar con las llaves. En cuanto á la sacristía, como en ella conspiraban Octaviana, Amelia, el cura y el juez, contra las reformas progresistas, mandó que jamás volviese á servir para su antiguo objeto, y que á ella fuese trasladada la escuela de artes y oficios.

Con semejantes providencias, ejecutadas al otro día, "Roma quedó desarmada y vencida" en la quinta de Gaspar.

IX

LO QUE SE SIEMBRA SE COSECHA

Nada he visto yo que dé idea de un país en estado de anarquía, como la quinta de Gaspar, pocos días después de acaecido lo descrito en el último capítulo. Los proletarios se resis-

tían abiertamente á trabajar, no ya sólo en las labores de la hacienda, sino aun en las de sus propios terrenos. El desorden les había conducido insensiblemente á la pereza y á la ociosidad. Esta hizo que les repugnara seguir ganando el pan de sus familias con el diario sudor de su rostro, y, además, habiéndose introducido el más completo barullo en la administración de la finca, había mucha dificultad para el pago de los salarios. La miseria, en forma de avechucho—como diría un poeta romántico—comenzaba á cerner sus alas sobre aquel pequeño modelo de una república entregada á las exageraciones de la innovación y de la reforma. Inútil es decir que la escasez de dinero, la desmoralización que cundió entre los operarios y la falta de orden y vigilancia, dieron por resultado que aquéllos, para satisfacer sus más precisas necesidades, comenzasen á extraer y vender clandestinamente los llenos de la quinta, sin que nadie pudiera poner coto al mal.

No había tenido en él poca parte la llamada escuela de artes y oficios puesta á cargo de Enrique, y cuyas cátedras se daban en la antigua sacristía. Los campesinos habían olvidado el catecismo de Ripalda; pero en cambio,

aprendieron una jerga incomprensible que Enrique bautizó con el pomposo título de "Tratado de los derechos del hombre." Aunque al principio se trató positivamente de que cada alumno aprendiera un oficio, todo quedó en conversación, excepto la enseñanza de las teorías democráticas. Con el transcurso de los días vinieron la confianza y la expansión entre el maestro y los discípulos. El primero, se remojaba muy frecuentemente los labios "excatkedra" con aguardiente de Castilla ó coñac, á fin de continuar sus explicaciones con voz clara y vibrante, mientras los segundos, sintiéndose predestinados á brillar en la ciencia del cálculo, se ensayaban á presencia del maestro, con dos ó tres mugrientas barajas, mostrando decidida predilección por las sotas, y convirtiéndolas en representantes de cabezas de ganado ó aperos de la hacienda. Como el diablo tentaba á Enrique por este lado no menos que á sus discípulos, uno y otros solían "fraternizar," echando sendos albures, en los cuales todos ellos ganaban y la hacienda perdía.

Además del manejo de las cartas, Enrique enseñó á los labriegos á dudar de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma; á negar la jus-

ticia humana y el derecho de propiedad; á considerar la religión como una gran patraña cubierta con el moho de los siglos; á tener al clero por el más encarnizado enemigo de la civilización y á formar, por último, una alta idea de sí mismos, seguros de que los actos privados y públicos del hombre no deben hallar coto ni en la religión, ni en la moral, ni en la autoridad social, porque todo lo que tiende á coartar la libertad del pensamiento y de acción, es una tiranía más ó menos disfrazada, cuyo yugo debe romperse á toda costa. Ya verá el lector que en algunos de los ramos de esta enseñanza, Enrique no hizo otra cosa que seguir el texto de las lecciones de su padre.

A guisa de episodio referiremos lo que pasó con algunos mozos de la finca. Gaspar y Enrique les habían hecho creer que el cura esquilmaba sus escasos recursos; que la administración de los sacramentos de la Iglesia debían ser gratis para todo el mundo, y que á falta de sacerdote los seglares podían convertirse en ministros del culto, pues éste no venía á ser más que un símbolo, una fórmula de la adoración del hombre hacia Dios, quien—añadía Gaspar—no se cura de los actos de sus miserables criaturas. El

resultado fué que algunos mozos bautizaron por sí mismos á sus hijos, otros se casaron civilmente ante Enrique, y otros, por último, llevaron á sus deudos al compo-santo sin el acompañamiento ni las oraciones de la Iglesia, á fin de economizar el pago de obvenciones y derechos. Poco ganó con esto la felicidad doméstica, pues los casados civilmente, abandonaron á pocos días á sus mujeres de un modo muy incivil, y roto lo que Gaspar y Enrique llamaban preocupaciones, y que no es otra cosa que el lazo religioso, es decir, lo único que puede hacer marchar á los hombres por el sendero recto, cada cabaña se convirtió en un infierno de prostitución y de miseria.

Suele, sin embargo, ser tal la obcecación de los reformistas, que aun cuando los funestísimos efectos de su tarea estén patentes á todo el mundo, ellos se obstinan en no verlos ó les señalan causa diversa. Con la terquedad de la mariposa que se chamusca las alas en la llama de una bujía, tocan y retocan la obra que ellos juzgan maestra, y la dejan cada vez peor. ¿No producen sus sistemas el efecto que se propusieron sus autores? Consiste en lo corto del tiempo que ha transcurrido desde su planteación. Muchos

años tarda la bellota para convertirse en completa encina. ¿Producen resultados diametralmente opuestos á lo que se esperaba? Consiste en la resistencia que las preocupaciones y los antiguos hábitos oponen á las reformas. Preciso es acabar con aquéllos para que éstas florezcan; preciso es arrancar la zizaña para que el trigo fructifique. La crítica de los médicos tan hábilmente escrita por Lesage, puede aplicarse sin variación alguna á los reformistas políticos. El Dr. Sangredo abandona muy á menudo la lanceta y el vaso de agua tibia para enristrar la péñola del legislador. Viendo Gaspar que el desorden y la miseria se enseñoreaban de su finca-modelo, ni por un instante lo atribuyó á su propia culpa, sino á la antigua y viciosa educación de los campesinos, y se prometió que con el transcurso del tiempo recogería los ópimos frutos con que soñaba. Lector, no te rías de la obstinación de Gaspar. ¿Acaso no discurren así muchos hombres de Estado?

Transcurrieron cerca de dos meses. Las relaciones exteriores de la pequeña república no ofrecían mejor aspecto que la situación interior. Los trabajos estaban paralizados por no haber dinero con que rayar á los operarios;

faltando el trabajo no había, pues, frutos y de consiguiente, no había ventas. Ahora bien, faltando éstas, Gaspar no podía cubrir periódicamente sus créditos, y veía ya su finca convertida en blanco de diversos pedimentos de embargo judicial. Podría vender los llanos y pagar así á los acreedores; mas se presentaba un ligero inconveniente, á saber, que ya no había llanos porque los mozos acabaron con ellos. Terrible era la situación, y, sin embargo, Gaspar se propuso dominarla. Echando menos por un momento los días en que parodiaba á Luis XIV y á Federico el Grande, quiso empuñar las riendas de la dictadura, nada más que mientras fuese necesario para salvar á Roma, prometiéndose dejarlas inmediatamente después de conseguido su objeto.

Pero Gaspar había contado sin la huéspeda, ó sea sin la desmoralización de sus operarios, quienes, á las primeras palabras de orden y de reprimenda que les dirigió, se burlaron de él. He aquí en pequeño la suerte de los novadores: quedan por lo común aplastados bajo las ruinas del edificio que desplomaron.

Una tarde que Gaspar había hecho serios esfuerzos por reducir al orden

al trabajo á dos ó tres docenas de proletarios, que ebrios y desarrapados cantaban en el exterior de la taberna, sin conseguir de ellos otra cosa que insultos y desprecios, encaminóse tristemente á caballo hacia la casa del compadre Márquez. Habíaseme olvidado decir que éste no quiso dar el consejo sin el tostón; en otros términos, que después de haber inflamado la imaginación del propietario con las ideas de reforma, cuyos resultados hemos visto, quiso cooperar á la práctica, y para hacerlo más fácilmente fuese á vivir á la hacienda. Ocupaba una pequeña casa de mampostería destinada antiguamente al guarda-bosque y situada á orillas del camino, casi en los límites de la hacienda del lado de la ciudad. Llevaba allí una vida ociosa y disipada, sirviendo como de asesor á Gaspar en todos sus negocios, acompañándole á veces á la mesa, concurriendo de cuando en cuando á presenciar las lecciones de su ahijado Enrique en la escuela de artes y oficios, y poniendo periódicamente el monte á los mozos, quienes se desesperaban á la idea de que Márquez perdía los albures insignificantes y ganaba todos los de cierta categoría, sin advertir aquellos campesinos bonachones las señas y

contraseñas de las barajas del compadre. Decirse puede sin exageración, que por las manos de éste habían pasado todos los llenos de la hacienda, perdidos por los mozos al juego y vendidos por Márquez en la ciudad inmediata á los mismos acreedores de Gaspar.

Este, en la tarde de que hablamos, iba á pedir consejo y ayuda á su compadre, contra los mozos. Había llegado á veinte pasos de distancia, cuando Tamerlan, el perro de Amelia, salió al camino y fué á encontrarle aullando de un modo siniestro y doloroso. Gaspar se impacientó á la vista del perro, sospechando que Octaviana y Amelia hubiesen venido á la hacienda sin conocimiento suyo y contra su expresa prohibición. Festejó á Tamerlan con su látigo y siguió su camino, pero sin lograr desembarazarse del perro que continuaba aullando y que parecía querer atraer á Gaspar hacia un pequeño escampado, á la derecha y no lejos del cercado de la casita del guarda-bosque.

Gaspar se apeó del caballo á la entrada del jardín que había frente á la casa; llamó á la puerta, nadie le contestó, y, habiéndola empujado, entró á la pieza que hacía de sala. Vió en ella

una mesa grande en que habían quedado acá y allá algunos naipes, botellas y copas; alrededor aparecían sillas en desorden y algunas caídas en el suelo, como si hubiese mediado allí lucha ó juego de manos algunos momentos antes.

Gaspar llamó á Márquez en alta voz, y como nadie le contestaba, se introdujo en su dormitorio, después recorrió la cocina y el comedorcito, y se convenció de que no había una alma en la casa. Volvió á la sala, y como el desorden de las sillas ponía estorbos al tránsito, apoyó su mano derecha en una de las esquinas de la mesa, á fin de evitar una caída, pero en el momento mismo sintió que la mesa estaba mojada y un horror indecible de que no podía darse cuenta se apoderó de todo su ser. Dirigióse precipitadamente á la puerta en busca de la luz, y vió que tenía la mano manchada de sangre. Volvió por segunda vez á la sala, encendió un cerillo y reconoció cuidadosamente la mesa; no tenía de raro sino algunas gotas de sangre medio cuajada, en la esquina que se apoyó Gaspar. Examinando luego el piso, vió que había rastro de sangre hacia la puerta trasera de la casita, y salió por ella al campo, sin acordarse del

caballo, y seguido de Tamerlan, que no había cesado de aullar y de tirar á Gaspar de la ropa, y que, tan luego como salió de la casa, tomó la delantera, Gaspar se imaginó que algún crimen acababa de cometerse en la casa de Márquez, y se dejó guiar por el perro, casi persuadido de que iba á descubrirlo siquiera en parte.

En un recodo formado entre los árboles por la vereda arenosa que partía de la puerta trasera de la casa, el perro se detuvo, aulló con más fuerza, y en seguida se internó entre el zacatón, bastante alto en aquella parte del monte.

La noche venía á toda prisa. Unas cuantas ráfagas de luz crepuscular brillaban todavía en el horizonte; pero los árboles eran altos y espesos y la obscuridad comenzaba á reinar bajo el ramaje.

El corazón de Gaspar palpitaba fuertemente anunciándole una gran desgracia. Cuando sus ojos se habituaron á la obscuridad, descubrió el cuerpo de un hombre, tendido boca abajo en la yerba. Tuvo un presentimiento horrible, y se estremeció de pies á cabeza. Inclinóse hacia el cuerpo, y haciendo un esfuerzo angustioso, lo volteó á fin de ver el rostro. Lanzó un grito

y quedó aterrado. Tenía á su vista el cadáver de Enrique.

Creyóse víctima de una atroz pesadilla. Se asió de una última esperanza y se dijo por un momento que acaso la vida no había abandonado aquel cuerpo. Echóse el mismo al suelo y registró el cadáver con dolorosa ansiedad. Tenía una puñalada en el corazón, y los labios cobrizos y desbordados de la herida, que aparecían sobre la camisa y el chaleco destrozados, aún estaban tibios, pero el corazón no latía ya. No queriendo persuadirse Gaspar de que su hijo estuviese muerto, le llamó en alta voz y meneó el cadáver fuertemente y en vano. Poca sangre manchaba los vestidos de Enrique; pero le había salido abundantemente de la boca y formaba un charco en el suelo. Gaspar quitó con sus dedos la tierra que cubría en parte sus ojos, y éstos aparecieron entreabiertos y empañados con el hálito de la muerte. Entonces Gaspar lanzó un grito de angustia y desesperación y echó á correr á pie hacia la casa principal de la hacienda.

X

COMO FUE EL HOMICIDIO

Casi á la misma hora llegaba á la casa de Octaviana, en la ciudad, un mozo con unas cuantas líneas precipitadamente escritas por Alberto, quien residía á la sazón en otra hacienda de las inmediaciones, y que era propiedad de su tío.

"Al retirarme hace hora y media—decía—me acompañó Tamerlan, como de costumbre; pero me ha sucedido una cosa rara en el camino, y quiero dormir tranquilo esta noche: por lo mismo, hágame usted favor de despachar inmediatamente al mozo, diciéndome que nada ha sucedido en.... (Aquí el nombre de la hacienda de Gaspar): Vea usted lo que ha motivado mi alarma: cuando iba yo llegando á los potreros de la hacienda, me hallé de manos á boca con Márquez, que corría á caballo á todo trapo: apenas pude verle el semblante, pero me acuerdo que lo llevaba alterado; mejor dicho, horriblemente demudado. Detuve mi caballo para verle por detrás á mi sabor; pero en el momento Tamerlan se puso á ladrar de un modo especial,

rastreó el suelo y echó á correr hacia la casita del guarda-bosque, sin hacer caso de mi voz ni de mis silbidos. Yo temí que me vieran y que el saberlo disgustase á Rodríguez. Preocupado con esta idea, lejos de volverme á la ciudad, como debí hacerlo, para ver á ustedes y saber lo que pasaba, seguí mi camino á toda prisa hasta llegar á casa. Escríbame usted dos renglones y diga en mi nombre á Amelia: "Hasta mañana."

Dos veces leyó Octaviana la esquela de Alberto, y otras tantas creyó que lo que había visto el joven no daba motivo á la alarma por él manifestada. Así lo escribió, añadiendo que no había llegado mozo alguno de la hacienda de Gaspar. No bien, sin embargo, hubo despachado al de Alberto, cuando se entregó á vagas cavilaciones con motivo de aquel incidente, y á poco sintióse poseída de un desasosiego y una tristeza inexplicables. Trató de distraerse pensando en la felicidad de Amelia, que cada día se veía más amada de Alberto. Octaviana, que había tomado muy minuciosos informes acerca de los antecedentes de aquel joven, los obtuvo tan satisfactorios, que no vaciló en abrirle las puertas de su casa en ausencia de Gaspar

y aun previendo que éste se disgustaría al saberlo. Estaba Alberto en vísperas de terminar el arreglo de los negocios de su tío, y tan luego como lo hiciera se presentaría á Gaspar pidiéndole la mano de su hija. No era de presumirse que el ardiente demócrata, que tan poco se curaba de su familia, opusiese una resistencia obstinada á su enlace contra el cual, en resumen, nada racional tenía que objetar. Cierto es que Alberto era pobre; pero en materia de bienes de fortuna ¡necesitan tan poco dos corazones que se aman y se bastan mutuamente! Además, Alberto iba á manejar una parte de las posesiones de su tío, y con el sueldo que éste le asignara, tendría lo necesario para sostener su casa. El límite á donde llega en estos casos una prudencia razonada y previsora, es el punto de partida de la vanidad y el lujo, esas llagas que carcomen las entrañas de nuestra pobre sociedad, haciendo que se extingan las familias y sacrificando no pocas veces ante una sombra vana y hasta ridícula, los sentimientos más nobles del corazón, que unidos á un proceder recto, constituyen la única felicidad de esta vida tan corta y tan cercada de dolores.

Sacó de sus reflexiones á Octaviana

la llegada de uno de los proletarios de la hacienda, y no bien había hablado éste dos palabras, cuando una angustia indecible, un dolor agudísimo, se apoderó de aquella pobre madre. Renuncio á relatar los extremos á que se entregó y sólo quiero, antes de terminar este capítulo, poner al lector al tanto de la escena, corta, pero terrible que había tenido lugar aquella tarde en la casita del guarda-bosque, habitada últimamente por Márquez, y cuyo resultado ya conoce.

Hemos dicho que Márquez ponía el monte casi todos los días á los obreros de Gaspar, y ahora debemos añadir que Enrique, las más de la tardes, acudía á la casita á jugar, tomando una parte muy activa en el derroche de los llenos de la hacienda. Más avisado y malicioso que los campesinos, y acaso iniciado ya en los vergonzosos secretos de la estafa, tenía de antemano sus sospechas respecto del manejo poco limpio de su padrino en el juego, y la tarde á que nos referimos, tales sospechas se convirtieron para Enrique en realidad.

Como de costumbre, habían circulado abundantemente las copas: tres mozos de los de más confianza de Márquez, acompañaban á éste y á Enrique,

quien llevaba perdidas algunas onzas, corrióse el albur, y al llegar una carta adversa al joven, éste se apoderó rápidamente de la mano de Márquez, hizo patente su estafa, y llevado de la exaltación que produce el juego, y, sobre todo, una pérdida constante, le pegó un bofetón.

Márquez llegó á asirle de los cabellos: entrambos se abrazaron y cayeron al suelo luchando con mutua ira. Los tres mozos trataron de interponerse y separarlos. Consiguiéronlo al fin; pero por medio de un movimiento rapidísimo é imprevisto de los demás, hirió Márquez á Enrique en el corazón, valiéndose de un puñal que siempre llevaba consigo.

Enrique no pudo articular una sola queja, y cayó muerto. Márquez dió un puñado de dinero á cada uno de los mozos, diciéndoles: "Los cuatro quedamos igualmente comprometidos: quien diga una sola palabra de lo que ha pasado, compromete á los demás y se compromete á sí mismo." En seguida les despidió; asió el cadáver por el nudo de la corbata y lo arrastró afuera de la casa, dejándolo en el sitio donde lo halló Gaspar momentos después. Hecho esto, volvió al patio, ensilló á toda prisa su caballo, montó en él y

partió precipitadamente, no sin llevarse el fruto de sus rapiñas.

No seguiremos nosotros al asesino, ni volveremos á hablar de quien hizo perder la vida al desgraciado Enrique después de haber cooperado eficazmente á corromper su alma. Si falla la justicia humana en esta vez, ahí está la justicia de Dios, que nunca deja al criminal sin castigo.

XI

DOLOR DE MADRE

Cuando Gaspar llegó á la casa principal de la hacienda, pidiendo auxilio para ir á recoger el cadáver de Enrique, hallóse con otra novedad. Los jornaleros á quienes en la tarde había dejado ebrios fuera de la taberna, se entregaban al saqueo de la casa sin que nadie les interrumpiese. Los muebles, la ropa, los libros, los arneses de montar, todo salía y desaparecía violentamente en medio de gritos horribles inspirados por la codicia y la embriaguez.

Aquello era práctica del comunismo, y Gaspar debió haberse regocijado con tal espectáculo; pero en aquel momento no era "político," y las desgracias domésticas le abrumaban como á un hombre cualquiera. Acababa de separarse del cadáver ensangrentado de su hijo, y hallaba que su casa era presa de un completo saqueo. Sentóse en uno de los escalones del corredor, con las manos puestas en las mejillas y permaneció así gran rato. De pronto pareció disiparse su insensatez: el dolor más profundo se pintó en su rostro: sus ojos se animaron. Se levantó, y dirigiéndose á los mozos que continuaban robándole á su propia vista, les dijo:

—Mi Enrique ha sido asesinado.

Los borrachos que pasaban á la sazón, le miraron estúpidamente y siguieron su camino.

—Mi Enrique ha muerto. Vamos á recoger su cadáver.

Los mozos no hacían caso de Gaspar.

—Mi Enrique ha sido muerto. Su cadáver está junto á la antigua casa del guarda-bosque. Vengan ustedes conmigo á recogerlo.

Los mozos se rieron y continuó el saqueo. Gaspar volvió á sentarse en los escalones del corredor, y la luz de

su razón pareció extinguirse de nuevo.

Afortunadamente, uno de los mozos honrados, luego que vió que los demás proletarios, en estado de completa embriaguez, se disponían á saquear las habitaciones del amo, convencido de la ninguna autoridad de éste para hacer cesar el desorden, acudió en persona al pueblo inmediato, donde residía el juez y comandante de guardia nacional, á quien se presentó pidiéndole auxilio en nombre de Gaspar.

El juez que, cuando acaeció en la hacienda la abolición de los fueros, había sido expulsado á causa de su carácter militar, no vaciló en acudir inmediatamente al punto donde eran solicitados sus servicios. Echó á andar á la cabeza de diez ó doce guardias nacionales de toda su confianza, y en el camino dirigió al mozo algunas preguntas para deducir de las respuestas si había ó no mejorado la situación mental del dueño de la quinta.

Cuando llegó la fuerza armada, el saqueo tocaba á su término. Los diez ó doce hombres descansaron á un tiempo sus fusiles en el corredor, y al ruido, la mayor parte de los mozos de la hacienda huyeron por las ventanas ó la puerta del jardín. El juez logró, sin

embargo, atrapar á tres ó cuatro de ellos, y se disponía á practicar las primeras diligencias, cuando Gaspar se le acercó, le cogió de la mano, y, haciendo señas á los milicianos para que le siguiesen, tomó el camino de la casa del guarda-bosque.

Al llegar al punto donde estaba el cadáver, lo señaló al juez. Así éste como los que le acompañaban, lanzaron una exclamación de horror. ¡Es el niño Enrique! ¿Cómo ha sucedido esta desgracia? preguntaba el juez. Gaspar, haciendo un esfuerzo, refirióle los sucesos de aquella tarde. Todas las sospechas recaían sobre Márquez, á quien de nuevo se buscó inútilmente en su casa. El juez redactó en las habitaciones mismas del antiguo guarda-bosque la reseña sumaria del suceso, añadiendo á ella las declaraciones de Gaspar y de unos cuantos mozos de la hacienda, que habían ido acudiendo al lugar de la catástrofe.

Había anochecido ya enteramente y el bosque alumbrado con teas resinosas, presentaba siniestro aspecto. Tamerlan continuaba echado junto al cadáver, con el hocico puesto sobre los pies de Enrique.

El juez mandó formar una especie de parihuelas, pusieron en ellas el ca-

dáver, y se dirigieron todos hacia la casa de la hacienda. Cuando llegaron á los aposentos no hallaron un solo catre donde colocar el cuerpo de Enrique, y fué preciso que lo prestara uno de los pocos mozos que habían permanecido adictos á la familia.

Octaviana y Amelia, á quienes, según hemos dicho, otro de los mozos fué á avisar lo acaecido, llegaron á la hacienda como á las ocho de la noche. Octaviana, luego que vió el cadáver de su hijo, se abrazó violentamente con él y lo cubrió de besos, sin poder derramar una sola lágrima. No así Amelia, que sollozaba arrodillada á los pies del catre. Abrióse de nuevo la puerta de aquella habitación, y aparecieron Alberto y el cura. La noticia de la catástrofe había circulado rápidamente por las inmediaciones de la hacienda. Tan luego como llegó á oídos de Alberto, éste acudió por el cura, y mutuamente acompañados, entraron á la casa sin acordarse de sus antiguos disgustos con Gaspar, porque en las circunstancias solemnes de la vida, los corazones bien formados olvidan todo agravio y resentimiento. El cura, no sin trabajo, consiguió desprender á Octaviana del cuerpo de su hijo. Alberto permanecía mudo y silencioso, contemplando alternativamente el cadáver y el dolor de su hermosa y desgraciada Amelia. El robo se había cometido al mismo tiempo que el asesinato; no había muebles, no había una sola silla en que sentarse. Al ver la desolación de aquella casa y de aquellos corazones, el cura, levantando sus ojos al cielo, murmuró algunos de los versículos de Job:

"¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?"

"Apiadaos de mí, porque la mano del Señor me ha tocado."

En seguida abrió un libro de oraciones, y arrodillado junto ante un solo cirio que había junto al catre, se puso á rezar en voz baja.

Entretanto, un leve incidente debía desatar las fuentes del llanto para Octaviana, y salvarla así de una enfermedad peligrosa, tal vez de la pérdida de su razón. Cuando advirtió lo ensangrentada y sucia que estaba la ropa de Enrique, quiso inmediatamente mudársela, y acudió á las recámaras donde tenía los roperos; mas no halló ni roperos ni ropa, y la idea de que no podía vestir de limpio á su hijo para que le enterraran, la apasionó de tal modo, que rompió en gritos y en sollozos, y á poco sus lágrimas abundantes hu-

medecían la estera en que había ido á sentarse. En el exceso de su dolor clamó á Dios desde el fondo de sus entrañas, quejándose de su suerte. Por la primera vez iba á dudar de su Providencia y de su justicia, cuando la asaltó una idea terrible, que la hizo refugiarse en su infinita misericordia. Probablemente la muerte había sorprendido á Enrique en el seno del vicio, privándole, no sólo de esta vida temporal y perecedera, sino también de la presencia de Dios y de la esperanza del cielo. No había, pues, que pensar en reunirse un día con aquel hijo tan amado á pesar de sus extravíos. Y si la idea de tal reunión, de que sale garante nuestra fe, apoyada en las promesas divinas, no basta á calmar los primeros arrebatos del dolor causado por la muerte de un sér á quien amábamos, ¿qué grande no será este dolor cuando á él se junte el temor de que aquella reunión no se efectúe y de que el alma desprendida del cuerpo reporte una eterna desdicha?

El sacerdote adivinó la naturaleza de los pensamientos á que se entregaba Octaviana, y dejando en el suelo su libro de oraciones, acudió á socorrerla y á confortarla.

Alberto había desaparecido del cuarto.

Gaspar, sentado en el suelo, en uno de los rincones y con las manos puestas en las mejillas, contemplaba silenciosamente el cadáver, cuyo rostro había sido cubierto con un lienzo blanco.

Cerca de las doce de la noche, volvió Alberto con ropa suya y un crucifijo pequeño, de madera. Entre él y Octaviana vistieron á Enrique y terminada esta operación, le pusieron el crucifijo en el pecho, cruzándole las manos sobre el extremo inferior de la imagen.

El sacerdote continuaba orando. Amelia, con la cabeza apoyada contra la pared y las pestañas llenas de lágrimas, se había quedado por un instante dormida. Tamerlan velaba echado en sus pies.

A poco de haber amanecido, introdujeron al cuarto una caja fúnebre, mandada traer por Alberto. Este, ayudado del carpintero, puso en ella el cadáver, sin quitarle el crucifijo. Octaviana se arrodilló en el suelo, besó por última vez á Enrique en la frente, y en seguida se puso á orar. A los primeros golpes de martillo dados para clavar la tapa de la caja, Gaspar salió de su rincón como si despertara de un largo sueño.

—¡Yo soy, yo soy quien le he muerto!—gritó golpeando su cabeza contra las paredes del cuarto.—Mis máximas, mis consejos y mis ejemplos, le han perdido. ¡Octaviana, maldíceme, porque te he hecho infeliz! ¡Amelia, maldíceme, porque te he privado de tu hermano! ¡Hijo mío, mi Enrique, mi primogénito, maldíceme desde el fondo de tu ataúd, porque te corrompí, porque te conduje á la muerte!

Octaviana, después de oír con espanto tales palabras, se dirigía hacia su esposo con los brazos abiertos, á consolarle y á llorar en su seno; pero como si el esfuerzo hecho por Gaspar al concebir y pronunciar aquellas frases hubiese agotado los restos de su razón, al paroxismo del dolor sucedió en él rápidamente el paroxismo de la demencia. Con la fuerza peculiar de los locos, arrancó la tapa del ataúd y rasgó el sudario en la parte que ocultaba el rostro del muerto. Vió con gesto de cólera á Alberto y á Amelia, y exclamó: "¡Afuera los extraños! ¡Que nadie se acerque á la cuna de mi hijo!" En seguida se puso á acariciar el semblante amoratado de Enrique.

—Duerme, dijo á Octaviana. No le despiertes, porque está enfermo. ¿No

ves su color? Bien te decía yo que habían de hacerle daño el viento y la lluvia. No le saques jamás de la cuna. Pero ¡qué grande está! Ya me parece que le veo hecho un hombre.... Mira, Octaviana, mira cómo tiene bajo la oreja izquierda tu mismo lunar.... Todos dicen que se parece á mí.... ¿Qué dices tú, Octaviana? ¡Mujer! tú eres una santa.... Pero, dime, ¿duerme mi hijo ó está muerto? Sí, ¡Está muerto! ¡Muerto!

Cuando hubo pronunciado Gaspar las últimas palabras, se mesó los cabellos y se salió del cuarto, corriendo hacia los corredores. Alberto acudió tras él queriendo detenerle; mas era inútil, porque al llegar al extremo del corredor, cayó privado de conocimiento. Alberto le alzó y con ayuda de un mozo le trasladó al cuarto de donde entrambos habían salido, y le puso en el catre mismo donde había estado durante la noche el cadáver de Enrique, pues no había otro lecho en toda la casa.

¡Qué cosa tan frágil y deleznable es la pobre razón del hombre! Generalmente se extravía desde los primeros años de la juventud, y después que le ha servido de muy poco durante la niñez, á causa de no estar completa-

mente formada. La razón se encarga no pocas veces de destruir la fe, de ahogar los sentimientos buenos y generosos y de canonizar las malas inclinaciones y los actos más criminales de la criatura. Y esta luz pura y benéfica que nos ha sido puesta por Dios y cuya hermosa llama extravía casi siempre el viento de nuestros errores y pasiones, se apaga de repente con la facilidad con que extinguimos una bujía, y el sér humano queda despojado de la más noble de sus prerrogativas, y en el seno de una noche obscurísima. La muerte es mil veces preferible á la enajenación mental.

La de Gaspar, una vez pasado el primer ataque fuerte, degeneró en insensatez apacible. No volvió á reconocer por entonces á los individuos de su familia, y día y noche se estaba encerrado en su cuarto, sin hacer ni hablar cosa alguna y con la vista en el vacío. Jamás opuso resistencia á que le diesen de comer y le mudasen la ropa. Dormía casi nada, y todas las mañanas un criado le sacaba á pasearse por el jardín.

Pero no anticipemos la relación de los sucesos posteriores.

A las diez de la mañana de que hablamos, el cadáver de Enrique era

trasladado á la capilla de la hacienda, que no había vuelto á abrirse desde el día que la cerró Gaspar en su manía reformista. Grande fué la emoción que sintieron Octaviana, Amelia y las gentes piadosas del lugar cuando giraron hacia dentro las altas y toscas puertas de la pequeña iglesia. El pavimento estaba cubierto de polvo y las arañas comenzaban á cruzar sus hilos frente al altar. Mandó el cura que colocasen unos cajones en el centro de la capilla; cubriéronlos con un paño negro y encima pusieron el ataúd. El sacerdodte se revistió allí mismo, pues la sacristía estaba ocupada con la escuela de artes y oficios, y en seguida celebró misa de difuntos. El silencio de la capilla no era interrumpido sino por el cura, que recitaba á media voz las oraciones latinas, y de vez en cuando por los sollozos de Octaviana.

Terminada la misa, el cura subió al púlpito, pidió á sus feligreses oraciones por el alma de Enrique, le puso ante ellos como ejemplo desgraciado del fin á que se llega siguiendo extraviados senderos; hizo patente la inmensa desgracia de toda aquella familia, cuyo jefe había sido privado de la razón por las secretas disposiciones del Altísimo, acaso en justo castigo

de sus errores. Lamentó los excesos á que se habían entregado en los últimos días los habitantes de aquellos campos, y les recordó su antigua religiosidad y morigeración, excitándoles á recobrarlas y á trabajar empeñosamente para acudir de un modo honesto á las necesidades de sus propias familias, y ayudar á la del propietario á salir de las angustias en que se hallaba á causa del mal estado de la hacienda. La voz del cura hizo profunda impresión en el ánimo de aquellos proletarios que sólo habían cosechado disgustos, remordimientos y miseria de su reciente desmoralización. Comparaban su vida anterior, monótona, pero exenta de agitaciones y desórdenes con la vida en que les inició Gaspar, prometiéndoles felicidad y abundancia y dejándoles sin tranquilidad y sin pan que dar á sus hijos.

Operóse allí, pues, una reacción saludable en el ánimo de los oyentes, y no dejaron éstos de comunicar sus propias ideas á los mozos de la hacienda que no habían acudido á presenciar los humildes funerales de Enrique. De este modo se preparaba sólidamente la reorganización moral y material de aquella pequeña población, por la cual había pasado como azote

de Dios la manía liberal-reformista. El sacerdote, lanzado del santuario en nombre de la felicidad y el adelanto común, volvía á aparecer entre las ruinas de la reforma, á enjugar las lágrimas, á detener el retroceso hacia la barbarie, á reunir los escombros y á edificar nuevamente con ellos lo que habían destruído sus enemigos.

Terminada la breve y tierna plática del cura, Enrique fué sepultado en el cementerio de la capilla, y se erigió una cruz sobre la tierra que cubría su cadáver.

Las lágrimas de la desgraciada madre eran inagotables. Se arrodilló en el suelo y apoyó su frente contra el pie de la cruz levantada sobre la tumba de su hijo. No podía resignarse con la suerte que acaso hubiera tocado en la eternidad á Enrique. El cáliz de la amargura se había llenado para ella hasta donde no es posible apurarlo. De nuevo acudió en auxilio suyo el sacerdote. La levantó cariñosamente, y dirigiendo su propia diestra al cielo, entoldado con las nubes de otoño, la dijo: "Orad y confiad en el Señor."

———

XII

RECONSTRUCCION

Las diligencias practicadas por el juez, dieron por resultado el conocimiento íntimo de que Enrique había sido asesinado por Márquez; pero así éste como los mozos testigos del homicidio, no volvieron á parecer.

En cuanto al saqueo de la casa principal de la hacienda, como la mayor parte de los proletarios resultarían comprometidos en él, y como en cierto modo habían sido impulsados al crimen por la necesidad y el desorden de que eran víctimas, Alberto y Octaviana suplicaron al juez que no emprendiese averiguación alguna.

Tres ó cuatro días después del entierro de Enrique, volvió el antiguo administrador, que, á semejanza del juez y del sacerdote, había salido en virtud de las reformas de Gaspar. El tiempo de su ausencia habíalo pasado en una hacienda inmediata, entregado al estudio y al ensayo de diversos instrumentos y nuevos procedimientos agrícolas. Por consejo de Alberto, Octaviana le hizo cargo de todo lo relativo á la hacienda, sin reservarse ni

dar á tercera persona facultades de ningún género.

Con el conocimiento práctico que el administrador tenía de las personas y del local, comenzó por despedir á los proletarios viciosos é incorregibles, á fin de que no contaminara á los demás su ejemplo. Dispuso que fuesen inmediatamente devueltos á la casa principal de la hacienda los muebles ó la ropa que á consecuencia del saqueo hubiesen quedado en poder de los mozos ó de sus familias, y así se cumplió, habiéndose logrado rescatar la mayor parte del mobiliario de la casa, pues como las primeras providencias judiciales comenzaron á ser dictadas la tarde misma del saqueo, no había habido lugar de que extrajesen de la hacienda los objetos robados á fin de procurar fuera de ella su venta.

Esperaban los mozos que el administrador les arengaría; pero se guardó muy bien de hacerlo; era amigo de obras y enemigo de palabras inútiles. En vez de dirigir una alocución á sus trabajadores, les citó la misma tarde del día en que volvió, para las cuatro de la mañana siguiente, á fin de distribuírles él la tarea. Por la primera vez, después de algunos meses, se oyó resonar de nuevo el "Alabado," y en

seguida el administrador se puso al frente de las cuadrillas de operarios, recorriendo con ellas los terrenos y señalando á cada una su parte de trabajo. Fué preciso cortar las antiguas plantaciones de caña, dejadas pasar por el dueño, y hacer otras nuevas, después de rozar algunos terrenos que habían permanecido ociosos. Hizo sembrar maíz y cebada en abundancia, á fin de proveer á las necesidades de los mozos y del ganado mular indispensable á los trabajos de la finca, sin tener que comprar los cereales á las haciendas de las inmediaciones. Con la seguridad del buen resultado, hizo aplicación de arados nuevos y económicos y otros instrumentos de labranza que, como dijimos, había ensayado detenida y concienzudamente durante su ausencia. Dirigió él mismo con actividad é inteligencia el arreglo y aseo de las diversas oficinas y la reparación de la maquinaria de los trapiches, introduciendo en ellos considerables mejoras.

Como el administrador de quien hablamos gozaba de crédito, para hacer frente á los primeros gastos, halló comerciantes que le supliesen dinero á cuenta de efectos, sin gran sacrificio: reanudó así las antiguas relaciones de

la hacienda y aseguró compradores para los frutos. Por otra parte, nunca es estéril el sudor que cae en los surcos abiertos por el arado: la tierra agradece y recompensa el trabajo del hombre, dándole ciento por uno. Pocos meses después, el color parduzco de los terrenos desaparecía bajo un espeso tapiz de follaje verde ó amarillo, que alegra la vista de los campesinos: había pasado la estación de las aguas y se aproximaba el invierno con sus terribles heladas, que suelen destruír en una sola noche el trabajo y la esperanza de muchos días; pero Dios quiso preservar de todo daño aquellas plantaciones que formaban cuadros inmensos en la falda de los montes, y que ondeaban majestuosamente al impulso del viento, á semejanza de las aguas del océano. Levantóse la cosecha; los graneros se llenaron; los haces de caña formaban pirámides en la llanura, y el ruido de la maquinaria comenzó á hacerse oír en las oficinas; los panes de azúcar, blancos como la nieve, brillaban en los asoleaderos y eran enterciados á toda prisa; atajos de mulas cargadas comenzaron á recorrer en todas direcciones los caminos y sendas; hubo dinero en abundancia para las rayas; hubo maíz en abundancia

para las familias de los proletarios; hubo desahogo y comodidades para la familia del amo.

En cuanto á la inmoralidad y el vicio, habían desaparecido ya casi del todo. La posesión de las cosas necesarias á la vida quitaba del corazón de los mozos el aliciente más poderoso que hay para el hurto, y respecto de la embriaguez y el juego, no les quedaba tiempo para entregarse ni á una ni á otro. Pasaban todo el día en el campo y las oficinas, y volvían de noche á sus cabañas con buen apetito y excelente humor. El día de fiesta era empleado por ellos en oír la misa y la plática del sacerdote; en percibir y distribuír la raya de la semana, y en ir con sus familias á la ciudad inmediata á comprar algunos comestibles ó ropa para sus hijos. Estos, como antes, eran instruídos por Octaviana y Amelia en sus deberes religiosos y aun en las primeras letras. Poco después, el administrador estableció una caja de ahorros donde los proletarios iban juntando su dinero sobrante, á fin de pagar un preceptor que se dedicara exclusivamente á la enseñanza de sus hijos, y hacer frente á los gastos extraordinarios de casamientos, enfermedades y entierros. De este modo se

logró que los mozos no estuviesen como vendidos á la hacienda, sin carecer por ello de cuanto pudieran necesitar.

Indecible era el horror que el administrador había cobrado á la reforma intentada en la hacienda, como que nadie había palpado á semejanza de él sus perniciosos efectos. En unos cuantos días que faltó su dirección, las siembras se habían perdido, los trabajos estaban paralizados, la finca sin crédito ni dinero, y los proletarios desmoralizados al extremo de robar al amo á su propia vista. Pero, á la vuelta de pocos meses, todo el mal quedaba remediado, según hemos dicho, y la fortuna volvía á sonreír á Gaspar respecto de intereses, si bien su insensatez no daba señales de disminuirse.

Por aquellos días tuvo lugar un incidente, que no estará de más referir. El establecimiento de educación de Monsieur Dionisio tocaba rápidamente á su ruina, después de haber pasado por todas las fases del descrédito. El profesor omniscio, acosado de sus acreedores y deseoso de levantar de nuevo su casa, se acordó de la amistad y de las ofertas de Gaspar, y tomó á caballo y acompañado de un mozo, el camino de la hacienda, presen-

tándose en ella á título de maestro de Enrique y de amigo de su padre.

—El niño Enrique—dijo el administrador después de saludarle desdeñosamente—es un muchacho de muy buenas esperanzas. ¡Lástima que no haya querido terminar los cursos!

El administrador, que tenía abundantes noticias acerca de Monsieur Dionisio y de su colegio, por toda respuesta, le atrajo al cementerio de la capilla y le enseñó la tumba recién construída, refiriéndole breve y secamente el fin trágico de su discípulo. Monsieur Dionisio se quedó estupefacto.

Quiso, sin embargo, ver á Gaspar, á fin—decía—de explicarle que la desgracia de Enrique era obra de la fatalidad y de la conformación de su cráneo, probando esto último hasta la evidencia con citas oportunísimas de Gall. Abrió el administrador el cuarto de Gaspar y apareció éste, sentado en un rincón, y teniendo la mano puesta en la mejilla. A las primeras palabras que le dirigió en vano, comprendió Montieur Dionisio que su antiguo correligionario de ideas acerca de la enseñanza, no le conocía y que estaba insensato. Retrocedió horrorizado y pudo apenas dirigir una frase benal de

despedida al administrador, quien le contestó con una mirada de reconvención y desprecio.

XIII

VOTOS CUMPLIDOS

Así como un rayo de sol puede alegrar por un momento los días más opacos del otoño, un día todo de júbilo y de felicidad doméstica, después de las desgracias acaecidas, vino á interrumpir la existencia monótona y triste de Octaviana y Amelia. Esta se casó con Alberto, y amante y dichosa, pero con los ojos llenos de lágrimas de ternura, pasó de los brazos de su madre á los de su esposo. ¡Momento solemne de la vida de la mujer! Con él sueña la joven prometida, y él constituye el recuerdo más grato de la madre de familia.

Octaviana, en su calidad de tal, no quiso dejar transcurrir todos los meses de luto por la muerte de Enrique, sin casar á su hija. La demencia de Gaspar no daba trazas de alivio, y ¿qué haría Amelia sola en el mundo, si su madre la llegase á faltar por una des-

gracia? Octaviana comunicó sus temores al párroco, y el venerable sacerdote la aconsejó que sin más dilación uniese el destino de Amelia al de Alberto.

Este no cabía en sí de gozo; pero tenía que contenerlo para no lastimar la tristeza crónica de Octaviana, cuya faz tan alegre y despejada en tiempos anteriores, obscurecíase ahora frecuentemente con el recuerdo del fin trágico de Enrique y del terrible estado que guardaba la razón de su esposo. Cuando se detenía á examinar las nobles cualidades de Amelia y su amor entrañable á Alberto, asaltábale un pensamiento desgarrador. Dotada ella misma de sensibilidad, de resignación y, en suma, de todas aquellas disposiciones de carácter que constituyen otras tantas probabilidades de disfrutar la dicha doméstica, había caminado por sendas muy distintas de ella en sus días de esposa y de madre. El dolor la había visitado bajo todas sus formas; perdió primeramente el cariño de su esposo, flor nacida y muerta en el arenoso desierto de aquel corazón sin ternura; en seguida vinieron las luchas de autoridad entre ella y Gaspar respecto de la educación de los hijos; el extravío de las

ideas religiosas y morales de su esposo y las primeras señales del mal corazón de Enrique: por último, el homicidio, la demencia y la miseria, posesionándose de su hogar! ¿Son éstas las recompensas que da el cielo á las pobres criaturas que confían en sus promesas y se entregan á la espinosa práctica de las virtudes? ¿No contrasta singularmente la triste suerte de los buenos con la insolente prosperidad de los malos? Octaviana desechaba de sí tal pensamiento, diciendo á su atribulado espíritu con Bartolomé de Argensola:

"¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?"

Octaviana, vuelta á sus sentimientos religiosos de que el dolor la separaba por un mamento, como para más afirmarla en ellos después de haberla hecho sentir las angustias de una alma herida que vaga por los abismos de la duda y del raciocinio humano, recordaba que no es la tierra el lugar donde se recoge el premio de las buenas obras, y que es preferible á la prosperidad del impío la tranquilidad de una conciencia limpia, aun cuando el corazón se halle traspasado por los dardos todos del dolor. "No hay desgracia capaz de abatir al va-

rón recto," había dicho la filosofía antigua. En cambio, los filósofos modernos, desconociendo la tradición religiosa y negando la revelación cristiana, borran las perspectivas de la vida futura, consideran la felicidad material como el único destino del hombre en la tierra, y sus discípulos, desesperando de alcanzarla, blasfeman de Dios, y para librarse de sus padecimientos recurren al suicidio. La filosofía moderna ofrece á los hombres por término de su carrera, la nada; la religión les ofrece la inmortalidad y el cielo!

Y luego, hay tantos motivos de alegría en el seno mismo del dolor y de la resignación para las almas que creen y esperan! El aspecto de la naturaleza les encanta y detiene su contemplación más que si fueran dichosas; el sol brilla todos los días para el pobre y el rico, para el feliz y el desgraciado; los pájaros, los vientos y los ríos no ensayan su música armoniosa en los palacios de los grandes, sino en el fondo de las soledades; las flores del campo brillan en la ventana del pobre; la luna durante la noche acompaña á los enfermos y á los tristes, y las notas del órgano bajo las altas bóvedas del templo hablan un mismo idioma á los poderosos y á los débiles,

á los ignorantes y á los sabios. Nunca sierra la alegría el arca de sus tesoros á quien da limosna ó se consagra de algún modo al bien de sus semejantes. Ella es hija de la piedad y de la misericordia; pero también brota de la abnegación de sí mismo y acompáñala entonces una aureola de luz enteramente celestial. Octaviana ya no echaba de menos su propia felicidad ante la felicidad de su hija; gozaba con ella y con ella sentía renacer su antigua juventud, la primitiva frescura de sus ideas y de sus sentimientos. Amelia era el virginal capullo que iba á desarrollarse al influjo del sol y de las brisas tibias de la mañana: la vara de donde había brotado el capullo, se enorgulleció de él y gozó con él. Por eso Octaviana, al prender en los cabellos de su hija y sobre el traje negro de la hermana que llorala muerte de su hermano, el velo blanco de la desposada, antes de conducirla al altar, apareció joven y bella á los ojos de Alberto. Nada embellece y rejuvenece á una madre como la dicha de sus hijos.

Alberto asistía impaciente á los últimos pormenores del sencillo adorno de su novia. Desde algunos meses atrás había colgado la paleta y los

pinceles para lanzarse en las especulaciones de la agricultura y del comercio, porque las bellas artes, por regla general, son ingratas bajo el aspecto de la prosperidad material para quienes las cultivan, y toda la gloria del mundo no basta para que se alimenten la mujer y los hijos. Conocida es la preciosa alegoría en que uno de los grandes maestros de la literatura alemana, Goethe, nos pinta á la Fortuna distribuyendo todos los bienes de la tierra, y el poeta llegando demasiado tarde al reparto, por haberse entretenido en soñar y cantar. Pero como si una especie de maldición pasase sobre los adeptos de las musas, no basta que deserten de las faldas del Parnaso y que dirijan sus naves hacia Tiro y Cartago. Mercurio, á ruegos, tal vez, de las irritadas hermanas, les niega sus dones, y ellos en su nueva carrera no hacen letra, como vulgarmente se dice. Alberto, metido agricultor y comerciante, repugnaba escamotear á los trabajadores el salario y al fisco la alcabala; por lo mismo, llevábanle ventaja sus compañeros, ya en el precio de las ventas, ya en la ganancia líquida de los negocios. No se había resuelto echar al hombro, liadas en un hatillo, la dignidad y la conciencia,

y las personas que le imitan avanzan muy poco en el camino de la prosperidad mundana, si bien gozan de otros bienes no otorgados á las almas vulgares y corrompidas.

Alberto era pobre, pero honrado en la verdadera acepción de esta hermosa palabra. Los principios en que había sido educado fueron severos, y sus pasos en la carrera de la vida correspondieron á sus principios. Supo, además, evitar los dos grandes escollos en que naufraga la juventud inteligente de nuestros días: la política y la ambición de renombre. Detestaba las funestas exageraciones de la primera, y si bien cumplía todos los deberes de ciudadano, jamás se creyó encargado de la alta misión de regenerar á su patria, ó de, lo que viene á ser lo mismo, trastornarla. Entregado al cultivo de las artes, jamás se creyó notabilidad en ellas; nunca abrió al público las cortinas de su obrador para cosechar el aplauso de los necios y la envidia de los ignorantes. Desde que conoció y amó á Amelia, no tuvo más pensamiento ni otra aspiración que ser feliz á su lado. Empleóle su tío, según hemos dicho, en el arreglo y la administración de algunas de sus posesiones, y pudo así asegurar lo es-

trictamente indispensable para el sostenimiento de su familia, sin meterse de nuevo en especulaciones que le habían sido adversas.

El tocador de Amelia estaba terminado, cuando se abrió la puerta del cuarto y aparecieron el cura y unos parientes de Octaviana, que iban á servir de padrinos. Amelia estaba hermosa como la inocencia y el amor: cumplimentáronla los recién llegados, y el novio la presentó un ramillete formado con flores de aquellas que acariciaba Amelia en el jardín la tarde en que tuvo lugar la primera declaración de Alberto.

Salieron todos de aquel aposento y entraron en el de Gaspar. Este había ya dejado el lecho, falto de sueño como siempre, y ocupaba el rincón de costumbre, cubriéndose la cara con las manos. Al ruido que hicieron los entrantes, alzó la vista y la fijó distraídamente en ellos. No pareció reparar en el adorno de Amelia ni en la presencia de personas extrañas. Acercósele el cura, le dirigió envano expresiones cariñosas, tomó su diestra, que Gaspar cedió dócilmente, la colocó extendida sobre la cabeza de Amelia, y bendijo á la joven á nombre de su padre insensato. En seguida se dirigie-

ron á la capilla, dejando á Gaspar al cuidado del criado que le asistía, y el cura dió la bendición nupcial á aquellos jóvenes, que temblaban casi imperceptiblemente, como dos tiernas hojas de un árbol agitadas por el viento. Por último, acabó de revestirse el sacerdote, y celebró una misa para que se velaran los casados.

Siempre había sido religioso Alberto, pero en aquel momento, viéndose arrodillado junto á su compañera, junto á aquélla cuya existencia y cuya felicidad le acababan de ser confiadas por la Iglesia como un depósito sagrado, oró con más fervor que nunca, pidiendo al cielo fortaleza, constancia y benevolencia en el desempeño de sus nuevos deberes; pidiendo que jamás se debilitaran el mutuo cariño ni la confianza mutua de los esposos; que en los cuidados, lo mismo que en las prosperidades, brillasen en el hogar la tranquilidad y la alegría; pidióle que las manos de Amelia cerrasen sus ojos al sueño de la muerte en el término de la vida.

Cuando atravesaba la comitiva el cementerio de la capilla para volver á la casa, Octaviana se arrodilló frente á la cruz que coronaba el sepulcro de Enrique. Los demás imitaron su

ejemplo y oraron como ella, en silencio. Al levantarse, Alberto estrechó con efusión en sus brazos á la madre de su esposa. Octaviana había perdido un hijo, pero el cielo le daba otro, desde aquel día, en recompensa de sus virtudes.

Nada hubo en la hacienda de lo que el mundo llama fiestas de boda. A semejanza de los novios de quienes habla Carlos Nodier en su "Novena de la Candelaria," Alberto y Amelia dejaban ver en sus semblantes un júbilo grave y reposado. Los acentos de la orquesta, las pisadas del baile no resonaron en aquellas salas sombrías donde se habían representado recientemente escenas de muerte y de angustia: aun vagaban por allí los suspiros y permanecían sin secarse las lágrimas del amor maternal, y de vez en cuando el rostro de Gaspar dejaba ver su insensatez á la media luz de los aposentos casi desiertos. Pero el día estaba despejado y hermoso; brillaba el sol en los estanques, en las sementeras, en las copas de los árboles y en las flores: pasaban una que otra mariposa volando frente á la ventana, y ya Amelia no sentía deseos de correr tras ellas. La naturaleza aparecía animada, como si estuviesen ya de vuelta los meses de la primavera. La alegría reinaba en el corazón de los esposos.

—¿Me amas? preguntó Alberto á Amelia, después de besarla en la frente.

La joven ocultó su rostro, radiante de júbilo y al mismo tiempo ruborizado, en el seno de la madre.

—Alberto, yo te respondo para siempre del corazón de Amelia, le dijo Octaviana.

XIV

CONCLUSION

Habían transcurrido seis meses. Alberto y Amelia siguieron habitando en compañía de los padres de la segunda, la casa de la hacienda, y cada día eran mayores la unión y el afecto entre la madre y los hijos. Alberto había sido favorecido de la suerte, y comenzaba á echar los cimientos de una fortuna tan sólida cuanto honrosamente formada. La hacienda seguía prosperando en manos del administrador. El crédito de Gaspar estaba completamente restablecido, y en cuanto á

la insensatez, había casi desaparecido de diez días á aquella parte, merced á las prescripciones de un médico hábil, y, sobre todo, al cuidado y cariño de su familia.

Hemos dado al lector las noticias indispensables para que llene el espacio de tiempo, durante el cual abandonamos la quinta. Hecho esto, le introduciremos á la sala de la casa, al mismo tiempo que entra en ella un rayo de sol por la ventana que mira al poniente.

Octaviana leía un libro piadoso. Gaspar, envuelto en una ancha bata de zaraza y con un gorro negro de lana en la cabeza, estaba sentado en su poltrona, cerca de una mesa donde había libros y papeles en desorden. Gaspar estaba hecho un viejo, y los cabellos blancos no imprimían á su rostro el sello de bondad y dulzura que carateriza, por lo común, la fisonomía de los ancianos. Amelia registraba los cajones de un estante, sacando de ellos diversas ampolletas de color que iba colocando cuidadosamente en una charola.

—¿Qué estás haciendo, Amelia? la preguntó su padre.

—Buscando algunos colores que había guardado á Alberto en el estante.

—¿Y para qué quiere Alberto los colores?

—Está sacando una vista del prado de la lechería, y después va á hacer mi retrato.

—¡Hum!—murmuró el viejo.—¡Volvemos á las artes y á las locuras!

Amelia, con la charola en una mano, se acercó á su padre, cerró cariñosamente sus labios con la otra mano, y en seguida corrió como una niña hacia el cuarto de Alberto, para no oír lo que acerca de él siguiera diciendo Gaspar.

Amelia conocía perfectamente á su padre. Este continuó, dirigiéndose á Octaviana, que cerró su libro y se dispuso á oírle con paciencia angelical.

—Semejante casamiento, como cosa hecha por mujeres y frailes, no puede dar buen resultado; ya te lo he dicho, Octaviana. Si ustedes hubiesen esperado á que yo sanara, las cosas se habrían arreglado de muy diverso modo.

Silencio completo de parte de Octaviana.

—¡A bonito mequetrefe me han dado ustedes por hijo! No sabe más que pintar muñecos y paisajes de abanico. Parece una dama, según lo melindroso y delicado; jamás le he oído una expre-

sión enérgica, que revele alma, corazón, inteligencia y vida.

El mismo silencio de parte de Octaviana.

—¿Y en cuanto á ideas? ¡Oh! ¡Vale más no hablar! A su edad y cuando ya todos los jóvenes se han creado un nombre público, él no ha sido todavía diputado, pero ni alcalde, pero ni guardia nacional, pero ni simple elector primario! ¡Con razón! Es una momia del siglo XVII. El tiempo ha marchado para él en vano. El progreso no se hizo para todos. Le he perorado horas enteras y siempre inútilmente. El idiotismo católico está pintado con todos sus caracteres en su semblante. A mis ideas de reforma social y religiosa opone la autoridad del Papa y de los concilios.

El auditorio, reducido á Octaviana, sigue guardando silencio.

—Finalmente, Amelia no puede ser feliz con un hombre así, y es preciso que Alberto salga de mi casa cuanto antes.

—El día que tú lo quieras, le seguirá su mujer. Sólo á instancias mías consintieron en seguir viviendo con nosotros, y en cuanto Alberto vió que te aliviabas, habló de poner casa y separarnos.

—Bien sabe que yo no le trago. Pero se irá él solo; no se ha de llevar á mi hija.

—Es su mujer.

—Entablaremos demanda de divorcio. La perpetuidad del matrimonio es un absurdo. La ley no debe autorizar contrato alguno en que se estipule la pérdida irrevocable de la libertad. Sí, señor, pediremos el divorcio.

—Si ella quiere pedirlo, está bien.

—Y si quiere sostener á Alberto el administrador, según lo tiene de costumbre, echaré á entrambos á pasear. ¡Buenos males está causando en la hacienda el tal administrador! Los mozos se han vuelto nuevamente fanáticos y degradados, y el cura campea aquí con todos los humos del incienso y las farándulas de la sotana.

—¡Cállate, Gaspar, no desatines! ¿Ya no te acuerdas de todo lo que acaeció con motivo de tus reformas?

—¿Qué acaeció?....

Al oír tal pregunta, Octaviana manifestó asombro é iba á contestar con señales evidentes de dolor; pero la asaltó una idea y se contuvo. Desde que Gaspar había medio vuelto á la razón, no daba señales de acordarse de Enrique, ni de su fin trágico y fu-

nesto. Octaviana no quiso tocarle este punto.

—¿Ya no te acuerdas de la paralización de los trabajos, de la desmoralización de los mozos, de la miseria de la hacienda y del saqueo de nuestra casa? ¿A qué puedes atribuir todas esas calamidades si no á las reformas?

—¡Oh, ceguedad y obstinación! ¿Sabes tú, mujer, lo que ocasionó esos males? Pues no fué sino el elemento antiguo, ó sea la rutina, queriendo oponerse á la reforma: él provocó todos esos desórdenes de que te quejas, y que, sin embargo, son indispensables al establecimiento de un buen régimen. Cuando las ideas y los elementos antiguos cedan completamente el puesto á los nuevos, cesará toda pugna, y los pueblos y las haciendas serán felices, Octaviana.

—No lo dudo, Gaspar; pero ¿cómo no pudiste tú obtener todos esos bienes en tu hacienda?

—¡No había llegado mi época!

—¿Ni llegará?

—Sí; tiene de lucir el gran día de la fraternidad y de la libertad universal.

—Pues, si por lo pasado hemos de juzgar de lo futuro, ese día nos quedamos sin camisa, Gaspar.

—¡Nada importan los hechos ante el triunfo de las ideas! Pero me parece que llaman á la puerta....

Octaviana acudió á abrir, y un mozo presentó á Gaspar hasta una docena de cartas que habían llevado de la ciudad inmediata. Es manía de todos los supuestos hombres de Estado escribir muchas cartas á fin de mantener por tal medio su popularidad y sus relaciones políticas, que continuamente ponen ellos al servicio de su propia ambición. Gaspar, tan luego como se alivió de su enfermedad mental, había escrito á sus antiguos compañeros de congreso, y éstos le contestaban reprochándole la obscuridad á que voluntaria y caprichosamente se había retirado, y excitándole á volver á la escena pública. La ocasión no podía ser más propicia, le decían: una nueva revolución liberal estaba en vísperas de triunfar, y el Departamento H** á nadie podría enviar al congreso mejor que á su antiguo representante.

¿Habéis leído la magnífica pintura que hace Job del caballo? Su cuello se estremece, sus narices se abren arrojando humo, y de su boca salen copos de blanquísima espuma y relinchos sonoros al oír las notas del clarín que le llama á la guerra. Pues cosa

análoga sucedió á Gaspar. Leyendo las excitativas de sus antiguos camaradas, sintió que se le democratizaba la sangre y que era capaz de trastornar el mundo, quiero decir, de reformarlo. Púsose en pie, lanzó al aire el gorro de lana con ímpetu varonil, y en tono de profética inspiración arengó durante media hora á su mujer, quien, por toda respuesta abrió de nuevo su libro de oraciones y se puso á recorrer sus páginas. Gaspar se proponía organizar las nuevas elecciones tan luego como recibiera la primer noticia del triunfo definitivo de la revolución. Pero faltábale que leer una carta que permanecía en la mesa, cerrada todavía, y cuya dirección, escrita en el sobre con hermosísima letra inglesa, llamaba desde luego la atención. Rompió el nema y se puso á devorar el contenido.

La carta era de Monsieur Dionisio. ¡Otra vez el pedagogo!

"Mi querido señor—le decía.—El partido jesuíta ha consumado aquella parte de sus planes relacionada con la ruina de mi establecimiento de educación científica, moral y políglota. Es por esto que lo cerré cuando no me quedaban más que cuatro alumnos, y ahora trabajo empeñosamente en la

revolución que presto librará de casacas y de sotanas á la desgraciada sociedad del Mecsico. He de merecer á usted que tan luego como vuelvan los buenos días, influya para que se me conceda la prefectura de H** ó, en último extremo, la Secretaría del Ayuntamiento. Las tareas de la educación me han hastiado. El Mecsico estar todavía en un atraso verdaderamente "sauvage."

"Meses pasados estuve en la hacienda de usted; pero le hallé enfermo. Mi objeto era explicarle las perturbaciones del cráneo de Enrique, las cuales, según el sistema de Gall, debían conducirle á una muerte trágica y violenta.

"Acepte usted, señor, las marcas de mi estimación y respeto.

Dionisio Labete."

Cuando Gaspar hubo leído las últimas líneas, una aparición terrible brilló en los abismos de su memoria; zumbáronle los oídos de un modo extraño, miró á su rededor con aire de asombro, agolpósele la sangre á la cabeza y cayó al suelo exclamando:

—¡Hijo mío! ¡Mi Enrique! ¡Mi primogénito!

Octaviana, Amelia y Alberto acudieron al oír los gritos y le hallaron sin sentido; pusiéronle en la cama, y cuando volvió en sí, apareció de nueva la estupidez pintada en su rostro, y tal vez para siempre!

Daba fin la historia con estas líneas y acababa de ser leída en una tertulia de invierno, cuando de uno de los extremos del estrado salió una voz infantil, preguntando:

—¿Y Tamerlan?

—Tamerlan—respondió Antenor á la niña—murió de pura vejez y fué sepultado con sus respectivos honores en el jardín de la casa.

Cuando llegó á mis manos el manuscrito de "La Quinta-Modelo," vi que su autor por vía de moraleja, había escrito al pie la siguiente frase:

"¡Ojalá que—siendo, como es, uno mismo el remedio—los males causados por la demagogía á todo un pueblo fuesen tan fáciles de remediar como los que causa un loco en una quinta!"

Pero tales palabras estaban borradas y creo que el autor no hizo mal en tacharlas. El fin moral de la obra es evidente y los lectores son muy entendidos.

México. Septiembre de 1857.

LA LLORONA.

LA LLORONA

Uno de los temores supersticiosos que aún domina en las clases menos ilustradas de la sociedad, es el relativo á los muertos. Compréndese el horror que causan la vista ó el recuerdo de un cadáver, y sólo por medio de tal horror se explica el miedo á las apariciones. Si éstas fueron á veces permitidas por el cielo en la ley antigua, como sucedió con Samuel, de muchos siglos acá el temor á las apariciones sólo se funda en la tradición, que puede decirse, es general á todas las razas y á todos los pueblos, y que expresa vaga é indirectamente la persuación universal de que el hombre no halla la nada en el sepulcro, como trata de hacerlo creer cierta escuela filo-

sófica, y de que una parte de su ser, la más noble sin duda, sobrevive á la destrucción del cuerpo.

Hojeando las primeras páginas de la historia del continente americano, es curioso observar cómo esta clase de creencias venían envueltas con los ropajes de la civilización europea, y, á la vez, fermentaban en el seno de la civilización relativa de los indígenas aztecas. Cuando los descubridores, acaudillados por Cristóbal Colón, se establecieron en la isla Española, fundaron una ciudad (Isabel), y en ella se desarrolló á poco una peste de fiebres que hizo que abandonaran completamente aquel recinto los europeos que sobrevivieron al contagio: años después, dos españoles recién llegados á las playas americanas, atravesaron en su camino las calles solitarias de la moderna Cartago, y se asombraron al ver en la extremidad de una de ellas multitud de hidalgos formados en hilera, y en cuyos rostros aparecía extraordinaria expresión de tristeza: los transeuntes, según refiere la crónica, saludaron á los hidalgos á fuer de corteses; mas éstos, para corresponder al saludo, se quitaron los sombreros y quedaron adheridas á ellos las cabezas, apareciendo todos los cuerpos de-

capitados y sangrientos. Sabidos son de todo el mundo los sueños y las apariciones que tuvo Moctezuma, y que le anunciaron la venida de los conquistadores en el recinto de su mismo palacio.

Algunos espíritus que la echan de pensadores, atribuyen tales supersticiones al influjo que la religión ejerce en los ánimos; pero dan idea de la cortedad de sus alcances, cuando se muestran incapaces de comprender que las creencias de que hablamos toman su origen casi siempre en la esencia misma del alma humana, y que antes bien, las hace desaparecer paulatinamente la religión del seno de las sociedades á medida que la comprenden y practican. Un escritor moderno, Chateaubriand, hace notar que no hay espíritu más asustadizo y supersticioso que el del ateo. "Cerrad, dice el mismo autor, los templos católicos, y se abrirán como por encanto las cavernas de las sibilas y de los hechiceros."

Para dar idea de una de las tradiciones populares de este género más comunes en nuestras ciudades cortas, mucha introducción es ya ésta:

El solo dictado de "La Llorona" causa calosfrío á los niños y á las muchachas de cierta edad, y hace santi-

guar á las viejas. La Llorona es en todas partes una mujer que se aparece después de muerta, á ciertas horas de la noche; recorre los barrios más apartados del pueblo, dando lastimosos alaridos; llega á las tapias del cementerio y allí se convierte en humo, según la opinión general, sin que nadie pueda asegurarlo bajo su palabra, porque, al oír los alaridos, ciérranse puertas, ventanas y postigos como por encanto, y no hay quien ceda á la tentación de investigar lo que pasa en la calle.

Como las consejas de esta clase van impregnadas casi siempre de poesía popular, la Llorona escoge por lo común las noches de luna para sus excursiones, y se aparece vestida de blanco y con el cabello suelto, ni más ni menos que Amina en la "Sonámbula." En cuanto á las causas de la aparición y el llanto, varían hasta lo infinito. La Llorona es á veces una joven enamorada, que murió en vísperas de casarse, y trae al novio la corona de rosas blancas que no llegó á ceñirse bajo el velo nupcial: es á veces la viuda que sucmbió entre los horrores de la miseria y viene á llorar la suerte de sus infelices huerfanitos; es la esposa muerta en ausencia del marido, á

quien trae el ósculo de despedida que no pudo darle en su agonía; es, por último, la esposa, muerta á manos del esposo en un acceso de celos, y que se aparece ahora en el mundo á lamentar su fin desgraciado y á protestar su inocencia.

Sobre este último tema, y aludiendo en lo general á la tradición de que hablamos, ha escrito recientemente el ilustre decano de nuestros poetas, D. Manuel Carpio, el siguiente soneto, que no había visto antes de ahora la luz pública:

"Temblando de terror contar oía
Cuando era niño yo, muy inocente,
Que dió la muerte un hombre delincuente
En mi pueblo á su esposa Rosalía.

"Y desde entonces en la noche umbría
Oye en la plaza la asustada gente
Tristes quejidos de mujer doliente,
Quejidos como daba en su agonía.

"Por algún rato en su lamento cesa;
Mas luego se desata en largo llanto
Y sola por las calles atraviesa.

"A todos llena de mortal espanto
Y al fin, del río por la selva espesa
Se va llorando, envuelta con su manto."

Añadiremos que no han faltado en algunos pueblos caracteres intrépidos

que, son allí, como si dijéramos, los representantes de la escuela escéptica, y que á todo trance quisieran desengañarse y desimpresionar al vulgo respecto de la Llorona. Al efecto, le esperaron en el escampado que hay á orillas de la población y cerca del bosque, en cuyos laberintos suele internarse. Eran ya las altas horas de la noche: la luna brillaba cercana al occidente: las hojas de los árboles no se movían. A poco interrumpieron el silencio los aullidos lejanos de los perros: cesó en seguida todo rumor: hízose oír más tarde un gemido á corta distancia; erizóse el cabello á los jóvenes y aprestaron palos y espadas, como si estos instrumentos materiales de la cólera y el temor de los hombres valiesen algo contra los espíritus. La mujer, con su ropa talar blanca como la nieve, suelto el negro cabello, adelantóse con paso firme por el escampado. El más intrépido de los que la esperaban, quiso asirla de un brazo; pero halló que era impalpable. Los demás, un tanto cuanto acobardados, se disponían á herirla, cuando la muerta dió un segundo gemido. Viéronla el rostro; era bella y derramaba una tras otra gruesas lágrimas. Entonces se apartaron dejándola libre el paso.

"Que tanto puede una mujer que llora."

Amén de la compasión, los jóvenes quedaron aterrados. La fantasma ganó el bosque y ellos á toda prisa el camino de su casa. Desde entonces no hay espíritus fuertes en el pueblo.

Junio 28 de 1857.

———

La Carta del Pobre.

LA CARTA DEL POBRE (*)

I

En la casita más miserable de uno de los pueblos inmediatos á París, vivían una madre y su hija. No obstante lo humilde y andrajoso de sus vestidos, se echaba de ver que pertenecían á la clase decente, así por la finura de su cutis y de sus facciones, como por su modo de expresarse. Efectivamente, la madre, viuda de un militar del imperio, descendía de una familia noble, y mediante una larga serie de ca-

* En lo esencial es cierta la anécdota que vamos á referir. El hecho á que aludimos, dió asunto para la composición de "La lettre au bon Dieu;" pieza musical que ha tenido mucha boga en Francia.

lamidades, se vió reducida á la situación que guardaba en la época á que nos referimos al comenzar esta anécdota. Olvidábamos decir que Francisca era el nombre de la madre y Margarita el de la hija.

Tendría ésta unos diez años y era, aunque no muy bonita, de excelente índole. Había aprendido á leer y escribir y tenía una afición decidida á la música. Cuando pasaba por el pueblo alguna tropa, Margarita no dejaba escapar una sola nota de la banda militar, y al momento cantaba de memoria cuanto había oído. Margarita era el canario de su casa á la vez que el embeleso de la madre. El canto de los niños es una de las pocas cosas que alegran la casa del pobre.

Pero el pobre tiene con alguna frecuencia momentos angustiosos, durante los cuales no puede oír cantar á sus hijos sin que se le llenen los ojos de lágrimas. A causa de la escasez de sus recursos, Francisca había tenido que dejar á medias la educación de su hija; pero tras la escasez vino la miseria, y ya Francisca no sentía el no poder educar á Margarita, sino el no poder alimentarla.

Era una mañana de Noviembre; no había rayo de sol, no había flores, ni

Margarita cantaba; caía una lluvia muy menuda y el viento azotaba de vez en cuando las puertas de la desmantelada habitación de la viuda. Ella y su hija sentáronse silenciosamente á comer unos mendrugos de pan debidos á la caridad de los vecinos. Cuando acabaron de comer, Francisca abrazó á su hija llorando.

—¡Quién me dijera, cuando tu padre te besaba en mis brazos, que te había de ver hambrienta y casi desnuda!

La niña se conmovió al oír estas palabras y exclamó con la sencillez de la inocencia:

—No se apure usted, mamá mía; Dios es muy bueno y yo le escribiré para que nos socorra.

La madre no pudo menos de sonreírse en medio de sus lágrimas; volvió á abrazar á Margarita, que tan piadosos sentimientos abrigaba, y en seguida salió á la calle á procurar la venta de sus últimas piezas de ropa.

Luego que se vió sola Margarita, sacó del centro de un devocionario muy viejo una hoja pequeña de papel, y con la única pluma de la casa escribió:

"Dios mío, que estás en los cielos: mi mamá se aflige todos los días y yo

también, porque carecemos de lo más necesario; no hay lumbre en la casa, ni ropa que vestir, ni pan que comer. Socórrenos, Dios mío, y á toda prisa, porque es muy grande nuestra necesidad y tú eres muy bueno. Envíanos una poca de lumbre, algo de ropa y pan en abundancia. Si no temiera importunarte demasiado, te pediría también un maestro de música, porque ya tú sabes cuánto me gusta la música; pero esto será asunto de otra carta. Mi mamá te saluda y yo me despido, llamándome con mucho gusto tu hija.—Margarita."

La niña cerró la carta y se la guardó en el seno, después de haber escrito en el sobre: "Al Señor Dios, en el cielo.—París."

Al otro día unas conocidas de Francisca fueron á la capital á comprar varias cosas, y margarita las acompañó, previo el permiso de la madre.

II

Cuando las mujeres del pueblo pasaron frente á la primera iglesia de París, Margarita se separó de ellas, ofreciendo alcanzarlas dentro de un momento, y se internó bajo las sombrías bóvedas del templo parroquial, enteramente desierto á la sazón.

Creyó la niña que depositando su carta en la caja que está puesta en las iglesias para recibir las limosnas destinadas á los pobres, llegaría á manos de Dios. Hecho tres dobleces el papel, trataba de introducirlo por la hendedura de la caja. El cura, que rezaba en el presbiterio, oyó ruido, bajó y al dar vuelta á la columna que ocultaba á Margarita, vió á la niña inclinada sobre la caja, y creyó que hacía esfuerzos para abrirla. Se dirigió hacia ella y puso una mano ruda en su cuello diciéndola:

—¿Tan niña y queriendo ya robarse las limosnas de los pobres?

Y en el semblante del párroco se veía pintado el disgusto que sentimos al sorprender una mala acción.

—Señor, exclamó la niña, no soy ladrona! Mi mamá está muy pobre; he escrito una carta á Dios, pidiéndole que nos socorra, y he venido á ponerla en la caja.

El semblante del eclesiástico recobró la expresión de su benevolencia habitual; tomó la carta y la leyó.

Desde luego se arrepintió de su mal juicio, bastante fundado, sin embargo, en las apariencias. En seguida alabó á

Dios, porque en vez de los gérmenes del vicio y del crimen, hallaba en aquella niña una piedad mayor todavía que su inocencia. Por último, dirigió á Margarita palabras cariñosas informándose de su suerte.

En esto las mujeres del pueblo, que profesaban un afecto sincero á la viuda y á su hija, cuidadosas á causa de que Margarita no iba á alcanzarlas, temieron que algo le hubiese acaecido en la iglesia y se volvieron á buscarla. El cura las pidió nuevos informes acerca de la niña.

—Es un ángel, contestaron á una voz, y la madre es una santa; pero están muy pobres y días hay en que no tienen que comer. A pesar de eso, la niña canta como un pájaro y tiene muy buena disposición para la música.

El cura preguntó el nombre de la viuda, y supo que Margarita era hija de un antiguo condiscípulo suyo, militar de mucho mérito, muerto en el campo de batalla.

—Has hecho muy bien, niña, en ocurrir á Dios para que remedie tus necesidades. ¡Nunca deja sin respuesta las cartas de los pobres!

III

Aquella misma noche hubo en el hogar de la viuda lumbre para calentarse, algo de ropa que vestir y pan en abundancia que comer. Además, el párroco escribía á un amigo suyo remitiéndole la carta de la niña y recomendándosela. El amigo del cura llevaba muy buenas relaciones con el director del Conservatorio de música en París; recomendóle á su vez á la niña, y M. Auber, este era el nombre del director, después de haber examinado inteligentemente sus disposiciones para el arte, la hizo entrar de discípula en el Conservatorio.

Ni ella ni la madre volvieron á sentir los horrores de la miseria, porque el cura se encargó de proveer á sus necesidades.

Algunos años después, Margarita era una cantatriz eminente. Supo conservar su virtud en el teatro; los aplausos y las coronas no la ofuscaron como á tantas otras artistas. Siguió viviendo al lado de Francisca y la asistió en sus últimos días con la solicitud de una excelente hija. Pocos meses después, un joven rico y honrado la tomó por esposa y Margarita gozó

de mucha estimación en el seno de una sociedad escogida.

No obstante que seguía siendo piadosa, se engolfaba á veces demasiado en los placeres y fiestas del mundo. Durante la primavera y el verano asistía á los paseos y á los bailes, y su voz, verdaderamente argentina, resonaba en los conciertos de las gentes dichosas. Pero cuando llegaba el mes de Noviembre con sus nieblas y su lluvia menuda y sus vientos que braman en el exterior de la casa, se acordaba de cuando fué niña y pobre, y en la carta que escribió á Dios pidiéndole el remedio de su miseria. Entonces salía á pie por las calles de París cubiertas de nieve, y socorría á los ancianos y á los niños indigentes, convencida de que los bienes de fortuna que la Providencia pone en manos de los ricos, son otros tantos depósitos destinados á remediar las necesidades de los menesterosos. Siempre que Margarita daba limosna, repetía en su interior las sublimes palabras del párroco:

"¡Dios nunca deja sin respuesta la carta del pobre."

México, Noviembre 8 de 1857.

ESTRELLA

ESTRELLA

¿Eres, lector, amigo de la pintura? Yo lo soy en sumo grado, y te lo digo aunque no me lo preguntes. Siempre que hay ante mis ojos un linezo, y en ese lienzo está retratada por una mano hábil la más noble de las obras de Dios, es decir, el hombre; y en la fisonomía exterior, digámoslo así, de ese retrato se ve reflejada su fisonomía moral, me agrada seguir con la vista el curso de ese pensamiento que se revela en las arrugas ligeras de una frente espaciosa: el desarrollo de esa cólera que anuncia la contracción nerviosa de un semblante lívido; la emanación de amor que exhalan esos ojos lánguidos, que se escapa de esos labios entreabiertos.

Sin embargo, cuando me hallo ante el original y la copia, prefiero examinar aquél, lo que, según entiendo, sucede á todo el que posee un mediano gusto.—Ahora bien: es de creerse que si el Evangelio no se hubiese escrito, careceríamos de las vírgenes de Murillo y del Descendimiento de Rubens: es de creerse que Claudio de Lorena, al retratar el amor, copió á Virgilio, y que Lawrence estudió la energía y al mismo tiempo la dulzura de sus sombras en las figuras acabadas de Shakespeare. De consiguiente, Murillo, Rubens, Claudio de Lorena y Lawrence son únicamente copistas; San Marcos, Virgilio y Shakespeare son los artistas verdaderos; los cuadros originales de este género de artistas son de todo mi gusto: hallo un placer positivo en estudiarlos y examinarlos.

Yendo, pues, un día á caza de esta clase de pinturas, entré en un vasto edificio, cuyo rótulo puesto al frente, decía: "Galería dramática de todas las naciones y de todos los siglos." Por lo que después conocí, únicamente dos personas habitaban aquel vasto local: un viejo de barba y cabellos canos, cubierto de andrajos y apoyado en un báculo, y una joven de semblante risueño y picaresco, de cuerpo elegante y carácter festivo y bullicioso: en los ojos de aquél, en su frente, hallábase impreso el sello de la experiencia y la sabiduría; en el conjunto de ésta había un atractivo, á que difícilmente resistían cuantos pisaban el umbral de aquel edificio. Preguntéles su nombre, y el viejo con voz grave y pausada me contestó:—"Soy el Tiempo," mientras que la joven encantadora, acariciando al disimulo mi mejilla, murmuró con voz dulce á mi oído:—"Yo soy la Moda: sígueme."

Mi elección entre aquellos dos personajes no podía ser dudosa, y desde luego seguí á la joven.

Me introdujo en una sala espaciosa, cuyas paredes estaban adornadas de multitud de cuadros: torrentes de luz se desprendían de las altas ventanas esparciéndose sobre los vivísimos colores de aquellas pinturas cuidadas con todo esmero y hechas objeto de la curiosidad universal. La multitud que acudía á admirarlas y prorrumpía en gritos de aplauso, me impedía examinarlas á mi entera satisfacción: luego que aquélla desocupó un tanto la sala, mi bella introductora se apoderó de mi brazo y me condujo hacia

los cuadros, que por lo pronto me deslumbraron, lo confieso.

Algunos de ellos tenían escrito el título de la composición y el nombre de su autor: es imposible que recuerde todos los títulos y todos los nombres; citaré, sin embargo, al "Rey Monje," por D. Antonio García Gutiérrez; á "Margarita de Borgoña," por Mr. Alejandro Dumas; á "Macías," por D. Mariano José de Larra; "Carlos II el hechizado," por D. Antonio Gil y Zárate; á "Catalina Howard" y "Antony," por Mr. Alejandro Dumas; á "Angelo tirano de Padua," por Mr. Víctor Hugo.

Los ropajes de todas estas figuras eran brillantes: las carnes frescas, el conjunto de los cuadros deslumbrador.

Me aproximé todavía más al través de este conjunto, de esas carnes y de aquellos ropajes, buscaba el sentimiento, buscaba el corazón de los protagonistas, buscaba el corazón del artista, que se refleja en sus obras como el sol en la superficie del mar.

Me pareció que "la obra más admirable de la creación" no estaba retratada fielmente; me pareció aun más, que estaba calumniada. ¿Aquellas figuras hablaban, se movían y obraban por impulso propio, ó á impulso de la

mano de un Ser incomprensible, que los artistas dieron en llamar el "Destino?" ¿El adulterio, el puñal y el veneno, son las únicas formas visibles del sentimiento humano? ¿Son estos cuadros el espejo en que se refleja una sociedad corrompida? ¿Son las lecciones con que se le quiere corromper más de lo que está?

Tales preguntas hacíame yo, cuando el viejo, ó sea el "Tiempo," sacó un espejo que llevaba oculto bajo su manto andrajoso y lo aplicó á los cuadros: sus bellos colores habían desaparecido: todas las figuras eran repugnantes y deformes.

Luego lo aplicó á la joven que me había acompañado, ó sea "la Moda." ¡Cuál fué mi estupor! Aquella joven no era sino una vieja coqueta de peluca, dientes postizos y lleno el cutis de afeite. Volví á otro lado el rostro para ocultar un gesto de horror involuntario, y ella hizo con sus hombros un movimiento de desprecio.

En seguida el viejo me señaló con su báculo un corredor oscuro, lleno de polvo y ninguna concurrencia: poco á poco el viejo fué limpiando por medio de un lienzo húmedo, multitud de cuadros antiquísimos y colocando uno tras otro bajo la acción de la luz.

¡Qué figuras tan nobles, tan bellas, aparecieron sucesivamente á mis ojos! ¡Cómo sin esfuerzo alguno mi entendimiento, comprendía el espíritu que había precedido á la formación de cada uno de estos cuadros! El tiempo que ha transcurrido desde que fueron ejecutados hasta la época actual, ha introducido tal variación en las fisonomías, en los trajes, en las actitudes, que el conjunto de muchas de esas obras nos parece monstruoso, quizá porque las examinamos á la luz del día de hoy, siendo así que debiera examinarse á la luz misma con que fueron pintadas; mas prescindiendo de ese conjunto, lo repetiré: ¡qué figuras tan nobles, tan bellas! Allá está "Desdémona;" más acá la dulce, la interesante, la desgraciada "Ofelia;" cerca, á dos pasos de vos solamente, veréis una "Estrella," que si no es la de la mañana, por lo menos iguala á ésta en brillo y hermosura. ¿Conocéis á "Estrella?" Es precisamente de quien me voy á ocupar.—Pero la introducción, lo sospecho, ha sido demasiado larga y comenzáis á fastidiaros. ¡Salga "Estrella" á la escena!

¡Qué hermosa es la "Estrella de Sevilla!

Tan hermosa, que Sancho Ortiz de las Ruelas, su novio, no se cansa de verla, no se cansa de amarla. Bustos Tavera, hermano de "Estrella," se opone á la boda de los amantes.

El rey D. Sancho ha visto á "Estrella," la ama é intenta galantearla. Bustos cuida con vigilancia del honor de su hermana, sorprende en su casa una noche al rey, que había sobornado á una de las esclavas para entrar, pone mano á la espada, le arroja á la calle y asesina á la esclava.

Irritado el rey, llama á Sancho Ortiz y le ordena que mate á un vasallo que ha sacado la espada contra él: Sancho promete obedecer y pregunta el nombre de la víctima. ¡Esta víctima era Bustos Tavera.

Sancho vacila, pero ha dado al rey su palabra y es forzoso que la cumpla: en la época á que se refiere el drama, no cabía en un pecho español la indecisión al tratarse de cumplir una orden del monarca. Solicita á Bustos, le desafía, se baten, y Bustos muere.

Traen el cadáver á la presencia de Estrella: ésta se precipita sobre él, lo baña con sus lágrimas y llama á Sancho Ortiz, su novio, para que vengue la muerte de Bustos.

Entonces le dicen que es Sancho

quien ha dado muerte á su hermano, y abrumada por este nuevo golpe se admira de no caerse muerta. Efectivamente, acaba de perder también á su novio; un lago de sangre se interpone entre ellos desde hoy.

Sancho está preso. Entretanto, confiesa que ha muerto á un hombre y se obstina en ocultar los motivos que tuvo para obrar así: los jueces le condenan; pero el rey al mirar el heroísmo de Sancho, le salva descubriendo su inocencia y confesando su propia culpa.

Ha sido necesario dar una idea del drama en general, para que el lector conozca algún tanto el carácter de la protagonista. Para eso se necesita igualmente que oiga hablar á Estrella: una sola frase da muchas veces á conocer á la persona que la pronuncia, mejor que el retrato más esmerado. Oigámosla cuando se separa del tocador, y cuando Bustos ha consentido ya en su enlace con Sancho, ignorando ella todavía que éste lo sepa.

"No sé si me vestí bien,
Como me vestí de prisa:
Hsta aquí me han descuidado,
Que no ser bella quería.

Sin guarda entre poderosos
Es la hermosura desdicha....
Hoy de mi esposo adorado
Al ardiente amor rendida,
Es obligación y es gusto
Ponerme á sus ojos linda.
Quisiera hoy ser la más bella
De cuantas hay en Sevilla.
Porque el placer de D. Sancho
Con mi contento compita.

¡Qué gloria será ser suya
Después de tantas fatigas.
Tales sustos, dudas tales,
Tanto suyas como mías!

¡Con qué contento, Teodora,
Mi papel recibiría
Aquella alma que en amarme
Tiene toda su delicia!
¡Con qué contento tan dulce
Y con cuánto gusto, amiga,
Entre el placer y el rubor
Le recibiré sumisa!
Paréceme que le veo,
Bañado el rostro de risa,
Acercarse el más gallardo
De Sevilla... ¡qué Sevilla!
Ni todo el orbe á mis ojos
Contiene igual gallardía.
¡Cómo al alargar la mano
Se esmerará su caricia!

Pienso escucharle y que dice
Mil cosas tan bien sentidas,
Que sale el alma á los ojos
Con el amor que las dicta;
Dichas ¡ay! son de mi estrella:
¡Venturosa estrella mía,
Que no creía yo ver
Tanto gozo y tales dichas!

Nuestra heroína es de una extremada belleza física, como puede deducirse del violento amor que ha inspirado á Sancho y al rey mismo. En cuanto á sus cualidades morales la vemos ingenua, sencilla, ardiente, apasionada. Parece que la voz, que sólo produce un murmullo armonioso de amor, permítasenos calificar así los anteriores versos, no ha de haber sido capaz de avergonzar al rey en la primera entrevista que tuvo con Estrella y que el monarca recuerda de este modo hablando con un confidente suyo:

"Paréceme que la escucho:
Soy—dijo á mi favor loco—
Para esposa vuestra, poco;
Para dama vuestra, mucho."

A poco de haber pronunciado Estrella las palabras que más arriba hemos

citado, la traen el cadáver de su hermano Bustos, y ante él y ante Sancho el matador, exclama:

¡Sosténme, Teodora, un poco!
Sosténme que estoy sin brío:
Acércame á ese infeliz
De mi sociego enemigo,
Que fué duro como un mármol
Y está como un mármol frío....
Vuélveme á sentar, amiga....
No pueden mis pies conmigo....
¿Lloras, Sancho? En ese pecho
Tan feroz y empedernido
Pudo lástima caber
Del pesar y dolor mío?
¿Del dolor que vos causáis?
Acercádmelo, os suplico;
Que aun alzar la voz no puedo.

Sancho.—¡Gran Dios! ¿Hay mayor suplicio?

Estrella.—Dime, corazón de piedra,
Sancho por mi mal nacido,
De odio y amor junto extraño
Y origen de mis martirios;
¿En qué te ofendió mi hermano?
Estrella, ¿en qué te ha ofendido?
¡De donde esperé el amparo
La desolación me vino!
. . . . . .

Sancho.—Pues veis que un corazón duro
Cual decís, y empedernido,

Llora, ¿qué me preguntáis?
Leed el interior mío,
Que estas lágrimas os dicen
Todo aquello que no digo.

. . . . . .

Estrella.—Yo no os entiendo, D. Sancho.
Sancho.—Ni yo me entiendo á mí mismo.
Estrella.—¿No sabíais las venturas
Que el amado hermano mío
Te preparaba?
Sancho.— Señora,
Bustos propio me las dijo.
Estrella.—¿Y pagaste su fineza
Con darle la muerte, impío?
Sancho.—Pues entonces le maté,
Ved cuál sería el motivo.
Estrella.—¿Dió él la causa?
Sancho. —No la dió.
Estrella.—¿Y la dí yo?
Sancho. —Estáis sin juicio:
¡Vos ofender á D. Sancho!
Estrella.—Pues si los dos no hemos sido,
¿Quién pudo tanto con vos
Que os arrastró al precipicio?
¿Ha sido el rey?
Sancho. —¡Ay, Estrella!
No fué sino mi destino:
Maté á un hombre, maté á Bustos,
Maté á mi mayor amigo,
A un hombre tal que primero

Me mataría á mí mismo;
Y le maté con razón,
Matándole sin motivo.
Cometí una atrocidad,
Mas no cometí un delito.
Ni puedo, ni diré más;
Y aun más que debiera he dicho:
Entended vos lo que callo
Por lo mismo que no digo."

La situación desgraciada de Estrella la comunica mayor interés: cada palabra suya es un ¡ay! de dolor; cada una de las reconvenciones que dirige á su amante revela su exquisita sensibilidad.

Cuando estaba próxima á ver coronados sus deseos, sus votos, la muerte le arrebata á su hermano. No la quedaba en el mundo otro apoyo que el de Sancho su novio; acude á él; pero he aquí que la mano de Sancho aparece ensangrentada: que Sancho es el asesino de su hermano: que ella tan joven, tan hermosa, queda sola en el mundo, sin más amparo que el de Dios.

Dirige á Sancho graves cargos, y en ellos, sin embargo, no hay una palabra dura; los dulcifica el amor que á su pesar siente por él: en ellos se tras-

luce el deseo de que el amante se disculpe: en ellos no se sabe si predomina el dolor que siente por la pérdida de su hermano, ó el amor que no puede arrancar de su corazón, porque tan hondas así son las raíces que había echado en él.

Solamente la imaginación fecunda, el corazón sensible y caballeresco del amante, del guerrero, del sacerdote, del gran Lope de Vega, pudieron haber ideado y ejecutado esta obra acabada, esta muestra de su sexo "al que miraba, como dice un autor contemporáneo, con una especie de admiración, de tal suerte, que nunca supo pintarlo en sus comedias, sino como la creación más perfecta del Ser Supremo."—"Las mujeres de Lope, añade, son siempre un dechado de hermosura y de virtudes; se presentan como el tipo ideal de su especie, como séres más divinos que humanos; y esta constancia en una misma idea reproducida bajo mil formas diferentes y en cuadros tan numerosos, no podía provenir sino de un sentimiento íntimo, invariable, profundamente grabado en su corazón y que dominaba todos sus pensamientos."

La forma de "Estrella" es sin duda

la más hermosa de cuantas produjo el pincel de Lope de Vega.

He dicho que la mayor parte de las obras dramáticas antiguas, nos parecen monstruosas en su conjunto, y consideradas así, estoy muy lejos de constituírme en defensor suyo. El transcurso del tiempo ha traído consigo la mudanza en los sentimientos, en las costumbres y hasta en el idioma de la sociedad, que hoy nuestro público se duerme si es puesta en escena la mejor pieza de Racine, de Alarcón ó de Moreto, mientras la más insignificante "Vaudeville" mantiene su atención despierta. Aquéllas han caducado, preciso es confesarlo, y han caducado, no por falta de mérito, no porque las obras modernas les sean superiores, sino porque su época pasó; porque éstas se adaptan más á los sentimientos, á las costumbres y hasta al lenguaje social de hoy; pero séame lícito preguntar si hay muchas figuras en el teatro moderno que puedan compararse en belleza moral á las que encierra el antiguo en sus empolvados volúmenes; séame lícito preguntar, si nuestros autores dramáticos no deberían estudiar con detenimiento aque-

llas figuras, despojarlas de su antiguo ropaje y presentarlas en la escena bajo diverso aspecto, sí, pero siempre nobles y grandiosas; séame lícito preguntar, por último, si la misión del teatro es la mejora de las costumbres, y si la exageración de las virtudes de que hicimos mención al hablar de Lope, no ejercerá más saludable influencia en las costumbres, que la exageración de los crímenes, que es el carácter dominante del teatro moderno.

En cuanto á mí, debo confesar que al volver de esta sala obscura y solitaria á que me condujo mi mentor "el Tiempo," hacia la sala brillante donde "la Moda" me enseñaba á porfía esos cuadros en que la paleta de los artistas, á quienes hoy preconiza la sociedad, ha empleado sus más deslumbrantes colores, he echado menos los lienzos empolvados y maltratados por los años y el olvido. Torno á ver aquí el hombre y á la mujer arrastrados por un "ciego destino" al adulterio y al asiento.—¿No os interesan—se me dirá—esa "Tisbe" que avasalla y engaña al tirano; esa "Catalina" que todo lo sacrifica á su ambición; esa mujer que se inflama en amor á "Macías;" esa otra mujer á quien echa su pasión en los brazos de Antony? Sí.

contestaré: me interesan, me deslumbran la originalidad, la brillantez de las formas de todas estas producciones, pero de ninguna manera su pensamiento, sus tendencias. Estoy dispuesto á reconocer en todos estos autores las ricas dotes que el mundo les concede: estoy dispuesto á pagar á su ingenio el humilde tributo de mi admiración, sin que de ello se deduzca que las obras que he citado hayan de ser esencialmente buenas.

Yo á mi vez, para concluír este largo artículo, preguntaré á mis lectores: ¿Podréis no amar á Estrella? ¿Podréis no querer imitar su sencillez, su ingenuidad, su exquisita sensibilidad?

México, Junio 22 de 1854.

———

OFELIA

OFELIA

En la antigua historia de Dinamarca se lee que Horvendilo, yerno y sucesor de Rorico, comenzó á reinar en 1390, y fué víctima de la envidia y ambición de su hermano Fengo, quien le mató alevosamente, casándose á poco con Gerutha, antigua esposa de Horvendilo é hija de Rorico.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Gerutha, quiso vengar la muerte de su padre, y para mantener oculto su designio, fingióse loco. Fengo, á pesar de ello, tuvo sospechas de lo que pretendía, y procuró su muerte por diversos medios, aunque en vano. Hamlet, que había estado ausente, volvió á la corte de Dinamarca á tiempo que el rey daba un banquete. Hamlet em-

briagó á los grandes, puso fuego al palacio y atravesó al rey con su espada.

Esta crónica sirve de asunto, aunque con variaciones considerables, á la tragedia de Guillermo Shakespeare intitulada "Hamlet."

En dicha tragedia hay un personaje sumamente interesante por su juventud, su belleza, su sensibilidad y sus desgracias.

Este personaje es Ofelia.

Laertes, su hermano, va á partir para Francia; pero hace días que ha notado la afición de Hamlet hacia Ofelia, y en el momento de darle el abrazo de despedida, prodiga sus consejos á la amable é inocente niña: "Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarlo como una mera cortesanía: un hervor de la sangre una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece: hermosa, no durable: perfume de un momento y nada más.—"¿Nada más?".... replica Ofelia.

Esta escena puede considerarse como la exposición del drama terrible que envolverá en las redes de la desgracia á la tímida Ofelia. Su corazón se abre al amor por la primera vez:

admite gustosa los obsequios de Hamlet, y su hermano Laertes, con más conocimiento del mundo, trata de prevenirla; dícela que desconfíe del amor de Hamlet, que este amor es "perfume **de un momento** y nada más." Ofelia, que se resiste á creerlo así, pregunta en tono sencillo: "¿nada más?" ¿Quién al oír tal pregunta, como dice Moratín, duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet?

Este, entretanto, comienza á dar señales de su demencia fingida, y tal demencia es atribuída en la corte al amor que profesa á Ofelia. Copiemos algunas palabras de entrambos en una de sus entrevistas (acto III, escena IV).

Ofelia.—Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras, que deseo restituíros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

Hamlet.—No; yo nunca te dí nada.

Ofelia.—Bien sabéis, señor, que os digo verdad.... y con ellas me dísteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas; que una alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

Hamlet.—Yo te quería antes, Ofelia.

Ofelia.—Así me lo dábais á entender.

Hamlet.—Y tú no debieras haberme creído.... Yo no te he querido nunca.

Así hiere Hamlet aquel corazón virginal: en seguida se aleja y Ofelia se lamenta á sus solas:—"¡Oh! ¡qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del Estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los más advertidos: todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento descordado, como la campana sonora que se hiende. Aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo!"

Semejante acontecimiento influyó de una manera funesta en el ánimo de la joven; pero todavía la desgracia amagaba con golpes más rudos á su debilitada razón: Polonio, su padre, era cortesano, y de acuerdo con el rey se esconde en la cámara de la reina, á fin de presenciar la entrevista de Gertrudis y de su hijo Hamlet: éste advierte movimiento en los tapices, tira unas cuantas estocadas, y saca arrastrando de los pies el cadáver de Polonio. Entonces Ofelia pierde el juicio.. "Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas, en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz." Entra en la alcoba de la reina, llena la falda de diversas flores silvestres, vestida de blanco, suelto el cabello, y con una guirnalda hecha de paja y flores: ríe, canta, se en-

tristece, ofrece á los circunstantes romero, trinitarias, ruda y margaritas: díceles que bien quisiera darles algunas violetas; pero que todas se marchitaron cuando murió su padre: la idea de esta muerte la preocupa, y ella la deja traslucir en casi todos los versos que canta.

"Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí;
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.
. . . . . .
Blancos paños le evstian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.
. . . . . .
Lleváronle en su ataúd
Con el rostro descubierto,
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
. . . . . .
Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez. . . .

Su barba era nieve,
Su pelo también.
Se fué, ¡Dolorosa
Partida! se fué."
. . . . . .

Al verla y oírla, exclama así su hermano Laertes:—"Por los cielos te juro que esa demencia, será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza. . . . ¡Oh rosa de Mayo! ¡amable niña! ¡mi querida Ofelia! ¡mi dulce hermana! . . . ¡Oh cielos! ¿Y es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?"

Poco se hizo esperar el fin desgraciado de Ofelia: vagaba acá y allá, y cierto día encaminóse á un riachuelo en una de cuyas orillas había un cauce que se retrataba en las cristalinas ondas. Quitóse su corona de flores y quiso suspenderla en lo alto del árbol: comienza á trepar él, trónchase una de sus ramas, y cae en el río: como ignorante de su desgracia, siguió su curso un breve rato cantando trozos inconexos de tonadas antiguas del país; pero luego que el agua acabó de empapar sus vestidos comenzó á luchar con las ansias de la muerte y se ahogó.

Cuando la llevan á sepultar, como se sospechaba que se hubiese suicidado, el sacerdote, eximiéndose de tomar el "requiem," dice: "Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonara la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante eso, se le han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

"Dadla tierra, pues, contesta Laertes. Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves"....

Gertrudis entonces se acerca y esparce flores sobre el cadáver, diciendo: "Dulces dones á mi dulce amiga: Adiós. Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial.... pero no tu sepulcro."

Laertes maldice á aquél, cuya acción inhumana privó á Ofelia de la razón, y grita á los sepultureros:—"No.... esperad un instante, no echéis la tierra todavía.... No; hasta que

otra vez la estreche en mis brazos;" y arrójase á la sepultura. Hamlet, que estaba presente, exclama:

—¡Yo he querido á Ofelia!

¡Tardía confesión que no podía volver el juicio ni la existencia á esta desgraciada niña!

La tragedia de Hamlet, en concepto de Moratin, se halla obscurecida por graves defectos: escenas y aun casi actos enteramente inútiles al desarrollo de la acción: error de fechas y de distancias: impropiedad en el lenguaje de algunos de los personajes: disertaciones eternas y fuera de lugar: expresiones groseras que hoy son inadmisibles en el teatro; finalmente, la muerte inútil de varios de dichos personajes al tocar el drama á su fin, siendo así que bastaba el objeto que el autor se propuso, es decir, la venganza de Hamlet, con que muriese el rey Claudio, y á lo sumo, la reina, que estaba ya suficientemente castigada con sus remordimientos; pero en todo lo que se refiere á Ofelia, Shakespeare ha sido sumamente feliz; y ¡quién sabe si esta figura interesante habrá conquistado al escritor inglés la inmortalidad de su tragedia!

"La locura de Ofelia—dice el ilustrado poeta español—aunque nada sir-

ve á la acción principal, es un episodio que produce en la representación admirable efecto. No se caracteriza como la del príncipe, con bufonadas, ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet es fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel, llena su alma sencilla de aflicción, turba su entendimiento y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se va al campo y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin elección: con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte en otra sin hallar en nada placer: zollosa y ríe, se enfada tal vez; pero á nadie ofende: pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica y prorrumpe después cantando versos que aprendió en tiempo más feliz; unos alusivos al estado de su corazón, y otros en que no se ve conexión ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda; á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le ve, no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran

pincel, que dió á esta figura toda la expresión imaginable.

¡Pobre Ofelia! Tratada con dureza por su antiguo amante, convencida de su despego, deplorando el extravío de su entendimiento; tan joven, tan bella, tan sensible, perdiendo ella misma la razón á los repetidos golpes de la desgracia, ¿no parece Ofelia en el teatro de Shakespeare la personificación de muchas almas nobles, de muchos corazones ardientes acá en la tierra? ¿No les está reservado casi siempre el desamparo y la amargura en pago de sus esperanzas y deseos, como á la heroína del poeta inglés? ¡Pobres almas nobles y corazones ardientes! ¡Pobre Ofelia!

1853.

MARIA

MARIA

En la galería formada por los débiles bosquejos que estoy haciendo de las heroínas más notables del teatro, á un lado de "Estrella," ó bien á un lado de "Ofelia," ¿no habrá lugar para una hechicera francesa, desarrollada bajo el cielo de España, adornada con las mejores dotes físicas y morales de la mujer, la belleza y el sentimiento, y trazado por el pincel poderoso de un poeta alemán, hacia el que diariamente crece la admiración de sus compatriotas?

Pero tal me parece que os veo fruncir el entrecejo, lectoras mías, al entender que trato de presentaros una francesa retratada por un alemán: os la figuráis sin duda frívola y bullicio-

sa como una modista: os figuráis acaso al artista un gigante de seis pies y medio de estatura, con su semblante inanimado, estúpido; con un modo de hablar gutural y desagradable, pasando días enteros en melancólicas meditaciones, y no entusiasmándose sino cuando oye pronunciar el nombre de Federico el Grande, ó preludiar uno de esos valses que son peculiares á Alemania, y á cuyo influjo pierden el seso los mesurados hijos de esa nación: repito que á ella y á él os los figuráis así, y no creyendo probable que el alemán comprenda á la francesa, esperáis hallar una caricatura en vez de un retrato.

Os ruego, sin embargo, que suspendáis vuestro juicio mientras os hago conocer á María, y para obligaros á condescender, os diré desde luego que ella es la heroína de un drama sencillo y terrible que se intitula "Clavijo," y que el alemán autor de este drama es nada menos que Goéthe.

María, nacida en Francia, era hija de un negociante cargado de familia, á quien uno de sus corresponsales de España, rico, soltero y de avanzada edad, propuso que le entregara dos de sus hijas, de quienes éste se haría cargo, llevándolas consigo á España, don-

de al morir dicho corresponsal quedarían al frente del establecimiento más rico del país.

El negociante francés se hallaba muy pobre: la mayor de sus hijas, ya casada, y María, que era pequeña aún, pasaron á España en compañía del marido de aquélla, y se establecieron en la casa del corresponsal, que á poco murió dejando en no muy buen estado sus intereses y á las dos hermanas al frente de la negociación; sin embargo, su talento y su bondad les atrajeron multitud de excelentes amigos, que procuraron aumentar su crédito y abrir campo más vasto á sus especulaciones.

Por este tiempo, un joven nativo de las islas Canarias, llegó á Madrid y fué presentado en la casa de las dos hermanas. Sin nombre, sin fortuna, sin amigos, sin instrucción de ningún género, hallábase devorado Clavijo por la sed del saber, y esta noble aspiración y el empeño que mostró en el estudio del idioma francés, previnieron en su favor á las dos hermanas, que le proporcionaron generosamente recursos y relaciones. Clavijo requirió de amores á la joven, y ésta le amó apasionadamente, rehusando diversos partidos ventajosos que se le presen-

taban, y prefiriendo esperar á que Clavijo hubiese alcanzado la altura que en vista de su aplicación y talento le pronosticaban sus amigos.

Había ideado Clavijo dar á luz en España un periódico literario, lo cual era una novedad á la época en que se refiere el drama: excitáronle las francesas á realizar su proyecto y todavía le proporcionaron los recursos necesarios con esta mira. Ya él había pedido la mano de María; pero su hermana mayor le había contestado: "comenzad por obtener buen éxito, y cuando algún empleo, el favor de la corte, ó cualquier otro medio de subsistir de una manera honrosa os haya dado el derecho de pensar en mi hermana, si ella os prefiere á otros dependientes, no os negaré su mano."

Decidióse Clavijo á dar á luz la primera entrega de su periódico, bajo el título del "Pensador."

Esta publicación obtuvo desde luego un éxito prodigioso, y el rey mismo, encantado con su lectura, dió públicas señales de benevolencia al autor, prometiéndole el primer empleo que vacase. Entonces el proyectado matrimonio tomó un aspecto de más seriedad; ya no se difería sino en espera del empleo prometido, que no

tardaría en serle dado á Clavijo: los demás pretendientes de María se retiraron: las francesas habían tomado una casa capaz de contener dos familias: pocos días después Clavijo se hallaba en posesión de su empleo: las amonestaciones habían tenido lugar y, sin embargo, Clavijo se había retirado de la casa de las francesas, negándose sin motivo alguno á dar su mano á María. La desdichada joven se hallaba sumida en la más amarga desesperación.

¿Quién indujo á Clavijo á dar un paso tan degradante? El demonio de la ambición. Mientras era un joven obscuro, sin fortuna, sin porvenir, amó á María y cifró la suprema felicidad en llegar á poseerla. Dotado de talento y de aplicación, luego que se hizo de armas en el rico arsenal del estudio, se lanzó á la arena literaria: combatió en ella, alcanzó triunfos señalados: quizá estos triunfos eran debidos á su amor que ponía en ejercicio todas sus facultades intelectuales, prestando á sus obras el agradable colorido del sentimiento; pero, una vez en su mano las palmas del triunfo, presentóse á su vista un nuevo espacio que era preciso recorrer; ese espacio que se presenta á la vista de todos los

ambiciosos, que en la apariencia está cercado por un horizonte halagüeño, pero que en realidad no tiene horizonte! Para llegar á sus confines necesitaba Clavijo hallarse expedito: María, la buena, la seductora María, iba á embarazar sus pasos: quizá Clavijo podía aspirar á un matrimonio más ventajoso. Clavijo iba á ser grande. ¡Qué grandeza tan mezquina!

Al llegar á esta parte del drama debemos echar una mirada retrospectiva. María ha sido hasta aquí una joven hermosa, modesta, que ha cifrado en su amor toda la felicidad que este mundo es susceptible de proporcionarnos. Ella, cuando Clavijo embriagado de amor meditaba á sus pies, descubrió en su frente espaciosa las señales del ingenio: ella le animó á lanzarse á una carrera nueva, le facilitó los medios, y su sencillo corazón palpitó de júbilo al eco de los primeros triunfos de su amante. Clavijo ha sido hasta aquí, preciso es confesarlo, el personaje más interesante del drama, y no podía ser de otra manera: un extranjero desconocido, sin recursos, que únicamente por medio de su talento logra crearse un nombre y una posición elevada, nos interesa á todos en su favor.

En adelante, María es la joven desgraciada, enfermiza. El entusiamo de los espectadores hacia Clavijo, ha desaparecido: quizá se ha convertido en desprecio, en aversión. Clavijo no puede ser verdaderamente tan grande porque ha dejado de ser honrado. El fruto de brillantes colores tenía podrido el corazón. En lo sucesivo, María absorbe toda la atención del auditorio.

Sigamos, entretanto, nuestro relato. El ultraje inferido á las francesas había sido público, y varios de sus amigos intentaron vengarlas; pero Clavijo se hallaba á una altura en el favor del rey, á que no podían alcanzar sus adversarios, y, como en el camino de la bajeza y del crimen, lo único que cuesta trabajo es dar el primer paso, hizo anunciar á las dos hermanas que si le seguían importunando sus amigos, fácilmente labraría la perdición de ellas en un país donde se encontraban sin apoyo alguno y donde él lo podía todo.

Sofía, la mayor de las hermanas, había escrito á su familia residente en Francia, dándole cuenta de su desdicha, y el literato Beaumarchais, hermano de ellas, viene al momento á Madrid; se informa minuciosamente de todo, y en compañía de un amigo suyo,

á quien trajo exprofeso, dirígese á la morada de Clavijo, á quien se hace anunciar como literato francés encargado de relacionarle con varias sociedades científicas y literarias de su nación. Clavijo le recibe con toda cortesanía y se ofrece á ayudarle en el logro de todas las miras que puedan haberle traído á Madrid. Entonces Beaumarchais le cuenta la historia de su hermana María, á quien dice ha venido á vengar; Clavijo se turba, se sobrecoge. Beaumarchais, conservando su serenidad completa, le ordena diga delante del testigo que trae con ese objeto, si por alguna falta de fe, ligereza, debilidad, dureza ó cualquier otro motivo, ha merecido su hermana el doble ultraje que su amante le ha hecho de una manera tan pública. Clavijo confiesa que María es un dechado de perfecciones, y que no le dió motivo alguno para aquel paso, que fué obra únicamente de su ceguedad, de los malos consejos de sus amigos, etc. Entonces Beaumarchais ordena á su compañero que vaya á publicar la relación de Clavijo, y dice á éste:

"Ahora que estamos solos, he aquí mi proyecto, y espero que lo aprobaréis. Conviene igualmente á vuestros intereses y á los míos que no os ca-

séis con mi hermana; y bien conoceréis que no vengo á hacer aquí el papel de un hermano de comedia, que quiere que su hermana se case. Habéis ultrajado á vuestro sabor á una mujer decente, porque la creísteis sin apoyo en país extranjero: ¡este proceder es el de un pícaro, el de un cobarde! Vais á empezar por asegurar de vuestro propio puño, en plena libertad, abiertas todas las puertas y presentes todos los criados, que sois un hombre abominable, que habéis engañado, traicionado, ultrajado á mi hermana sin ningún objeto; y teniendo vuestra declaración en mis manos, parto á Aranjuez donde se halla el embajador de mi nación; le enseño el documento, lo hago imprimir en seguida; pasado mañana la corte y la ciudad se hallan inundadas de ejemplares; cuento aquí con apoyos de consideración, dinero y tiempo de sobra, y todo lo emplearé en perseguiros, hasta que apaciguado el resentimiento de mi hermana, me detenga y me diga "hasta aquí."

Tal es la proposición de Beaumarchais, y de no admitirla Clavijo, no se separará de éste un momento hasta obligarle á batirse con él. Clavijo entonces conoce el precipicio á cuyo bor-

de lo ha conducido la ambición, recuerda el amor de María tan ardiente, tan puro; considera lo feliz que hubiera sido uniéndose á ella, y una idea salvadora cruza su mente. Implora el perdón de María; perdón que ésta, generosa y buena, le concederá sin duda, y al momento se casará, reconciliándose así con toda la familia de Beumarchais, reconciliándose consigo mismo. Clavijo manifiesta su idea al hermano de María, quiere que él mismo se interese para conseguirle el perdón. Beumarchais se opone indignado, y exige la declaración mencionada, condescendiendo, al cabo, en reservarla hasta saber si María consiente en perdonar á Clavijo y casarse con él, en cuyo caso no hará uso del escrito.

Clavijo se presenta en la casa de María, y ruega á su hermana que se interese por él, Sofía habla á aquélla: María se resiste á oír á Clavijo; pero el lector no nos perdonaría que dejásemos de insertar aquí una de las escenas del acto tercero, aun cuando salga demasiado extenso este artículo. Clavijo entra frenético á la alcoba de María, exclamando:

—Es necesario, es de todo punto indispensable que yo la vea.

(María arroja un grito y cae en los brazos de Sofía.)

Sofía.—¡Qué cruel sois!

Clavijo.—¡Sí, ella es, ella es y yo soy Clavijo! Dígnate oírme al menos, dulce amiga mía, ya que no quieres verme. Cuando Guilberto me recibió amistosamente en su casa, cuando yo no era más que un joven sin fortuna, en quien nadie reparaba; cuando mi corazón se abrasaba de amor á tí, ¿fué por ventura mi mérito, ó fué, más bien, una similitud de caracteres, una inclinación secreta, una armonía de nuestras almas, lo que te hizo no permanecer indiferente, lo que me hizo conocer que poseía tu corazón por entero? Y ahora, ¿no soy el mismo? ¿Por qué no me atrevería á esperar, á conjurarte á que me ames todavía? ¿No querrías volver á ver á un amigo, á un amante infortunado, á quien hubieras creído perdido para siempre, y que después de una travesía tan larga como desdichada, volviese á depositar á tus pies una vida que para tí sola hubiese conservado? ¿Y no me he visto yo á merced de la mar borrascosa del mundo? Estas pasiones violentas, contra las cuales no es necesario luchar sin tregua, ¿no son mil veces más terribles y de temerse que

las olas irritadas que arrojan al desgraciado lejos de su patria? ¡María, María! ¿cómo puedes aborrecerme á mí que no he cesado de amarte? En medio de la embriaguez, de los encantos del orgullo y de la vanidad, me acordaba siempre de esas horas deliciosas que he pasado á tus pies, en una obscuridad tan dichosa, lisonjeándonos con las perspectivas risueñas que el porvenir nos ofrecía! ¿Y por qué no habremos de realizar hoy tan dulces esperanzas? Porque un destino cruel ha parecido aniquilarlas ¿rehusarías gozar la felicidad de la vida? No, querida amiga, creeme: las mayores alegrías de este mundo jamás son puras; á menudo están emponzoñadas por nuestras pasiones ó por la suerte. ¿Por qué nos quejaríamos de haber experimentado la suerte que á todos es común? ¿Por qué hacernos culpables desaprovechando esta ocasión dichosa de hacer olvidar lo pasado, de remediar nuestros males, de consolar á una familia llorosa, de recompensar la acción heroica de un generoso y digno hermano, y de asegurar para siempre nuestra felicidad propia? ¡Oh, vosotros, cuya amistad no he merecido, pero á quienes oso llamar amigos míos, puesto que lo sois de la virtud,

á cuya senda vuelvo, Guilberto, Buenks, unid vuestras súplicas á las mías! María (cae de rodillas), ¿ya no conoces mi voz? ¿Ya no comprendes el lenguaje de mi corazón? ¡María, María!

María.—¡Oh! ¡Clavijo!

Clavijo.—(Se levanta besando con ardor la mano de María).—Ella me perdona: ella me ama. Bien me lo había predicho mi corazón: me hubiera bastado echarme á sus pies, regarlos con las lágrimas de mi arrepentimiento, y en mi dolor mudo me hubieras entendido sin que yo hablara, así como he alcanzado tu perdón sin que lo haya pronunciado tu boca. Esta unión íntima, esta simpatía de nuestras almas no ha cesado aún: todavía se comprenden como en aquel tiempo en que sin el auxilio de la palabra ni del gesto, sabíamos comunicarnos uno á otro las más secretas emociones. ¡María! ¡María!

(Beaumarchais entra.)

Beaumarchais.—¡Ah!

Clavijo.—(Volando á su encuentro.) ¿Hermano mío?

Beaumarchais.—(A su hermana.) ¿Le has perdonado?

María.—(Pálida y temblorosa.) ¡Dejadme! ¡yo muero!

(La conducen á otra alcoba.)

Beaumarchais.—¿Le ha perdonado ella?

Buenks.—(Demostrando enojo.) Podría creerse así.

Beaumarchais.—No mereces tu dicha.

Clavijo.—Mi corazón está persuadido de ello.

Sofía.—(Volviendo.) María le perdona. Un torrente de lágrimas se ha desprendido de sus ojos.—"Que se aleje por un momento—dijo sollozando: que recobre yo mis sentidos." "Le perdono—exclamó arrojándose en mis brazos.—¿Cómo sabe él que yo le amo todavía?"

Clavijo.—(Besando con transporte la mano de Sofía.) Soy el más feliz de los hombres. ¡Hermano mío!

Beaumarchais.—(Abrazándole.) ¡De todo corazón! Os confieso, sin embargo, que aun no puedo ser amigo vuestro, que no podré amaros todavía. Sed de la familia y olvídese todo. El documento que me habíais entregado, hélo aquí.

(Saca de su cartera un papel, lo rasga y lo entrega á Clavijo.)

Clavijo.—Soy vuestro para siempre; ¡sí. para siempre!

Sofía.—Os ruego que os ausentéis para que ella no oiga el metal de vuestra voz, y pueda calmar la turbación de sus sentidos.

Clavijo.—(Abrazando á todos.) ¡Adiós, adiós! ¡Abrazad mil veces á ese ángel! ¡Adiós!

La salud de María, siempre delicada, se había resentido con exceso, á causa del pesar que la produjo el proceder de Clavijo; y en el estado de debilidad en que se hallaba, cualquiera emoción fuerte influía en ella de una manera peligrosa: el germen de la disolución física estaba ya en sus entrañas, y al sentirse feliz de nuevo, saludaba su felicidad como el enfermo saluda al sol que le reanima en parte, á pesar de que conoce que su calor no basta ya á disipar el frío de la muerte. Con todo, morirá feliz, morirá amada de Clavijo, y esta idea endulzará su agonía.

Clavijo se ha reconciliado en parte con los espectadores. Es cierto que para volver al camino del deber, hubiera sido mucho mejor que no esperase la llegada de Beaumarchais, que pudiéramos decir le ha intimidado; pero ya los espectadores no fijan demasido la atención en esto: para ellos, Clavijo desde la primera falta ha dejado de ser el protagonista: todo su interés, toda su atención se hallan con-

centrados en María: sea ésta feliz, y no importan los medios; sea feliz y queda satisfecho el auditorio.

Los que hayan, sin embargo, estudiado el carácter de Clavijo en el tiempo que llevamos de conocerle, tiemblan todavía por el corazón de la pobre francesa: quizá le están reservados nuevos golpes. A pesar de esa energía aparente á que no sólo la ambición presta sus fuerzas facticias, la debilidad es la base del carácter de Clavijo y la debilidad en un hombre es el mayor, el mayor y más funesto defecto. Así pues, vemos que al salir de la casa de Guilberto, se encamina á la suya propia y encuentra allí á su amigo Carlos, quien con sus consejos á un mismo tiempo le eleva y le degrada; quien está predestinado á causar su ruina; quien es en este drama la personificación del genio del mal. No perdona en tal entrevista medio alguno para obligar á Clavijo á quebrantar su palabra: va le representa á los elegantes de Madrid, atribuyendo su casamiento al temor que le inspiraba la actitud severa de Beaumarchais: ya á las hermosas que habían fundado en él sus esperanzas, riéndose de buena gana al verle llevar del brazo á la pálida y delgada francesilla. Clavijo vacila, se turba. Carlos entonces le pregunta de qué habían servido todos los esfuerzos que había hecho para elevarse, los pasos que había dado ya en su gloriosa carrera, si al fin ligándose á una mujer vulgar por medio de un casamiento prematuro, renunciaba á todo é iba á cifrar su felicidad en una honrosa medianía y en los goces del hogar doméstico, á semejanza del común de los hombres. La turbación de Clavijo crece. Entonces Carlos le echa en cara su resolución, y le pinta por otra parte el engrandecimiento y la fortuna que le esperan, si se hace superior á aquel momento de debilidad y renuncia á la boda proyectada. "Reflexiona—le dice—que los hombres extraordinarios no lo son realmente, sino porque sus deberes se apartan del deber de los demás hombres. Piensa en que quien se halla encargado de vigilar sobre un gran todo, de gobernarlo y conservarlo, jamás puede echarse en cara á sí mismo el haber descuidado los accesorios, roto débiles lazos y sacrificado algunas partes en beneficio de la masa total. Así obra el Criador en la naturaleza, así los reyes obran en sus Estados; y ¿por qué no los imitaríamos para asemejarnos á ellos?"

Clavijo se da por vencido y condesciende en no efectuar su casamiento con María: falta elegir los medios de que se valdrá; pero la fecunda imaginación de Carlos es inagotable y va á proponerlos.

Dice á Clavijo que escriba á Beaumarchais, manifestándole redondamente que no quiere casarse con su hermana: que si quiere saber los motivos, tenga la bondad de hallarse en tal sitio, á tal hora, acompañado de algún padrino y provisto de las armas que elija.

Clavijo condesciende y va á hacerlo.

Pero ocúrrele á Carlos que acaso sea mejor intentar una demanda contra Beaumarchais, acusarle, por ejemplo de haber llegado á Madrid de incógnito, héchose anunciar á Clavijo con un nombre supuesto, y haber, en compañía de un amigo, forzádole á firmar una declaración con objeto de hacerla pública.

Clavijo conviene en que sería mejor dar este paso.

Carlos advierte, sin embargo, que mientras dicho plan se realiza, Beaumarchais puede jugarles una mala pasada, y que convendría evitarla haciéndole aprehender.

Clavijo vacila, se resiste.

"¡Qué debilidad la tuya!—dice Carlos.—Si no le vamos á devorar, y por otra parte, esto no ha de ser para toda la vida. Puedes estar cierto de que al ver nuestro modo de obrar, tomará presto su partido. Bien lo preveo: su cólera facticia se aplaca, se vuelve á Francia, y aun te dará las gracias si quieres tener la generosidad de señalar una pensión á su hermana. Quizá éste haya sido el único objeto de su viaje."

Clavijo condesciende con todo: Carlos es un demonio, Clavijo es un monstruo!

Las consecuencias de esto no son difíciles de preverse: Beaumarchais entra á su casa con semblante demudado: sus hermanas le interrogan: acaba de ir á buscar á Clavijo, y no le halla; Clavijo ha dejado á Madrid, y sus criados no saben cuándo volverá.

La respiración de María se hace más difícil: suplica á Sofía que haga llamar á un médico.

Un correo acaba de llegar de Aranjuez y trae una carta del embajador de Francia para Beaumarchais: en ella le dice que Clavijo ha entablado una demanda criminal contra él, acusándole de haberse introducido en su casa

bajo un nombre supuesto: de que le ha sorprendido en el lecho todavía: que poniéndole una pistola al pecho, le ha forzado á firmar una declaración ignominiosa, añadiendo el embajador que si Beaumarchais no deja inmediatamente á Madrid, se le va á encerrar en una prisión, de dodnde acaso nunca podrá salir.

María gime sentada en una silla: no puede absolutamente respirar.

El asombro, la cólera de Beaumarchais no conocen límites: ha sido burlado como un niño: ha visto desaparecer para siempre la felicidad de su hermana; prorrumpe en amargas quejas, en imprecaciones contra su destino; y se desespera de que no le será posible encontrar á Clavijo para despedazarle el corazón.

María apenas puede hablar, y aconseja á Beaumarchais que se ponga en salvo al momento.

Sofía ruega á sus amigos que se le lleven, pues va á hacer morir á su pobre hermana.

María exclama: "Me ahogo, me ahogo, ¡Clavijo!" y cae de la silla.

Entonces Baumarchais se precipita á sus pies. Sofía. Guilberto, Buenks la rodean y procuran por todos los medios posibles hacerla volver en sí.

María estaba muerta.

. . . . . .

Y mientras acostada en el blanco ataúd, desgraciada niña, llama apacible y pura que ha extinguido el viento de las pasiones, te llevan al lugar del verdadero reposo al compás de la música fúnebre, ¿qué hace el traidor que ocasionó tu muerte? Presa de remordimientos horribles, corre en busca de su amigo Carlos, ignorando aún tu suerte: pasa por tu calle: la triste armonía de los instrumentos musicales le sorprende: ve un entierro: pregunta el nombre del muerto.

—Es María Beaumarchais—le responden.

Al momento, fuera de sí, se arroja sobre su ataúd, le descubre el rostro. —"¡María, María—exclama,—yo he causado tu muerte!" Al eco de esta voz aborrecida, Beaumarchais vuelve la vista: ha descubierto á Clavijo, vuela á su encuentro, le obliga á batirse, le hiere en el corazón. Clavijo, desangrándose, cae sobre el ataúd, se apodera de una de las manos de María, la pide perdón, se lo pide á Beaumarchais, á Sofía, á Buenks, á Guilberto: tú le perdonas por boca de Sofía: los demás también le perdonan: Carlos lle-

ga á contemplar su obra: ¡Clavijo muere!

Personas habrá que pongan acaso en duda la moralidad de este drama trazado por la pluma inimitable de Goethe. Yo, respetando la opinión de los que más saben, no puedo menos de hallar en él una lección terrible; una lección que nos dice bien claro que no se alcanza la verdadera grandeza, la gloria verdadera, sino caminando por el sendero de la honradez. Quizá esta representación del fin trágico de Clavijo está de más en la escena: quizá el ambicioso quedaba suficientemente castigado con la furia de sus remordimientos, con la muerte prematura de esta joven amorosa y bella; pero el autor ha querido que así como fueron materiales las consecuencias del crimen, fuese material también el castigo: ha querido, sin duda alguna, imprimir á su obra un sello más enérgico de justicia.

Agosto de 1853.

LA LIMOSNA.

LA LIMOSNA.

I

Es uno de los actos más aceptables á Dios; es el grano que cae en terreno fecundo, y se convierte en árbol donde anidan las aves del cielo.

Mucho alivia por sí sola la limosna el cáncer de miseria que carcome las entrañas de las sociedades modernas, particularmente desde que la filosofía se encargó de reemplazar la caridad cristiana con la filantropía socialista. Desde entonces precisamente hay más pobres, por la sencilla razón de que los ensayos prácticos del comunismo han hecho más desconfiados á los capitalistas, y los oídos, acostumbrados á los gritos de la plebe enfurecida, están sordos á los acentos del hambre y del frío.

Digna es de tenerse presente tal circunstancia, que demuestra la pequeñez é incapacidad de los hombres para enmendar la plana al catolicismo. Abrense talleres nacionales, por ejemplo, para los obreros que carecen de trabajo y que en las calles y plazas se muestran más entusiastas por la reforma, y se cierran para los enfermos los hospitales, arrebatándoles, so pretexto de la desamortización, las propiedades con cuya renta subsistían. Trázanse caminos de hierro y son admitidos á su construcción los hombres robustos y fuertes; pero los achacosos, los inválidos, los ancianos, que antes acudían á los conventos por el pan cuotidiano, hoy los hayan desmantelados; para pedir limosna en las calles necesitan que la policía les extienda una patente de pobreza, y si no la obtienen, son recogidos á guisa de vagos.

Un filósofo griego aconsejó allá en los buenos tiempos del paganismo, que se diese muerte á cuantos niños naciesen contrahechos, por la poderosísima razón de que no podían ser útiles al Estado. Por inhumano que parezca tal modo de pensar, predomina hoy en el cerebro de los más célebres humanitarios: el bien que tratan de hacer á

sus semejantes, no se funda sino en el interés. Incapaces de comprender la caridad, la desprecian y la acusan de proteger la ociosidad y la vagancia. Antes de hacer bien á un hombre, examinan si es bueno para algo. ¿Puede arar la tierra ó manejar un telar? Protejámosle. ¿Está impedido por su edad por sus enfermedades, ó por la falta de algún miembro? Entonces no hay protección para él. ¡Perezca de hambre, puesto que no es útil al Estado!

II

Hemos dicho recientemente que jamás cierra la alegría el arca de sus tesoros á quien da limosna, ó se consagra de algún modo al bien de sus semejantes. En efecto, apenas hay satisfacción más pura y tranquila que aquella que resulta de la limosna. El recuerdo de que algo hemos hecho en favor de un semejante nuestro, y la convicción de que no somos del todo inútiles á la sociedad en que vivimos, purifican el corazón, é inspiran cierta confianza en nuestras propias fuerzas, que halaga y ennoblece á la vez.

Lector, ¿quieres ver una débil mues-

tra de los efectos de la limosna? Sigue con la vista á aquel joven que sale de su casa distraído y fastidiado en una de las tardías y opacas mañanas de Diciembre. Cae una lluvia menuda y fría, y transida de ella y medio envuelto en traje miserable, alcánzale una mujer anciana y le dice con voz debilitada por el hambre:

—¡Mis hijos no han comido ayer!

El joven da una moneda y sigue su camino. La mujer toma el de su casa después de haberse provisto de pan. Ella y sus hijas se dedicaban á la costura; pero los tiempos son malos y la obra escasea. Uno de los hijos está preso porque le acusan de conspirador; el otro se halla enfermo y baldado. ¡Qué cuadro tan lúgubre presenta el hogar frío y desmantelado! Pero la madre entra con semblante alegre, y les dice:

—¡Dios no nos ha faltado hoy! ¡Traigo pan, hijos míos!

La familia da gracias al cielo y satisface su necesidad. Con la moneda que dió el joven hubo para comprar el pan y una medicina indispensable al enfermo, que se alivió pocas horas después. Hecho esto, sobraba dinero, y la seguridad de que tenían con que alimentarse al otro día, inspiró tranquilidad y confianza á la familia. Como una dicha atrae á otra, por lo común, pocas horas después se presentaron costuras que hacer. El trabajo continuó durante muchos días; el enfermo sanó; el preso fué puesto en libertad y se proporcionó nuevos recursos; hubo economía en los gastos, hubo ahorros: con el bienestar volvieron los colores de la juventud y de la belleza al semblante de aquellas pobres muchachas que, andando el tiempo, se establecieron ventajosamente.

¡Dios había bendecido la limosna del joven! Otro día, al encontrarle la anciana en la calle, le refirió la historia de los prodigios obrados por su moneda. Desde entoces el joven no se fastidia, y da limosna á cuantos se la piden.

III

La filantropía socialista es cosa muy distinta de la caridad. Las crónicas contemporáneas nos suministran el siguiente rasgo de uno de los escritores que más han abogado por el establecimiento de talleres públicos y de falansterios; de uno de los escritores

que más han atacado á los ricos y que más han compadecido teóricamente las miserias del pueblo.

Eugenio era en París el escritor de moda. Bien apersonado, esmeradamente educado, y descendiente de una familia aristócrata, realzaba todas estas dotes la gloria que le habían conquistado sus escritos. En efecto, la filantropía nunca tuvo más ardiente apóstol que Eugenio. Si Fourier y Saint-Simón estaban ya casi olvidados en París, las obras de Eugenio habían resucitado sus teorías humanitarias, y desarrollándolas con todos los encantos de la imaginación, del saber, y de una frase elocuente y enérgica, aseguraban su perpetuidad y su triunfo.

Eugenio estaba enamorado á medias de una marquesa viuda, joven y linda, en cuya casa había tertulia todas las noches. En una de ellas, Eugenio había estado más elocuente que nunca, hablando de las obligaciones de los ricos hacia los pobres. La marquesa no quitaba de él sus ojos con cierta expresión de incredulidad y de malicia. La marquesa tenía buen corazón y desconfiaba de la palabrería de su pretendiente. Este continuó perorando después que la viuda se había retirado á su alcoba, pretextando una indisposición repentina. Dieron las doce, la reunión se disolvió, y Eugenio tomó á pie y acompañado de un amigo, el camino de su casa.

Llegaba al extremo de uno de los boulevards que necesitaba recorrer, cuando una mujer del pueblo llena de harapos y apoyada contra la esquina, le detuvo tímidamente, diciéndole con voz trémula:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

No dió Eugenio señales de oirla, y continuó su conversación y su camino. La mujer del pueblo se le adelantó y le aguardó en la esquina inmediata. Al pasar Eugenio frente á ella, repitió:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

Entonces Eugenio lanzó una mirada curiosa sobre la mujer que llevaba cubierto el rostro; la dijo desdeñosamente "Perdona," y continuó su camino. Pero la mujer volvió á adelantarse y á esperarle en la otra esquina, repitiéndole de nuevo:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

Viéndose tan obstinadamente importunado, enojóse Eugenio, y en vez de dar limosna á la mujer, comenzaba á reprenderla con aspereza, cuando cayó el tapujo, y un rostro lindo, vivaracho y profundamente malicioso, apareció bajo los harapos de la mendiga.

al mismo tiempo que una mano blanca y delgada cogía el brazo de Eugenio.

—¡Cómo!—exclamó el escritor—¿Sois vos, marquesa?

—¡Soy yo, Eugenio Süe! Soy yo que quise probaros, y que desde este momento desprecio vuestra filantropía con todas sus farsas, y me atengo á la caridad católica. La primera deja perecer al pobre; la segunda le alimenta y consuela. Mi elección no puede ser dudosa. ¡Buenas noches, Eugenio!

Octubre 5 de 1857.

Palabras de Ultratumba.

Palabras de Ultratumba.

I

Niño de cabellos rubios, de tez blanca y ojos azules como el cielo de Mayo, ¿á dónde vas con esa precipitación sin ver las grietas, los arroyuelos y las piedras que salvas en tu curso; sin reflexionar siquiera que los años aun no dan á tus piernecitas la fuerza necesaria para sostenerte en tu carrera; sin reflexionar, digo, que tus cabellos pueden quedar enredados en las lianas del bosque ó, tropezando, puedes caer y maltratarte ese rostro angelical en que apenas pusieron su sello nueve abriles? ¡Y todo por una mariposa! ¿Sabes tú lo que es una mariposa? Un ser efímero aunque bello: la aurora presta mil colores á sus delicadas alas, hié-

relas un rayo de sol y toman el aspecto del oro: parece que cada una de las flores en que se detiene le hace donación de sus galas: ostenta los bigotillos del clavel, sus ojos semejan dos de esos pequeños glóbulos negros, que forman, apiñados, el fruto de la zarzamora: sus patitas, los delicados pistilos de multitud de flores que esmaltan nuestros campos, y en sus alas lleva desde el color acarminado de la camelia, que representa á la mujer sin corazón, hasta las varias tintas de la trinitaria, símbolo del pensamiento: desde el blanco de la azucena, que nos recuerda la pureza del alma, hasta el morado de la modesta y escondida violeta. ¡Qué diversidad, qué riqueza de colores y de formas! En la mariposa vemos realizado uno de esos tesoros exquisitos de los cuentos árabes. En verdad que su posesión debe hacernos felices, aunque deba estar medida su existencia por la duración de uno de esos bellos días de verano. Y.... ¡cosa singular! La mariposa que con ligereza indecible pasa y repasa de una flor á otra, haciendo con su quebrado vuelo infructuosas las fatigas del pájaro que la persigue, parece deleitarse en proporcionar entretenimiento al niño que la mira con no menos arroba-

miento que los antiguos magos á la estrella de Bethlehem. Vedla cómo se acerca poco á poco.... desdeña el mirto, el geranio, el lirio, y viene á posarse en una rosa: sí, desde tiempo inmemorial los poetas han colocado á la mariposa en el seno de la reina de los jardines; préstanse mutuamente sus infinitos matices y su perfume delicioso.... ¿A qué aguardas, niño? La mariposa está al alcance de tu mano y parece que desea ser tu cautiva.... Pero el niño, al ir á cogerla, ha lanzado un grito lastimero y sus dedos aparecen ensangrentados. Es que el insecto se albergaba en el seno de la rosa y la rosa se eleva sobre una rama cubierta de espinas, y éstas lastimaron la delicada mano del niño, mientras la causa de tanto daño remonta de nuevo el caprichoso vuelo. —¿Lloras, alma mía?—Sí: había creído coger la mariposa y las espinas han destrozado mis dedos.—¡Qué doloroso es el primer desengaño de la gloria! Pero, ¿á dónde vas, niño?—Voy á perseguir de nuevo la mariposa.

—¡Oh corazón humano! ¿Cuándo te abandonará la esperanza de conseguir lo que deseas?

———

II

Algunas tardes después he vuelto al sitio mismo, teatro de la catástrofe que dejo descrita, y me sorprendí viendo que el niño perseguía aún á cierta mariposa entre las flores y los árboles del soto. ¿Era la misma del otro día? Acaso no; pero sus colores eran igualmente bellos y sus alas semejaban la gasa que cubre las espaldas de alabastro de una mujer; en fin, era una mariposa, y sabido es que las mariposas son el amor de los niños. Perdíle de vista por algunos momentos y me entretuve en examinar el paisaje que se desplegaba ante mis ojos. El limpio y azulado cielo que brillaba durante la primavera, estaba ahora cubierto con las nubes que presagian las primeras tempestades de otoño; las flores habían desaparecido, y, convertidas en fruto, inclinaban los árboles hacia la tierra: la yerba, que formaba antes una especie de alfombra de esmeralda, estaba ahora amarillenta y me recordó aquella alusión bellísima de la Sagrada Escritura:

"Por la mañana brillaba y á la tarde la vimos secarse."

Los pájaros, que privados antes de

pluma apenas se atrevían á asomarse en el nido, recorren altaneros el espacio, ensayan mil cantos melodiosos y se entregan solícitos á las tareas de la incubación. Ha pasado para la naturaleza la hora brillante, pero loca, de la juventud, y cuanto abriga en su regazo lleva ahora consigo el sello de la virilidad.—Absorto en mis ideas seguí maquinalmente una vereda que me condujo al río: á su orilla, sentado en una peña, estaba mi antiguo conocido el niño; tenía entre sus manos la mariposa que al fin había logrado coger y que forcejaba por escaparse. Súbito el niño abrió su mano y la mariposa vino al suelo. Había aquél advertido que á medida que el insecto permanecía en su poder, iba perdiendo la brillantez de sus galas: aquellos colores que causaban envidia al arco-iris, no eran sino polvillo despreciable que desluce los dedos del niño. Inclinóse para ver de cerca la estropeada mariposa, para que el desengaño fuese completo: la mariposa estaba muerta y el niño, al revolverla en el seno con el extremo de una varita, pensó en la vanidad de sus esfuerzos, en la inutilidad de sus dolores para conseguir tan despreciable objeto, y una sombra de tristeza se difundió por su semblante.

III

Observábale yo, medio oculto entre las ramas del bosque, y el ruido de pasos en las hojas secas que tapizaban la veredita, vino á sacarme de mi entretenimiento. Un hombre apareció en la mitad del bosque, y por el grueso y nudoso báculo en que se apoyaba, así como por la alforja que llevaba al hombro, conocí que era peregrino: su talla, aunque mediana, no carecía de cierta majestad: estaba vestido con extremado aseo, tanto más raro, cuanto que debió haber caminado durante muchos días, según después me dijo, siempre á pie, y por campos que frecuentemente hace intransitables la lluvia. Habíase quitado su sombrero á fin de aprovechar una de esas ráfagas de viento que restauran con su frescura las fuerzas del fatigado peregrino, y sobre su espaciosa frente caían algunos mechones de cabello cano, que le concitaron mi respeto: su fisonomía era franca y apacible: las tempestades del corazón habían sido reemplazadas por la calma de la edad provecta, y esta calma reflejábase en su semblante, como un cielo sin nubes en el tranquilo espejo de un lago. En el óvalo

de su rostro, en el color de sus pupilas y de su fina epidermis, revelaba su origen europeo; pero llevaba impreso en su fisonomía un sello de nobleza y al mismo tiempo de benevolencia, que le hacía parecer uno de aquellos buenos caballeros de los antiguos días. Adelantéme á su encuentro, y después de haber trocado mutuamente algunas palabras que exige la política, le invité á descansar sobre una peña cubierta de musgo, al abrigo de los árboles y á un lado de la veredita. Entre las ramas divisábamos al niño, que permanecía como lo dejé: sentado á orillas del río, apoyada en una de sus manos la rizada cabeza y lleno su semblante de inefable melancolía. En dos palabras referí al recién llegado cuanto había observado relativo á este niño interesante, y aun aventuré ciertas reflexiones que no estará de más dar á conocer al lector.

—¿No os parece—le dije—que lo que acaba de acontecer á este niño, sucede continuamente en el mundo á los poetas? Sueñan con la gloria, deidad que no me atrevo á definir; estudian cantan, y cuando creen tocar la orla del vestido de aquella diosa, desaparece, y la burla de los hombres hiere no sólo sus manos, sino también su

corazón. Ellos, sin embargo, siguen estudiando y cantando, y las burlas del mundo se multiplican y se multiplican los dolores de ellos. Día llega en que el árbol con tanta solicitud plantado, con tantas lágrimas humedecido, corónase con el fruto de sus desvelos; la aureola resplandeciente de la gloria ciñe la frente del poeta, y su nombre es repetido por la multitud; pero el fruto que tan ricos colores muestra tiene el corazón agusanado ó es cuando menos insípido: la envidia acibara los gustos del poeta, y además, la brillante mariposa que hacía correr al niño en pos de sí no roba ya la atención del adulto: acude al espejo á ver su corona, y advierte que bajo el laurel asoman sus cabellos blanqueados por los años y la meditación. ¿Y con quién ha de compartir su gloria? ¿A quién hará partícipe de sus triunfos?—"El amor de la mujer es lo único que puede hacer dichoso á un poeta; el mundo es incapaz de llenar su alma, porque todo lo que da el mundo es obra de los hombres, y el poeta necesita una obra de Dios." (1) Y el poeta ya no puede ser amado, porque este privile-

(1) Copiado.

gio pertenece exclusivamente á la juventud.... ¡Ah, señor! vos tenéis impreso en vuestro semblante el sello del ingenio: habéis vivido muchos días sobre la tierra, y pasado seguramente por gran número de pruebas. Tal vez pertenecéis á esa gran familia de seres que van sucesivamente apareciendo, adelantan un paso en el camino de la ciencia, ó exhalan un grito de dolor que conmueve á los hijos de esta desdichada sociedad moderna, para hundirse después en el sepulcro. Yo he pensado alguna vez que podría combatir con lucimiento en la arena literaria: creí que me estaba reservado un papel brillante, cierta dosis de influencia moral en los destinos de mi patria; y sin embargo, siento que la juventud me abandona, y aun no he salido de la pobreza y la obscuridad: clavadas están en mi corazón las espinas de la crítica, y mi alma llena de esa amargura reconcentrada, que produce un anhelo vehemente no satisfecho. Decidme, noble anciano, ese inmenso vacío que sienten los poetas ¿es acaso una maldición del cielo? Ese sueño dulcísimo de gloria que nos deleita en los días primeros de la juventud, ¿carece de nombre, carece de realización en la tierra? Si tiene uno y otra, ¿no deberá

ser sino la llama en que llega á consumirse, conducida por su alucinamiento, la pobrecilla mariposa?

—"Joven—me contestó el anciano—ese vacío que sentís en vuestro corazón, ese vacío que se revela más ó menos en los frutos de la literatura moderna, es efecto de que no habéis querido conocer los verdaderos fines de la vida, la misión verdadera de la literatura, la definición única de la gloria. Efectivamente, he sido poeta, y ese extraño deseo que os agita me ha ocupado en los remotos días de mi juventud. "Esta cabeza no estuvo siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy:" pero, acaso por haber comprendido los deberes que impuso Dios á todos aquellos á quienes está concedido el poder de la palabra, hoy al volver la vista á los días pasados, recuerdo mis dolores de hombre es cierto; pero como escritor, al contemplar el influjo que mis obras han ejercido, no sólo en las costumbres de la Francia, sino en las del mundo civilizado á que mi país sirve de norma, una dulce satisfacción interior viene á encantar los días tranquilos de mi vejez. "La verdadera, la única gloria posible no consiste en los aplausos de los hombres, que se disipan como el humo, quizá para dar lugar al sangriento sarcasmo; consiste en la satisfacción interior que resulta de haber obrado el bien."

Un rayo de luz comenzaba á ilustrar mi espíritu: contemplaba á mi interlocutor con extrema curiosidad. ¿Quién es—me preguntaba—este viajero que respira en sus discursos la sencillez y la verdad de los antiguos profetas? Según sus palabras, ha ejercido una influencia benéfica en las costumbres sociales: sus pensamientos ya otra vez han hecho vibrar las cuerdas de mi alma.—¿Quién sois, señor?—exclamé sin poderme contener.

—"Soy—contestó—el último vástago de una de esas familias antiguas de la Bretaña, á quienes Dios reservaba el dolor de ver morir á algunos de sus miembros en las cárceles y patíbulos de la demagogia á fines del último siglo. Expatriado, olvidado de mis compatriotas, vine á pedir á los bosques de América mis primeras inspiraciones, precursoras de mis triunfos como literato; no extrañéis, por lo mismo, que ahora dirija mis pasos entorpecidos por la edad hacia estos lugares, con el mismo respeto con que después de muchos años nos acercamos á las ruinas de la casa donde nacimos.

á la cuna en que fuimos mecidos por la mano de una madre ya muerta. Volví entonces á mi patria y consagré mi pluma al renacimiento de las ideas religiosas, que habían sido desterradas de los corazones al ruido de los altares que caían y los gemidos de los sacrificados sacerdotes, mártires de esta nueva era de persecución é idolatría. Cúpome también mucha parte en los destinos políticos de Europa, y he representado á la Francia en diversas cortes; pero hace algunos años que Dios ha inutilizado mi pluma, diciéndome que la tarea impuesta á mis escasas fuerzas estaba desempeñada; que ya la hormiga había conducido su grano al depósito común, y era acreedora al eterno descanso. Hoy, sin embargo, al volver de un sueño de cuya duración no puedo darme cuenta, he visitado á esa vieja ciudad europea, y he visto que se desarrollan allí con velocidad prodigiosa los gérmenes de disolución sembrados desde mucho antes que cerrara mis ojos la mano de la Providencia.

———

IV

"¿Cuáles son las fuentes del sentimiento, origen y alma de la literatura? La religión, la familia, la patria. La religión tiene por base la esperanza de la inmortalidad. La familia es el resultado del amor, esa ley de atracción que impera en los tres reinos de la naturaleza. Fúndase el amor á la patria en la afición que se toma á los objetos que por la vez primera nos causaron impresión, como el hogar en que nacimos, el cielo que sirvió de pabellón á nuestra cuna, la ciudad y los campos donde tuvieron lugar nuestros paseos infantiles: después el país todo en que se profesa nuestra religión, en que dominan nuestras costumbres, en que se habla nuestro idioma.

"Ahora bien, ¿de qué modo tratan los literatos modernos en lo genera esas fuentes del sentimiento, la religión, la familia, la patria?

"Con respecto á la primera, todos sus conatos se dirigen á desacreditar el sacerdocio. El padre del romanticismo francés, Mr. Víctor Hugo, ha dado principio á esa larga serie de engendros que partiendo desde Claudio

Frollo (1) viene á terminar en el ridículo "Don Claudio" de Ayguals de Izco. (2) Se han forjado los poetas una religión á su modo, y mientras Lamartine rinde sus adoraciones al Autor de la naturaleza en medio de los bosques, á fuerza de suspiros y de melancolías, Bermúdez de Castro apostrofa como á un monstruo de venganza al Dios de la antigua ley, (3) y Prudhome asegura que Dios no existe, ó si existe es el mal. ¿Qué consuelos han sido prodigados al pobre, al desgraciado? ¿Procuran hacerle llevaderas sus mi-

(1) Vease la novela intitulada "Nuestra Señora de París."

(2) Id.—"La Marquesa de Bellaflor."

(3) "Espíritu que extiendes sobre el mundo
De tu furor la túnica sombría,
¡Tú que en la sangre de tu pueblo impía
Anegaste los ídolos de Aarón!
¡Tú que abriste las bóvedas del cielo
Para saciar tu rencoroso enojo!
¡Tú que en el seno hirviente del mar Rojo
Sepultaste el poder de Faraón!
"Siempre entre luto te contempla el hombre
Y envuelto siempre en funerario velo,
Ya lanzando tormentas desde el cielo,
Ya dictando tu ley en Sinaí:
Tú de la Pascua en la sangrienta noche
En el acero del Querub brillabas,
Tú al seno del idólatra llevabas
El puñal fratricida de Leví, etc., etc.
(Ensayos poéticos de Bermdúez de Castro.)

serias con la esperanza de una vida futura? ¿Han tenido para ellos una palabra de conmiseración? No: han puesto ante sus ojos el cuadro de los goces y disoluciones del rico, como se muestra al hambriento can el pedazo de carne que le está destinado, azuzándolo para que se abalance á cogerlo: al desgraciado le aconsejan el suicidio.

"Con respecto á la familia, los padres han sido pintados como los depositarios de un poder tiránico hacia los hijos. Desgraciadamente los cuadros de "Martín el expósito," no encierran sino la pintura más exacta de lo que pasa entre la generalidad de padres é hijos en la alta clase y aun en la clase media. El adulterio es defendido, el divorcio aconsejado. ¿Qué es hoy la familia? No es ya la generación que sucedía á la generación bajo el mismo techo, cultivando las mismas tierras, con las mismas costumbres, con las mismas virtudes de sus antepasados, y aventajándoles sólo en el número, ilustración y bienestar. Hoy, no bien existe la familia, se dispersa como los pájaros que apenas se hallan con la fuerza necesaria para volar, cuando abandonan el nido paterno. Las hijas van al pie de los altares á

jurar al esposo un amor que tal vez no sienten, una fidelidad que acaso no se hallan dispuestas á guardar. Por los hijos no preguntéis: se han lanzado al torbellino de la ambición, corren en pos del oro y del poder, únicas columnas que sostienen el templo de la felicidad material, ante cuyo altar se prosterna.

"El sentimiento religioso es la base de toda la sociedad. Minada la base de un edificio cualquiera, sus paredes se cuartean, crugen los techos, y después nada resta del edificio sino un montón de ruinas. No es por lo mismo de extrañarse que las armas que han jugado contra el sentimiento religioso hayan causado males tan graves á la sociedad humana. El hombre que no cree en una vida futura en que ha de ser remunerado según sus privaciones y dolores en este mundo, se da prisa á gozar durante los días de su vida, y la justicia deja de presidir sus acciones. De aquí nace el egoísmo, cualidad distintiva de la generación actual. El pueblo, que había oído decir que la propiedad es un robo, acabó por quererse repartir los bienes de los ricos: el pueblo que oyó decir que todos los hombres son iguales, ha querido abatir las cabezas que sobresalían

por su orígen ilustre, sus virtudes ó sus talentos: el pueblo á quien se ha dicho "los gobiernos son la causa de las revoluciones: todo poder es despótico." ha acabado por no querer adoptar especie alguna de gobierno. Han sido invocadas las causas más justas para llevar á cabo los más depravados intentos: se ha prentendido enaltecer á la clase proletaria, y ha sufrido grave paralización dèl trabajo, manantial de virtudes y de la riqueza pública. Mr. Eugenio Siie, ese ingenio colosal que debiera haber consagrado su pluma á objetos más dignos, lleva consigo una responsabilidad inmensa, porque los frutos que la nación francesa recoge en estos últimos días, son frutos de anarquía, de sangre y despotismo, y las manos de Siie ayudaron á plantar el árbol que los ha producido.—Yo creí que no pudiera haber cosa más horrible que la profanación cometida en Saint-Denis con los cadáveres de una dilatada generación de reyes, á cuya sombra floreció cuanto la Francia puede contar de ilustre en armas, en letras y virtudes profanación cuyo relato hice en una de mis obras; y Alejandro Dumas ha levantado el velo que cubría la vida privada de esos reyes, que como tales han debido ser juzgados por la

posteridad; pero sobre cuyas debilidades domésticas ha debido extenderse la sombra del sepulcro en que duermen hace ya muchos años. ¿Y cuál ha sido el objeto ostensible de esto? ilustrar al pueblo para que marche á la conquista de sus derechos, y hoy el pueblo ha perdido sus derechos más legítimos; hoy no existe en Francia el gobierno representativo; un soldado ambicioso y enérgico se apodera del mando, y convierte en vasallos á los ciudadanos libres del reinado de Luis Felipe de Orleans."

V.

"Allá en la antigüedad hubo un hombe llamado Eróstrato, que no pudiendo adquirir celebridad por los medios que ordinariamente se emplean, redujo á cenizas el magnífico templo de Diana en Efeso.

"La vanidad es, á no dudarlo, el origen de ese rumbo funesto que ha tomado la literatura de mi país. Difícilmente hubieran podido descollar oradores é historiadores filósofos y poetas después de Massillon y Bossuet de Pascal y de Recine.—Era preciso llamar la atención de una manera distinta, y para ello, ¿qué mejor que trazarse una línea de conducta opuesta á la que siguieron aquellos grandes hombres?—¿Eran religiosos?—Pues seamos impíos.—¿Respetaban y obedecían al poder legítimamente constituido?—Predíquemos el desprecio á las autoridades, la insubordinación.—¿Eran espiritualistas? Seamos materialistas.—¿Derramaban sus escritos una luz suavísima sobre las almas?—Convirtamos el mundo en un caos. ¿Enseñaban á amar la virtud, á practicarla?—Inculquemos que la virtud es exclusiva de los ángeles; que el hombre nace predestinado á la honradez ó al crimen así como á la dicha ó á la desgracia, y que en vano se afanará por variar en lo más insignificante el fallo escrito en el gran libro de los destinos. Esto dijeron entre sí los prohombres de la literatura moderna, y se dedicaron con asiduidad sin ejemplo á levantar un santuario al error.

VI.

"Se ha dicho en estos últimos tiempos que las fuentes de la poesía estaban agotadas; que el espíritu de la época, todo de positivismo, todo de

ambición material, era contrario al cultivo de la bella literatura. Se ha dicho que, después de los cuadros excitantes que nos ofrecen en sus obras Siie, Balzac y Dumas, de los pensamientos sublimes, sombríos y melancólicos de Lamartine. Lord Byron y Millevoie, de los dramas filosóficos de Víctor Hugo, nadie podrá sobresalir en la novela, la poesía lírica y el drama; pero esto es un error.

"Con muy pocas excepciones, ¿cuál ha sido el objeto de los que actualmente asisten á las justas literarias? Crearse un nombre, crearse una fortuna. Para alcanzar ésto más fácilmente, les ha sinecesario halagar las ideas, las preocupaciones del mayor número. No es tan fácil la tarea de conducir á toda una generación hacia el buen camino, en pos de un pensamiento noble y grandioso. La multitud siempre estará dispuesta á ofrecer el destierro á Arístides y á Sócrates la copa de cicuta. Mas aquellos que con las disposiciones necesarias acometieron empresa tan árdua, pueden estar seguros de que las sombras de la muerte no se extenderán sobre su memoria: brillarán al través de los siglos en la asamblea gloriosa de todos esos hombres á quienes deba el mundo su mejora

moral. Y estos hombres, durante su vida, no encontrarán la felicidad, ni el aplauso y respeto de sus comtemporaneos, ni en el amor de una mujer como pensáis Los hombres son injustos en sus fallos; y por lo que respecta á la mujer, ni la dicha que nos proporciona está exenta de lágrimas, ni es posible fijar límites á las inclinaciones del corazón humano.—El que cifre en esto su felicidad, cuando el hielo de los años haya encanecido su cabeza, como el niño objeto de vuestras observaciones, verá á sus pies el cadáver de la mariposa privado de los brillantes colores que la adornaban, y podrá exclamar: "¡mis días han desaparecido como la sombra!"

"Joven! os lo repetiré: La verdadera, la única gloria posible, no consiste en los aplausos de los hombres que se disipan como el humo, quizá para dar lugar al sangriento sarcasmo; consiste en la satisfacción interior que resulta de haber obrado el bien."

VII.

—¿Quién sóis, señor? ¿quién sóis? pregunté con una mezcla de temor y de profundo respeto.

—Soy Francisco Augusto de Chateaubriand.

—¡Cómo! Pero los muertos ¿pueden quebrantar las leyes eternas de Dios? ¿Pueden volver á habitar esta tierra de dolores? Si está decretado que yo deba contribuir con mis esfuerzos insignificantes á la mejora de la humanidad; si Dios ha permitido que salgáis del sepulcro para amonestarme, para advertirme, hablad, ¿qué rumbo deberé seguir, qué modelo imitar? Pero la voz parecía haber espirado para siempre en los labios del aparecido, que comenzó á alejarse hacia el bosque. Hice un violento esfuerzo para seguirle, y entonces desperté: conocí que todo había sido un sueño.

Era el alba. Se oía el canto de los pájaros, el confuso rumor del mundo que despierta á la luz de un nuevo día de verano. Me incorporé en mi lecho y dirigí la vista á mi derredor. Un rayo de sol penetrando luego por las rendijas de la ventana, iluminaba las páginas de un libro puesto sobre la mesa, al lado de mi lecho.

Este libro se titulaba "El Genio del Cristianismo."

1853.

JOSE.

JOSE.

I

Jacob había tenido de Raquel dos hijos, el mayor de los cuales se llamaba José y el otro Benjamín. Amaba á José, como ya hemos dicho, por haberle engendrado en su vejez, y le hizo una túnica de diversos colores. Pero José había acusado á sus hermanos de una mala acción que cometieron en su presencia, y con ello se atrajo su odio, aumentado por la predilección de Jacob, que les causaba envidia, y por la superioridad que reconocían en José.

Cierto día explicó éste á sus hermanos un sueño que había tenido, y que no era sino la revelación de los destinos futuros de uno y otros. "Parecíame, les dijo, que estábamos atando ga-

villas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenía derecha, y que vuestras gavillas, puestas en derredor, adoraban la mía." ¿Acaso, replicaron sus hermanos, has de ser tú nuestro rey; ó, por ventura, hemos de estar sujetos á tu dominio?" Todavía tuvo José otro sueño, y lo refirió á su padre y sus hermanos. "He visto, dijo, entre sueños, como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban." Reprendióle Jacob con estas palabras: "¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura, yo y tu madre y tus hermanos postrados en tierra te habremos de adorar?"

Hallábanse los demás hijos de Israel en el territorio de Siquem, apacentando los rebaños de Jacob, y José fué á verles por encargo del anciano para examinar el estado de las ovejas; mas apenas le descubrieron á alguna distancia cuando, renovándose su odio, quisieron matarle. "Matémosle, decían, y echémosle en una cisterna vieja; diremos que una fiera le devoró, y entonces se verá de cuán poco le sirven sus sueños." Rubén se esforzaba por libertarle la vida, y propuso que sin hacerle daño alguno se le encerrase en una cisterna seca del desierto, de donde tenía el intento de sacarle en ausencia de los demás. Apenas llegó José cuando le despojaron de su túnica talar, metiéronle en la cisterna seca y por veinte siclos de plata vendiéronle después á unos israelitas que con sus camellos cargados de aromas, bálsamo y mirra destilada iban en caravana hacia el Egipto, donde condujeron á José y, á su vez, le vendieron á Putifar, valido de Faraón y capitán de sus guardias.

Rubén, que había estado ausente mientras tuvo lugar la venta de José, volvió á poco á fin de sacarle de la cisterna, pero, no hallándole, preguntó por él á sus hermanos quienes tiñeron con la sangre de un cabrito la túnica de la víctima y la enviaron á Jacob, significándole de este modo que José había sido devorado por las fieras. Al reconocer el anciano los vestidos de su hijo, rasgó sus propias vestiduras, vistióse de cilicio y lloró sin admitir los consuelos de su familia, y exclamando: "Descenderé deshecho en lágrimas al sepulcro, á reunirme con mi hijo."

———

II

Entretanto José, por medio de su actividad y de su acierto, llegó á poseer la confianza de Putifar, quien le confió el gobierno de su casa y hacienda: ésta prosperó bajo la dirección de tan hábil administrador; pero el israelita era de hermoso rostro y gallarda presencia, y despertó ilícitos deseos en la mujer del amo, quien solicitó en vano á José y le calumnió cerca de su marido para tomar venganza de su desaire. Putifar puso á José en la cárcel, donde á poco logró ganar la confianza del alcaide, porque el Señor le asistía y dirigía todas sus acciones. Hallábanse entre los presos el copero mayor y el principal panadero del rey de Egipto, quienes tuvieron en una misma noche distintos sueños, que sujetaron á la interpretación de José. El copero vió delante de sí una vid que tenía tres sarmientos, y creció insensiblemente hasta echar botones, flores y uvas. El copero tenía la copa de Faraón en su mano: cogió las uvas, esprimiólas en la copa y la sirvió al rey. José le dijo: "Los tres sarmientos significan tres días, pasados los cuales, Faraón se acordará de tí y te restablecerá en tu

antiguo ministerio. Yo te pido que te acuerdes de mí en el tiempo de tu prosperidad y me tengas compasión, interesándote con el rey para que me saque de la cárcel." El jefe de los panaderos soñó que llevaba sobre la cabeza tres canastillos de harina, y en el canastillo de encima había toda especie de viandas, que las aves llegaban á comer. José le dijo á su vez: "Los tres canastillos son tres días que te quedan de vida: al cabo de ellos Faraón te cortará la cabeza y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes." Las interpretaciones de José llegaron á cumplirse fielmente. Tres días después se celebraba el cumpleaños de Faraón; este rey dió un convite á sus cortesanos y en él se acordó del copero mayor y del jefe de los panaderos: restituyó al primero en su oficio y al segundo le hizo morir en un patíbulo. Mas el copero, cuando se vió de nuevo en la prosperidad, no volvió á recordar al intérprete de su sueño, y José todavía permaneció dos años en la cárcel.

El monarca egipcio, al cabo de este tiempo, llegó á tener un sueño sumamente raro. Parecióle hallarse en las orillas del Nilo y que del río salían siete vacas hermosas y robustas y se po-

nían á pacer en los pantanos de la ribera; pero á poco salieron asimismo del río otras siete vacas feas y escuálidas, que también se pusieron á pacer en la ribera, y acabaron por comerse á las anteriores. Despertó Faraón sin poderse explicar aquello, y, volviendo a dormirse, vió siete espigas que brotaban de una misma caña, llenas y hermosas; otras siete espigas nacían de otra caña, menudas y tostadas por el viento abrasador del desierto, y las cuales devoraban toda la lozanía de las primeras. Volvió á despertar Faraón despavorido, y, tan luego como llegó el día, hizo llamar á todos los adivinos egipcios y á todos los sabios: explicóles el sueño y no había quien lo interpretase. Entonces el copero se acordó de José, refirió sus interpretaciones, é indujo al rey á llamarle. Sacaron á José de la cárcel, cortáronle el cabello, mudáronle el vestido y, puesto en la presencia del rey, explicóle así el sueño: "Las dos visiones significan una misma cosa: lo que Dios ha de hacer, lo ha mostrado á Faraón. Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia; las siete vacas escuálidas y las siete espigas tostadas y ruines, son siete años de hambre, que vendrán en pos de

los primeros. Tu sueño se cumplirá de este modo: vendrán primeramente siete años de fertilidad en toda la tierra de Egipto, á los cuales sucederán otros siete anos de tanta esterilidad, que hará olvidar toda la anterior abundancia, por cuanto el hambre ha de asolar toda la tierra y la extremada carestía se absorberá la extraordinaria abundancia. La repetición de tu sueño denota la certidumbre de que la palabra de Dios tendrá efecto y se cumplirá cuanto antes."

José aconsejó á Faraón que eligiese un varón sabio y activo y le diese autoridad en todo el Egipto á fin de establecer intendentes en las provincias y recoger en los graneros la quinta parte de los frutos durante los siete años de fertilidad, á disposición del rey, quien nombró para el desempeño de tal encargo al mismo José, entregándole su anillo, vistiéndole un traje talar de lino finísimo, poniéndole un collar de oro, y nombrándole su favorito y su segundo en el reino. Hízole, además, recorrer las calles en una de sus mismas carrozas, y llevando un heraldo que hiciese saber que José quedaba constituido gobernador de toda la tierra de Egipto. Díjole el rey: "Sin tu orden nadie ha de mover pie ni mano en

toda la región de Egipto." Mudóle el nombre, llamándole en lengua egipcia Salvador del mundo; dióle por mujer á Aseneth, hija de un sacerdote de Heliópoli, y José salió de la corte á visitar los dominios de Faraón. Entonces contaba José treinta años de edad.

III

Llegaron los siete años de fertilidad y abundancia, y el quinto de las cosechas fué recogido en los graneros del rey. La copia de trigo fué tal, que igualaba á las arenas del mar y excedía á toda medida. Por este tiempo le nacieron á José dos hijos; puso por nombre al primogénito Manassés, que significa: "Dios me ha hecho olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre;" llamó al segundo Ephraim, que quiere decir: "Dios me ha hecho prosperar en la tierra donde entré pobre y esclavo."

Comenzaron los siete años de carestía profetizados por José, y el hambre afligió á todo el mundo y hasta á los egipcios, que habían tenido cosechas anteriores abundantísimas. De los países distantes acudían á comprar

provisiones, y como éstas faltaban asimismo en Canaam, Jacob envió á diez de sus hijos, quienes se prosternaron ante José y le adoraron sin conocerle. El sí les conoció, y habló ásperamente, como á extraños, preguntándoles de dónde venían. Respondieron que de la tierra de Canaam, y José les dijo: "Sois espías que habéis venido á reconocer los puntos menos fortificados de Egipto." Los hermanos aseguraron que sólo habían venido á comprar trigo, que eran hijos de un mismo padre y que no maquinaban maldad alguna. "Somos siervos tuyos—añadieron,—doce hermanos, hijos de un mismo padre, en la tierra de Canaam; el más joven queda con nuestro padre; el otro ya no existe." José insistió en que eran espías, y dispuso que para probar lo contrario volviesen á Canaam á llevar los víveres y le trajesen al hermano menor, quedando entretanto preso uno de ellos. Los hermanos se decían entre sí: "Justamente padecemos por haber pecado contra nuestro hermano, y porque al ver las angustias de su alma, cuando nos rogaba que tuviésemos compasión de él, nosotros no le escuchamos; por eso nos ha sobrevenido la actual tribulación." Rubén dijo entonces: "¿Por ventura, no os dije aque-

lla vez: "no cometáis ese crimen contra José", y no hicísteis caso? Mirad cómo Dios nos demanda su sangre." Ellos no sabían que José les entendía, pues hablaba por medio de intérprete. José se apartó de sus hermanos para llorar, vencido por su enternecimiento. En seguida hizo prender á Simeón, dispuesto que los costales fuesen llenos de trigo, y que en cada uno de ellos se colocara el dinero de cada uno de los hermanos y que se les proporcionara víveres para el camino.

Los israelitas llegaron á Canaam y refirieron á Jacob lo acaecido: al vaciar los granos, hallaron atado el dinero en la boca de los costales y quedaron asombrados de ello. Díjoles Jacob, al saber la pretensión del señor egipcio, respecto del único hijo que le quedaba de Raquel: "Vosotros me habéis dejado sin hijos. José ya no existe; Simeón está en cadenas y todavía queréis quitarme á Benjamín." Respondióle Rubén: "Quita la vida á mis dos hijos si yo no te le volviere; entrégamele á mí que yo te lo restituiré." Jacob, sin embargo, insistió en su negativa, diciendo: "No irá mi hijo con vosotros; su hermano murió, y sólo ha quedado éste; si le acaeciere algún desastre en el país á donde váis, precipitaréis con la pesadumbre mis canas en el sepulcro."

Pero el hambre afligía cruelmente á toda la tierra, y los víveres llevados de Egipto se habían consumido en el país de Canaam. Jacob, aunque con mucha repugnancia, cedió á las súplicas de sus hijos y consintió en que volviesen á Egipto por más trigo, llevando á Benjamín para satisfacer el deseo del ministro de Faraón. A fin de tenerle propicio, dispuso que le llevaran vasijas con los mejores frutos de Canaam, resina ó bálsamo, miel, estoraque, mirra, terebinto y almendras; dispuso asimismo que devolvieran al egipcio las monedas que hallaron en los sacos al llegar del primer viaje. Los hermanos bajaron al Egipto y se presentaron á José, quien les detuvo en su casa y preparó un banquete en su obsequio. Atemorizados ellos por su detención, acudieron al mayordomo manifestándole los regalos que traían á su señor y queriendo devolverle las monedas halladas en los sacos de trigo; pero el mayordomo procuró disipar sus temores, se negó á recibir el dinero y les presentó libre á Simeón, que era quien había quedado en rehenes.

Cuando José entró en su casa, sus hermanos le ofrecieron los presentes

que traían, y, postrados en tierra, le adoraron. El les preguntó con afabilidad: "¿Goza de salud vuestro anciano padre de quien me hablásteis? ¿Vive todavía? Los israelitas respondieron: "Goza de salud vuestro siervo nuestro padre, y aún vive." José detuvo los ojos en Benjamín, su hermano uterino, y volvió á preguntar: "¿Es ese vuestro hermano el pequeño de quien me hablásteis?" Y añadió, dirigiéndose á Benjamín: "Dios te dé su gracia, hijo mío." Pero, como se le conmoviesen las entrañas á la vista de su hermano, y sus lágrimas estuviesen á punto de saltar, encerróse en su gabinete y prorrumpió en llanto.

———

IV.

En el convite dado por José, fueron dispuestas tres mesas; la primera para el mismo José, la segunda para sus hermanos y la tercera para los convidados egipcios pues á éstos no era lícito comer con los hebreos. Los hermanos se colocaron por el orden de sus edades, desde el primogénito hasta el último, á quien tocó la mejor parte del banquete. Cuando hubo terminado,

José mandó á su mayordomo que llenase de trigo los costales, poniendo en ellos el dinero que los hermanos habían pagado, y que en el costal del más mozo, esto es, de Benjamín, pusiese además la copa de plata de su propio uso. Hízose así, y al rayar el alba del día siguiente fueron despachados con sus cargas respectivas. Cuando iban ya distantes de la ciudad, les alcanzó el mayordomo de José, diciéndoles: "¿Cómo habéis pagado el bien que se os hizo con tamaña ingratitud, hurtando la copa de mi señor?" Los hermanos, asombrados, protestaron al mayordomo su inocencia, añadiendo: "El dinero que la otra vez hallamos en la boca de nuestros sacos, te lo trajimos desde la tierra de Canaam; ¿cómo es posible que hayamos robado oro ni plata de la casa de tu amo? Cualquiera de tus siervos en cuyo poder se hallare la copa, muera, y nosotros quedaremos de esclavos." El mayordomo dijo que aquel en cuyo poder apareciera la prenda robada, quedaría de esclavo suyo, y que los demás serían libres. Descargando y echando en tierra los sacos, cada cual abrió el suyo, y en el de Benjamín apareció la copa. Los hermanos rasgaron sus vestidos, cargaron de nuevo los jumentos y vol-

vieron á la ciudad para presentarse á José. Al llegar donde estaba, se prosternaron, y el irritado ministro les dijo: "¿Por qué os habéis atrevido á hacer tal cosa? ¿No sabéis que no hay hombre semejante á mí en la ciencia de la adivinación?" Judá, no hallando justificación posible, propuso á Jose que todos ellos quedaran como esclavos; mas él les contestó que volviesen á su tierra y que sólo permaneciera esclavo Benjamín, el robador de la copa. Entonces Judá, con el valor que presta la desesperación, acercóse á José y le dijo: "La primera vez que preguntaste á tus siervos si teníamos padre ú otro hermano, te respondimos: tenemos un padre anciano y un hermano más pequeño que le nació en su vejez, cuyo hermano uterino ha muerto, y aquél sólo queda de su madre, por lo que le ama su padre tiernamente. Quisiste que te lo trajéramos para verle, pero nosotros te respondimos: no puede el joven dejar á su padre, porque le costaría á éste la vida. Entonces nos dijiste que sin él no volviésemos á tu presencia. Al llegar á casa referimos á nuestro padre lo que nos habías prevenido, y cuando de nuevo, algún tiempo después, nos ordenó que viniésemos á Egipto á comprar trigo, le respondimos

que no vendríamos sino con Benjamín, para poder presentarnos á ti. Sabéis—nos dijo nuestro padre,—que tuve dos hijos de mi Raquel; uno salió de casa y dijisteis que una fiera le devoró, y no he vuelto á verle; si os llevais también á éste y le sucede alguna desgracia, bajaré con dolor en mi ancianidad al sepulcro. Si volvemos, pues, á casa de nuestro padre sin Benjamín, luego que vea que no va con nosotros, abrumaremos su vejez con un dolor tan grande que le conducirá al sepulcro. Sea yo tu esclavo, yo que me comprometí á restituir á Benjamín, y, quedando yo en Egipto, vuelva él á casa con sus hermanos. No volveré á ver á mi padre sin el joven; no presenciaré la aflicción que ha de acabar con él."

José, que estaba rodeado de gente, y que no podía contenerse más tiempo, mandó que todos los extraños se retirasen, prorrumpió en sollozos y en llanto que oyeron los egipcios, y toda la familia de Faraón, y dijo á sus hermanos: "Yo soy José. ¿Vive mi padre todavía?" Los hermanos no podían contestarle á causa de su asombro; mas él, con semblante apacible: "Llegaos á mí", les dijo, y habiéndose ellos acercado, añadió: "Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis

para ser traído al Egipto. No temáis ni os desconsoleis por haberme vendido, pues así lo dispuso Dios para vuestro bien, porque dos años hace que comenzó la carestía en el país y aun faltan cinco, en que no habrá siembra ni siega; así es que el Señor me ha enviado por delante á fin de que vosotros tengáis alimentos. No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por la voluntad de Dios, quien ha hecho que yo sea consejero de Faraón, dueño de su casa y príncipe en toda la tierra de Egipto. Volved luego á mi padre y decidle; esto te envía á decir tu hijo José: Dios me ha hecho como señor de todo el Egipto; ven á mí, no te detengas, y habitarás en la tierra de Gessen, y estarán cerca de mí, tú y tus hijos y los hijos de tus hijos, tus ovejas y ganados mayores y todo cuanto posees, y aquí te alimentaré, puesto que faltan todavía cinco años de hambre, para que no perezcan tú y tu familia y cuanto posees. Estáis viendo que soy yo quien os hablo; referid á mi padre toda mi gloria y lo que habéis visto en Egipto; apresuráos y traédmele."

Cuando José acabó de hablar se arrojó al cuello de Benjamín y, abrazado con él, se echó á llorar, llorando asimismo Benjamín. En seguida besó á

los demás hermanos, llorando también sobre cada uno de ellos.

Divulgóse en el palacio del rey la noticia de que habían venido los hermanos de José, y holgáronse de ello Faraón y su corte. El rey dispuso que viniera toda la familia y ofreció colmarla de bienes en el Egipto; dispuso también que los hermanos llevasen carros egipcios para trasportar á sus niños y mujeres. José, cumpliendo las órdenes de Faraón, dióles carros y víveres para el camino, y mandó presentar á cada uno dos vestidos; pero á Benjamín le dió cinco muy preciosos y trescientas monedas de plata. Además, envió á su padre igual número de vestidos é igual suma de dinero, con diez asnos cargados de toda especie de preciosidades del Egipto, y otras tantas borricas que llevasen trigo y panes para el camino.

V

Los hermanos, procedentes de Egipto, llegaron á la tierra de Canaam y dijeron á Jacob: "José tu hijo vive todavía y manda en toda la tierra de Egipto." Atónito el anciano, no da-

ba crédito á sus palabras, y ellos, para convencerle, relataron cuanto les había acaecido. Al ver Jacob los carros y el aparato de las cosas enviadas, su espíritu despertó como de un sueño, y el padre afortunado exclamó con júbilo: Bástame el que viva José mi hijo. Iré y le veré antes de morir."

Púsose Israel en camino, y al llegar al pozo del juramento, ó sea á Bersabée, durante la noche, oyó en sueños que Dios le llamaba, diciéndole: "Jacob, Jacob"; éste respondió: "Aquí me tienes"; y Dios añadió: "Yo soy el fortísimo Dios de tu padre; no tienes que temer. Desciende á Egipto, que allí te haré cabeza de una gran nación. Yo iré allá contigo y seré tu guía cuando vuelvas, y José cerrará tus ojos así que mueras." Siguió Jacob su camino, acompañado de toda su descendencia, compuesta de muy cerca de setenta personas. Envió á Judá delante de sí para avisar á José, á fin de que saliese á su encuentro en la tierra de Gessen. José montó en su carroza para salir á recibir á su padre, y, al verle, se arrojó sobre su cuello y le abrazó estrechamente, deshaciéndose en lágrimas. Jacob dijo á José: "Ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejo vivo."

VI

Los egipcios miraban con desprecio y abominación á los pastores de ovejas, y por eso José aconsejó á sus hermanos que cuando llegasen á presencia de Faraón le pidieran permiso de establecerse en la tierra de Gessen, donde estarían alejados de los egipcios. El mismo José fué á noticiar al monarca la llegada de toda su familia, y le presentó cinco de sus hermanos. Faraón les preguntó cuál era su oficio, y, oída la respuesta, dijo á José: "La tierra de Egipto se halla á tu disposición; dales para habitar el mejor sitio y sea, en hora buena, la tierra de Gessen; y si conoces que hay entre ellos sujetos capaces, ponles por mayorales de mis ganados." Después de ésto, José introdujo á su padre y presentóle al rey; éste le preguntó cuántos eran los días de su vida, y Jacob respondió: "Los días de mi peregrinación son ciento treinta años, pocos y trabajosos, y no han llegado á los días de la peregrinación de mis padres." Según lo acordado con Faraón, José dió á su padre y á sus hermanos la tierra de Ramessés, que era la más fértil del reino, y en ella les alimentaba, dando á cada cual lo necesario para vivir.

Continuó la esterilidad, y, en expresión del Génesis, faltaba el pan en todo el mundo y el hambre tenía oprimida toda la tierra, en especial el Egipto y el país de Canaam. Habiendo agotado su dinero los compradores, José siguió dándoles trigo en cambio de sus ganados, y habiéndose éstos agotado asimismo, cada cual vendió sus posesiones y su persona á causa del rigor del hambre, de modo que el celoso ministro adquirió para Faraón todos los pueblos y las tierras de un extremo á otro del Egipto, "excepto las tierras de los sacerdotes que el rey les había dado; á los cuales también se les distribuía cierta cantidad de alimentos de los graneros públicos, y, por consiguiente, no se vieron forzados á vender sus heredades." José dió á los pueblos semillas, exigió la quinta parte de los frutos para el rey y dejó las otras cuatro partes á los vasallos para mantenimiento suyo y de sus familias. Los egipcios, llenos de alegría, agradecieron al ministro su generoso proceder, y desde entonces pagaron á los reyes el quinto, "salvo las tierras de los sacerdotes, las cuales quedaron exentas de esta contribución."

VII

Israel fijó su morada en la tierra de Gessen, y su familia se multiplicó notablemente. Vivió allí diecisiete años, de modo que los de su vida llegaron á ciento cuarenta y siete. Viendo que la muerte se acercaba, llamó á José y le obligó á prometerle que no le daría sepultura en Egipto, sino que llevaría sus restos á que descansasen con los de sus padres en el sepulcro de sus antepasados. José acercó á sus hijos al lecho del anciano para que les bendijera. Jacob le dijo: "Los dos hijos que te han nacido en la tierra de Egipto, antes que yo viniese acá, quiero que sean míos. Ephraim y Manassés serán reputados tan míos como Rubén y Simeón. Los demás que tuvieres en adelante serán tuyos, y las tierras que poseerán llevarán el nombre de sus hermanos." Dijo, además, á su hijo, después de haber abrazado á los nietos: "He logrado el gozo de verte, y Dios me ha hecho también la merced de que viese sucesión tuya." Para que recibiesen la bendición, José puso á Ephraim á su derecha, esto es, á la izquierda de Israel, y á Manassés á su siniestra, que correspondía á la derecha

del abuelo, y de esta suerte los arrimó á entrambos á Jacob, quien extendiendo la mano derecha, púsola sobre la cabeza del hermano menor Ephraim, y la izquierda sobre la cabeza de Manassés, "cruzando las manos de intento", y en seguida les bendijo, diciendo: "El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham é Isaac; el Dios que me sustenta desde mi juventud, hasta el día de hoy; el Angel que me ha librado de todos los males, bendiga estos niños; y sea sobre ellos invocado mi nombre, como también los nombres de mis padres Abraham é Isaac; y multipliquense más y más sobre la tierra." Notando José que su padre había puesto la mano derecha sobre la cabeza de Ephraim, sintiólo mucho, y tomando la mano del anciano intentó trasladarla sobre la cabeza de Manassés, diciendo á Jacob: "No están así bien las manos, padre, porque este otro es el primogénito; pon tu derecha sobre su cabeza." Mas él, rehusándolo, dijo: "Lo sé, hijo mío; lo sé." Este será, ciertamente, padre de pueblos y tiene de multiplicarse; mas su hermano menor será mayor que él, y su linaje se ha de dilatar en naciones." Entonces bendijo á los niños, anteponiendo á Ephraim respecto de Manassés y di-

ciéndole: "Tú serás modelo de bendición en Israél, y se dirá: Dios te bendiga como á Ephraim y como á Manassés." Dijo también á José: "Bien ves que me voy á morir; Dios estará con vosotros y os restituirá á la tierra de vuestros padres. Yo te doy de mejora sobre tus hermanos, aquella porción que conquisté del amorrheo con mi espada y mi arco."

VIII

Llamó y reunió Jacob á todos sus hijos alrededor de su lecho de muerte, para anunciarle lo que á cada cual debía suceder en los días venideros. Jacob profetizó entonces el destino de las doce tribus de Israel, representadas en aquel momento por sus doce hijos, cuya primogenitura pasó entonces el anciano, de Rubén á José. Sus palabras dirigidas á Judá constituyen el vaticinio más expreso y solemne de la venida del Redentor. "Tú, Judá, eres un joven y robusto león; tras la presa corriste, hijo mío; después, para descansar, te has echado cual león, y á manera de leona. ¿Quién osará despertarle? El cetro no será quitado de

Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones. El Mesías ligará á la viña su pollino y á la cepa ¡oh hijo mío!, su asna. Lavará en vino su vestido y en la sangre de las uvas su manto. Sus ojos son más hermosos que el vino, y sus dientes más blancos que la leche." A José le dijo, convirtiéndole en figura de Jesucristo, así en las penas como en las glorias: "Hijo que va en auge José; hijo que siempre va en auge, y de hermoso aspecto: las doncellas corrieron sobre los muros para mirarle. Pero antes le causaron amarguras y le armaron pendencias, y miráronle con envidia sus hermanos, armados de flechas. Apoyó su arco ó su confianza en el Dios fuerte y fueron desatadas las cadenas de sus brazos y manos por la mano del poderoso Dios de Jacob; de donde salió para pastor y piedra fundamental de Israel. El Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones de lo alto del cielo; de bendiciones de los manantiales de aguas abundantes de acá abajo; de bendiciones de leche y de fecundidad. Las bendiciones que te da tu padre Jacob sobrepujan las bendiciones de tus progenitores; hasta que venga

el "Deseado" de los collados eternos; recaigan estas bendiciones sobre la cabeza de José, sobre la cabeza del Nazareno, ó escogido entre sus hermanos."

Terminadas las profecías y las instrucciones acerca de la traslación y entierro de su cuerpo, Jacob "recogió sus pies sobre la cama, y expiró; y fué á reunirse con su pueblo."

IX

Viendo José muerto á su padre, arrojóse sobre el lecho y bañó en lágrimas y besó el rostro del anciano; después, mandó á sus médicos que embalsamaran el cuerpo, en lo cual emplearon cuarenta días; por espacio de setenta lloró á Jacob todo el Egipto, y, terminado el luto, José pidió permiso á Faraón y lo obtuvo para trasladar á Canaam los restos de su padre.

José emprendió el viaje acompañado de todos los ancianos y personajes del palacio de Faraón y de todos los principales egipcios, así como de su propia familia y sus hermanos, excepto los niños y los ganados, que dejaron en la tierra de Gessen. Fueron asimis-

mo en la comitiva carros y gente de á caballo, y se juntó un grande acompañamiento. Al llegar á la Era de Atad, situada á la otra parte del Jordán, "emplearon siete dias en celebrar las exequias con grande y acerbo llanto," á cuya vista los habitantes de Canaam dijeron: grande duelo es éste para los egipcios; y á consecuencia de ésto, se llamó aquel sitio Llanto del Egipto. José y sus hermanos sepultaron el cadáver de Jacob en la cueva doble que había comprado Abraham, junto con el campo de Ephron el Hetheo, enfrente de Mambre, para sepultura suya. Después se volvieron á Egipto con todo el acompañamiento.

Asaltó á los hijos de Israel el temor de que se acordara José de la injuria que antiguamente le hicieron, y, por lo mismo, enviáronle á decir: "Tu pade, antes de morir, nos encargó que te dijésemos estas palabras en su nombre: Ruégote que te olvides de la maldad de tus hermanos y del pecado y la malicia que contra tí usaron. Nosotros también te suplicamos que perdones esta maldad á los siervos del Dios de tu padre. "Oyendo José tales razones, prorrumpió en llanto: sus hermanos se le acercaron, y adorándole postrados en tierra, le dijeron: "Esclavos tuyos somos." A lo cual respondió: "No tenéis que temer; ¿podemos acaso nosotros resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien para ensalzarme, como al presente lo estáis viendo, y para salvar á muchos pueblos. No temais, pues; yo os mantendré á vosotros y á vuestros hijos." Y les consoló—dice la Escritura,—y habló con expresiones blandas y amorosas. En opinión de los expositores sagrados, José quiso que sus hermanos, al acordarse de su delito, sólo considerasen las disposiciones de la Divina Providencia que permitió que le vendieran para ser después la salud de muchos pueblos y de sus mismos perseguidores; siendo José también en esto figura de Jesucristo.

Siguió José habitando el Egipto con toda la familia de su padre; vivió ciento diez años, y vió á los hijos de Ephraim hasta la tercera generación; tuvo también y acarició sobre sus rodillas á los hijos de Machir, hijo de Manassés. Cuando conoció que su última hora se aproximaba, reunió á sus hermanos y les dijo: "Después de mi muerte os visitará Dios y os sacará de esta tierra para la tierra que tiene prometida con juramento á Abraham, á Isaac y á Ja-

cob. Cuando Dios os visite, trasportad de este lugar mis huesos con vosotros." El cadáver de José fué embalsamado y depositado en Egipto dentro de una caja.

Sabido es cómo se multiplicó su descendencia, cómo llegó á ser esclava de los monarcas egipcios, y cómo vino Moisés á libertarla, llenando de plagas á los opresores y conduciendo al pueblo de Dios por el lecho del Mar Rojo, que cerró de repente sus aguas tragándose á Faraón en compañía de sus carros y de sus ejércitos.

Septiembre de 1856.

Tradición acerca de las Lagunas de México

Tradición acerca de las Lagunas de México.

Lo abundante de las aguas que rodean á la más antigua ciudad del Nuevo-Mundo, hizo que algunos etimologistas, según refiere el P. Torquemada en su "Monarquía indiana", quisieran dar á la palabra México el significado de "fuente" ó "manantial", si bien desde un principio los indígenas afirmaron que dicha palabra se deriva de "Mexitly", segundo nombre del dios Huitzilopotztli. El valle de México forma un óvalo de dieciocho leguas y media de largo y de doce y media en su parte más ancha, y se supone que casi toda esta inmensa extensión de terreno estaba cubierta de agua cuando tuvo lugar la fundación de México por los aztecas, que el historiador Veytia,

apoyándose en el dicho de Sigüenza, fija en 1327.

El origen de la fundación de México está íntimamente ligado con la historia de las maravillas que el gentilismo atribuyó á las lagunas del valle. Los mexicanos, habiendo llegado á inmediaciones del sitio donde hoy se halla la ciudad, anduvieron errantes por espacio de cincuenta años, hasta que, perseguidos de los aculhuas de Colhuacán, se internaron en la laguna, pidiendo á dos de sus sacerdotes, Axolohua y Cuauhocoatl, que eligiesen lugar á propósito para fundar la población. Los sacerdotes debieron andar como hoy se anda por las calles de México, mojándose los pies y á riesgo de romperse una pierna, hasta que hallaron un islote, y en él, según dice Torquemada, "El "Tenuchtli (que ahora tienen por armas), y alrededor del pequeño sitio de tierra un agua verde, y que cercaba el dicho lugar, y era tan viva su fineza, que parecían sus visos muy finas esmeraldas." Quedaron suspensos los sacerdotes ante aquel espectáculo, y la historia no dice si por tomar un baño, ó bien impulsado por una fuerza sobrenatural, desapareció Axolohua "sumiéndose en lo hondo del agua verde, sin saber quién lo hubiese sumido." El

otro sacerdote volvióse á dar aviso á los mexicanos de lo que había sucedido. Larga fué la infusión de Axolohua, pues no pareció hasta las veinticuatro horas, diciendo á la atónita gente que, mientras estuvo bajo el agua, habló con Tlaloc, señor de la Tierra, quien le dijo que aquel era el lugar donde debían establecerse sus compañeros y que allí verían ensalzadas sus generaciones. El lugar donde estaba el Tenuchtli, según dice Torquemada, es el mismo donde hoy se hallan la catedral y la plaza de armas. Los mexicanos comenzaron á establecerse en el islote, construyendo sus chozas con las cañas y juncias del lago. Los fundadores eran nueve familias, que reconocían por uno de sus jefes principales á Huitzilihuitl.

A medida que la población aumentó, los indios fueron cegando con céspedes tomados de las mismas lagunas los lugares menos profundos; por rencillas domésticas gran parte de ellos fueron á fundar otra población en Tlatelulco, y una y otra isla llegaron á unirse con el tiempo. Al verificarse la conquista de los españoles, las aguas del lago de Texcoco ocupaban un espacio considerable en el valle: por el Oriente llegaban hasta las poblaciones

de Texcoco y de Iztapalapan; por el Norte, hasta el pie de los cerros del Tepeyac; por el Occidente, hasta Popotla y Chapoltepetl, y al Sur se unían con las aguas del lago de Xochimilco por medio de un ancho canal, cuya corriente era muy rápida.

La tradición á que hemos aludido, referente á la fundación de México, justifica el respeto supersticioso con que los indígenas consideraron á las lagunas por espacio de muchos siglos, y de cuyo respeto aun se conservan vestigios en los desgraciados restos de la raza de los antiguos aztecas. Mas si los indígenas profesaron respeto religioso á las lagunas, éstas han sido siempre objeto de temores más ó menos graves para la raza europea que habita en esta parte del Nuevo Mundo. Ya durante el reinado de Ahuitzotl sufrió la ciudad una inundación, y para precaverla en lo sucesivo de mal tan grave, se emprendió la grande obra de levantar el terreno á un nivel más alto, por medio de una capa nueva de tierra. En tiempo de la dominación española hubo diversas inundaciones, y la principal de que se guarda memoria fué la de 1620, en que las aguas llegaron á considerable altura en las calles más centrales, habiendo permane-

cido la ciudad anegada por espacio de algunos años. En la actualidad los temores de inundación se han despertado muy vivamente en el ánimo de los habitantes de México; el abandono con que de muchos años á esta parte han sido vistos los trabajos del desagüe, ha hecho que el tajo de Nochistongo esté obstruido en muchos lugares, y que los diques de las lagunas de Zumpango y de San Cristóbal estén á punto de destruirse enteramente. Si tal llegara á suceder, las aguas de las citadas lagunas refluirían al lago de Texcoco, y éste, desbordándose más de lo que está, anegaría desde luego la ciudad. Pero en concepto de las personas inteligentes, para que México se inunde, no es necesario que lleguen á romperse los diques de Zumpango y San Cristóbal: el limo que el lago de Texcoco ha ido recibiendo en el espacio de tantos siglos, ha debido levantar considerable el nivel de su lecho, imposibilitándolo de contener una masa extraordinaria de agua; la abundancia de las lluvias en la última estación ha hecho que el lago se derrame hasta cubrir el camino carretero de México á Veracruz, á distancia no muy corta, y se calcula que, por muy activa que sea la evaporación, si las próximas

lluvias son abundantes, ó acaso tan sólo á consecuencia del deshielo de las montañas que rodean el valle, y que están casi enteramente cubiertas de nieve, puede la capital convertirse en segunda Venecia, aunque sin las comodidades y los placeres de la verdadera reina del Adriático. Una junta de propietarios nombrados por el gobierno se está haciendo ya cargo de los diversos proyectos presentados para el desagüe y de los medios de evitar por lo pronto la calamidad que nos amenaza.

Entretanto, don Sebastián Pane, que ha abierto algunos pozos brotantes en la República, acaba de obtener la autorización necesaria para hacer investigaciones relativas á la posibilidad de abrir pozos absorbentes en diversos lugares del valle. Si el problema se resolviera en favor de dicha posibilidad, seguramente desaparecería todo peligro de inundación; pero se cree que la calidad de los terrenos no se presta en manera alguna á la absorción de las aguas; y si bien el señor Pane, entregándose á investigaciones históricas, ha podido indicar la existencia de algunos resumideros, resulta que éstos son naturales y que, aun cuando realmente hayan existido, nada prueban

acerca del buen resultado de los resumideros artificiales, por razones que se hallan al alcance de todo el mundo.

A propósito de resumideros naturales, debemos dar cuenta de un curiosísimo documento, que existe en el archivo de la ciudad, y que nuestro amigo, el laborioso é ilustrado literato don Manuel Orozco y Berra, jefe del citado archivo, ha franqueado á algunos de los señores que componen la junta de desagüe. Dicho documento, que ha salido á luz en uno de los últimos números de "La Sociedad", data del año de 1750, y es copia á la letra de un manuscrito que perteneció á don Bernardino Estrada, natural de México.

Resulta de dicho documento que, durante la inundación de 1629, de que más arriba hemos hecho mérito, el padre don Bartolomé de Alva, descendiente de los antiguos reyes de Texcoco, supo que un indígena llamado Francisco Hernández, tenía noticia de un desagüe natural que antiguamente existía en el lago de Texcoco. Apersonóse con él, y, no sin trabajo, obtuvo un mapa que representaba á la antigua México, su laguna y desagüe, así como también diversas explicaciones, que indujeron al citado padre á tomar declaración á varios testigos. Esta

parte del documento es muy interesante, y nuestros lectores nos agradecerán que la transcribamos; dice así:

"Los testigos que aquí se referirán, declararon sin saber unos de otros. El primero, un mexicano de 80 años, dijo: que de su padre, que fué mayordomo de Moctezuma, y de otros individuos, sabía que la laguna tiene unos resumideros, y que el principal se llama Pantitlán; y que él ha visto desde lejos remolinear el agua, y sería el remolino como media cuadra, y á esta causa, los que navegan por aquella parte, se retiran del puesto por no ahogarse.

"Item: que una acequia antigua que corre de Poniente á Oriente, cuyo principio es á la parte del Sur de Chapultepec, y pasa por el puente de San Antonio, iba encaminada al desagüe; esta acequia se cebaba de los ojos de agua que tiene Chapultepec, y vertientes de aquellos egidos altos, y así era como un río perpetuo; tenía plantados á sus orillas muchos sabinos en tiempo de la gentilidad.

"Item: que tuvo noticia, habían los antiguos cercado de estacada el resumidero, porque no les faltase agua en la laguna; pero no sabía si el sumidero estaba cercado.

"Item: que en tiempo del señor virrey

don Luis de Velasco, el primero de este nombre, vió inundarse esta ciudad; de suerte que andaban canoas por la plaza, y que cuidadoso el señor virrey, preguntó á un clérigo bachiller: ¿qué remedio tendría aquella agua, y cómo se podría desaguar la ciudad?; dió por respuesta á S. E llamase los principales mexicanos, que ellos repararían el daño; llamólos, y propuesto el cuidado en que se hallaba, respondieron no tuviese S. E. pena, que el agua se iría por donde vino. Haciéndoles nuevas instancias sobre el modo de desaguar la ciudad, dijeron que en la laguna estaba el desagüe. Mandó entonces el señor virrey le llevasen al puesto; previnieron canoas, fueron á la laguna; llegaron á vista del remolino, y desde allí arrojaron un manojo de hilo atado, y el remolino trajo á la redonda el manojo, y en llegando al centro del remolino, se enderezó y sumió hasta que nunca más pareció. Entonces dijo el virrey: grandes hombres son los mexicanos; no hay esto en mi tierra ni en el mar que he navegado; preguntando qué tiempo había durado aquella inundación, dijo que seis meses.

"Otro mexicano principal, declaró que oyó decir á don Fernando, nieto de Moctezuma, que un rey de los me-

xicanos, hizo hacer un retrato suyo, y lo mandó echar en el resumidero de "Pantitlan", habiendo avisado primero por los pueblos donde había ríos grandes, para que tuviesen cuenta si saliese por alguno de ellos, y que fué á salir hasta Orizaba.

"Otro testigo de más de setenta años, de color pardo, dijo que había tiempo de cincuenta y dos años que vió la laguna seca, yéndose á holgar con otros amigos dos ó tres veces, hacia la parte que llama Pantitlan, entre los dos peñoles, de agua caliente el uno, y el otro que unos llaman Xico, y otros Tepepolco, y más cerca de este último vió una estacada que rodeaba más de cuarenta varas, y las estacas muy juntas, y el plan de la Oya estaba más bajo que el de la laguna, por más de una vara.

"Item: vió en el plan de la dicha Oya, hacia la mano derecha, como vamos de México, un ídolo de piedra de la estatura de un hombre alto. En aquellos lagunachos que alrededor había, estaban pescando unos indios, que les preguntó qué estacada era aquella, y le respondieron era sumidero que tenía esta laguna, y que había otros dos por aquella cordillera, y el segundo le señalaron desde allí que distaría como

dos cuadras del primero, y no pasaron á él por el lodo que había en el medio; añadieron los indios, que el señor de Texcoco y el de México convinieron en cerrar aquellos tres sumideros, porque no se les secase la laguna, y les faltase el pescadillo de ella.

"Item: que había tiempo de cuarenta años, que varias veces en tiempo de aguas se iba en canoa por aquella parte de la laguna, y los indios remeros les decían que se apartasen de aquel paraje, no los llevase el remolino de aquel sumidero; de suerte que hasta hoy es fama constante entre los indios, que aquel paraje es peligroso por el remolino del agua de aquel puesto.

"Item: habiéndose hecho el desagüe de Huehuetoca, en tiempo del señor marqués de Salinas, hubo dos Nahuatlatos, el uno llamado Martín Núñez, y el otro N. de Arroyo, que registraron ante S. E los tres sumideros de la laguna; pidióseles que diesen información; dijéronla con muchos indios viejos, que contestaron, ser aquellos resumideros de la laguna; presentáronle también unos mapas antiquísimos, en que estaban pintados los dichos resumidores de la laguna; y en cada uno tenían pintadas medias canoas, como que se las iba tragando la corriente de

los sumideros, y el peligro que corrían los que por allí llegaban.

"Mandó el señor virrey que fuesen algunos regidores con buzos, para averiguar si hallaba la estacada; fueron, hicieron la diligencia y hallaron la estacada, como aquí queda referido; por orden de S. E. llamaron á Alariphes, para que, oída la relación de la estacada, dijesen qué sería menester para alegrar aquellos sumideros; respondieron que con siete mil pesos sobraría dinero. Dice que en este tiempo llegó un aviso en que S. M. envió á llamar al señor marqués de Salinas, para presidente del Consejo de Indias, y con esta ocasión pidió S. E. todo lo escrito y pinturas, y se quedó con ello; que no se ha sabido lo que de ello dispuso.

"Preguntando el testigo qué tanto distaría el desagüe y resumidero que vió de la albarrada, dijo que como una legua.

"Ahora dos años, con la primera inundación que padeció esta ciudad, aunque no así como en los años de 29 y 30, se encontraron dos mancebos, el uno español, y el otro mexicano, con un anciano mexicano que les dijo había él alcanzado esta tierra, antes que llegasen los españoles, y que se acordaba haberse inundado esta ciudad en

tiempo de Moctezuma, habiendo durado la inundación 15 ó 16 días, que los llevaría al lugar del resumidero, llamado Pantitlan, para que diesen aviso de él, y adquiriesen algún hallazgo; preguntáronle; ¿y dónde estaba y qué modo tendría en abrirlo, sin que corriesen riesgo los que lo abrían, de ser ahogados del remolino y fuerza del agua? Respondió que el Pantitlan era entre los dos Peñoles, y que el modo que guardaban antiguamente para abrirle era éste: Iban algunos indios en una canoa, y en llegando á vista del sumidero, en debida distancia que no llamase el remolino cuando abriesen, hincaban una buena estaca en la laguna, y á ella amarraban la canoa, con que la aseguraban; luego el buzo que había de abrir el desagüe, sabía que tenía dos ó tres vigas, que servían de puerta en la forma siguiente: las unas cabezas estaban atadas con fuertes cuerdas al modo de goznes, las otras cabezas estaban atadas con unos cordeles ó mecates, los que cortaban por esta parte, y el golpe del agua levantaba las vigas que quedaban estacadas por la otra parte: salida el agua, volvían á estacarlas como estaban antes. Al dicho buzo lo ataban por los pechos con un cordel largo, arrojábase de la canoa al agua,

é iban dándole cuerda los de la canoa, y llegado, cortaban con presteza los cordeles, y con la misma, ayudados de los de la canoa que tiraban del cordel con que estaba atado, lo retiraban del remolino que luego hacía el agua, entraba en la canoa, y volvían á sus casas.

"Otro anciano mexicano, preguntado si tenía noticia del desagüe de la laguna, si corría y cuál era su disposición, dijo que la laguna tenía desagüe entre los dos Peñoles, al que llamaban Pantitlan, y que poco tiempo ha corría; y si ahora no corría, sería por estar ensolvado con el lodo.—Dijo: que estaban en el plantador dos ídolos, el uno figura de hombre, y el otro de mujer, que se estaban mirando el uno al otro, de Oriente á Poniente, y entre ellos las vigas que cierran el desagüe de Norte á Sur, y de las últimas de Oriente, sirven de puerta que se levantan por la parte del Norte, y penden por la del Sur; la cueva por donde entra el agua, dijo, era de peñasco, y que sabía el puesto y guiaba á él.

"El señor Antonio Ortiz de Zúñiga, racionero de la santa Iglesia de México, dijo: que siendo niño de diez años, yendo con su maestro el racionero, Lázaro de Alarco, ahora de 64 años, á hacer una diligencia á Xochimilco en una canoa fuerte, con seis diestros remos escogidos para el efecto, acaeció que dejando á mano derecha la albarrada, fueron atravesando para entrar en la acequia grande, y oyó muchos gritos de los indios remeros, diciendo: tened, tened, que nos vamos entrando al sumidero, y vió que la canoa, con la fuerza del agua, iba dando vueltas, y remolineando con estar bien lejos de la que decían ser la boca del sumidero, y oyó un golpe grande de agua, como que caía en profunda. A las voces despertaron todos, por ir durmiendo, é hicieron grandes diligencias, poniendo la canoa de costado, porque la fuerza del agua se la llevaba por la punta; y haciendo esto con fuerza y maña se fueron retirando poco á poco, y preguntóle su maestro, que no entendía la lengua, qué decían los indios de la causa de aquel peligro. Les oyó platicar y decir que aquel era un resumidero de remolino, y que el agua, con la fuerza del remolino, los llevaba al fondo, y los indios, asombrados, daban gracias á Dios por haberlos librado del peligro; y añadió que, aun estando bien desviados, se oía el golpe del agua.

"Otros testigos se podrían referir á este tono, que contestaban ser entre

los naturales voz y fama constante por tradición de un pasador de experiencias y desgracias, sucedidas á los navegantes por la laguna; haber en ella desagüe en el puesto y lugar referido, que llaman Pantitlan, y siendo esto tan ignorado de los españoles, como sabido de los indios, que lo han tenido en secreto por tantos años, ahora todos lo publican."

El mapa á que hemos hecho referencia, tenía en 1629 una antigüedad de 200 años. Veamos lo que acerca de él dice el documento:

"Pintan un cuadro: la primera línea que mira al Oriente y corre de Sur á Norte, es una albarrada en el puesto que hoy lo tiene México.—La segunda línea que mira al Occidente corre desde Chapultepec hasta el Tlaltelolco, hoy Santiago.—La tercera mira al Norte, y corre desde Tlaltelolco, donde remata la segunda, hasta encontrar con la albarrada por la parte del Norte.—La cuarta mira al Sur, corre de Poniente á Oriente, y es una vistosa acequia que tiene su principio de las vertientes de Chapultepec, corre por el Egido, que mira á Tacubaya; pasa por el puente que está cerca de la Iglesia de San Antonio; llégase á ver con la albarrada, prosigue al Oriente, por lo que hoy es

laguna casi una legua, y allí remata en el desagüe de Pantitlan; esa acequia guarnecían sabinas sus orillas, río perenne por pecharle á la continua los manantiales de Chapultepec, así el que brota el haz del cerro, como el del lado de la alberca, y aquí guiaban las vertientes de aquellos altos, seguro de inundación de este lado, porque iban las aguas por la caja de la acequia, hasta el resumidero que está pintado entre los dos Peñoles que inclina más al del Sur, tiene pintados en la boca remolinos de agua, y allí tres escalones, y en el de en medio una bandera por el que hubo el nombre de Pantitlan, porque Pamitl, en mexicano, dice bandera."

Otro indio anciano de Santiago Tlaltelolco entregó un segundo mapa en que estaban pintados tres resumideros, y el modo de cerrarlos y estacarlos. Los intérpretes indígenas llamados á explicar el mapa, dijeron, refiriéndose á la pintura del agua: "Los mexicanos, á los cinco años de su fundación, habiendo hallado en el llano muchas cuevas entre carrizadas y cañaverales, les dijo su dios: aquí ha de ser la parada, ya no hay que ir á otra parte; y luego cerraron las cuevas por donde entraba el agua, que era su salidero ó consumide-

ro, y en cerrando las cuevas se causó haber agua salobre en las lagunas." El indio que presentó este mapa se hallaba enfermo, y dijo que, si Dios le daba salud, llevaron á los españoles el desagüe de Pantitlan; pero murió tres días después llevándose consigo el secreto.

El resto del documento se contrae á otras muchas pruebas que atestiguan en favor de la existencia del resumidero de Pantitlan; cita al P. Fr. Juan de Torquemada, al P Carochi de la Compañía de Jesús, y al capitán Vargas Machuca, quienes en sus escritos hacen mención del resumidero y aduce como razones que confirman haber desagüe natural. las circunstancias de ser exactísimas todas las pinturas contenidas en el primer mapa, según lo que se veía y sabía en la época de la redacción del manuscrito, y la de que en el Valle de México desaguan por lo menos tres ríos, siendo por lo mismo imposible que la evaporación por sí sola hubiese evitado la inundación de todo el Valle.

Al llegar á esta parte del documento se lee: "Lo escrito hasta aquí está sacado de un cuaderno manuscrito sin firma ni fecha; pero por su contexto

parece ser de los años de 1650 ó 1660. Más adelante se lee:

"Añádase que por los años de 1737, cuando la epidemia del matlazahua, pidieron unos al Excmo. Sr. Vizarron, licencia para cavar cerca del Peñol y buscar un tesoro que se decía estaba allí escondido: obtuviéronla; fueron; cavaron, y hallaron solamente tiestos y un anilleto de cobre, y dijeron que les pareció haber dado, cavando, con un envigado; pero no prosiguieron á cavar más porque era ya mucha el agua; esto me dijo un sujeto de toda verdad y de autoridad, y sería fácil averiguarlo por palacio; acaso oyeron decir que en el Peñol había un tesoro escondido, diciéndose esto con relación al desagüe, y ellos lo tomaron por riqueza de oro y plata."

Creemos que la lectura de este documento interesará, no sólo á los anticuarios, sino también á toda clase de personas que comprendan el riesgo en que México se halla de verse inundada próximamente.

Febrero de 1856.

Impresiones de una tempestad.

Impresiones de una tempestad.

Entre los espectáculos grandiosos con que suele sorprendernos la naturaleza, tal vez no hay uno tan imponente como la tempestad en el mar, ó vista desde la falda de una montaña cuando truena y relampaguea en su cumbre.

En Mayo de 1856, bajando de México á Puebla, tuve ocasión de contemplar una terrible tempestad, cuya nube negra y arremolinada se extendía á guisa de tangente, sobre la cumbre de la montaña de la Malitzin ó Malinche. Cuantas veces he transitado aquel camino, me ha parecido el tiempo corto para entregarme á los recuerdos históricos que evoca en la memoria la vista de la Malinche. A sus faldas están Tlaxcala y Cholula, célebres anteriormente

á la conquista, por sus guerras con los mexicanos y por lo adelantado de su propia civilización. Magiscatzin tendiendo su diestra á los europeos con demasiado apresuramiento; Xicotencatl combatiéndolos y uniéndose después á ellos para invadir el imperio de Moctezuma y sufrir en recompensa de sus servicios una muerte afrentosa; Tlaxcala, simbolizando la Grecia de Anáhuac por el mayor refinamiento de las costumbres y el oropel de una libertad que no supo defender hasta lo último; Cholula aterrorizada ante las escenas sangrientas que se sucedieron dentro de sus muros: todo esto me ha venido á las mientes al ver destacarse sobre el horizonte aquella inmensa montaña cuyo perfil, desde cierta parte del camino, parece el de un muerto tendido, con los pies juntos y las manos puestas sobre el pecho. Cuando llega uno á posesionarse de la idea de tal semejanza, y un día claro y despejado le hace ver hasta la cavidad del ojo y el corte de la pestaña figurado por las rocas, se imagina estar ante el cadáver gigantesco del genio de América, vencido por las huestes europeas, conductoras de la civilización cristiana, y que con el rostro vuelto hacia el cielo,

vela todavía sobre las poblaciones que se levantan á su falda.

Esta vez, cuando salimos de San Martín, las nubes se iban aglomerando sobre la cabeza del cadáver, figurando una toca negra que el viento en parte le hubiera desprendido: uno que otro relámpago brillaba en el seno mismo de las nubes, y los truenos sonaban en el inmenso valle que constituye la riqueza agrícola del Estado, como el ruido de una carreta. A los recuerdos históricos antiguos se unían otros muy recientes entonces. Puebla, convertida en asiento predilecto de la tiranía demagógica, acababa de tirar el guante á sus opresores, lanzándoles de su recinto y recobrando así su propia libertad, sostenida por el esfuerzo entusiasta de sus hijos. Contra ellos había llegado el ejército de Comonfort, acampando en San Francisco Ocotlán. Un oficial de este ejército iba en la diligencia conmigo, y se entretuvo en referirme las peripecias de la batalla. Poseía el talento de enarrar, y aunque filiado bajo la bandera democrática, en él podía más que sus ideas políticas, el espíritu de clase: sus ojos brillaban al hablar del valor de las huestes de Haro, y se reprochaba el haber comba-

tido contra sus hermanos de armas. Sus frases breves y elocuentes, pronunciadas en el sitio mismo de la refriega, me hacían ver el fuego de los cañones liberales que barrían con su metralla el inmenso llano que tuvieron que atravesar las columnas de Puebla para llegar á las posesiones de Comonfort; el espanto de los soldados del gobierno, que se dejaban caer de las bóvedas del santuario de Ocotlán al ver avanzar con arma al brazo y la serenidad del valor aquellos trozos de infantería, la flor del ejército, mandados por Osoilo y Aljovin. Oía yo al primero, no mutilado todavía, animar á sus subalternos con su voz ronca que sonaba entre el estrépito de los cañones; mientras el segundo, á caballo, cubierto con una capa blanca, atravesada por una gran cruz roja, llevaba en la mano la bandera de su cuerpo y desafiaba las balas enemigas que fueron á cegar, momentos después, la flor de su juventud.

En vano busqué á la izquierda del camino carretero algunos rastros de la batalla; no vi blanquear sobre la yerba los cartuchos destrozados de la fusilería, ni los huesos de los muertos. era la estación de las aguas, y, además, la naturaleza y el tiempo se encargan de

borrar muy presto las señales de la destrucción de los hombres. Corría un viento fuerte y fresco, que presagiaba la próxima lluvia. El horizonte estaba completamente despejado por el Oriente y á los lados de la montaña: todas las nubes se habían aglomerado sobre la cumbre de la Malinche, formando una inmensa faja negra que se extendía de Norte á Sur y que no cesaba de disparar rayos en todas direcciones, manteniendo un trueno sordo, pero continuo y aterrador. La atmósfera estaba saturada de emanaciones sulfurosas, y los pájaros volaban en bandadas hacia el Oriente. Mientras mudaban los caballos al carruaje, frente á la casa de postas, subí á una eminencia formada por los bordes del camino y gocé de la vista de un panorama sorprendente. El sol estaba oculto tras las nubes de la tormenta; pero sus rayos daban de lleno sobre los campos situados en último término del paisaje y las sementeras de trigo brillaban cual tejos de oro, haciendo contraste con la lobreguez de la montaña. Cuando llegamos á Río Prieto, la tempestad se había disipado; pero una lluvia abundantísima anegaba ya los llanos inmediatos y había envuelto con su gasa tupida las formas de la Malinche, como para

que no viese las escenas de venganza é iniquidad de que un poder orgulloso con el triunfo que le había deparado la suerte, hacía teatro á una de las ciudades más dignas y desgraciadas de la República.

México, Marzo 8 de 1858.

INDICE

	Págs.
Una flor en su sepulcro (novela). . .	5
La Quinta Modelo (novela).	91
I. La vuelta á la Patria.	93
II. La familia.	104
III. Preparativos para desempeñar una alta misión.	117
IV. Augustas funciones legislativas. .	132
V. Enrique en el colegio.	146
VI. Amelia.	164
VII. El progreso en la Quinta. . . .	183
VIII. Roma desarmada y vencida. . .	191
IX. Lo que se siembra se cosecha. . .	203
X. Cómo fué el homicidio.	215
XI. Dolor de madre.	220
XII. Reconstrucción.	234
XIII. Votos cumplidos.	241
XIV. Conclusión.	251

Págs.

ARTICULOS SUELTOS.

La Llorona (tradición). 261
La carta del pobre. 271
Estrella. 281
Ofelia. 301
María. 315
La limosna. 339
Palabras de ultratumba. 349
José (estudio bíblico). 373
Tradición acerca de las Lagunas de México. 403
Impresiones de una tempestad. . . . 425